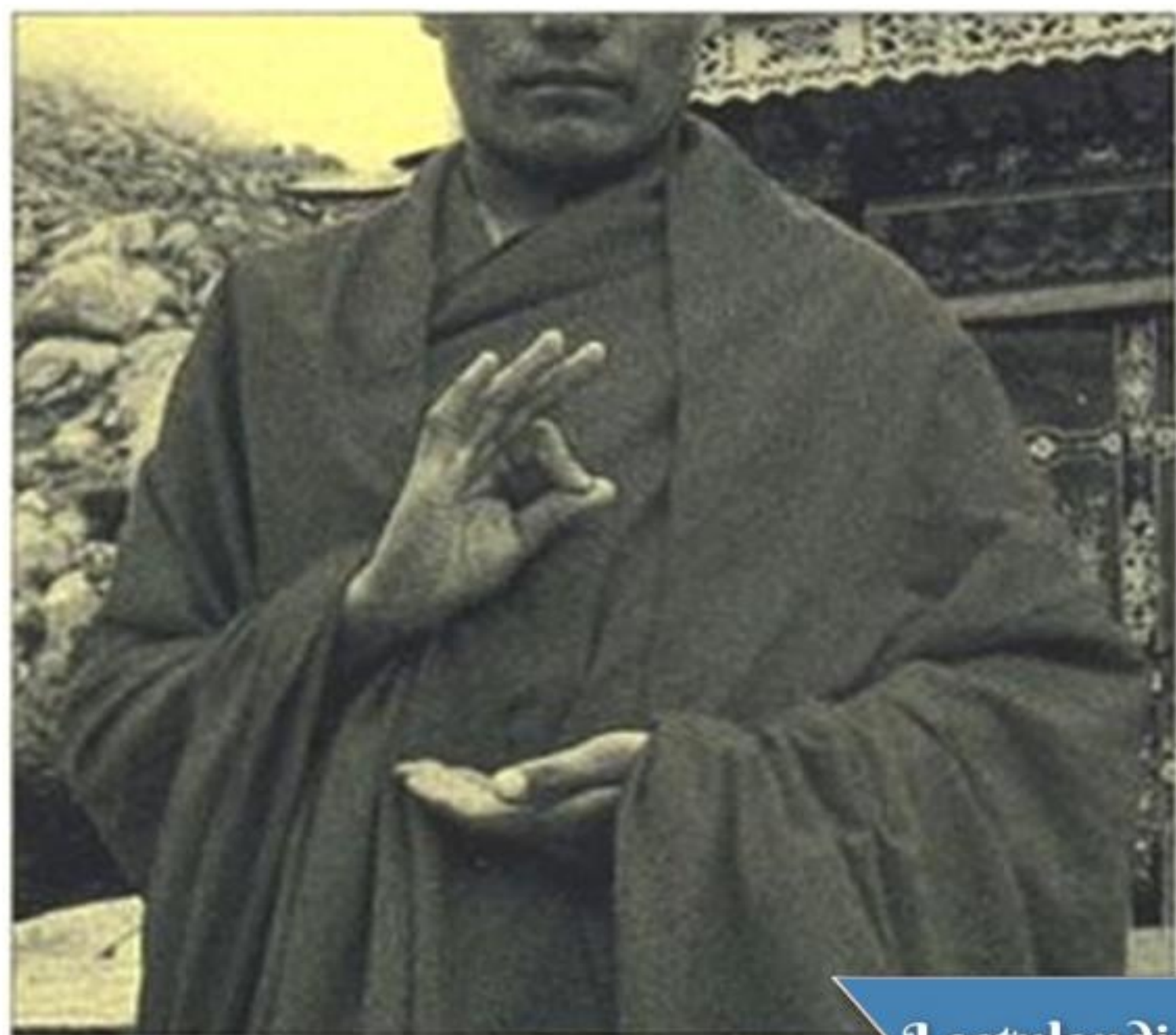


T. Lobsang Rampa
El médico de Lhasa



El libro es la segunda parte de *El tercer ojo*, del entrañable T. Lobsang Rampa. En él continúan sus aventuras y desventuras, aunque esta vez lo debe hacer lejos del querido monasterio y de su maestro y mentor. Es enviado a la vieja ciudad de Chungking para estudiar en la facultad de Medicina, donde le esperan sorpresas de todo tipo y la incomprensión de las personas respecto a sus costumbres y religión. También nos comenta los enemigos más terribles de los tibetanos —aún hoy—: los chinos.

Lectulandia

T. Lobsang Rampa

El médico de Lhasa

ePUB v1.1

aggelos 28.02.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Doctor from Lhasa*
T. Lobsang Rampa, 1959
Traducción: Rafael Vázquez Zamora

ePub base v2.1

Prólogo especial para la edición española

Mis libros han aparecido en muy diversos países, en idiomas muy diferentes, durante estos años pasados. Hasta ahora ningún editor, ningún periódico y ninguna red radiofónica me había ofrecido la oportunidad de presentar mi versión de lo ocurrido, de manera que he quedado como un hombre acusado de algo e incapaz de defenderse.

Ahora han cambiado las cosas porque en esta edición española de *El médico de Lhasa*, mi editor español me ha ofrecido publicar mis propios comentarios.

Hace unos años se produjo en Inglaterra un ataque contra mi integridad moral. Este ataque fue movido en la Prensa por una reducida pandilla que me tenía una gran envidia. La Prensa mundial pensó que tenía en esto un jugoso bocado porque, con excesiva frecuencia, la Prensa tiene que tomarla con alguien para levantar su circulación cuando ésta decae, de modo muy semejante a como un anciano puede ponerse una inyección de hormonas o de glándulas de mono o algo por el estilo. Esto es lo único que necesito decir sobre el asunto en lo que respecta a la Prensa, ya que cualquiera que conozca algo de este tema se dará cuenta de que la Prensa no es precisamente el medio adecuado para difundir la verdad sino sólo lo sensacionalista. La Prensa, con demasiada frecuencia, sirve sólo para halagar las emociones más bajas del hombre.

Permítaseme decir, del modo más tajante, que todos mis libros son absolutamente verídicos. Cuanto he escrito, es cierto y recoge mi experiencia personal. Poseo todos esos poderes que digo poseer. Y valdría la pena añadir que también tengo varios poderes más de los que no he hablado y que son de gran utilidad.

Por primera vez he podido afirmar en un libro que soy lo que digo ser y que mis libros son la pura verdad. Quiero agradecerle a mi editor español esta cortesía y comprensión al ofrecerme publicar estas palabras mías. Es posible que, como yo, también él crea que «la verdad saldrá a relucir». Pues bien, aquí está la verdad: todo lo que he escrito es cierto.

Desde hace mucho tiempo deseo visitar España por lo mucho que he oído acerca de ella y mi única experiencia de este país la he tenido a lo largo de las fronteras. Pero temo que aún tardaré algún tiempo en poder realizar mi deseada visita. Así, permítanme decir sólo: «¡Gracias, señor editor español!».

Prólogo

Cuando estaba en Inglaterra, escribí *El tercer ojo*, libro verídico, pero que se ha discutido mucho. Llegaron cartas del mundo entero y, respondiendo a las peticiones, escribí este otro libro, *El médico de Lhasa*.

Mis experiencias, como diré en un tercer libro, han superado a lo que la mayoría de la gente ha de padecer, experiencias que sólo hallan paralelo en pocos casos de la Historia. Sin embargo, no es éste el objeto del libro presente, en el cual continúa mi autobiografía.

Soy un lama tibetano que llegó al mundo occidental prosiguiendo su destino y, llegado a él como ya se ha contado, padeció todas las penalidades predichas. Por desgracia, los occidentales me miraron como a un tipo extraño, como si hubiera que ponerme en una jaula, como una muestra fantástica de lo desconocido. Esto hizo preguntarme qué les sucedería a mis viejos amigos los *yetis*, si los occidentales se apoderaban de ellos como efectivamente lo intentaban.

No cabe duda de que el *yeti* sería matado a tiros, disecado y colocado en algún museo. Incluso entonces seguiría la gente discutiendo y dirían que no existían los *yetis* (el Abominable Hombre de las Nieves). Me resulta de una extrañeza increíble que los occidentales puedan creer en la televisión, y en los cohetes espaciales capaces de dar una vuelta en torno a la Luna y regresar, y sin embargo, no den crédito a los *yetis* ni a los «objetos volantes desconocidos», ni a nada que no puedan tocar y hacer pedazos para ver cómo funciona.

Pero ahora afronto la formidable tarea de condensar en unas pocas páginas lo que antes ocupó un libro entero: los detalles de mi primera infancia. Nací en una familia muy distinguida, una de las principales familias de Lhasa, la capital del Tíbet. Mis padres intervenían mucho en la gobernación del país, y precisamente por ser yo un chico de alta posición, me dieron una educación muy severa para ponerme en condiciones de ocupar eficazmente mi puesto en el futuro. Así, antes de cumplir los siete años —de acuerdo con nuestras costumbres— los sacerdotes astrólogos del Tíbet fueron consultados para decidir el tipo de carrera que me convenía. Durante varios días antes se hicieron preparativos para una inmensa fiesta en la que todos los principales ciudadanos de Lhasa acudirían a oír mi sino. Llegó el día de la Profecía. Nuestra finca se llenó de gente. Llegaron los astrólogos con sus hojas de papel, sus tablas y todos los útiles de su profesión. Luego, en el momento adecuado, cuando todos estaban ya muy animados, el Astrólogo principal dio a conocer el resultado de sus trabajos. Se proclamó solemnemente que yo ingresaría en una lamasería al cumplir los siete años y que harían de mí un sacerdote y concretamente un sacerdote cirujano. Se hicieron muchas predicciones sobre mi vida; en realidad, toda mi vida fue presentada en esbozo. Para mi desgracia, todo lo que dijeron ha resultado verdad.

Digo «desgracia» porque la mayor parte han sido desventuras, penalidades y dolor y no lo hace más fácil saber de antemano lo que se ha de sufrir.

Ingresé en la lamasería de Chakpori cuando cumplí los siete años emprendiendo así mi solitario camino. Al principio me probaron para saber si era lo bastante duro, lo bastante resistente para soportar el resto del entrenamiento. Salí bien de las pruebas y entonces autorizaron mi ingreso. Pasé por todas las etapas desde un noviciado elemental y por fin me convertí en un lama y en un abad. La medicina y la cirugía eran mis puntos fuertes. Las estudié con avidez y me dieron todas las facilidades para practicar con los cadáveres. Es una creencia extendida en Occidente que los lamas del Tíbet nunca practican con cadáveres si tienen que abrirlos. Por lo visto, se piensa que la ciencia médica tibetana es rudimentaria porque los lamas médicos tratan solamente lo exterior y no lo interno. Eso no es exacto. El lama corriente, desde luego, nunca abre un cadáver ni un cuerpo vivo porque esto va contra su creencia. Pero existía un núcleo especial de lamas del que yo formaba parte, preparados para realizar operaciones y éstas eran de las que quizás estuvieran fuera del alcance de la ciencia occidental.

Y de paso me referiré también a la creencia occidental de que la medicina tibetana enseña que el hombre tiene el corazón en un lado y la mujer en el otro. Nada más ridículo. Esto lo han divulgado los occidentales que no conocen de verdad aquello sobre lo que escriben, pues algunos de los diagramas a los que se refieren, tratan de los cuerpos astrales, un asunto muy diferente. Sin embargo, todo ello es ajeno a este libro.

Mi preparación fue muy intensa, pues no sólo tenía que conocer a fondo mi especialización de medicina y cirugía, sino también todas las Escrituras, porque, además de ser un lama médico, también debía ejercer como religioso, como sacerdote perfectamente preparado. Así, me fue necesario estudiar dos disciplinas a la vez y esto significa estudiar el doble que lo normal. La perspectiva no me agradaba mucho.

Pero no todo fueron penalidades. Desde luego, hice muchas excursiones a las partes más elevadas del Tíbet —Lhasa está a doce mil pies sobre el nivel del mar— para coger hierbas, ya que nuestra medicina se basaba en el tratamiento herbóreo, y en Chakpori tenía siempre por lo menos seis mil tipos diferentes de hierbas en depósito. Nosotros, los tibetanos, creemos saber más de la herboricultura que el resto del mundo. Ahora que he viajado por todo el mundo varias veces, lo creo aún más.

En varias de mis excursiones a las zonas más elevadas del Tíbet volé en cometas de las que llevan a un hombre de pasajero, sobre los picos escarpados de las altas cordilleras y viendo desde allí arriba muchísimos kilómetros de campo. También tomé parte en una memorable expedición a la región casi inaccesible del Tíbet, en la parte más elevada de la altiplanicie de Chang Tang. Allí, los expedicionarios nos encontramos en un valle profundo entre hendiduras rocosas, calentado por los fuegos

eternos de la Tierra, que hacían hervir el agua en el río. También encontramos una espléndida ciudad, expuesta la mitad de ella al aire caliente del valle oculto, y enterrada la otra mitad en el claro hielo de un glaciar. Era un hielo tan transparente que se veía a través de la otra parte de la ciudad como si mirásemos por una masa del agua más clara. Esa parte de la ciudad que se había congelado, estaba casi intacta. El paso de los años había respetado los edificios. El aire tranquilo, la ausencia de viento, había salvado a las edificaciones de todo daño. Caminamos por las calles y éramos los primeros en recorrerlas desde miles y miles de años. Anduvimos a nuestro antojo por casas que parecían estar esperando a sus dueños, hasta que descubrimos unos extraños esqueletos petrificados. Era una ciudad muerta. Había por allí muchos dispositivos fantásticos indicadores de que este oculto valle había sido en tiempos el hogar de una civilización mucho más poderosa que ninguna de las que ahora existen sobre la superficie de la Tierra. Nos probaba sin lugar a dudas que éramos ahora como salvajes en comparación con la gente de aquella edad incalculablemente antigua. En este segundo libro escribo más acerca de esta ciudad.

Siendo yo aún muy joven me hicieron una operación especial que se llamaba la «apertura del tercer ojo». Me introdujeron en el centro de la frente una astilla de madera dura, previamente empapada en una solución especial de hierbas, para estimular una glándula que me dotaba de unas facultades extraordinarias de clarividencia. Yo había nacido con un don innato de clarividencia, pero después de la operación se me desarrolló éste anormalmente y podía ver a la gente con su aura como si estuvieran envueltas en llamas de colores fluctuantes. Por esas auras podía yo adivinar sus pensamientos, sus esperanzas y temores, y sus padecimientos. Ahora, ya fuera del Tíbet, trato de interesar a los médicos occidentales en un procedimiento que permitiría a cualquier médico o cirujano ver el aura humana tal como es realmente, en colores. Sé que los médicos y cirujanos si pueden ver el aura, podrán saber a la vez lo que de verdad padece una persona. Simplemente mirando los colores y por los dibujos cambiantes de las bandas, el especialista puede diagnosticar con toda exactitud la enfermedad que sufre una persona. Además, esto se puede decir antes de que haya ningún signo visible de la enfermedad en el cuerpo físico porque el aura muestra la presencia del cáncer o de la tuberculosis, y otros males, muchos meses antes de que ataquen al cuerpo físico. De modo que el médico, al poseer una advertencia tan adelantada sobre la existencia de la enfermedad, puede tratarla y curarla infaliblemente. Con verdadero horror y profunda pena me encontré con que a los médicos occidentales no les interesaba esto en absoluto. Parecen considerarlo como algo relacionado con la magia en vez de como una cosa de sentido común pues así es, efectivamente. Cualquier ingeniero sabe que los cables de alta tensión tienen alrededor como una corona. Esto mismo presenta el cuerpo humano, y lo que pretendo enseñar a los especialistas es un fenómeno físico ordinario. Pero nada

quieren saber de eso. Es una tragedia. Mas se impondrá con el tiempo. Lo trágico es que tanta gente deba sufrir y muera innecesariamente hasta que se admita el procedimiento.

El Dalai Lama, el decimotercer Dalai Lama, era mi jefe. Ordenó que me ayudasen en todo lo posible tanto en mi preparación como en mis prácticas. Quiso que me enseñaran todo lo que pudiera aprender lo mismo por el sistema oral corriente que por medio de la hipnosis, y por otros varios procedimientos que no hace falta mencionar aquí. De alguno de ellos se habla en este libro, o se habló en *El tercer ojo*. Otros son tan nuevos y tan increíbles que aún no es hora de tratar de ellos.

A causa de mis facultades de clarividencia pude ayudar mucho al Dalai Lama en varias ocasiones. Me ocultaba en sus salas de audiencias para interpretar los verdaderos pensamientos de una persona y sus intenciones gracias al aura. Esto era especialmente útil cuando visitaban al Dalai Lama estadistas extranjeros. Estuve presente, aunque invisible para ellos, cuando una delegación china fue recibida por el Gran Decimotercero. Fui también un observador oculto cuando un inglés visitó al Dalai Lama; pero en esta ocasión estuve a punto de descuidar mi deber por el gran asombro que me produjo el traje de aquel hombre. ¡Era la primera vez que veía yo la ropa de los europeos!

Mi entrenamiento fue largo y difícil. Tenía que atender a los servicios del templo durante la noche y el día. La dulzura de las camas nos estaba negada. Nos enrollábamos en una manta solitaria y así dormíamos sobre el suelo. Los profesores eran muy exigentes y teníamos que estudiar, aprender y almacenarlo todo en la memoria. No llevábamos cuadernos de notas, sino que todo lo aprendíamos memorísticamente. A la vez, aprendí metafísica, en la que adelanté mucho así como en clarividencia, viajes astrales, telepatía y todo lo demás. En una de las fases de mi iniciación visité las cavernas y los túneles secretos bajo el Palacio de Potala, cavernas y túneles de los que el hombre medio apenas sabe nada. Son los restos de una antiquísima civilización cuya memoria casi se ha perdido. Y en sus muros se veían los documentos pictóricos de las cosas que flotan en el aire y de las que estaban bajo tierra. En otra fase de mi iniciación vi los cuerpos cuidadosamente conservados de gigantes de hasta quince pies de estatura. También a mí me enviaron al otro lado de la muerte y supe que no existía la muerte, y cuando regresé fui ya una Encarnación Reconocida, con categoría de Abad, pero yo no quería ser Abad y estar ligado a una lamasería. Deseaba ser un lama libre de movimientos, con libertad de ayudar a otros, como lo había dicho la Predicción. Así, el propio Dalai Lama me confirmó en mi rango de lama y me destinó al Potala de Lhasa. Incluso entonces continué preparándome y aprendí varias formas más de ciencia occidental, óptica y otras materias semejantes. Pero a última hora me llamó de nuevo el Dalai Lama y me dio instrucciones.

Me dijo que ya había aprendido yo todo lo que podía enseñarme el Tíbet y que me había llegado la hora de marcharme y abandonar cuanto había amado, todo aquello a lo que me sentía vinculado. Añadió que había enviado unos mensajeros especiales a Chungking para que me admitiesen como estudiante de Medicina y Cirugía en una ciudad china.

Me causó gran dolor salir de la presencia del Dalai Lama, y me dirigí a donde estaba mi guía, el Lama Mingyar Dondup. Le dije lo que se había decidido. Luego fui a casa de mis padres para contarles lo sucedido y que me marchaba de Lhasa. Pasaron los días volando y por fin llegó el día de mi salida de Chakpori cuando vi por última vez a Mingyar Dondup en su presencia carnal y partí de la ciudad de Lhasa —la Ciudad Sagrada— cruzando los elevados puertos montañosos. Y cuando volví la vista, lo último que vi fue un símbolo. En efecto, de los dorados tejados del Potala se elevaba una cometa solitaria.

Capítulo primero

Hacia lo desconocido

Nunca me había sentido tan helado, tan sin esperanzas y desgraciado. Incluso en los desolados páramos de Chang Tang, a seis mil metros o más sobre el nivel del mar, donde los vientos bajo cero y cargados de arena fustigaban y arañaban la piel descubierta hasta hacerle sangre, me había sentido más protegido que ahora. Aquel frío no era tan doloroso como el miedo helado que atenazaba mi corazón —pues abandonaba mi amada Lhasa—, al volverme y ver por debajo de mí aquellas diminutas figuras sobre las techumbres del Potala y por encima de ellas una cometa solitaria meciéndose en la leve brisa e inclinándose hacia mí como si dijera: «Adiós; los días en que volabas en las cometas se han terminado, y ahora te esperan asuntos más serios». Para mí, aquella cometa era un símbolo: una cometa en la inmensidad azul, unida a su hogar por una fina cuerda. Me iba hacia la inmensidad del mundo que hay tras el Tíbet, yo también sostenido por la fina cuerda de mi amor por Lhasa. Me dirigí hacia el extraño y terrible mundo más allá de mi pacífico país. Se me apretó el corazón cuando le volví la espalda a mi ciudad y, con mis compañeros de viaje partí para lo desconocido. Ellos también se quedaron tristes, pero tenían el consuelo de saber que después de dejarme en Chungking a unas mil millas, podían regresar a casa. Regresarían y en el viaje de vuelta les estimularía pensar que a cada paso que daban estaban más cerca de Lhasa. Yo, en cambio, tenía que continuar viendo países extraños, gente nueva y pasando por experiencias cada vez más ajenas a mi mundo tibetano.

La profecía que hicieron sobre mi futuro cuando tenía siete años había predicho que ingresaría en una lamasería, que empezaría preparándome para *chela*, que luego pasaría a ser *trappa* y así sucesivamente hasta que pudiera examinarme para lama. Después, según dijeron los astrólogos, tendría que abandonar el Tíbet, dejar a mis padres y todo lo que yo amaba para ir a lo que nosotros llamábamos la China bárbara. Estudiaría en Chungking para completar mi educación de médico y cirujano. Según los sacerdotes astrólogos, me vería implicado en guerras, me harían prisionero extrañas gentes y tendría que vencer toda tentación y todo sufrimiento para dedicarme a ayudar a los necesitados. Me dijeron que mi vida sería dura y que el sufrimiento, el dolor y la ingratitud habían de ser mis constantes compañeros. ¡Cuánta razón tenían!

Con estos pensamientos en mi mente —y no eran en absoluto alegres— di la orden de proseguir nuestro camino. Como precaución, en cuanto perdimos de vista a Lhasa, nos apeamos de nuestros caballos y nos aseguramos de que estaban cómodos y de que las sillas no quedaban demasiado apretadas ni que ya se estuvieran aflojando. Nuestros caballos habían de ser nuestros fieles compañeros durante el viaje

y teníamos que cuidar de ellos por lo menos tanto como de nosotros mismos. Atendidos esos detalles y consolados al saber que los caballos iban a gusto, volvimos a montar y, con la vista puesta resueltamente en el horizonte, proseguimos.

Fue a principios de 1927 cuando salimos de Lhasa y nos dirigimos lentamente hacia Chotang, a orillas del Brahmaputra. Sostuvimos varias discusiones sobre qué ruta sería la más conveniente. El Brahmaputra es un río que conozco bien, pues volé por encima de sus fuentes en una estribación del Himalaya cuando tuve la fortuna de volar en una de las cometas que llevan pasajeros. En el Tíbet considerábamos a ese río con gran respeto, pero esta reverencia nada era para la que se le tenía en otros sitios. A centenares de kilómetros de su desembocadura, en la bahía de Bengala, se le tenía por sagrado, casi tan sagrado como Benares. Se nos decía que el Brahmaputra era el que forma la bahía de Bengala. En los días primitivos de la historia, era un río rápido y profundo y, mientras fluía casi en línea recta desde las montañas, dragaba el suave suelo y formaba la maravillosa bahía. Seguimos el curso del río por los pasos montañosos hasta Sikang. En los días antiguos y felices, siendo yo muy joven, Sikang formaba parte del Tíbet, era una de sus provincias. Entonces los ingleses hicieron una incursión en Lhasa y los chinos se animaron a la invasión y capturaron Sikang. Entraron en esa región de nuestro país con intenciones asesinas. Mataron, violaron, saquearon, y se quedaron con Sikang. Instalaron allí funcionarios chinos. Los que habían sido expulsados de otros sitios eran enviados a Sikang como castigo. Desgraciadamente para ellos, el Gobierno chino no los apoyaba. Tenían que arreglárselas lo mejor que podían. Vimos que estos funcionarios chinos eran como marionetas, hombres ineficaces de los que se reían los tibetanos. A veces fingíamos obedecerles, pero sólo por cortesía. En cuanto volvían la espalda, hacíamos lo que nos apetecía.

Nuestro viaje continuó lentamente. Llegamos a una lamasería en donde podíamos pasar la noche. Como yo era lama, incluso un abad, una Encarnación Reconocida, nos dieron la mejor acogida de que eran capaces los monjes. Además, yo viajaba con la protección personal del Dalai Lama y esto pesaba mucho para ellos.

Seguimos hasta Kanting. Ésta es una ciudad-mercado de sobra conocida por las ventas de yaks, pero, sobre todo, como centro exportador del té que nos gusta tanto a los tibetanos. Ese té venía de China y no eran las hojas corrientes de té sino más bien un compuesto químico. Contenía té, pedacitos de twig, soda, salpetre y algunas cosas más, porque en el Tíbet no abundan tanto los alimentos como en algunos otros países, de modo que nuestro té había de servirnos como una especie de sopa a la vez que como bebida. En Kanting el té era mezclado y lo presentaban en bloques o «ladrillos» como se les suele llamar. Ésos eran de tal tamaño y peso que podían cargarse en los caballos y después en los yaks que los transportaban cruzando las altas cordilleras hasta Lhasa. Allí lo vendían en el mercado y así se distribuía por todo el Tíbet.

Los «ladrillos» de té tenían que ser de tamaño y forma especial y habían de ir empaquetados de manera también especial, para que si un caballo tropezaba en un peligroso desfiladero y se caía con el té al río, no se estropeara éste. Los «ladrillos» iban empaquetados con una piel sin curtir y entonces se les sumergía en agua. Después se les ponía a secar al sol sobre las rocas. Al secarse se encogían asombrosamente, quedando el contenido absolutamente comprimido. Tomaban un color marrón y quedaban tan duros como la baquelita, pero mucho más resistentes. Estas pieles, una vez secas, podían rodar por una pendiente montañosa sin sufrir el menor daño. Podía uno lanzarlo a un río y dejarlo allí un par de días. Cuando se les extraía del agua y se les secaba, aparecían intactos, pues el agua no entraba en ellos. Y el té se empleaba mucho como moneda. Si un mercader no llevaba dinero encima podía romper un bloque de té y utilizarlo como dinero. Mientras se llevaran «ladrillos» de té no había que preocuparse por el dinero suelto.

Kanting nos impresionó con su torbellino mercantil. Estábamos acostumbrados sólo a Lhasa, pero en Kanting era muy distinto porque en esta ciudad había gente de muchos países: del Japón, de la India, de Birmania y nómadas de detrás de las montañas de Takla. Anduvimos por el mercado, mezclados con los traficantes, y escuchamos la algarabía de idiomas tan diferentes. Nos codeamos con los monjes de diversas religiones, de la secta Zen y otras. Luego, admirados de tantas novedades, nos dirigimos hacia una pequeña lamasería cercana. Allí nos esperaban. Es más, nuestros anfitriones estaban ya preocupados porque no llegábamos. Les explicamos que habíamos estado algún tiempo curioseando por el mercado. El Abad nos dio la bienvenida con gran cordialidad y escuchó con avidez lo que le contamos sobre el Tíbet, pues veníamos de la sede de la cultura, el Potala, y éramos los hombres que habían estado en las mesetas de Chang Tang y habíamos visto grandes maravillas. Nuestra fama nos había precedido.

Al día siguiente, por la mañana temprano, después de asistir a los servicios del templo, volvimos a ponernos en camino llevando una pequeña cantidad de alimentos y *tsampa*. El camino era sólo una senda polvorienta muy elevada. Abajo había árboles, más árboles de los que ninguno de nosotros había visto nunca. Algunos quedaban ocultos en parte por la neblina que formaban las salpicaduras de unas cataratas. Unos rododendros gigantescos cubrían también la garganta mientras que el suelo quedaba alfombrado con flores de muchos colores y matices, pequeñas florecillas de la montaña que aromatizaban el aire y añadían notas de color al paisaje. Sin embargo, nos sentíamos oprimidos y desgraciados al pensar que habíamos abandonado nuestro país. Y también nos oprimía físicamente la densidad del aire. Íbamos bajando sin cesar y cada vez nos resultaba más difícil respirar. Tropezamos con otra dificultad; en el Tíbet, donde la atmósfera es transparente, el agua hierve con una temperatura más baja y en los sitios más altos podíamos beber té hirviendo.

Dejábamos el té y el agua en el fuego hasta que las burbujas nos advertían que podíamos beberlo ya. Al principio, en esta tierra baja nos quemábamos los labios cuando intentábamos hacer lo mismo. Estábamos acostumbrados a beber el té inmediatamente después de sacarlo del fuego y era imprescindible hacerlo así porque el intenso frío lo enfriaba en seguida. Pero durante nuestro viaje no tuvimos en cuenta que la atmósfera más densa afectaría el punto de ebullición ni se nos ocurrió que podíamos esperar a que el agua se enfriara un poco sin peligro de que se helara.

Nos trastornó mucho la dificultad de respirar por el peso de la atmósfera sobre nuestro pecho y pulmones. Al principio pensamos que era la emoción de abandonar nuestro querido Tíbet, pero después descubrimos que nos asfixiaba la nueva atmósfera. Nunca había estado ninguno de nosotros a un nivel inferior de 3000 metros. Lhasa se encuentra a 3600 metros. Con frecuencia vivíamos a una altura superior, como cuando fuimos a las mesetas de Chang Tang donde estábamos a más de 6000 metros. Habíamos oído muchas historias sobre tibetanos que habían salido de Lhasa para buscar fortuna en las tierras bajas. Se decía que se habían muerto después de unos meses de angustia, con los pulmones destrozados. Las historias de comadres de la Ciudad Sagrada insistían en que quienes marchaban de Lhasa para ir a tierras bajas, morían con grandes dolores. Yo sabía que esto no era cierto porque mis padres habían estado en Shanghai, donde tenían muchas propiedades. Después de permanecer algún tiempo allí, habían regresado en buen estado de salud. Yo había tenido poca relación con mis padres porque estaban siempre muy ocupados y, a causa de su posición social tan elevada, no tenían tiempo que dedicar a los niños. De modo que esa información me la habían dado los criados. Pero ahora me sentía muy preocupado por lo que experimentábamos: teníamos los pulmones como resecos y nos parecía que unos cinturones de hierro nos apretaban el pecho impidiéndonos respirar. Nos costaba un enorme esfuerzo la respiración y si nos movíamos con demasiada rapidez sentíamos unos dolores como quemaduras por todo el cuerpo. Al proseguir el viaje, cada vez más bajo, el aire se hacía más espeso y la temperatura más cálida. Era un clima terrible para nosotros. En Lhasa, el tiempo es muy frío, pero de un frío seco y saludable. En esas condiciones, poco importaba la temperatura; pero ahora, en este aire denso y húmedo nos volvía casi locos el esfuerzo de la marcha. Hubo un momento en que los demás quisieron convencerme para que volviésemos a Lhasa diciendo que moriríamos todos si persistíamos en nuestra insensata aventura, pero yo, fiándome de la profecía, no hice caso alguno de sus temores. Así que continuamos el viaje. A medida que la temperatura subía nos mareábamos más y se nos trastornaba la visión. Podíamos ver de lejos tanto como siempre, pero no con tanta claridad y nos fallaba la apreciación de las distancias. Mucho después encontré una explicación a este fenómeno. En el Tíbet tenemos el aire más puro y limpio del mundo; se puede ver a una distancia de ochenta kilómetros o más con tanta claridad

como a tres metros. Aquí, con el aire denso de las tierras bajas, no podíamos ver a esa distancia y lo que veíamos quedaba distorsionado por el mismo espesor del aire y por sus impurezas.

Durante muchos días seguimos cabalgando, descendiendo cada vez más y cruzando selvas con más árboles de los que nunca habíamos ni soñado que existieran. En el Tíbet escasea la madera, hay pocos árboles y sentimos la tentación de echar pie a tierra e ir tocando las diferentes clases de árboles y oliéndolos. Su abundancia nos asombraba y todos ellos nos eran desconocidos. De los arbustos, los rododendros eran frecuentes en el Tíbet. Es más, los capullos de rododendro eran un alimento de lujo cuando se preparaban bien. Nos maravillaba todo lo que veíamos y en general la gran diferencia que había entre todo esto y nuestro país. No podría decir cuántos días y cuántas horas tardamos porque estas cosas no nos interesaban en absoluto. Nos sobraba el tiempo y nada sabíamos del ajetreo y el tráfigo de la civilización, y si lo hubiésemos conocido no nos habría interesado.

Sólo puedo decir que cabalgábamos durante ocho o diez horas al día y pasábamos las noches en lamaserías. No eran de nuestra rama de budismo, pero nos acogían siempre con la mejor voluntad. No existe rivalidad, rencor ni roces molestos entre los verdaderos budistas de Oriente, que somos nosotros los tibetanos, y las demás sectas. Siempre se recibe a un viajero. Como era nuestra costumbre, participábamos en todos los servicios religiosos mientras estábamos allí. Y no perdíamos oportunidad de conversar con los monjes que nos recibían tan afectuosamente. Nos contaban muchas extrañas historias sobre los cambios en la situación de China: cómo se transformaba el antiguo orden de la paz y cómo los rusos, «los hombres del oso», trataban de imbuirles a los chinos sus ideales políticos, que nosotros considerábamos completamente equivocados. Nos parecía que lo que los rusos predicaban era: «¡Lo que es tuyo, es mío; lo que es mío sigue siendo mío!». Los japoneses, según nos decían, también estaban trastornando a varias partes de China, a causa de la superpoblación. En el Japón nacían demasiados niños y se producía poco alimento, por eso querían invadir pueblos pacíficos y robarles como si sólo importasen ellos.

Por último salimos de Sikang y cruzamos la frontera del Szechwan. A los pocos días llegamos al río Yangtsé. Allí, en una aldea, nos detuvimos a última hora de la tarde y no porque hubiésemos llegado a nuestro destino de aquella noche, sino porque tropezamos con una multitud apiñada frente a nosotros. No sabíamos de qué se trataba y como éramos bastante corpulentos no nos costó trabajo abrirnos paso hasta la primera fila. Un hombre blanco, de alta estatura, estaba allí sobre una carreta de bueyes gesticulando y cantando las maravillas del comunismo. Incitaba a los campesinos para que se levantaran y matasen a los propietarios de las tierras. Agitaba en sus manos unos papeles con ilustraciones en que se veía a un hombre de facciones angulosas y una barbilla. Le llamaban el «salvador del mundo». Pero no nos

impresionó el retrato de Lenin ni el discurso de aquel hombre. Nos marchamos de allí disgustados y continuamos el viaje durante unos kilómetros más hasta la lamasería en que habíamos de pasar la noche. Había lamaserías en varias partes de China, además de los monasterios y templos chinos. Algunas partes, sobre todo en Sikang, Szechwan o Chinghad, prefieren la forma de budismo del Tíbet, y por eso estaban allí nuestras lamaserías para enseñar a los que necesitaban nuestra ayuda. Nunca buscábamos conversiones, pues creíamos que todos los hombres debían elegir libremente su religión. No nos agradaban esos misioneros que iban por ahí insistiendo en que para salvarse había que hacerse de tal o cual religión. Sabíamos que cuando una persona deseaba convertirse al lamaísmo no habría necesidad de convencerlo, y si se convertía por la persuasión era tiempo perdido. Recordábamos cuánto nos habíamos reído de los misioneros que venían al Tíbet o a China. Era una broma corriente decir que la gente fingía convertirse para conseguir los regalos y las demás ventajas —así llamadas— que las misiones ofrecían. Por otra parte, los tibetanos y los chinos del antiguo orden eran corteses y trataban de contentar a los misioneros haciéndoles creer que lograban un buen éxito con ellos, pero ni por un momento creíamos lo que nos predicaban. Respetábamos sus creencias pero preferíamos conservar las nuestras.

Proseguimos nuestro viaje a lo largo del río Yangtsé —el río que luego iba a conocer tan bien— porque éste era un camino más agradable. Nos fascinaba ver los barcos que navegaban por el río. Nunca habíamos visto embarcaciones, aunque las conocíamos por grabados y una vez vi un barco de vapor en una sesión especial de clarividencia que tuve con mi Guía el lama Mingyar Dondup. Pero de esto hablaré más adelante. En el Tíbet nuestros barqueros usaban barquillas de cuero o hule. Eran muy ligeras, hechas con pieles de yaks, y podían llevar hasta cuatro o cinco pasajeros, además del barquero. Muchas veces se añadía la cabra del barquero, pero este animal recorría una buena parte de los caminos por tierra, porque el botero lo cargaba con sus cosas, un paquete o sus mantas, mientras él se echaba sobre los hombros la piragua y escalaba las rocas para evitar las corrientes que hubieran volcado el bote. A veces cuando un campesino quería cruzar el río usaba una piel de cabra o de yak convenientemente preparada. Utilizaban este sistema de un modo muy parecido a como los occidentales usan las calabazas. Pero ahora nos interesaba mucho ver estos barcos de verdad con velas latinas flameando en el aire.

Un día hicimos un alto cerca de un lugar poco profundo del río. Estábamos intrigados; dos hombres andaban por el río sosteniendo, uno por cada extremo, una larga red. Más adelante otros dos hombres batían el agua con palos y chillaban horriblemente. Al principio creíamos que éstos de los gritos eran locos de atar y los que les seguían con la red trataban de sujetarlos con ella. Seguimos contemplándolos y de pronto, a una señal de uno de ellos, los otros dejaron de gritar. Los de la red tiraron de ella y la arrastraron hasta la playa. La extendieron sobre la arena y vimos

cómo brillaban una gran cantidad de pescados que aún brincaban cuando los pescadores volcaron la red y los dejaron caer al suelo. Esta escena nos chocó porque nosotros nunca matábamos. Considerábamos un gran mal matar a una criatura cualquiera. En nuestros ríos del Tíbet los peces se acercan a la mano tendida en el agua hacia ellos y la rozan. No temen al hombre y a veces se convierten en favoritos. Pero aquí en China sólo se les consideraba como alimento. Nos preguntamos cómo podrían creerse budistas estos chinos si, de un modo tan evidente, mataban en provecho propio.

Nos habíamos entretenido demasiado, pues quizá nos hubiésemos pasado un par de horas sentados a la orilla del río y no podríamos llegar ya aquella noche a la lamasería. Nos encogimos de hombros, resignados, y nos preparamos para acampar a un lado del camino. Pero vimos que un poco más a la izquierda había un bosquecillo muy recoleto cruzado por el río y nos dirigimos allá. Dejamos a nuestros caballos en libertad de pacer en aquel abundante prado. Reunimos leña para encender una hoguera. Hervimos el agua para el té y comimos nuestra *tsampa*. Durante algún tiempo permanecimos sentados en torno al fuego hablando del Tíbet y comentando lo que habíamos visto en nuestro viaje, así como pensando en nuestro futuro. Uno tras otro, mis compañeros empezaron a bostezar. Se volvieron y se enrollaron en las mantas, quedándose dormidos en seguida. Por último, cuando ya las brasas se convirtieron en rescoldo, también yo me envolví en mi manta y me tumbé, pero no me dormí. Pensé en todas las penalidades que había pasado. Recordé mi salida de casa a los siete años, mi ingreso en la lamasería y el severo entrenamiento a que me sometieron. Evoqué mis expediciones a las grandes alturas del Tang. Pensé también en el Dalai Lama, y luego —lo que era inevitable— en mi amado Guía, el Lama Mingyar Dondup. Me sentía desolado, enfermo de aprensión. Y entonces pareció como si el paisaje estuviese iluminado por el sol de mediodía. Miré estupefacto y vi a mi Guía ante mí. «¡Lobsang! ¡Lobsang! —exclamó—, ¿por qué estás tan abatido? ¿Acaso has olvidado? Quizás el hierro crea que lo están torturando caprichosamente en el horno, pero cuando se convierte en una hoja de acero bien templada, piensa de otra manera. Lo has pasado muy mal, Lobsang, pero todo ha sido con una finalidad buena. Como tantas veces hemos comentado, éste es solo un mundo ilusorio, un mundo de sueños. Aún te quedan muchas desventuras que sufrir, has de pasar por pruebas muy duras, pero triunfarás, y saldrás bien de ellas. Al final realizarás la tarea que te has propuesto cumplir». Me froté los ojos y entonces pensé que, por supuesto, el Lama Mingyar Dondup había llegado hasta mí por viaje astral. Yo mismo había hecho a menudo cosas semejantes, pero aquello fue inesperado y me demostraba claramente que mi Guía pensaba en mí constantemente y que me ayudaba con sus pensamientos.

Durante un rato evocamos el pasado deteniéndonos en mis debilidades y

repasando fácilmente los muchos momentos felices que habíamos pasado juntos, como un padre y un hijo. Me enseñó, por medio de imágenes mentales, algunas de las penalidades con que había de tropezar y los buenos éxitos que lograría a pesar de los esfuerzos que harían para impedirlo. Después de un tiempo que no podía calcular, el halo dorado desapareció mientras mi Guía reiteraba sus palabras de esperanza y estímulo. Pensando casi sólo en ellas me tumbé bajo las estrellas que brillaban en el cielo helado y me dormí.

A la mañana siguiente nos despertamos pronto y preparamos el desayuno. Como de costumbre, celebramos nuestro servicio religioso de la mañana, que yo dirigí como miembro mayor eclesiástico, y luego continuamos nuestro viaje a lo largo de la senda que bordeaba la orilla del río.

A mediodía llegamos a donde el río se desviaba hacia la derecha y la senda seguía en línea recta. La seguimos. Terminaba en lo que nos pareció una carretera muy ancha. Luego supe que se trataba de un camino de segunda clase, pero nunca habíamos visto una carretera de esa anchura. Continuamos por ella maravillándonos de cómo estaba hecha y de la comodidad que suponía no tener que evitar las raíces salientes y los hoyos. Pensábamos que sólo nos faltaban dos o tres días más para llegar a Chungking. Entonces sentimos en la atmósfera algo extraño que nos hizo mirarnos inquietos. Uno de nosotros, que observaba el lejano horizonte, se irguió alarmado sobre los estribos, abriendo mucho los ojos y gesticulando. «¡Mirad! — exclamó—. Se acerca una tormenta de polvo». Señalaba hacia adelante por donde, efectivamente, avanzaba hacia nosotros un enorme nubarrón gris oscuro a una considerable velocidad. En el Tíbet hay nubes de polvo; nubes cargadas de arenilla que viajan por lo menos a unos ciento treinta kilómetros y de las que han de protegerse todos menos los yaks. La densa lana del yak lo protege, pero todas las demás criaturas, sobre todo las humanas, son arañadas por la arenisca hasta sangrar en el rostro y las manos. Nos quedamos desconcertados porque ésta era la primera tormenta de polvo que habíamos visto desde nuestra salida del Tíbet y nos preguntamos dónde podríamos escondernos. Pero nada veíamos que pudiera protegernos. Consternados, nos dimos cuenta de que la nube que se acercaba iba acompañada por un extrañísimo sonido, el más raro que habíamos oído hasta entonces: algo así como si un principiante tocase desafinadamente una potente trompeta de un templo o, pensamos, asustados, como si las legiones del diablo avanzasen contra nosotros. Hacía «zrom-zrom-zrom», sin cesar. El espantoso ruido aumentó rápidamente su intensidad y cada vez resultaba más raro. Además, se mezclaban estampidos y ruidos de matraca. Estábamos casi demasiado asustados para pensar y para movernos. La nube de polvo se precipitaba contra nosotros cada vez más rápida. El pánico nos paralizaba. Pensamos otra vez en las nubes de polvo del Tíbet, pero, desde luego, ninguna de ellas hacía ese terrible ruido. De nuevo, forzados

por el espanto, tratamos de encontrar algún sitio donde refugiarnos de esta terrible tormenta que nos amenazaba. Nuestros caballos fueron mucho más vivos que nosotros; empezaron a patalear y a saltar. Me daba la impresión de que tenían cascos volantes y mi caballo dio un feroz relincho y pareció doblarse por la mitad, lo cual produjo una extraña sensación como si se le hubiera roto algo al caballo o quizá fuera yo el que se hubiera partido una pierna. Entonces salí despedido, describiendo un arco por el aire y caí de espaldas a un lado del camino casi con el conocimiento perdido. La nube de polvo estaba ya encima y vi dentro de ella al mismísimo diablo, un rugiente monstruo negro. La nube pasó. Tendido de espaldas y, con la cabeza dándome vueltas, vi por primera vez en mi vida un automóvil. Era un desvencijado camión ex americano que viajaba al máximo de velocidad y haciendo un ruido terrible. Lo conducía un chino que hacía muchas muecas. ¡Qué espantoso olor despedía aquel vehículo! Luego le llamamos el «aliento del diablo». Era un olor a petróleo, aceite y abonos. La carga de abono que transportaba salía despedida a cada brinco del camión y un buen montón cayó a mi lado. El camión se fue alejando con un estruendo grandísimo envuelto en una nube de polvo y un escape de humo negro por detrás. Pronto se convirtió en un punto a lo lejos. Dejamos de oír el ruido.

Miré en torno a mí en el absoluto silencio que se había producido. No había ni señal de mis compañeros; y lo que quizá era peor, ¡el caballo no aparecía por ninguna parte! Seguí tratando de desembarazarme de la cincha que se había roto y se me había arrollado a las piernas cuando aparecieron los otros uno a uno, avergonzados y muy nerviosos por temor a que apareciera algún otro de aquellos rugientes demonios. Aún no sabíamos a qué atenernos sobre lo que habíamos visto. Todo había sido muy rápido y las nubes de polvo nos habían dificultado la visión. Los otros bajaron de sus caballos y me ayudaron a sacudirme el polvo. Por fin quedé presentable, pero... ¿dónde estaba el caballo? Mis compañeros habían llegado de todas direcciones, pero ninguno de ellos había visto mi cabalgadura. La buscamos entre todos, llamamos, miramos con atención en el polvo por si veíamos huellas de las herraduras, pero nada encontramos. Pensamos que el desgraciado animal había saltado al camión y éste se lo había llevado. Nos sentamos junto al camino para discutir lo que podríamos hacer. Uno de mis compañeros se ofreció a quedarse en una cabaña cercana para que yo pudiera utilizar su caballo, y esperaría allí hasta que regresaran los demás después de haberme dejado en Chungking. Pero este plan no me gustaba en absoluto. Sabía tan bien como él que necesitaba descansar, y, en definitiva, esto no resolvía el misterio del caballo desaparecido.

Los caballos de mis compañeros relinchaban y les replicó otro caballo desde la cabaña de un campesino chino. Apenas había empezado éste con su relincho cuando le hicieron callar como si le hubieran tapado el hocico. Comprendimos en seguida. Nos miramos y nos dispusimos a intervenir al instante. ¿Por qué había de estar

encerrado un caballo en la pobre choza de un campesino? No era el lugar donde se podía esperar que viviera el dueño de un caballo. Era evidente que estaban ocultándolo allí dentro. Nos pusimos de pie de un brinco y buscamos unos gruesos palos, pero como no los encontramos, cortamos unas gruesas ramas de los árboles próximos y nos dirigimos hacia la cabaña decididos a reclamar lo nuestro. La puerta parecía a punto de caerse a trozos y estaba sostenida por cuerdas bastas. Nuestra cortés llamada no logró respuesta. Había un silencio absoluto. Y cuando luego exigimos, ya sin miramientos, que nos dejaran entrar, tampoco nos respondió nadie. Sin embargo, era evidente que un caballo había relinchado y lo habían hecho callar. Así que cargamos contra la puerta, que resistió durante unos momentos nuestro asalto, pero las cuerdas se partieron y la puerta se entreabrió y, cuando estaba a punto de caer al suelo, la abrieron precipitadamente. Dentro estaba un viejo chino aterrorizado. El interior era asqueroso y el dueño un pobre hombre cubierto de andrajos. Pero esto no nos interesaba, sino que dentro estaba mi caballo con la cabeza metida en un saco. No nos gustó la conducta del campesino chino y le manifestamos nuestra censura de un modo categórico. Bajo la presión de nuestro interrogatorio, reconoció que había intentado robarnos el caballo. Dijo que nosotros éramos unos monjes ricos y podíamos permitirnos perder un caballo o dos; él, en cambio, no era más que un campesino. A juzgar por su gesto, parecía creer que íbamos a matarlo. Nuestro aspecto debía de ser feroz. Habíamos viajado quizá mil trescientos kilómetros y estábamos cansados y de pésimo estado. Sin embargo, no queríamos causarle ningún daño al viejo. Nuestro conocimiento del idioma chino —en colaboración— bastaba para permitirnos reñirle por lo que había hecho y anunciarle lo mal que iba a pasarle en la vida futura. Una vez que nos desahogamos volvimos a ensillar el caballo poniendo gran cuidado en que la cincha estuviese bien asegurada, y partimos para Chungking.

Aquella noche nos aposentamos en una pequeñísima lamasería. Había seis monjes en ella, pero nos dispensaron una hospitalidad tan completa como si hubiera sido grande. La noche siguiente fue la última de nuestro largo viaje. Llegamos a una lamasería donde, como representantes del Dalai Lama, fuimos acogidos con esa cortesía que estábamos ya acostumbrados a recibir como algo que se nos debía. De nuevo nos dieron alimento y acomodo; participamos en sus servicios del templo y hablamos hasta bien avanzada la noche sobre los acontecimientos del Tíbet, nuestros viajes a las mesetas del norte y acerca del Dalai Lama. Me satisfizo mucho saber que incluso allí era conocido mi Guía, el Lama Mingyar Dondup. Me interesó conocer a un monje japonés que había estado en Lhasa estudiando nuestra rama de budismo, la cual es muy diferente de la del Zen.

Se habló mucho de los inminentes cambios de China, la revolución y el establecimiento de un orden nuevo, un orden en que todos los terratenientes serían

expulsados de sus tierras y sustituidos por los campesinos analfabetos. Los agentes rusos andaban por todas partes prometiendo maravillas y sin realizar nada constructivo. Estos rusos, para nuestra manera de pensar, eran agentes del diablo que todo lo destrozaban y corrompían como la peste destroza el cuerpo. El incienso se quemaba y lo reponíamos cada vez que se agotaba. Conversábamos sin cesar, lamentándonos de los cambios que se preveían para China. Los valores humanos eran deformados y no se concedía importancia alguna a los asuntos del alma, sino sólo al poder pasajero. El mundo enfermaba gravemente. Pero las estrellas seguían imperturbables en el cielo. Proseguía la charla y por último fuimos quedándonos dormidos uno tras otro allí mismo donde estábamos. Por la mañana, empezaba nuestra última etapa. Para mí era el final del viaje, pero mis compañeros tendrían que regresar al Tíbet, dejándome solo en un mundo extraño y desagradable, donde únicamente el poder tenía razón. Aquella última noche apenas pude dormir.

Por la mañana, después de los habituales servicios religiosos, y una excelente comida, nos pusimos de nuevo en marcha por la carretera de Chungking. Nuestros caballos habían descansado bien. Ahora el tráfico era más numeroso. Abundaban los camiones y vehículos de varias clases. Nuestros caballos estaban continuamente inquietos y asustados. No estaban acostumbrados al estruendo de todos esos vehículos y el olor de petróleo quemado les irritaba constantemente. Se nos hacía muy difícil permanecer sobre ellos.

Nos interesaba ver a la gente trabajando en los campos fertilizados con excrementos humanos. Los campesinos iban vestidos de azul, el azul de China. Todos parecían viejos y muy cansados. Se movían afanosamente como si la vida les resultara un peso excesivo o como si hubieran perdido todos los ánimos y creyeran que nada valía la pena. Hombres, mujeres y niños trabajaban juntos. Seguimos cabalgando junto al curso del río, que habíamos vuelto a encontrar desde varios kilómetros atrás. Por fin llegamos a la vista de los altos montes sobre los cuales está construida la vieja ciudad de Chungking. Era la primera vez que veíamos una ciudad notable aparte de las del Tíbet. Nos detuvimos y admiramos fascinados aquella vista, pero a la vez, por mi parte debo reconocer que me asustaba la nueva vida que me esperaba.

En el Tíbet había sido yo una persona poderosa a causa de mi posición social, mis propios méritos y mi íntima relación con el Dalai Lama. Ahora llegaba a una ciudad extranjera, donde sería sólo un estudiante. Esto me hacía recordar de un modo doloroso las penalidades de mis primeros días de aprendizaje. Por eso la grandiosidad de aquel paisaje no me causaba placer. Sabía de sobra que aquella nueva etapa de mi vida sería sólo un paso en el larguísimo camino que me llevaría a sufrir en extraños países, aún más extraños que China, el Occidente, donde los hombres sólo adoraban el oro. Ante nosotros se extendía un terreno elevado con campos en terrazas que se

sostenían precariamente en las acentuadas pendientes. Arriba crecían árboles, que a nosotros, tan poco acostumbrados a ellos hasta aquel viaje, nos parecían un bosque. Además, allí las figuras vestidas de azul labraban los remotos campos como sus antepasados los habían labrado. Carros de una rueda de los que tiraban pequeños ponies pasaban cargados con productos hortícolas para los mercados de Chungking. Eran unos vehículos extraños. La rueda única salía por el centro del carro dejando espacio a ambos lados para las mercancías. En uno de esos carros vimos a una vieja en equilibrio a un lado de la rueda y dos chicos en el otro. ¡Chungking! Para mis compañeros significaba el final del viaje. Para mí, en cambio, era el comienzo de otra vida. La ciudad no me atraía. Estaba construida sobre altos riscos cubiertos con casas. Desde donde estábamos parecía una isla, pero sabíamos que no lo era, sino que estaba rodeada por tres lados por las aguas de los ríos Yangtsé y Chialing. Al pie de las rocas bañadas por el agua, había una larga y ancha franja de arena hasta un punto donde los ríos se encontraban, lugar que había de serme muy conocido en los meses siguientes. Lentamente, volvimos a montar en nuestros caballos y avanzamos. Ya más cerca, vimos que había escalones por todas partes y sentíamos una dolorosa añoranza al subir los setecientos ochenta escalones de una calle. Nos recordaba al Potala. Así entramos en Chungking.

Capítulo segundo

Chungking

Pasamos ante las tiendas con escaparates brillantemente iluminados, y en éstos veíamos géneros que desconocíamos. Algunos de ellos los conocíamos por las revistas que llegaban a Lhasa cruzando el Himalaya desde la India, país que los recibía de los Estados Unidos, esa tierra fabulosa. Un joven chino se apresuró hacia nosotros montando en la cosa más rara que viera yo hasta entonces: un armazón de hierro con dos ruedas, una delantera y otra detrás. Nos miró con fijeza y no podía apartar de nosotros sus ojos por lo cual perdió el control de su absurdo vehículo, cuya rueda delantera tropezó con una piedra y el carrito se tumbó de lado, saliendo despedido el viajero por encima de la rueda delantera para quedar tendido de espaldas en el suelo. Una señora china de edad avanzada estuvo a punto de caerse también al tropezar con ella el viajero.

Se volvió y riñó al pobre hombre, que se incorporó muy azorado y levantó del suelo aquel curioso aparato —al que se le había partido la rueda delantera—, se lo cargó sobre sus hombros y descendió luego tristemente por la calle de las escaleras. Pensábamos que habíamos llegado a una ciudad de insensatos porque todos actuaban del modo más disparatado. Seguimos nuestro camino despacio, admirando las cosas que se exhibían en las tiendas y tratando de descifrar lo que eran y para qué servían, pues, aunque habíamos visto las revistas norteamericanas, ninguno de nosotros había entendido ni una sola palabra, entreteniéndonos sólo con las fotografías.

Llegamos hasta el colegio al que yo iba a asistir. Nos detuvimos y entramos para que yo pudiera comunicar mi llegada. Tengo amigos todavía en poder de los comunistas y no quiero dar información alguna por la que puedan ser identificados, pues yo estuve más tarde muy relacionado con el joven Movimiento Tibetano de Resistencia. Nos resistimos muy activamente contra los comunistas que actuaban en el Tíbet.

Entré en el edificio y llegué a una habitación donde había un despacho con un joven chino sentado en una de esas típicas plataformas pequeñas de madera sostenidas por cuatro palos y con dos travesaños para apoyar la espalda. «¡Qué manera tan perezosa de sentarse!», pensé. ¡Nunca se me habría ocurrido comportarme de esa forma! Parecía un joven ocioso y despreocupado. Vestía de azul como la mayoría de los chinos. En su solapa llevaba una insignia que indicaba que era un empleado del colegio. Al verme abrió los ojos asombrado y también empezó a abírsele la boca. Entonces se puso en pie y unió las palmas de las manos mientras se inclinaba profundamente. «¡Soy uno de los nuevos estudiantes de aquí! —dije—. He venido de Lhasa, en el Tíbet, y traigo una carta del Abad de la Lamasería del Potala». Y le tendí el largo sobre que había conservado con tanto cuidado durante nuestro

penoso viaje. Lo tomó de mi mano, se inclinó tres veces y dijo:

—Venerable Abad, ¿quiere usted sentarse hasta mi regreso?

—Sí; me sobra tiempo —dije, y me senté en la posición del loto. Me miró turbado y movió nervioso los dedos, apoyándose un momento sobre un pie y luego sobre el otro y tragó saliva.

—Venerable Abad —dijo, con toda humildad y con el respeto más profundo—, ¿puedo sugerirle que se vaya acostumbrando a estas sillas, pues son las que usamos en este colegio?

Me levanté y me senté con gran aprensión en uno de aquellos abominables artefactos. Pensé —y aún lo pienso— que todo hay que probarlo una vez. Aquello me parecía un instrumento de tortura. El joven salió y me dejó allí sentado. Yo no dejaba de moverme, molesto. No tardó en dolerme la espalda, y el cuello se me puso rígido. «¿Es posible —me pregunté—, que no se pueda uno sentar ni siquiera como es debido, como hacemos en el Tíbet, y nos obliguen a permanecer medio levantados, sin reposar sobre el suelo?». Me movía continuamente y la silla crujía y oscilaba, por lo cual no me atreví a moverme más por miedo a que el absurdo aparato se hiciera pedazos. El joven regresó, volvió a inclinarse ante mí y dijo:

—El director le recibirá, venerable Abad; ¿quiere usted venir por aquí? —Me hizo una indicación con las manos para que pasara delante de él.

—No —dije—. Vaya usted por delante para indicarme el camino. Yo no sé por dónde se va.

Se inclinó de nuevo y pasó delante de mí. Todo me pareció tonto, pues algunos de estos extranjeros dicen que le indicarán a uno el camino y luego esperan que vaya uno delante. ¿Cómo voy a pasar delante si no sé a dónde voy? Ése era mi punto de vista y aún lo es. El joven vestido de azul me llevó por un corredor y luego llamó a la puerta de una habitación casi al final. A la vez que se inclinaba, abrió la puerta y dijo:

—El venerable Abad Lobsang Rampa.

Con estas palabras cerró la puerta a mis espaldas y me dejó en la habitación. Había allí un anciano junto a la ventana. Era de aspecto muy agradable, calvo y con una barbita, un chino. Lo extraño era que vestía con ese estilo que yo había visto antes y que llaman el «estilo occidental». Tenía una chaqueta azul y pantalones también azules con una fina raya blanca. Tenía una corbata de color y pensé lo triste que era que un anciano de aire tan digno llevase aquel disfraz tan impropio.

—De modo que es usted Lobsang Rampa —dijo—. He oído hablar mucho de usted y me honro aceptándole aquí como uno de nuestros estudiantes. Había recibido ya una carta acerca de usted aparte de la que usted mismo me ha traído y le aseguro que la preparación que usted ha tenido ya le situará desde el principio en un buen puesto. Su Guía, el Lama Mingyar Dondup, me ha escrito. Le conocí mucho hace unos años en Shanghai, antes de marchar yo a América. Me llamo Lee y soy el

director de este centro.

Tuve que sentarme y responder a todas las preguntas que me hizo para probar mis conocimientos de anatomía y de otras disciplinas. Lo que de verdad importaba —por lo menos así me lo parecía a mí—, las Escrituras, ni siquiera se refirió a ellas.

—Me agrada mucho el nivel que tiene usted —dijo—. Pero tendrá usted que estudiar mucho, porque aquí, además del sistema chino, enseñamos los métodos americanos de Medicina y Cirugía y tendrá usted que aprender un buen número de temas sobre los que no ha trabajado hasta ahora. Estoy doctorado en los Estados Unidos de América del Norte y nuestro patrono me ha confiado la preparación de un cierto número de jóvenes dentro de los últimos métodos americanos, procurando que éstos se adapten a las circunstancias de China.

Siguió hablando un buen tiempo, ensalzando las maravillas médicas americanas y los métodos de diagnóstico.

—La electricidad —añadió—, el magnetismo, el calor, la luz y el sonido serán materias que deberá usted dominar aparte de esa cultura tan intensa que su Guía le ha dado.

Le miré horrorizado. La electricidad y el magnetismo nada significaban para mí. No tenía ni la menor idea de lo que me hablaba. En cuanto al calor, la luz y el sonido, en fin, el más tonto los conoce de sobra. Se usa el calor para calentar el té, la luz para ver y el sonido cuando se habla. ¿Qué más puede estudiarse de ellos? Pero el anciano seguía hablando:

—Voy a sugerirle que, comoquiera que usted está acostumbrando a trabajar mucho, debería estudiar el doble que todos sus compañeros y hacer dos cursos a la vez, el que llamamos curso premédico al mismo tiempo que el de práctica médica. Con sus años de experiencia en los estudios podrá usted muy bien hacerlo.

Se volvió y revolvió unos papeles hasta sacar de entre ellos lo que reconocí, por lo que había visto en las revistas, como una estilográfica —la primera que había visto en realidad— y murmuró como para sí mismo:

—Lobsang Rampa: preparación especial en Electricidad y Magnetismo. Vea al señor Wu. Le recomiendo que preste especial atención a su caso.

Dejó a un lado la pluma, secó cuidadosamente lo que había escrito y se levantó. Me interesó mucho que emplease papel secante. Nosotros usábamos arena bien seca. Pero ya estaba en pie y me miraba:

—Está usted bastante avanzado en alguno de sus estudios —dijo—. Por lo que le he preguntado puedo decir que está usted incluso más adelante que algunos de nuestros médicos, pero tendrá que estudiar estas dos materias de las que hasta ahora no tiene usted conocimiento alguno. —Tocó un timbre y dijo—: Haré que le enseñen todo esto para que ya desde hoy tenga usted una idea de lo que es nuestro centro. Si tiene dudas venga a verme, pues le prometí al Lama Mingyar Dondup ayudarle a

usted en todo lo que pudiera.

Se inclinó ante mí y yo le respondí con otra inclinación tocándome el corazón. El joven del traje azul entró. El doctor le habló en mandarín. Luego se volvió hacia mí imperturbable y dijo:

—Si acompaña usted a Ah Fu, él le enseñará nuestro colegio y responderá a cualquier pregunta que desee usted hacerle.

Esta vez el joven me precedió sin vacilar después de cerrar cuidadosamente la puerta del despacho del director. En el corredor, dijo:

—Tendremos que ir primero al Registro, porque ha de firmar usted en el libro.

Recorrimos un pasillo y cruzamos un espacioso vestíbulo de suelo encerado. Al extremo empezaba otro corredor. Avanzamos por él unos pasos y entramos en una habitación donde había gran actividad. Los empleados trabajaban, según creo, en escribir listas de nombres mientras unos jóvenes permanecían en pie e, inclinados ante unas mesitas, escribían sus nombres en unos libros muy grandes. El empleado que me guiaba dijo algo a otro hombre, que desapareció en un despacho anejo al grande. Poco después, un chino bajo y rechoncho apareció con expresión resplandeciente. Llevaba unas gafas de cristales muy gruesos y vestía también al estilo occidental.

—¡Ah! —dijo—. ¡Lobsang Rampa! He oído hablar mucho de usted.

Me tendió la mano y yo me la quedé mirando, pues no sabía lo que deseaba que le diese. Pensé que quizá querría dinero.

—Debe usted estrecharle la mano a la manera occidental —me dijo mi acompañante al oído.

—En efecto, debe usted estrecharme la mano como hacen los occidentales —repitió el gordito—. Aquí usamos este sistema. —Y así, le cogí la mano y la estreché—. ¡Ay! —exclamó—. Me rompe los huesos.

—Es que no sé cómo se hace. En el Tíbet nos llevamos la mano al corazón, así. —Y le hice una demostración.

—Sí, sí, ya sé; pero los tiempos cambian y nosotros hemos adoptado este sistema. Ahora, estrécheme la mano como se hace; yo se lo enseñaré. —Y lo hizo para que yo aprendiera. Aquello era fácil y pensé que era una estupidez—. Ahora —dijo— tiene usted que firmar para que conste que estudia con nosotros.

Apartó con rudeza a algunos de los jóvenes que estaban junto a los libros y, humedeciéndose el índice y el pulgar de la mano derecha, hojeó un gran libro registro:

—Aquí firmará usted indicando su categoría.

Cogí una pluma china y firmé en el encabezamiento de la página «Martes Lobsang Rampa —escribí—. Lama del Tíbet. Sacerdote-cirujano de la lamasería de Chakpori. Encarnación Reconocida. Abad por nombramiento. Discípulo del Lama

Mingyar Dondup».

—¡Bien! —dijo el chino bajo y gordo cuando leyó lo que yo había escrito—. ¡Bien! Creo que nos llevaremos perfectamente. Quiero que dé ahora una vuelta por nuestras dependencias y que se haga una idea de las maravillas de la ciencia occidental que tenemos aquí. Volveremos a vernos. Luego habló con mi acompañante y este joven me dijo:

—¿Quiere usted venir conmigo? Lo primero que visitaremos será la sala de ciencias.

Salimos y a buen paso llegamos a otro edificio cercano de forma muy alargada. Allí había objetos de cristal por todas partes: botellas, tubos, frascos, todo el equipo que habíamos visto anteriormente en el Tíbet... pero sólo en fotografías de las revistas. El joven se dirigió hacia un rincón.

—Esto sí que es estupendo. —Y, manejando un tubo de metal, colocó una pieza de cristal debajo. Luego dio vueltas a algo sin dejar de observar el tubo—. ¡Mire esto! —exclamó. Miré y vi el cultivo de un germen. El joven me miró con impaciencia—. ¡Cómo! ¿Acaso no está usted asombrado? —dijo.

—En absoluto —respondí—. Teníamos uno buenísimo en la lamasería de Potala. Se lo regaló al Dalai Lama el Gobierno de la India. Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, tenía autorización para manejarlo cuando quisiera y yo lo usaba con frecuencia.

—¡Ah! —replicó el joven, que parecía muy decepcionado—. Entonces le enseñaré a usted otra cosa.

Me condujo fuera del edificio y pronto entramos en otro.

—Vivirá usted en la lamasería del Monte —dijo—. Pero he supuesto que le gustaría a usted ver las últimas comodidades que disfrutaban los estudiantes que viven con nosotros. —Y abrió la puerta de una habitación. Lo primero que vi fueron unas paredes encaladas y luego mis fascinados ojos se fijaron en un armazón de hierro negro con muchos alambres retorcidos que se extendían de un extremo a otro.

—¿Qué es eso? —exclamé—. Nunca he visto nada parecido.

—Eso —respondió con orgullo— es una cama. Tenemos seis de ellas en este edificio. Son camas sin lugar a dudas muy modernas.

Yo no dejaba de mirar aquel artefacto y tuve que preguntar:

—¿Una cama...? ¿Y qué hacen ustedes con este aparato?

—Dormir en él. Y le aseguro que es de lo más cómodo. Échese encima y se convencerá usted.

Le miré; miré a la cama y volví a mirarlo a él. Comprendí que no podía aparecer como un cobarde ante uno de estos empleados chinos; así que me senté en la cama. Crujió y gruñó debajo de mí; cedió bajo mi peso. Tuve la sensación de ir a caerme en el suelo. Me levanté de un brinco.

—Es que peso demasiado para esto —dije.

El joven trataba de contener la risa.

—No se preocupe; es así. Tiene que ceder cuando uno se pone encima. Es sencillamente una cama de muelles. —Se arrojó con todo su peso cuan largo era y botó encima. No, yo no haría una cosa así; era terrible verlo. Siempre había dormido encima del suelo y me bastaba con eso. El joven siguió rebotando y, cuando tomó más impulso, aterrizó en el suelo de golpe. «Le está bien empleado», pensé, mientras le ayudaba a ponerse en pie. Pero no se había inmutado, y me dijo—: Esto no es todo lo que tengo que enseñarle. Fíjese en eso.

Me condujo hasta la pared, donde había un pequeño recipiente que podría haber sido empleado para hacer *tsampa* quizá para media docena de monjes.

—Mire, mire —me dijo—. ¿No le parece maravilloso?

Por mucho que observaba aquel objeto, nada significaba para mí... No podía comprender su utilidad, ni por qué tenía un agujero en el fondo.

—Esto no sirve para nada —dije—; está agujereado. Aquí no se puede hacer el té. Se rió al oírme. Mis palabras le divertían sobremanera.

—Pues esto —dijo— es algo aún más nuevo que la cama. ¡Mire! —Extendió el brazo y tocó un resorte de metal adherido a un lado del cuenco blanco. Con gran estupefacción mía, brotó agua del metal—. ¡Agua! Está fría —dijo—. Completamente fría, convéznase. —Y puso la mano en el chorro—. Tóquela.

Así lo hice. Efectivamente, era agua, lo mismo que la del río. Quizá un poco más pasada, pues olía de un modo especial, pero lo admirable era que de un pedazo de metal salía agua. ¡Quién se lo hubiera figurado! El joven volvió a extender el brazo y sacó algo, un objeto negro. Con él tapó el agujero que había en el fondo de la jofaina. El agua seguía corriendo y pronto llenó el recipiente; pero no rebosaba, sino que se marchaba a algún otro sitio por un agujero que había no sé dónde, pero el hecho es que no se caía al suelo. Mi acompañante tocó de nuevo el resorte de metal y el chorro de agua se detuvo. Metió las dos manos en el agua y la removió.

—Fíjese qué agua más estupenda. No tiene usted que salir para sacarla del pozo.

También yo metí las manos en el agua y la removí. Era una sensación muy agradable no tener que arrodillarse a la orilla del río para meter las manos en su corriente. Entonces el joven tiró de una cadenita y el agua se marchó gorgoteando como un viejo en la agonía... Se volvió y cogió lo que yo creía una capa corta.

—Tenga, use esto.

Le miré y luego examiné con atención la tela que me había dado.

—¿Para qué es esto? —le pregunté—. ¡Si estoy completamente vestido!

Volvió a reírse de mí.

—No, no es para vestirse, sino para secarse las manos. Así. —Y me enseñó cómo se hacía. Volvió a ofrecérmelo—: Séquese las manos con esto —dijo. Y así lo hice

maravillado, porque la última vez que hablé en el Tíbet con mujeres se habrían alegrado mucho de disponer de aquel pedazo de tela para convertirlo en cualquier prenda útil mientras que nosotros estábamos allí estropeándola al secarnos las manos con ella. ¡Qué habría dicho mi madre si me hubiera visto!

Aquello del agua me había impresionado de verdad. Agua que brotaba del metal y jofainas con agujeros para usarla. El joven iba delante de mí con aire gozoso. Descendimos algunos escalones y entramos en una habitación del sótano.

—Aquí es —me dijo— donde guardamos los cadáveres tanto de hombres como de mujeres.

Abrió una puerta y allí dentro, sobre mesas de piedra, estaban unos cuerpos dispuestos para ser sometidos a la disección. El aire olía intensamente a extraños compuestos químicos que habían empleado para evitar la corrupción de los cuerpos. Por entonces yo no tenía la menor idea de lo que eran, porque en el Tíbet podíamos mantener sin corromperse mucho tiempo a los cadáveres a causa de la frialdad y sequedad de la atmósfera. Aquí, en cambio, en la humedad de Chungking tenían que ser acondicionados con inyecciones en cuanto morían con objeto de preservarlos para los pocos meses en que los estudiantes tendrían que trabajar sobre ellos. Abrió una vitrina y me dijo:

—Aquí tiene usted el último equipo quirúrgico llegado de América. Para amputar los brazos y piernas. ¡Mire!

Examiné aquellas brillantes piezas de metal y cristal y pensé: «En fin, de todos modos, dudo de que puedan hacer las cosas mejor de como las hacemos nosotros en el Tíbet».

Después de haber pasado casi tres horas en este recorrido de los edificios del Colegio, volví a reunirme con mis compañeros, que me esperaban sentados y bastante inquietos a la entrada del edificio central. Les dije lo que había hecho y visto, y añadí:

—Vamos a dar una vuelta por esta ciudad para ver qué clase de sitio es éste. A primera vista me parecen muy atrasados y bárbaros. El mal olor y el ruido son terribles.

Volvimos a montar a caballo y paseamos por la calle de las tiendas. Nos apeamos para poder ver de cerca, y una tras otra, todas las cosas notables que se exhibían en los escaparates. En nuestro recorrido de las calles llegamos a una que no parecía tener salida. Efectivamente, terminaba abruptamente en un acantilado. Esto me intrigó, de modo que nos acercamos y vimos que no estaba cortada al final de un modo tajante, sino que descendía en una violenta pendiente con unas escaleras que llegaban hasta los muelles. Vimos allá abajo grandes barcos de carga, juncos con sus velas latinas que flameaban ociosamente contra los mástiles con la brisa que rozaba el pie del acantilado. Los *coolies* cargaban algunos de los barcos, subiendo a bordo con un troteillo mientras sostenían sobre los hombros sus largos palos de bambú. A cada

extremo de estos palos llevaban cestos cargados. Hacía mucho calor y estábamos empapados de sudor. Chungking tiene fama de atmósfera pesada. Entonces, cuando caminábamos llevando de las bridas a nuestros caballos, empezó a extenderse la neblina que subía del río y llegó un momento en que íbamos a tientas en la oscuridad. Chungking es una ciudad muy elevada y más bien alarmante. Una ciudad de mucha piedra y pendientes peligrosas con casi dos millones de habitantes. Las calles eran como precipicios, tanto que algunas de las casas parecían cuevas abiertas en la ladera de una montaña mientras que otras sobresalían, pendientes sobre el abismo. Allí estaba cultivado hasta el último pie de tierra, celosamente vigilado y atendido. En algunas parcelas crecía el arroz y en otras los guisantes o el maíz, pero no se desperdiciaba ni un solo trozo de tierra. Por todas partes se inclinaban hacia el suelo las figuras vestidas de azul, como si hubieran nacido en esa postura y la conservasen todavía, arrancando mala hierba con sus manos cansadas. La gente de más elevada condición social vivía en el valle de Kialing, suburbio de Chungking, donde el aire era —para lo que suele ser en China, no para nosotros— saludable y las tiendas eran allí mejores y la tierra más fértil. Habían árboles y agradables arroyos. No era un sitio propio para los *coolies*, sino para los prósperos comerciantes, los hombres de profesiones liberales y todos los que disfrutaban de medios independientes. Allí vivían los mandarines y, en general, los de alta casta. Chungking era una ciudad poderosa, la mayor que cualquiera de nosotros había visto en su vida, pero no nos impresionaba.

De pronto nos dimos cuenta de que teníamos mucha hambre. No nos quedaban en absoluto víveres, de modo que teníamos que encontrar un sitio donde nos dieran de comer y, naturalmente, habría de ser al estilo chino. Llegamos a un sitio donde un rótulo anunciaba que allí se servía la mejor comida de Chungking y que servían con toda rapidez. Entramos y nos sentamos a una mesa. Una figura vestida de azul se nos acercó y nos preguntó qué deseábamos.

—¿Tienen ustedes *tsampa*? —dije.

—¡*Tsampa*! —replicó—. No, no tenemos de eso. Supongo que debe de ser uno de esos platos occidentales.

—Entonces, ¿qué tienen ustedes?

—Arroz, tallarines, aletas de tiburón, huevos... —me respondió.

—Bueno, entonces tomaremos bolas de arroz, tallarines, aletas de tiburón y cogollo de bambú. Dese prisa.

A los pocos momentos, estaba de vuelta con lo que habíamos pedido. Alrededor de nosotros comían otras personas y nos horrorizó la algarabía que formaban. En el Tíbet, en las lamaserías, era una regla inviolable que quienes comían no hablasen mientras duraba la comida porque era una falta de respeto para el alimento y éste podía vengarse produciéndonos extraños dolores en nuestro interior. En nuestra

lamasería, un monje nos leía siempre a la hora de comer las Escrituras y teníamos que escucharle con gran atención mientras comíamos. Aquí, en cambio, las conversaciones ensordecedoras eran de lo más frívolas. Aquello nos molestó mucho. Comíamos mirando sin cesar nuestros platos como nos prescribe nuestra orden. En verdad, algunas de las conversaciones no eran tan ligeras porque se hablaba mucho de los japoneses y de los trastornos que estaban causando en varias zonas de China. Por entonces ignoraba yo por completo de qué se trataba. Sin embargo, no nos preocupábamos de lo que sucedía en el comedor ni en Chungking. Si aquella comida fue extraordinaria para mí, era sólo por ser la primera comida que había tenido que pagar. Salimos en cuanto terminamos. Encontramos un sitio en el patio de un edificio municipal, donde pudimos sentarnos a hablar. Habíamos dejado nuestros caballos en una cuadra para darles el reposo que tanto necesitaban y allí podían darles de comer y beber, pues a la mañana siguiente mis compañeros tendrían que ponerse de nuevo en camino para regresar al Tíbet. Como cualesquiera turistas de cualquier país del mundo, les preocupaba lo que podían llevarles a sus amigos de Lhasa, y yo también me preguntaba qué debería comprarle al Lama Mingyar Dondup. Charlamos sobre esto y, como de común acuerdo, nos levantamos todos a la vez y nos dirigimos de nuevo a las tiendas cuyo exterior habíamos curioseado, pero esta vez para hacer nuestras compras. Después caminamos hasta un pequeño jardín donde nos sentamos y conversamos durante mucho tiempo. Había oscurecido ya. Las estrellas brillaban vagamente a través de la neblina, pues la niebla densa había desaparecido. De nuevo nos pusimos en pie y nos dirigimos en busca de un sitio donde cenar. Esta vez tomamos pescado, alimento que nunca habíamos probado y que nos sabía a algo rarísimo y muy desagradable, pero se trataba de un alimento y teníamos hambre. Terminada la cena, salimos en busca de nuestros caballos. Parecían estar esperándonos y relincharon con placer al acercarnos. Tenían excelente aspecto y cuando los montamos estaban muy bien dispuestos. Nunca he sido un buen jinete y prefiero un caballo cansado que uno con demasiadas ganas de moverse. Tomamos por el camino de Kialing.

Abandonamos la ciudad de Chungking y, siguiendo por la carretera, pasamos por los alrededores de la ciudad en donde habíamos de pernoctar: la lamasería donde yo tendría que recogerme después de mi trabajo. Doblamos a la derecha y subimos la pendiente de un monte cubierto de bosques. La lamasería era de mi propia orden y era lo que más podía parecerse a estar en el Tíbet. Cuando entré, fui directamente al templo, pues habíamos llegado justamente cuando empezaba el servicio religioso. El incienso se elevaba en nubecillas redondas y las profundas voces de los monjes más ancianos así como las agudas de los acólitos, formaban un contraste que me trasladaba a mi tierra, apenándome con la añoranza. Los otros parecían darse cuenta de mis sentimientos y me dejaban entregado a mi nostalgia. Una vez terminado el

servicio, seguí un buen rato en mi sitio torturándome con mis pensamientos. Pensé en la primera vez que entré en el templo de una lamasería después de una dura proeza de resistencia. Estaba hambriento y se me apretaba el corazón. Ahora también me angustiaba quizá más que entonces, pues por aquellos tiempos era yo demasiado joven para saber mucho de la vida y ahora, en cambio, me parecía saber demasiado, tanto de la vida como de la muerte. Por fin el anciano Abad encargado de la lamasería se me acercó suavemente:

—Hermano —me dijo—, no conviene pensar demasiado en el pasado cuando tenemos ante nosotros todo el futuro. El servicio ha terminado, hermano, y pronto empezará otro. Convendría que te acostaras, pues hay mucho que hacer mañana.

Me levanté sin hablar y le acompañé a donde tenía que dormir. Mis compañeros se habían retirado ya. Pasé delante de ellos, formas inmóviles en sus mantas. ¿Dormidos? Quién sabe. Quizás estuviesen soñando con el viaje que habían de emprender y el agradable fin que tendría éste cuando volvieran a encontrarse junto a sus compañeros en Lhasa. Yo también me envolví en mi manta y me tumbé en el suelo. Las sombras producidas por la luna se alargaron mucho antes de que yo lograra conciliar el sueño.

Me despertaron las trompetas y los gongs del templo. Era la hora de levantarse y de asistir al servicio religioso al que debíamos acudir antes de comer nada, pero yo tenía hambre. Sin embargo, después del servicio, con el alimento ante mí, faltaba el apetito. Apenas probé bocado porque me sentía muy deprimido. En cambio, mis compañeros comieron abundantemente. Pensé que comían demasiado y me molestó, aunque debía comprender que si lo hacían era por fortalecerse para el viaje de regreso que habían de emprender en seguida. Después del desayuno paseamos un poco. Apenas hablamos. En realidad teníamos muy poco que decirnos. Por último les dije:

—Entregad esta carta y este regalo a mi Guía, el Lama Mingyar Dondup. Decidle que le escribiré con frecuencia. Y también le diréis que habéis podido ver lo mucho que echo de menos su compañía y su orientación. —Saqué un pequeño paquete que guardaba debajo de la túnica—. Y esto es para el Dalai Lama. Dádselo también a mi Guía porque él se ocupará de que se lo entreguen al Dalai Lama.

Me volví dominado por la emoción y no quería que ellos me vieran conmovido, pues era un alto Lama y no debía exteriorizar mis emociones. Afortunadamente, también ellos estaban turbados porque se había establecido entre nosotros una sincera amistad a pesar —según las normas tibetanas— de nuestro diferente rango. Sentían mucho nuestra separación y dejarme en aquel extraño mundo que llegaron a odiar. Anduvimos un rato por entre los árboles contemplando las florecillas que alfombraban el suelo, escuchando el canto de los pájaros en las ramas de los árboles y admirando las finas nubes que navegaban por el cielo.

Había llegado el momento. Volvimos juntos a la vieja lamasería china oculta entre

los árboles del monte desde el que se dominaba a Chungking y sus ríos. Teníamos poco que decir y que hacer. Estábamos nerviosos y nos sentíamos deprimidos. Fuimos a la cuadra. Lentamente mis compañeros ensillaron sus caballos y cogieron de las riendas al mío, el que me había traído tan fielmente desde Lhasa y que ahora —feliz criatura— volvía al Tíbet. Intercambiamos unas cuantas palabras más, muy pocas, montaron en sus caballos y se alejaron hacia el Tíbet, dejándome allí de pie, en medio del camino, siguiéndolos con la mirada. Se hacían cada vez más pequeños hasta que desaparecieron a la vuelta del camino. Una nubecilla de polvo levantada por su paso fue desapareciendo y el cli-clop de las herraduras de sus caballos se apagó en la distancia. No sé cuánto tiempo permanecí allí sufriendo con mis pensamientos, pero me sacó de mi melancólica ensoñación una voz agradable que me dijo:

—Honorable Lama, ¿no quiere usted reconocer que en China están los que serán sus amigos? Estoy a su servicio, honorable Lama del Tíbet, colega estudiante de Chungking.

Me volví lentamente y allí, detrás de mí, se hallaba un agradable joven monje chino. Creo que se debió de preguntar cuál sería mi actitud ante su audacia, puesto que yo era un Abad, un alto Lama, y él sólo un monje chino. Pero me encantó verlo. Era Huang, un hombre a quien luego llamaría amigo, sintiéndome orgulloso de ello. Intimamos pronto y me alegré mucho que fuera a estudiar Medicina como yo a partir de la mañana siguiente. También él tendría que estudiar aquellas cosas tan extrañas, Electricidad y Magnetismo; así que podríamos conocernos bien. Nos dirigimos de nuevo hacia la entrada de la lamasería. Al pasar por los portales, avanzó hacia nosotros otro monje chino, que dijo:

—Tenemos que presentarnos en el Colegio. Hay que firmar en un registro.

—Ya lo he hecho —dije—. Firmé ayer.

—Sí, honorable Lama —replicó el otro—. Pero no me refiero al registro de ingreso que firmó usted con nosotros, sino al registro de fraternidad, pues en el Colegio seremos todos hermanos como en las universidades americanas.

Seguimos los tres caminando por la vereda entre los árboles. Era una vereda alfombrada de flores y por ella salimos a la carretera principal que va de Kialing a Chungking. En compañía de estos jóvenes, que venían a tener la misma edad que yo, el camino no me pareció largo ni penoso. Llegamos a los edificios en los que, de entonces en adelante, habríamos de pasar el día, y entramos. El joven empleado de traje azul, pareció alegrarse con nuestra presencia.

—Ah, esperaba que no faltasen ustedes, pues tenemos aquí un periodista americano que habla chino. Le gustaría muchísimo conocer a un alto Lama del Tíbet.

Nos condujo por el corredor hasta una habitación donde yo no había entrado. Me pareció una sala dedicada a recibir las visitas porque vi en ella a unos jóvenes

sentados en animada charla con unas muchachas, lo cual me produjo mala impresión. Yo por entonces sabía muy poco de las mujeres. Un joven alto se hallaba sentado en una silla. Se levantó al vernos entrar y se tocó sobre el corazón al estilo oriental. Por supuesto, yo le contesté de idéntica manera. Nos presentaron a él y entonces me tendió la mano. Esta vez no me cogía de sorpresa y se la estreché como me habían enseñado. Se rió.

—Ah, veo que aprende usted los modales de Occidente que están introduciéndose en Chungking.

—Sí —dije—. He llegado al extremo de sentarme ya en esas horribles sillas, y de saber estrechar la mano.

Era un muchacho muy simpático y aún recuerdo su nombre. Murió en Chungking hace algún tiempo. Salimos y nos sentamos sobre un bajo muro de piedra donde estuvimos conversando mucho tiempo. Le hablé del Tíbet y de nuestras costumbres. Le dije muchas cosas de la vida que yo había llevado allí. Él, por su parte, me habló de América. Le pregunté qué hacía en Chungking, pues me parecía extraño que un hombre tan inteligente viviese en un sitio tan sofocante como aquel sin ninguna razón que lo justificara. Por lo menos eso me parecía. Me respondió que preparaba una serie de artículos para una revista americana muy conocida. Me preguntó si podría hablar de mí en ella.

—Pues —le respondí— preferiría que no lo hiciese usted, ya que me encuentro aquí con una finalidad especial. He de estudiar para adelantar mi carrera y emplear luego esos conocimientos como trampolín para viajar por Occidente. Me parecería mejor que esperase usted a que yo hubiera hecho algo de importancia, algo de que mereciese la pena hablar. Entonces —proseguí— sería la ocasión de ponerme en contacto con usted y concederle la entrevista que usted tanto desea.

Era un joven sensato y honrado profesionalmente y comprendió mi punto de vista. Pronto nos hicimos muy buenos amigos; hablaba chino bastante bien y nos entendíamos sin dificultad. Caminó con nosotros parte del camino de regreso a la lamasería.

—Me gustaría mucho poder visitar en alguna ocasión el templo y participar en un servicio religioso. No soy de la religión de ustedes —añadió—, pero la respeto y querría rendir homenaje a su pueblo en el templo.

—Muy bien —le respondí—, vendrá usted a nuestro templo. Tomará parte en nuestros servicios y será bien recibido; se lo prometo.

Con estas palabras nos separamos porque teníamos mucho que preparar para el día siguiente en que empezaría yo mis nuevas actividades de estudiante como si no hubiera estado estudiando toda mi vida. De regreso a la lamasería tuve que repasar mis cosas para ver la ropa que se me había manchado y estropeado en el viaje. Tenía que lavarla yo mismo, pues, según nuestras costumbres, cuidamos de nuestra

vestimenta y de todos los objetos personales y no utilizamos criados para que nos realicen las tareas sucias. Más adelante había yo de llevar la ropa de un estudiante chino —la ropa azul—, porque mi túnica de lama atraía demasiado la atención y no deseaba hacerme publicidad, sino estudiar en paz. Además de las cosas corrientes, como lavar la ropa, debíamos atender los servicios religiosos y, en mi calidad de lama dirigente, tenía que intervenir en la administración del culto, pues, aunque durante el día era un estudiante, en la lamasería seguía siendo un sacerdote de alta posición con las obligaciones inherentes a ella. Así terminó el día, y me había parecido que nunca se acabaría el día en que, por primera vez en mi vida, me vi completamente separado de mi gente.

A la mañana siguiente —era una cálida mañana con buen sol—, Huang y yo partimos de nuevo por la carretera camino de una nueva vida, esta vez como estudiantes de medicina. Pronto hicimos el breve viaje y llegamos ante el colegio. Centenares de jóvenes se apiñaban ante el tablón de anuncios. Leímos cuidadosamente todas las noticias y vimos que nuestros nombres estaban juntos, de modo que tendríamos que estudiar a la vez todas las materias. Entramos en el aula que nos habían indicado. Nos sentamos y me admiró ver la extraña disposición de los pupitres, los adornos y todo lo demás. Después de pasar muchísimo tiempo —eso me pareció a mí, por lo menos— entraron otros en pequeños grupos y ocuparon sus asientos. Sonó un gong no sé dónde y entró un chino, que dijo:

—Buenos días, caballeros.

Nos levantamos todos porque el reglamento decía que ésa era la manera de demostrar respeto, y replicamos:

—Buenos días.

Dijo que nos iba a dar unos papeles escritos y que no debíamos desanimarnos por nuestros fracasos porque su tarea era descubrir lo que ignorábamos y no lo que sabíamos. Dijo que hasta que pudiera determinar con exactitud cuál era el nivel de conocimientos de cada uno de nosotros, no podría ayudarnos eficazmente. Los papeles trataban de todo con varias preguntas mezcladas, un verdadero guiso chino de conocimientos donde se trataba de Aritmética, Física, Anatomía, además, claro está, de todo lo relativo a la Medicina, la Cirugía y la Ciencia en general. Nos dio claramente a entender que si no sabíamos cómo responder a una pregunta podíamos hacer constar que no habíamos estudiado aquello, pero añadiendo, si podíamos, alguna información para que él pudiera darse cuenta del punto exacto en que terminaba nuestro conocimiento. Entonces sonó la campanilla. Se abrió la puerta y entraron dos ayudantes cargados con lo que parecían ser libros. Anduvieron por entre nosotros repartiendo los libros que en definitiva resultaron no ser tales sino manojos de hojas grandes donde venían escritas las preguntas, y muchas en blanco en las que teníamos que escribir los temas. Luego pasó uno de los ayudantes repartiendo lápices.

En esta ocasión íbamos a usar lápices y no pinceles. Así, nos pusimos a la tarea, contestando a las preguntas lo mejor que podíamos. Por el aura del profesor pude ver que era un sabio auténtico y que su único interés no era otro que el de ayudarnos.

Mi Guía y Tutor, el lama Mingyar Dondup, me había dado una educación muy especializada. El resultado de los papeles que nos entregaron en los dos primeros días demostró que yo estaba muy por delante de mis compañeros en un buen número de materias pero, asimismo, que yo no tenía conocimiento alguno de Electricidad ni de Magnetismo. Una semana después de aquel examen trabajábamos en un laboratorio donde nos habían de hacer una primera demostración porque algunos de los demás estudiantes estaban en mi caso, es decir, nada sabían de esas dos palabras que sonaban tan mal. El profesor nos estuvo hablando de electricidad, diciéndonos:

—Ahora les haré una demostración práctica de los efectos de la electricidad, una demostración inofensiva. Me entregó dos hilos y dijo:

—Por favor, sosténgalos usted hasta que yo le diga que los suelte.

Creí que me estaba pidiendo aquello para que le ayudase en su demostración (¡y así era!); de modo que agarré los hilos, aunque me desconcertó ver en su aura que aquel hombre se proponía una cierta forma de traición. Pensé que quizá estuviera juzgando mal al profesor; pero, de todos modos, no era un hombre muy de fiar. Se alejó de mí para sentarse en su mesa de experimentación. Allí apretó un resorte. Vi que salía luz de los alambres y que el aura del profesor revelaba asombro. Pareció extraordinariamente sorprendido.

—Apriételes más —dijo.

Y así lo hice. Apreté con fuerza los alambres en las manos. El profesor me miró y se frotó los ojos como si no creyera lo que veía. Que estaba estupefacto, no hacía falta la capacidad de ver el aura de las personas para darse cuenta en seguida. Es más, era evidente que el profesor no se había asombrado tanto en su vida. Los otros estudiantes miraban boquiabiertos. No podían comprender lo que pasaba, pues no tenían ni idea de lo que se proponía demostrar el profesor. Éste avanzó hacia mí rápido, después de haber movido de nuevo la palanca y me quitó de las manos los alambres.

—Debe de haber algo que no funciona, quizá se haya producido una desconexión.

Se llevó los dos alambres hasta su mesa. Tenía uno de ellos en la mano izquierda y el otro en la derecha. Sin soltarlos, movió con un dedo la palanca. Entonces lanzó un tremendo grito:

—¡Auuu! ¡Apaguen, me está matando! —Al mismo tiempo se le retorció el cuerpo como si todos sus músculos se hubieran anudado y paralizado. Siguió chillando y se le puso el aura como el sol en el momento de su ocaso. «¡Qué interesante! —pensé—. Nunca he visto nada tan bonito como esto en las auras humanas».

Los continuos gritos del profesor atrajeron a muchas personas, que entraron corriendo. Uno se precipitó a la mesa e hizo funcionar la palanca. El pobre profesor cayó al suelo temblando y sudando. Tenía el rostro verduoso. Por fin pudo levantarse agarrándose al borde de su mesa.

—Usted tiene la culpa. Ha sido usted quien me ha hecho esto.

—¿Yo? Nada he hecho. Me dijo usted que sostuviera los hilos y eso hice. Luego me los quitó usted y no sé qué habrá hecho, pero parecía que iba a morir.

—No puedo comprenderlo. No puedo comprenderlo —repetía.

—¿Qué es lo que no puede comprender? Hice todo lo que me indicó usted.

—¿De verdad que no ha sentido nada? ¿Ni siquiera un cosquilleo?

—Pues si he de decirle la verdad —reconocí—, he notado como un calorcillo agradable, pero nada más. ¿Qué es lo que debía haber sentido?

Otro profesor, el que había cortado la corriente, dijo:

—¿Quiere usted repetirlo?

—Claro que sí, tantas veces como usted desee.

Me entregó los alambres diciéndome:

—Ahora voy a dejar pasar la corriente. Dígame lo que sucede.

Dio de nuevo a la palanca, y yo dije:

—Pues, como antes: un calorcillo muy agradable. Es como si acercase las manos al fuego para calentarlas, pero nada que pueda causar preocupación ni le haga a uno gritar.

—Apriételes con más fuerza —me ordenó.

Le obedecí y apreté tanto los puños que tenía los músculos de la mano en tensión. Los dos profesores se miraban intrigados y por fin se cortó la corriente. Entonces uno de ellos volvió a quitarme los alambres y los envolvió en un paño manteniéndolos en las palmas de las manos.

—Encienda —dijo al otro.

Así, el otro profesor dio la corriente y el que tenía los hilos envueltos en trapos los soltó en seguida. Dijo:

—Todavía sigue. —Al dejar caer los dos hilos, éstos se libraron del paño y se tocaron. Se produjo un fogonazo azul de gran intensidad y saltó del extremo del alambre un trozo de metal fundido.

—Ahora han fundido ustedes los plomos —dijo uno, y salió para hacer una reparación no sé dónde.

Restablecida la corriente, continuó la clase de electricidad. Dijeron que se proponían darme doscientos cincuenta voltios como tratamiento de choque para demostrar de qué era capaz la electricidad. Tengo una piel extraordinariamente seca y doscientos cincuenta voltios no me hacen efecto alguno. Puedo poner las manos en dos alambres sin recubrir y no preocuparme de si tienen corriente o no. Por lo visto,

el pobre profesor era, por el contrario, extremadamente susceptible para las corrientes eléctricas. Durante su lección dijo:

—En los Estados Unidos, si un hombre comete un asesinato y si los tribunales creen que es culpable, lo matan con la electricidad. Lo atan a una silla, le aplican la corriente al cuerpo y ésta lo mata.

Lo cual me pareció muy interesante y me hizo pensar cómo se las arreglarían para matarme a mí, aunque no deseo probarlo en serio.

Capítulo tercero

Días médicos

Descendía una espesa niebla gris de los montes que dominaban a Chungking, y borraba las casas, el río, los mástiles de los barcos allá abajo, convertía las luces de los escaparates en manchas naranja-amarillas, amortiguaba los ruidos y, en conjunto, quizá mejorase la apariencia de Chungking. Se oían los pasos como deslizándose y un anciano muy encorvado surgía de pronto borrosamente de la niebla para perderse de vista en seguida. El silencio era impresionante donde estábamos, pues los únicos sonidos eran muy lejanos y fantasmales. La niebla era como una gruesa manta que todo lo mataba. Huang y yo habíamos terminado nuestras clases del día y era ya tarde. Habíamos decidido salir de las clases de disección del Colegio y respirar un poco de aire fresco. Pero sólo habíamos encontrado esta irrespirable niebla. Yo tenía mucha hambre y lo mismo le pasaba a Huang. La humedad nos calaba hasta los huesos y nos helaba.

—Vamos a comer algo, Lobsang. Sé de un buen sitio —dijo Huang.

—Muy bien —respondí—. Ya sabes que siempre estoy dispuesto para conocer cosas nuevas. ¿Qué vas a enseñarme hoy?

—Pues sencillamente, demostrarte que en Chungking se puede vivir perfectamente a pesar de lo que tú dices.

Se volvió y me indicó el camino, o, mejor dicho, anduvo a tientas hasta que nos pegamos a los muros y pudimos orientarnos por las tiendas. Descendimos un poco por la falda del monte y luego por una entrada que parecía una caverna abierta en un monte. Dentro se respiraba peor que en la niebla. La gente fumaba lanzando grandes nubes de maloliente humareda. Era la primera vez que veía tanta gente fumando a la vez, y era una gran novedad —aunque repugnante— ver a estas personas con tizones encendidos en la boca y el humo saliéndoles por la ventanilla de la nariz. Un hombre atrajo mi atención, especialmente porque no echaba el humo sólo por la nariz sino por los oídos. Se lo señalé a Huang.

—¡Ah!, ése —dijo— es más sordo que una piedra. Le agujerearon los tímpanos. O sea, que no tiene tímpanos que le impidan la salida del humo y por eso puede hacer ese numerito. Se acerca a un forastero y le dice: «Deme un cigarrillo y le enseñaré algo que usted no es capaz de hacer». Con esa habilidad suya, fuma cuanto quiere y gratis. Pero, en fin, encarguemos el alimento, que es lo importante —añadió Huang—. Aquí me conocen mucho y tendremos lo mejor a buen precio.

Aquello me venía muy bien porque durante los últimos días había comido mal. Todo me resultaba extraño, pero los alimentos más que nada. Huang habló con uno de los camareros, que tomó unas notas en una libretita y luego nos sentamos a charlar. La comida era uno de mis problemas, porque no podía conseguir los alimentos a los

que estaba acostumbrado y me veía obligado a comer, entre otras cosas, carne y pescado. Para mí, como lama tibetano, esto era indignante, pero mis mayores en el Potala de Lhasa me habían dicho que debería acostumbrarme a los platos extranjeros y me habían dado libertad para comer lo que buenamente pudiera obtener en China. Nosotros, los sacerdotes del Tíbet, nunca comemos carne. Pero esto no era el Tíbet y para cumplir con la tarea que se me había asignado, tenía que comer carne. Fue imposible obtener la comida que deseaba y me tuve que resignar con los repugnantes comestibles que me daban y, para colmo, fingir que me agradaban.

Llegó nuestra comida: media tortuga rodeada con caracoles de mar, un plato de ranas con curry y lechuga. Todo ello resultaba muy agradable al paladar, pero yo hubiera preferido con mucho mi *tsampa*. Así, poniendo a mal tiempo buena cara, me tomé las ranas bien guarnecidas con tallarines y arroz. Bebimos té. Una cosa que nunca he probado a pesar de cuanto me han insistido los que habitan fuera del Tíbet, han sido los licores alcohólicos. Nunca, nunca, nunca. Para nosotros, nada hay peor en el mundo que las bebidas intoxicantes, nada peor que la borrachera. Consideramos que la embriaguez es el más vicioso de todos los pecados, porque cuando el cuerpo se empapa de alcohol, el vehículo astral —la parte más espiritual de nosotros— se aparta de lo físico y queda como presa fácil para cualquier entidad rastrera. Ésta no es la única vida; el cuerpo físico sólo es una manifestación particular, la más baja de las manifestaciones, y mientras más se bebe, más se daña al propio cuerpo en otros planos de la existencia. Ya se sabe que los borrachos ven «elefantes rojos» y otras cosas muy curiosas que no tienen paralelo en el mundo físico. Creemos que éstas son manifestaciones de alguna entidad malvada que intenta obligar al cuerpo físico a realizar algún mal. Es muy sabido que los borrachos no están «en posesión de sus sentidos». Así que nunca he tocado las bebidas alcohólicas, ni siquiera el alcohol de cereales, ni siquiera el vino de arroz.

El pato «laqueado» está bien para los que apetezcan la carne. Yo prefieren el cogollo de bambú, pero en Occidente es imposible obtenerlo. Lo que más se le parece es una especie de apio que crece en un país europeo. El apio inglés es muy diferente y no es bueno. Ya que hablamos de la comida china, quizá convenga decir que no existe ningún plato que se llame *chopp-suey*. Eso no es más que un nombre genérico para toda la comida china, para cualquier plato chino. Si alguien quiere probar una comida china verdaderamente buena sólo tiene que ir a un restaurante auténticamente chino y pedir *ragout* de setas y cogollo de bambú. Después conviene tomar sopa de pescado y luego pato laqueado. En un auténtico restaurante chino no le darán a usted un trinchador, sino que el camarero acudirá con una pequeña hacha y partirá el pato en las rodajas del tamaño adecuado. Cuando usted haya dado su aprobación, las envolverá en cebolla y formará con ellas un *sandwich* con pan. Se coge uno de esos pequeños emparedados que se devoran en seguida. La comida puede terminar con

hojas de loto o, si lo prefiere usted, con raíz de loto. Hay personas que prefieren las semillas del loto, mas para eso se necesita una buena cantidad de té chino. Ése es el tipo de comida que nos dieron en aquel restaurante que Huang conocía tan bien. El precio resultó sorprendentemente razonable y cuando salimos estábamos en un alegre estado de ánimo, bien fortificados con tan buenos alimentos para afrontar la niebla. Subimos una calle para salir a la carretera de Kialing y cuando habíamos recorrido ya buena parte del camino, doblamos por la vereda que conducía a nuestro templo. Llegamos a la hora justa del servicio religioso. Las tablillas colgaban de sus palos, donde no había brisa, y las nubes de incienso estaban también inmóviles. Las tablillas están hechas de material rojo, con signos chinos dorados escritos sobre ellas. Eran las Tablas de los Antepasados y se usaban con el mismo propósito que se emplean las lápidas sepulcrales en los países de Occidente: para conmemorar a los muertos. Nos inclinamos ante Ho Tai y Kuan Yin, el dios de la buena vida y la diosa de la compasión y proseguimos nuestro camino hasta el interior del templo, débilmente iluminado. Después nos fue imposible cenar. Nos fuimos a dormir, lo que hicimos en seguida que nos enrollamos en nuestras mantas.

Nunca escaseaban los cadáveres para la disección. Eran en Chungking, por aquella época, una mercancía muy fácil de obtener. Y, más tarde, cuando empezó la guerra, no sabíamos qué hacer con tantos cadáveres. Éstos que nos proporcionaban para nuestros estudios, los teníamos en un sótano mantenido a una temperatura constantemente fresca. En cuanto podíamos obtener un nuevo cadáver en la calle o en un hospital, le inyectábamos en una ingle un desinfectante poderosísimo que conservaba el cuerpo durante meses. Era muy interesante bajar al sótano y ver aquellos cadáveres tendidos en grandes losas y fijarse en que invariablemente eran cuerpos delgados. Solíamos tener acaloradas discusiones sobre cuál de nosotros utilizaría el más delgado. Los cuerpos gordos eran muy molestos para la disección. Había que trabajar mucho con muy poco resultado. Para disecar un nervio o una arteria, había que separar capas y capas de tejidos grasientos.

Con frecuencia, la abundancia de cadáveres era tanta que los conservábamos en depósitos teniéndolos «en escabeche», como solíamos decir en broma. Por supuesto, en algunas ocasiones tropezábamos con la oposición de los parientes. En aquellos días, los niños que morían eran abandonados en las calles y lo mismo se hacía con los adultos cuyas familias eran demasiado pobres para costear un entierro a gusto de todos. Los dejaban en las calles aprovechando las horas de oscuridad. Nosotros, los estudiantes de Medicina, solíamos salir a primera hora de la mañana para recoger los que tenían mejor aspecto y, desde luego, los más delgados. Aunque podíamos haber tenido un cadáver entero para cada uno, lo más frecuente era que trabajásemos dos en cada cadáver, ocupándose uno de la cabeza y el otro de los pies. Así, resultaba de un mayor compañerismo. Muchas veces almorzábamos en la sala de disección si se

acercaba algún examen. Y no era raro ver a un estudiante con el libro de texto apoyado en sus muslos, los pies en el estómago de un cadáver. Por entonces, nunca se nos ocurrió que pudiéramos contagiarnos de muchas infecciones por los cadáveres. Nuestro director, el doctor Lee, seguía las últimas ideas americanas; en muchos aspectos constituía en él una manía copiar a los americanos, pero era un buen hombre e, indudablemente, uno de los chinos más brillantes que he conocido, y para mí era un placer estudiar con él. Aprendí mucho y me examiné muchas veces; pero sigo sosteniendo que me enseñaron mucha más anatomía los Quebradores de Cadáveres del Tíbet.

Nuestro colegio y el hospital adjunto se hallaban al extremo de la carretera, a lo largo de los muelles, frente a la calle de las escaleras. En el buen tiempo tenía una estupenda vista del río por encima de los campos escalonados, porque era una posición muy prominente que dominaba mucho terreno. Hacia el puerto fluvial, en una sección más comercial de la calle, había una viejísima tienda que parecía devorada por los gusanos y la pintura se desconchaba de las tablas. La puerta estaba desvencijada y torcida. Sobre ella aparecía una figura, tallada en madera y pintada chillonamente, que representaba un tigre. Estaba dispuesta de modo que la fiera arqueaba su lomo sobre la entrada. Sus fauces y feroces colmillos y garras eran tan realistas que infundían pavor a cualquiera. Ese tigre simbolizaba la virilidad, pues así se considera en China. El local atraía a los hombres decaídos y flojos y a todos los que deseaban fortalecerse lo necesario para proseguir sus diversiones. También iban allí las mujeres para adquirir ciertos mejunjes, extracto de tigre, o de raíz de *gingseng* cuando parecían no poder tener hijos. El extracto de tigre y el *gingseng* contenían grandes cantidades de una sustancia que ayudaba a hombres y mujeres en tales circunstancias, sustancias que hasta hace poco no han sido descubiertas por la ciencia occidental, que las presenta como un gran triunfo de la investigación y del comercio. Los chinos y los tibetanos ignoraban esta moderna investigación, pero ello no obstaba para que dispusieran de esos específicos desde hace tres o cuatro mil años. Sin embargo, no se han jactado debidamente de ello. Occidente podría aprender mucho de Oriente si los occidentales fueran más cooperativos. Pero, volviendo a la vieja tienda con el tigre feroz tallado y pintado sobre ella, añadiré que tenía un escaparate donde se vendían polvos de extraño aspecto, momias y frascos de líquidos coloreados. Éste era el establecimiento de un curandero al viejo estilo donde aún era posible obtener sapo en polvo, cuernos de antílope molidos en polvo para servir de afrodisíaco y otros raros productos. No era frecuente que en estos barrios más pobres fuesen los pacientes a someterse al tratamiento de la moderna ciencia del hospital. En cambio, el enfermo acudía a esta sucia tienda lo mismo que lo hacía su padre, y quizá como el padre de su padre. Presentaba sus síntomas al «médico» de turno que se sentaba como un búho con gafas de gruesos lentes detrás de un mostrador de madera

marrón. El viejo «médico» le escuchaba con paciencia, movía solemnemente la cabeza y, tocando al paciente con la yema de los dedos, prescribía muy teatralmente la medicina necesaria. Era tradicional que ésta había de ser de color de acuerdo con un código especial. Era una norma no escrita y vigente desde tiempos inmemoriales. Para un padecimiento estomacal, la medicina recetada sería amarilla, mientras que el paciente de una enfermedad de sangre o del corazón, saldría de allí con una medicina roja. A los enfermos de bilis o hígado, o incluso de carácter demasiado violento, se les recetaba una medicina verde. Los que padecían de la vista adquirirían una loción azul. Esta elección de los colores se hacía muy difícil cuando se trataba de curar el interior de una persona. Si se presentaba un enfermo al que dolía algo dentro de su cuerpo y se pensaba que era de origen intestinal, la medicina había de ser marrón. Las mujeres embarazadas sólo tenían que tomar carne pulverizada de tórtola para que el niño naciera con facilidad y ellas no sufrieran en el parto. Con aquella medicina, las mujeres podían dar a luz casi sin darse cuenta y de este modo no tendrían que interrumpir más que unos momentos su trabajo diario. El curandero les decía: «Váyase a casa, póngase el delantal entre las piernas de manera que el niño no se caiga al suelo al salir de usted, luego tráguese esta carne de tórtola en polvo».

El viejo curandero chino —aunque no trabajaba legalmente— estaba autorizado a hacer publicidad y esto lo realizaba del modo más espectacular. Por lo general podía exhibir en la fachada de su casa un gran rótulo donde se exaltaban sus maravillosas facultades como curandero. No sólo esto, sino que en la sala de espera de su local e incluso en la clínica estaban adornadas las paredes con grandes medallas y escudos que sus pacientes más ricos y asustados le habían regalado para testimoniar de modo tan maravilloso con que él había curado sus desconocidas enfermedades sólo con medicinas en polvos y pociones.

El pobre dentista tenía peor suerte; quiero decir, el dentista a la antigua. En la mayoría de los casos los dentistas no disponían de ningún local para recibir a sus clientes, sino que los atendían en la calle. La víctima se sentaba en un cajón y el dentista le examinaba la boca ante un público espontáneo y muy interesado. Entonces, con unas gesticulaciones muy exageradas y unos manejos misteriosos, procedía a extraer el diente enfermo. «Proceder» es el término adecuado, ya que si el paciente se asustaba demasiado y alborotaba mucho, no era fácil hacer la extracción. En tales casos el dentista no vacilaba en llamar a los espectadores para que sujetasen entre todos a la pobre víctima. Nunca se usaba anestésico. Los dentistas no se anunciaban como los médicos con rótulos, escudos y medallas, sino que se colgaban alrededor del cuello ristras de dientes y muelas que habían extraído. En cuanto sacaba un diente, lo limpiaba cuidadosamente y lo perforaba. Entonces lo ensartaba en la cuerda para añadir un testimonio más de su pericia como dentista.

Nos fastidiaba mucho que los pacientes a quienes habíamos dedicado nuestro

tiempo y nuestra atención y a los que habíamos tratado de acuerdo con los más modernos procedimientos recetándoles medicinas caras, entrasen subrepticamente por la puerta falsa de la casa de un viejo curandero chino para que le tratase su enfermedad. Protestábamos alegando que éramos nosotros quienes estábamos curando a aquel enfermo. El curandero replicaba que él tenía tanto derecho como nosotros. Pero el paciente se callaba, pues lo único que le interesaba era curarse.

A medida que avanzábamos en nuestros estudios y practicábamos en las salas de nuestro hospital, teníamos que salir con frecuencia con algún médico que tuviera ya el título para las visitas a domicilio y ayudar en las operaciones. A veces teníamos que descender hasta lugares que parecían inaccesibles, al pie de los acantilados, en algún sitio donde se hubiese caído un desgraciado rompiéndose los huesos o desgarrándose la carne casi sin remedio. Visitábamos también a los que vivían en casas flotantes en los ríos. En el Kialyng hay gente que vive en esas condiciones e incluso en balsas de bambú cubiertas con esteras sobre las que levantaban pequeñas cabañas. Éstas se balanceaban junto a la orilla del río y si no teníamos mucho cuidado, sobre todo de noche, era muy fácil fallar cuando se intentaba saltar a la balsa o pisar en unos bambúes que estaban flojos y se hundían bajo el peso de uno. Y no era lo más a propósito para levantarle a uno el ánimo los abucheos de los chicos que se reunían siempre por allí en tan lamentables ocasiones.

Los viejos campesinos chinos soportaban asombrosamente el dolor. Nunca se quejaban y siempre estaban agradecidos por lo que hiciéramos por ellos. Solíamos atender también a lo que no era nuestra obligación: ayudar a los ancianos, echarles una mano en la limpieza de su cabaña o prepararles la comida, pero con los jóvenes, las cosas no eran tan agradables. Crecía la inquietud de éstos y cultivaban ideas extrañas. Se infiltraban entre ellos agentes de Moscú, preparándoles para el advenimiento del comunismo. Lo sabíamos, pero nada podíamos hacer, a no ser observar aquello y lamentarlo mucho.

Antes de haber llegado a un grado tan avanzado en nuestra carrera médica, habíamos tenido que estudiar muchísimo, durante catorce horas diarias. Recuerdo la primera clase sobre Magnetismo a que asistí. Por entonces era una materia totalmente desconocida para mí. Me interesó tanto como la que escuché sobre Electricidad por primera vez. En verdad, el profesor no era un individuo muy agradable. Pero contaré lo que pasó.

Huang se había abierto paso por entre los estudiantes que leían en el tablón de anuncios a qué aula teníamos que acudir para la clase siguiente. Empezó a leer y, volviéndose a mí, me gritó:

—¡Oye, Lobsang, esta tarde tenemos clase de Magnetismo!

Nos alegramos al comprobar que estábamos en la misma clase porque nos habíamos hecho muy amigos. Pasamos a una aula cercana junto a donde se daban

clases de Electricidad. Dentro había muchos aparatos que nos parecieron muy semejantes a los empleados en Electricidad propiamente dicha. Rollos de alambre, extrañas piezas de metal con una cierta forma de herradura; varillas negras y otras de vidrio, varias cajas de cristal que parecían contener agua clara, trocitos de madera y plomo... Ocupamos nuestros sitios. Entró el profesor y se instaló pomposamente tras su mesa. Era un hombre corpulento, pesado de cuerpo y de espíritu. Estaba muy creído de sus méritos y se atribuía a sí mismo un talento que sus colegas no le reconocían, ni mucho menos. También él había estudiado en los Estados Unidos y mientras que sus compañeros habían regresado convencidos de lo poco que sabían, éste en cambio había llegado a la convicción de que todo lo sabía. Estaba seguro de que su cerebro era infalible. En cuanto estuvo sentado, cogió un pequeño mazo y golpeó con él la mesa violentamente, gritando: «¡Silencio!». Más bien era un rugido, cosa absurda porque nadie había hecho el menor ruido.

—Ahora vamos con el Magnetismo —empezó a decir—, que para algunos de ustedes será una revelación.

Cogió una de las barras dobladas en forma de herradura.

—Esto tiene un campo rodeándolo —dijo, y yo pensé inmediatamente en una pradera donde pacían caballos.

—Les voy a enseñar a ustedes a delimitar el campo de este imán con polvo de hierro. El magnetismo activará todas las partículas de este hierro, el cual irá trazando la exacta silueta de la energía que lo mueve.

Incautamente, le dije a Huang, que estaba detrás de mí:

—¿Para qué insistir en ello, si cualquier tonto puede verlo? El profesor se puso en pie furioso:

—¡Ajá! ¡De manera que el Gran Lama del Tíbet, que no sabe ni una palabra sobre Magnetismo y Electricidad, puede *ver* un campo magnético! —Y me apuntaba violentamente con el dedo índice—. ¿No es verdad que puede usted verlo? Nuestro Gran Lama es el único hombre del mundo capaz de semejante cosa, ¿no es así? —añadió, sarcástico.

Me levanté:

—Sí, honorable profesor, puedo verlo con toda claridad —dije—, y además puedo ver las luces que rodean a esos hilos.

Al oír esto, el profesor volvió a martillar la mesa furiosamente con el mazo, gritando al mismo tiempo:

—¡Miente usted! Eso nadie puede verlo. Ya que es usted tan listo, venga aquí y dibuje en la pizarra eso que ve.

Suspiré hondamente al acercarme a la mesa. Cogí el imán que estaba encima de ella, y poniéndolo sobre la pizarra, dibujé en torno a él la forma exacta del campo que yo veía con toda claridad, los límites exactos de la luz azulada que salía del imán.

También dibujé las rayas más claras que yo veía dentro del campo mismo. Para mí todo esto era elemental. Había nacido con esa facultad que me habían incrementado mediante las operaciones. Cuando terminé había un silencio total. Me volví; al profesor parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas mirándome.

—¡Usted lo había estudiado antes —chilló— y todo ha sido un truco!

—Honorable profesor —repliqué—, le aseguro que hasta hoy nunca había visto un imán de éstos.

—En fin, no sé cómo lo consigue usted —dijo—, pero ése es el campo magnético correcto. Sigo sosteniendo que se trata de un truco. E insisto en que en el Tíbet sólo le han enseñado a usted trucos... No lo comprendo.

Me quitó el imán, lo cubrió con una hoja grande de papel fino y esparció sobre el papel polvillo de hierro. Dio unos golpecitos en el papel con un dedo y las partículas tomaron exactamente la misma forma que yo había indicado en la pizarra. El profesor observó aquello, miró luego la pizarra y de nuevo a las limaduras de hierro.

—Sigo sin creerle, hombre del Tíbet —insistió—. Sigo convencido de que debe de haber un truco en esto.

Volvió a sentarse, abrumado, y permaneció unos momentos con la cabeza entre las manos. Luego se puso en pie de nuevo violentamente y señalándome otra vez con el índice me gritó:

—¡Me ha dicho usted que puede ver el campo de este imán! También pretende ver la luz que rodea a estos hilos eléctricos.

—Así es —repliqué—, puedo verla con toda facilidad.

—Perfectamente —dijo con sorna—; pues ahora le vamos a demostrar que es usted un falsario.

Dio la vuelta, tirando la silla al suelo con su precipitación y corrió a un rincón del aula, dónde, con un gruñido, levantó del suelo una caja de la que sobresalían unos hilos enrollados, y la colocó sobre una mesa delante de mí.

—Esta caja tan interesante —me dijo, burlón— es lo que se llama una caja de alta frecuencia. Si es usted capaz de dibujarme el campo de esto, creeré en usted. Ande, dibújeme ese campo. —Y me miraba fijamente, como diciéndome: «¿A que no se atreve usted ni a intentarlo?».

—Muy bien —dije—. Esto es elemental. Póngamela junto a la pizarra, para no hacer el dibujo de memoria.

Acercamos entre los dos la mesa hasta colocarla al lado de la pizarra. Cogí la tiza y me volví para empezar mi tarea. Pero en cuanto miré la caja, me quedé perplejo.

—¡Oh! —exclamé—. Se ha marchado. —Me asombraba no ver más que hilos y nada de campo ni cosa parecida. Cuando miré al profesor, le vi con la manó apoyada en la palanca. Había cortado la corriente y me miraba estupefacto.

—¡De manera que también puede percibir eso! ¡Qué extraordinario!

Volvió a dar la corriente y me dijo:

—Vuélvase de espalda a mí, observe los hilos y dígame cuándo hay electricidad en ellos y cuándo esta cortada. Así lo hice y le fui diciendo:

—Ahora sí, ahora no, ahora sí...

El profesor interrumpió la prueba y se sentó en su silla en la actitud del que acaba de recibir un tremendo golpe en sus más seguras creencias. Luego, con brusquedad, dijo:

—Ha terminado la clase. —Y dirigiéndose a mí, añadió—: Usted quédese, quiero hablarle a solas. —Los demás murmuraron, resentidos. Habían asistido a una clase que les había proporcionado sorpresas y gran interés, ¿por qué los echaban ahora? Pero el profesor no quería que se hicieran los remolones; a los remisos los empujaba para que salieran de una vez. Cuando el aula se vació, me dijo:

—Ahora que estamos solos, cuéntemelo todo. ¿Cómo se las arregla usted para hacerlo? Explíqueme el truco.

—No es un truco. Es una facultad innata en mí y que me fortalecieron mediante una operación especial. Puedo ver las auras. A usted, por ejemplo, le estoy viendo su aura. Gracias a ella sé que usted no quiere creerme; no está dispuesto a admitir que alguien tenga una habilidad que usted no posee. Por encima de todo, lo que usted desea es demostrar que le estoy engañando.

—No; lo que quiero demostrar es mis conocimientos, mi propia preparación científica, y si usted puede ver este aura, entonces es que cuanto yo he aprendido está equivocado.

—En absoluto —repliqué—. Lo que sucede es que toda esa preparación de usted viene a demostrar la existencia de un aura, porque de lo poquísimo que he estudiado ya de Electricidad en este colegio, deduzco que el ser humano está movido por la electricidad.

—¡Qué tontería más grande! —exclamó—. Esto es una herejía absoluta. —Y se puso en pie de un brinco—. Venga usted conmigo a ver al director. ¡Tenemos que arreglar este asunto!

El doctor Lee estaba sentado ante su mesa-despacho, muy atareado con papeles del colegio. Nos miró por encima de sus gafas cuando entramos y luego se las quitó para vernos con más claridad.

—¡Reverendo director —gritó el profesor—, este hombre del Tíbet dice que puede ver el aura y que todos tenemos auras o halos! Está intentando convencerme de que sabe más que yo, que soy el profesor de Electricidad y Magnetismo.

El doctor Lee nos indicó con suave gesto que nos sentásemos, y luego dijo:

—Bueno, ¿de qué se trata exactamente? Ya sé que Lobsang Rampa tiene la facultad de ver las auras. ¿De qué se queja usted?

El profesor se quedó estupefacto.

—¡Pero, reverendo director! —exclamó—, ¿es posible que *usted* crea semejante tontería, una herejía y una falsedad como ésa?

—Desde luego que sí —dijo el doctor Lee—, pues viene de lo más alto del Tíbet y ha sido el Más Alto quien me ha hablado de él.

Po Chu estaba desconcertado y abatido. El doctor Lee se volvió hacia mí y dijo:

—Lobsang Rampa, le ruego que nos explique usted mismo lo del aura. Díganoslo como si no supiéramos absolutamente nada del asunto. Expóngalo usted de manera que podamos entenderlo y tal vez beneficiarnos de la experiencia especializada que usted posee.

Aquello se presentaba de un modo muy diferente. Me agradaba el doctor Lee y su manera de tratar las cosas.

—Doctor Lee —dije—; nací con la facultad de ver a la gente como realmente es. Todos tienen en torno a ellos un halo que revela cualquier fluctuación del pensamiento, las variaciones en la salud y en las condiciones mentales o espirituales. Ese aura es la luz producida por el espíritu. En los dos primeros años de mi vida creí que todos veían lo mismo que yo, pero no tardé en comprender que no era así. Entonces, como usted sabe, ingresé en una lamasería a la edad de siete años y fui sometido a un entrenamiento especial. En esa lamasería me hicieron una operación para hacerme ver con mayor claridad lo que ya podía ver y que al mismo tiempo me dio nuevas facultades. En los días anteriores a toda memoria —proseguí—, el hombre tenía un tercer ojo. Por culpa de su propia locura perdió ese don, y ésa fue la finalidad de mi entrenamiento en la lamasería de Lhasa. —Los observé un momento y vi que me escuchaban con gran atención. En seguida continué—: Doctor Lee; el cuerpo humano está rodeado ante todo por una luz azulada, un halo luminoso que viene a tener unos dos centímetros y medio o quizá llegue a veces a cinco centímetros. Ese halo sigue y rodea a todo el cuerpo físico. Es lo que llamamos «cuerpo etéreo» y es el más bajo de los cuerpos. Es la conexión entre el mundo astral y el físico. La intensidad del azul varía según el estado de salud de la persona. Luego, encima del cuerpo etéreo se halla el aura. Varía muchísimo de tamaño según el estado de evolución de la persona y también da su nivel de educación y de sus pensamientos. Por ejemplo, el aura de usted tiene un gran tamaño —le dije al director— porque es la de un hombre muy culto. El aura humana, cualquiera que sea su tamaño, se compone de colores en movimiento, como nubes polícromas deslizándose por un cielo vespertino. Cambian con los pensamientos de una persona. Hay zonas del cuerpo, zonas especiales, que producen sus propias franjas horizontales de color. Ayer —dije—, cuando estaba trabajando en la biblioteca, vi algunas ilustraciones de un libro que trata acerca de una creencia religiosa occidental. Allí estaban retratadas unas figuras con la cabeza rodeada de un halo. ¿Significa esto que los occidentales, a quienes yo creía inferiores a nosotros, pueden ver las auras, mientras que nosotros los orientales

no podemos? Pero esas imágenes que representan a personas de Occidente —proseguí— tenían auras sólo en torno a sus cabezas. En cambio, yo no sólo las veo alrededor de la cabeza, sino de todo el cuerpo, incluso en las manos y en los dedos de los pies. Es algo que he visto toda mi vida.

—Esa información es la que yo tenía —dijo el director, volviéndose hacia Po Chu—. Sabía que Rampa poseía esa facultad y que la usaba en beneficio de los dirigentes del Tíbet. Por eso estudia con nosotros, para que pueda contribuir al desarrollo de un dispositivo especial que resultaría extraordinariamente beneficioso para la humanidad. En cuanto al descubrimiento y curación de las enfermedades, ¿cuál es exactamente la causa de que usted haya venido a verme con Lobsang Rampa? —preguntó.

El profesor estaba muy pensativo. Por fin dijo:

—Empezábamos las prácticas de magnetismo y aún no me había dado tiempo a demostrar nada cuando, al oírme hablar de los campos magnéticos, este hombre dijo que podía ver los campos que rodean al imán, lo cual me pareció completamente fantástico. Así que le invité a demostrarlo en la pizarra. Con gran asombro mío —continuó—, dibujó el campo en la pizarra y pudo también dibujar el campo de un transformador de alta frecuencia; pero en cuanto lo apagué no vio nada. Estoy seguro de que es un truco. —Miró desafiante al director.

—No —dijo el doctor Lee—, no es un truco. La verdad es ésa. Hace algunos años conocí al guía de Lobsang Rampa, el lama Mingyar Dondup, uno de los hombres más inteligentes del Tíbet, el cual no tuvo inconveniente (llevado por la amistad que me tenía) a someterse a ciertas pruebas y demostró que estaba capacitado para realizar lo mismo que a usted le ha asombrado tanto en Lobsang Rampa. Pudimos, un reducido grupo de nosotros, realizar algunas importantes investigaciones en este asunto. Pero, desgraciadamente, los prejuicios, el atraso mental y la envidia nos impidieron publicar nuestros descubrimientos. Es algo que vengo lamentando desde entonces.

Hubo un gran silencio. Pensé que el director había declarado con toda lealtad su fe en mí. El profesor, en cambio, estaba cada vez más abatido como si acabara de sufrir un gran fracaso en su carrera. Dijo:

—Si tiene usted esa facultad, ¿para qué estudia aquí?

—Quiero estudiar —respondí— toda la ciencia que me sea posible para contribuir a la preparación de un dispositivo semejante al que vi en las mesetas de Chang Tang, en el Tíbet.

El director me interrumpió:

—Sí, ya sé que fue usted uno de los que formaban parte en esa expedición. Me gustaría saber más de ese aparato.

—Hace algún tiempo —dije—, por el deseo del Dalai Lama fuimos un grupo a un valle oculto entre las montañas de Chang Tang. Allí encontramos una ciudad

antiquísima, anterior a todo testimonio histórico, una ciudad de una raza desaparecida. Estaba enterrada, en parte, bajo el hielo de un glaciar, pero en los sitios donde el glaciar se había derretido en el valle oculto, los edificios (y cuanto contenían) estaban intactos. Encontramos allí un aparato en forma de caja por el que se miraba y se veía el aura humana, y de este aura, de sus colores y aspecto general, podía deducirse el estado de salud de una persona; es más, aquellos remotísimos antepasados podían ver si una persona iba a padecer alguna enfermedad porque las probabilidades que indicaba el aura permitían verlas antes que se manifestaran en la carne. Asimismo, los gérmenes de la coriza se ven en el aura mucho antes de que aparezcan en la carne como resfriado común. Es mucho más fácil curar a una persona cuando está solamente amenazada por un padecimiento que cuando lo tiene ya en actividad. Se puede desarraigar a la enfermedad antes de que se haya podido agarrar bien.

El director asintió con la cabeza y luego dijo:

—Esto es de un gran interés. Siga usted.

—Me propongo lograr una versión moderna de ese antiguo aparato. Me gustaría poner de mi parte cuanto fuera posible para que ese medio fuera una realidad de modo que incluso el médico o cirujano menos clarividente pudieran ver el aura y color de una persona sólo con mirar por esta caja. Podría también este médico tener a su disposición una tabla correspondiente y por ella sabría lo que le sucedía a la persona observada. Podría diagnosticar sin dificultades ni inexactitudes.

—¡Llega usted demasiado tarde! —exclamó el profesor—. ¡Ya tenemos los rayos X!

—Los rayos X, mi querido colega —dijo el doctor Lee—, son inservibles para una finalidad como ésta de que hablamos. Lo único que hacen es mostrarnos las sombras grises de los huesos u otros cuerpos opacos. Lobsang Rampa no pretende mostrarnos los huesos de un enfermo con ese aparato, sino la fuerza vital del cuerpo mismo. Entiendo perfectamente lo que él se propone y estoy seguro de que la mayor dificultad con que va a tropezar serán los prejuicios y la envidia profesional. —Se volvió otra vez hacia mí—: Pero ¿cómo podría uno aliviar las enfermedades mentales con ese aparato?

—Reverendo Director —respondí—, si una persona padece de personalidad dividida, el aura lo revela con toda claridad porque se presenta en forma de aura dual y sostengo que, con un aparato adecuado, será posible fundir en una las dos auras, quizá por electricidad de alta frecuencia.

Ahora que escribo esto en Occidente, encuentro que existe un gran interés por estas materias. Muchos médicos eminentes han expresado ese interés, pero invariablemente me ruegan que no cite sus nombres, pues quedaría dañada su reputación profesional. Creo que estas observaciones pueden ser de interés. ¿Han

visto ustedes alguna vez los cables de energía eléctrica en una neblina? En tal caso, sobre todo en zonas montañosas, habrán notado ustedes que una corona rodea a los cables. Es decir, que una débil luz los envuelve. Si tienen muy buena vista, habrán observado que la luz oscila, está a punto de desaparecer y vuelve a crecer a medida que la corriente que circula por los cables cambia de polaridad. Algo muy semejante es lo que sucede con el aura humana. Nuestros remotísimos antepasados podían ver las auras o halos puesto que los pintaron en las imágenes de santos. Es evidente que esto no se puede atribuir a la imaginación, pues si solamente fuera obra de ella, ¿por qué pintarla en la cabeza, donde efectivamente hay una luz? La ciencia moderna mide ya las ondas cerebrales y el voltaje del cuerpo humano. Existe un famosísimo hospital donde, al realizarse hace unos años unas investigaciones con rayos X, los investigadores descubrieron que en las fotografías aparecía un aura humana, pero no comprendieron de qué se trataba ni les importó, porque su finalidad era fotografiar los huesos y no los colores exteriores del cuerpo y consideraban esa fotografía del aura como un fastidioso inconveniente para sus investigaciones. Aunque fuese una tragedia para la ciencia, lo cierto es que todo lo relativo a fotografía del aura quede postergado, mientras que los rayos X progresaron, lo cual, en mi humilde opinión, fue un gran error. Tengo gran confianza en que con un poco de investigación podrían los médicos y cirujanos disponer de la más maravillosa ayuda para curar a sus enfermos. Me parece perfectamente factible —y esto desde hace unos años— la construcción de un aparato especial que cualquier doctor puede llevar en el bolsillo y examinar con él a un paciente lo mismo que se puede llevar un trozo de cristal ahumado para mirar al sol. Con este aparato podría ver el aura del paciente y por las rayas de colores o las irregularidades de la silueta, podría saber con exactitud lo que padecía el enfermo. Y esto no sería lo más importante, pues no es decisivo saber lo que padece una persona, sino que es necesario curar y esto se podría lograr fácilmente con el aparato que he ideado, sobre todo en el caso de la enfermedades mentales.

Capítulo cuarto

Aviación

Era una tarde de calor bochornoso, sin una brisa apenas. Las nubes, encima del acantilado por donde caminábamos, estaban muy bajas. Eran unas masas de nubes relucientes que me recordaban el Tíbet porque tomaban formas fantásticas de imaginarias cadenas montañosas. Huang y yo habíamos pasado un día de gran trabajo, en la sala de disección. Había sido terrible porque los cadáveres llevaban demasiado tiempo guardados y olían de un modo insoportable. El olor de los cuerpos en descomposición, el del antiséptico y los demás olores mezclados nos tenían agotados. Me preguntaba por qué había tenido que marcharme del Tíbet, donde el aire era siempre puro y donde también eran puros los pensamientos de los hombres. Habíamos acabado por no resistirlo más y, después de lavarnos, habíamos ido a pasear por lo alto del acantilado. Pensábamos que nos era muy beneficioso entrar un poco en contacto con la naturaleza viva después de tan larga relación con los cadáveres. Además, desde allí arriba contemplábamos el tráfico en el río. Veíamos a los *coolies* cargando un barco, eternos portadores de sus pesadas cargas a ambos extremos de un largo bambú sobre sus hombros. Las cestas en que llevaban cargas de casi cincuenta kilos, pesaban a su vez unos tres kilos cada una, de modo que el *coolie* soportaba casi sesenta kilos a lo largo del día. Una vida muy penosa, pues trabajaban hasta morir, y morían muy jóvenes, gastados como caballos humanos maltratados continuamente. Cualquier animal era mejor tratado que ellos. Y cuando se agotaban y caían muertos, terminaban a veces en nuestras salas de disección para seguir de este modo siendo útiles a sus semejantes, ya que nos proveían del material necesario para adquirir la pericia indispensable con que trataríamos luego a los cuerpos vivos.

Nos apartamos del borde del acantilado. Nos refrescaba el rostro una levísima brisa que nos traía el dulce aroma de los árboles y las flores. Frente a nosotros había un bosquecillo y alteramos nuestra dirección para ir hacia ellos. A pocos metros del acantilado nos detuvimos con una extraña sensación de amenaza, una inquietud y tensión que no podíamos explicarnos. Nos miramos interrogativamente en silencio. Por fin, Huang dijo, inseguro:

—No parece que es un trueno.

—Nada de eso —repliqué—. Es algo muy extraño, algo de lo que nada sabemos.

Seguimos escuchando, con la cabeza ladeada y sin comprender qué era aquello. A la vez, mirábamos a nuestro alrededor y a las nubes. Y era de las nubes de donde venía el ruido, un constante «brom-brom-brom» que cada vez se hacía más fuerte y más duro. A fuerza de mirar al cielo vimos, por una abertura entre las nubes, una forma oscura con alas que se deslizaba increíblemente hacia la nube siguiente y desaparecía en ella antes de que hubiésemos podido verla bien.

—¡Es uno de los dioses del Cielo que viene a llevarnos!

Nada podíamos hacer. Estábamos inmovilizados por el asombro, esperando lo que pudiera suceder. El ruido era atronador, un ruido que ni Huang ni yo habíamos oído en nuestra vida. Luego, apareció una forma enorme que se sacudía hilachas de nubes como impaciente por librarse de todo obstáculo celeste. Pasó por encima de nuestras cabezas, dejando atrás el borde del acantilado con un horrible chirrido y una bocanada de aire hendido. Terminó el espantoso ruido y nos quedamos mirándonos, terriblemente impresionados. Luego, de común impulso corrimos hacia el borde del acantilado para ver lo que había sucedido a aquella extrañísima cosa del cielo, aquella cosa tan extraña y ruidosa. Nos tumbamos en el borde y miramos cuidadosamente al río brillante allá abajo. A la orilla del río, sobre la franja arenosa, se hallaba un rarísimo monstruo alado, ya en reposo. Mientras lo mirábamos tosió, lanzando una llamarada y una bocanada de humo negro. Esto, que nos sobresaltó y nos hizo palidecer, no era lo más extraño. Nos produjo un increíble asombro y verdadero horror ver cómo se abría una portezuela lateral del monstruo y salían por allí dos hombres. Por entonces, me parecía aquello lo más maravilloso que había visto en mi vida. Pero estábamos perdiendo el tiempo allá arriba. Nos pusimos en pie de un brinco y bajamos corriendo por el sendero del acantilado. Llegamos a la calle de las escaleras y, sin hacer caso del tráfico y prescindiendo de toda cortesía con los transeúntes, seguimos corriendo como locos en nuestro afán de llegar cuanto antes a la orilla del río.

Una vez allí nos enfurecimos porque no había ni un solo bote con un botero. Todos habían cruzado el río para ir adonde nosotros queríamos: a la otra orilla. Pero ¡sí!, había una barca detrás de una pequeña elevación del terreno. Fuimos hacia ella con la intención de echarla al agua y cruzar el río, pero vimos junto a ella a un hombre viejísimo que traía unas redes a sus espaldas.

—¡Oye, padre! —gritó Huang—. ¡Llévanos a la otra orilla!

—Pues la verdad es que no quiero ir —dijo el anciano—; ¿cuánto dan ustedes?

Había arrojado sus redes dentro de la barca y se apoyó contra el costado sin sacarse su vieja pipa de la boca. Cruzó las piernas y parecía dispuesto a pasarse allí toda la noche charlando. Nosotros, en cambio, estábamos frenéticos de impaciencia.

—Venga, viejo; ¿cuánto pides?

El viejo pidió una suma fantástica, con la que hubiera bastado para comprar su desvencijada barca. Pero estábamos tan excitados en aquellos momentos que hubiéramos dado todo cuanto teníamos por cruzar a la otra orilla. Sin embargo, Huang intentó regatear, pero yo le dije:

—Anda, no perdamos tiempo. Démosle la mitad de lo que pide.

El viejo saludó de contento al enterarse de que iba a cobrar unas diez veces más de lo que esperaba. El hombre subió a la barca y nosotros tras él.

—Calma, jovencitos. Van ustedes a volcarme el bote —dijo.

—Dese prisa, abuelo —dijo Huang—. El día se esta haciendo viejo.

El barquero, reumático, se quejaba de sus dolores y tomaba el asunto con tranquilidad. Cogió una pértiga e hizo avanzar la embarcación. Huang y yo no sabíamos como ponernos y tratábamos de dar mayor velocidad a la barca con nuestro esfuerzo mental, pero nada lograba acelerar los movimientos del viejo. En el centro de la corriente, ésta nos hizo virar en redondo; por fin logramos reemprender el buen rumbo y llegamos a la orilla opuesta. Para ganar tiempo fui contando el dinero cuando nos acercábamos y se lo entregué al barquero, que se apresuro a tomarlo. Luego, sin esperar a que la barca tocara la orilla, saltamos al agua, sumergiéndonos hasta la rodilla y subimos corriendo.

Ante nosotros se encontraba aquella maravillosa máquina, aquel increíble aparato que venía del cielo y que traía hombres dentro. La contemplamos con pasmo y veneración, asombrados de nuestra temeridad por habernos atrevido a acercarnos así. Había por allí también otras personas, pero se mantenían a una distancia respetable. Huang y yo nos acercamos, nos metimos por debajo, tocamos la goma de las ruedas, golpeándolas como para confirmar que eran reales. Pasamos a la proa y vimos que no tenía volante, sino una barra de metal con algo parecido a una herradura en el extremo superior.

—Ah —dije—. Eso debe de ser para irle quitando velocidad cuando aterrice. Teníamos algo parecido en mis cometas.

Todavía asustados y nerviosos, tocamos el costado de la gran máquina y no acabábamos de creer lo que veíamos: que era una estructura pintada y montada sobre un armazón de madera. A medio camino entre las alas y la cola tocamos una especie de portezuela y casi nos desmayamos de la impresión cuando se abrió y un hombre se dejó caer ágilmente al suelo.

—Bueno —dijo—; parecen ustedes interesadísimos.

—Desde luego —respondí—. He volado en una cosa como ésta, pero silenciosa, allá en el Tíbet.

El desconocido me miró con gran atención. —¿Ha dicho usted en el Tíbet? —preguntó.

—Sí, eso dije —respondí.

Huang intervino:

—Mi amigo es un Buda vivo, un Lama, y ahora estudia aquí en Chungking. Antes volaba en cometas de las que llevan pasajeros.

El hombre de la máquina aérea parecía muy interesado por estas noticias.

—Me parece estupendo lo que me cuentan ustedes —dijo—. ¿Quieren entrar para que nos sentemos y charlemos? —Se volvió y entró él primero. «Bueno —pensé—, he tenido muchas experiencias y no voy a asustarme de esto. Si este hombre se puede

meter en ese aparato, lo mismo puedo hacer yo». Así que entré, y Huang siguió mi ejemplo. Yo había visto un aparato mayor que éste en las mesetas del Tíbet y era el que les había servido a los dioses del cielo para salir de este mundo. Pero aquello había sido distinto, porque no resultaba tan imponente, ya que la máquina era silenciosa y ésta, en cambio, llegó rugiendo y batiendo el aire furiosamente.

Dentro había unos asientos, por cierto comodísimos. Nos sentamos. Aquel hombre no cesó de hacerme preguntas sobre el Tíbet, preguntas que me parecían completamente estúpidas. El Tíbet era lo más ordinario del mundo y allí estaba aquel hombre, con la máquina más maravillosa que se pudiera concebir, interesándose por todos los detalles de mi país, como si esto fuera un asunto trascendental para él. Al mismo tiempo, con gran dificultad y después de larga espera, pudimos sacarle algunas informaciones. Nos dijo que aquella máquina se llamaba aeroplano y era un aparato con unos motores para lanzarlo a través del cielo. Nos explicó que el ruido lo producían los motores. Aquel aeroplano lo habían fabricado los norteamericanos y lo había comprado una empresa china de Shanghai que se proponía establecer una línea aérea de Shanghai a Chungking. Los tres hombres que habíamos visto eran el piloto, el navegante y un mecánico y estaban en vuelo de pruebas. El piloto —el hombre con quien hablábamos— dijo:

—Tenemos que interesar en este asunto a las personalidades de aquí y darles la oportunidad de volar con nosotros para que se convenzan.

Nos hubiera gustado ser «personalidades» de Chungking para tener la oportunidad maravillosa de volar en aquel aeroplano. El piloto, como si adivinase nuestros pensamientos, prosiguió:

—Y ustedes, los del Tíbet, bien pueden considerarse como «personalidades». ¿Le gustaría a usted acompañarme en un vuelo?

—¡Claro que sí! —me apresuré a contestar—. Estamos dispuestos para cuando usted nos lo diga.

El piloto se dirigió a Huang y le dijo que a él no podría llevarlo, rogándole que saliera del aparato.

—¡Oh, no! —exclamé—. Si voy yo, ha de ir también mi compañero. —Así que Huang se quedó (¡pero le hice un menguado favor, como se vería luego!). Los dos hombres que estaban fuera regresaron al aeroplano. Hubo muchas señales con las manos. Hicieron algo en la parte delantera, se produjo un fuerte «bam» e hicieron algo más. De pronto hubo un ruido atronador y una terrible vibración. Nos agarramos con todas nuestras fuerzas, creyendo que se habría producido algún accidente y que el aparato se iba a hacer pedazos—. ¡Sujétense! —nos dijo el piloto, pero la advertencia era superflua, pues no podíamos sujetarnos ya más—. Vamos a arrancar —dijo, y empezó una sucesión de brincos, golpes, sacudidas, peor que la primera vez que monté en una cometa. Y ahora era mucho peor, porque, además de las sacudidas,

había un espantoso ruido. Después de un golpe sordo final, que casi me hundió la cabeza entre los hombros y la sensación de que alguien me estuviera empujando con todas sus fuerzas por debajo y por la espalda logré levantar la cabeza y mirar por la ventanilla lateral. Estábamos en el aire y ascendíamos. Vimos que el río se alargaba en un hilo de plata. Eran los dos ríos que formaban uno solo. Veíamos los *sampans* y los juncos que flotaban como pedacitos de madera. Luego miramos a Chungking, sus calles, sus empinadas calles que solíamos recorrer con tanta dificultad. Desde aquella altura parecían llanas, pero las terrazas de los campos por encima del acantilado seguían colgadas precariamente a la empinada falda del monte. Veíamos trabajar a los campesinos, ajenos a nosotros. De pronto se produjo una blancura, una oscuridad absoluta e incluso los ruidos de los motores parecían ensordecidos. Íbamos por entre las nubes. Pocos minutos después fue aumentando la luz. Salimos al azul pálido del cielo, inundados por la dorada luz del sol. Cuando mirábamos hacia abajo, era como si contemplásemos un mar helado, de una blancura deslumbrante por la intensidad de sus reflejos. Subíamos sin cesar y me di cuenta de que el piloto me iba hablando.

—Estamos a una altitud mucho mayor de la que usted pueda haber alcanzado en esos vuelos de que me hablaba en el Tíbet.

—No, no —repliqué—, pues cuando empecé a volar en una cometa de las que transportan a un hombre, llegué a cinco mil cien metros de altura.

Esto le dejó asombrado. Se volvió para mirar por una ventana lateral; un ala se inclinó y descendimos de lado en un chirriante picado. Huang se puso pálido más bien verdoso —un color horrible— y le sucedió algo tremendo: se fue ladeando en su asiento hasta quedar boca abajo en el suelo del aparato. Lo pasaba horriblemente. En cuanto a mí, estaba de sobra acostumbrado y era inmune al mareo en el aire. Lo único que experimentaba era una agradable sensación con las evoluciones del aeroplano. Cuando aterrizamos, Huang se había convertido en un montón de carne sufriente que emitía angustiosos gemidos. ¡Huang era un mal aviador! Para aterrizar, el piloto paró los motores y nos deslizamos por el cielo descendiendo suavemente. Sólo oíamos el silbido del aire al cortarlo nuestras alas. De pronto, cuando ya estábamos muy cerca de tierra, el piloto volvió a poner en marcha los motores y de nuevo nos ensordeció el tremendo estruendo de varios centenares de caballos de fuerza. Describimos un círculo y tocamos por fin tierra. Otra vez se pararon los motores y sentí una gran sacudida. El piloto y yo nos levantamos para salir. El pobre Huang no se hallaba en condiciones de bajar normalmente. Tuvimos que llevarlo entre el piloto y yo hasta dejarlo tendido sobre la arena para que se repusiera.

Debo reconocer que me porté mal con Huang, pues, mientras él seguía tumbado en la arena quejándose y haciendo extraños movimientos, me alegré de que fuese incapaz de levantarse. Me alegré, porque ésta era una excelente disculpa para quedarme allí y hablar con el hombre que había pilotado el aparato. Y eso hice; pero,

desgraciadamente, él sólo quería hablar sobre el Tíbet. ¿Qué tal país era para instalar pistas de aterrizaje? ¿Había sitios donde aterrizar fácilmente en aquellos momentos? ¿Podría dejarse caer un ejército con paracaídas? Por supuesto, yo no tenía ni la menor idea de lo que eran los paracaídas, pero dije que no, ¡por si acaso! Llegamos a un acuerdo. Yo le conté cosas del Tíbet y él me habló de la aviación. Luego añadió:

—Me sentiría profundamente honrado si quisiera usted entrevistarse con algunos amigos míos a quienes interesan también los misterios del Tíbet.

¿Qué necesidad tenía yo de conocer a esos amigos suyos? Yo no era más que un estudiante de Medicina y ahora quería saber de aviación, pero aquel individuo sólo pensaba en las relaciones sociales. En el Tíbet, yo había sido uno de los pocos que habían estudiado los vuelos y que habían volado por encima de las montañas en una cometa capaz de transportar a un hombre, pero aunque había sido una sensación maravillosa aquello de volar en el silencio absoluto, la verdad es que la cometa tenía que estar sujeta a la tierra. Sólo podía elevarme en el aire, pero no trasladarme a voluntad de un lugar a otro muy lejano. En cierto modo, venía a ser como el yak sujeto a una cuerda mientras pasta. Por eso me apasionaba saber más de esta rugiente máquina que volaba como yo había soñado poderlo hacer, ya que el piloto me había dicho que con aquel aparato se podía ir a cualquier parte del mundo. ¡Y lo único que se le ocurría era hablarme del Tíbet!

Durante algún tiempo habíamos estado empatados, puesto que ni yo le hablaba de mi país ni él a mí de aviación. Permanecíamos sentados en la arena mirándonos mientras que el pobre Huang se quejaba sin cesar, tendido allí cerca y sin que le prestásemos atención. Pero al poco tiempo accedí a reunirme con los amigos del piloto y hablarles un poco sobre los misterios del Tíbet. Incluso le prometí dar unas conferencias sobre ese tema. Él, por su parte, me llevaría de nuevo en el avión y me explicaría bien cómo funcionaba. Anduvimos primero en torno al aparato y el piloto me fue indicando varias piezas. Luego entramos y nos sentamos juntos en la parte de delante. Frente a cada uno de nosotros había una especie de bastón con media rueda en su extremo superior. Esta media rueda podía girar a la izquierda o a la derecha y el bastón podía ser empujado hacia adelante, o se podía tirar de él hacia atrás. Me explicó que al echarlo hacia atrás se elevaba el avión y al empujarlo hacia adelante se le hacía descender, mientras que los giros a la derecha o a la izquierda hacían que todo el aeroplano girase. Me indicó para qué servían los varios resortes. Luego se pusieron en movimiento los motores y, detrás de unas esferas de cristal, vi cómo temblaban unos indicadores que alteraban su posición a medida que cambiaba el ritmo de los motores. El piloto se portó bien, pues pasó mucho tiempo explicándomelo todo con detalle. Después de haber parado los motores, descendimos y seguimos repasando lo que se podía examinar por fuera.

Aquella tarde me reuní con sus amigos como le había prometido. Desde luego,

eran chinos. Todos estaban relacionados con el ejército. Uno de ellos me dijo que conocía mucho a Chiang Kai-Shek y el generalísimo trataba de formar el núcleo de un ejército técnico. Quería elevar el nivel general de los servicios en el ejército chino. Me dijo que dentro de unos cuantos días llegarían a Chungking uno o dos aviones más pequeños que el que yo conocía. Eran aviones que habían comprado a los norteamericanos. Al oír aquello pensé aún más en mis posibilidades en la aviación. ¿Cómo podría aprender a pilotar un avión?

Huang y yo salíamos del hospital unos días después, cuando vimos aparecer como flechas de entre unas nubes muy densas dos formas plateadas. Eran dos cazas de una sola plaza que llegaron de Shanghai como estaba previsto. Dieron unas vueltas sobre Chungking y luego, como si hubieran descubierto el sitio exacto donde debían aterrizar, descendieron muy juntos. Nos apresuramos por la calle de las escaleras y llegamos a la arena. Estaban allí dos pilotos chinos de pie junto a los aviones muy atareados en limpiarles las huellas de su vuelo por las nubes sucias. Huang y yo nos acercamos a ellos y nos dimos a conocer al jefe de los dos, el capitán Po Ku. Huang me había hecho saber de un modo tajante que por nada del mundo volvería a volar. Después de su primer —y último— vuelo, había creído morir.

El capitán Po Ku dijo:

—Ah, sí; he oído hablar de usted. Precisamente estaba pensando cómo ponerme en contacto con usted.

Esto me halagó mucho. Charlamos un rato. Po Ku me señaló las diferencias que existían entre su aeroplano y el de pasajeros que nosotros conocíamos ya. Nos dijo que este avión era de un solo asiento y que no tenía más que un motor, mientras que el otro donde habíamos volado era un trimotor. No pudimos quedarnos más tiempo, pues aún teníamos que hacer nuestra ronda y nos marchamos muy a nuestro pesar.

Al día siguiente teníamos la tarde libre y nos marchamos en cuanto pudimos a donde estaban los dos aeroplanos. Le pregunté al capitán que cuándo iban a enseñarme a pilotar como me habían prometido. Me dijo:

—Oh, eso no podría hacerlo en modo alguno, pues sólo estoy aquí por orden de Chiang Kai-Shek para exhibir estos aviones.

Aquel día no me aparté de él y cuando le vi al día siguiente me dijo:

—Si quiere usted, puede sentarse en el aparato y con eso se contentará. Siéntese ahí y maneje los mandos para acostumbrarse. Mire usted, así es como funcionan.

Eran muy parecidos a los del trimotor, pero, desde luego, mucho más sencillos.

Aquella tarde los llevamos a él y a su compañero —dejaron unos policías vigilando los cazas— al templo donde vivíamos y, aunque insistí mucho, no pude lograr que me dijeran claramente cuándo me iban a enseñar a volar. Po Ku me dijo:

—Tendrá usted que esperar mucho. Se necesitan varios meses de preparación. Tendría usted que aprender en una escuela de tierra y volar luego en un aparato de

dos plazas para que su instructor le fuese entrenando y necesitaría muchas horas de vuelo acompañado por un instructor antes de que se le permitiera pilotar solo un aparato como el nuestro.

Al día siguiente, a la última hora de la tarde, bajamos de nuevo. Huang y yo cruzamos el río y, en la otra orilla, se hallaban los dos aviadores completamente solos junto a sus aviones. Los dos aparatos estaban muy separados. Por lo visto, el del amigo de Po Ku tenía alguna avería, pues lo estaba reparando y se veían herramientas por todas partes. Po Ku tenía su motor en marcha, haciendo no sé qué prueba. Lo detuvo, hizo un ajuste y volvió a ponerlo en marcha de nuevo. El motor hizo «fut-fut-fua» y era evidente que no marchaba bien. El piloto no se fijó en nosotros, pues tenía toda su atención puesta en el motor. Luego, cuando éste empezó a ronronear de un modo uniforme y con suavidad, como un gato satisfecho, se irguió y se secó las manos en un pedazo de trapo. Parecía contento. Se volvía para hablarnos cuando su compañero le llamó con urgencia desde el otro aparato. Po Ku iba a parar el motor, pero al ver que el otro piloto agitaba los brazos frenéticamente, se lanzó al suelo con celeridad y salió corriendo.

Miré a Huang y le dije:

—Ajá, ¿me ha dicho que puedo sentarme y practicar con los mandos, no? Bueno, pues me sentaré.

—Lobsang —dijo Huang—, ¿no estarás pensando ningún disparate?

—En absoluto —repliqué—. Soy capaz de conducir este aparato. Ya me he enterado perfectamente de cómo funciona.

—Pero, hombre —dijo Huang—, vas a matarte.

—¡Qué tontería! —exclamé—. ¿Acaso no he volado en cometas? ¿No he permanecido mucho tiempo a enorme altura sin marearme?

El pobre Huang estaba abatido y le asustaba mi propósito, pues, como ya sabemos, no estaba muy bien dotado para los vuelos.

Miré hacia el otro avión, pero los dos pilotos estaban demasiado atareados para preocuparse de mí. Se hallaban arrodillados en la arena haciendo algo en una parte del motor y era evidente que aquello les preocupaba muchísimo. Por allí no había nadie más que los pilotos, Huang y yo, de modo que... subí al avión. Como había visto hacer a los otros, aparté a puntapiés los tacos de madera que sujetaban las ruedas y subí a toda prisa al aparato en cuanto éste empezó a moverse. Ya me habían explicado varias veces cómo funcionaban los mandos y sabía de sobras lo que debía hacer. Empujé con fuerza hacia adelante el mando, tan fuerte que me lastimé la muñeca izquierda. El motor rugió con toda su potencia como si quisiera arrancarse del avión y salir volando por su cuenta. Entonces salimos el aparato y yo a toda velocidad por la franja de arena amarilla. Vi como un fogonazo donde el agua y la arena se encontraban. Por un momento sentí pánico, pero en seguida recordé: «debes

tirar hacia atrás». Y eso hice inmediatamente, tirando de la columna de control. El caza levantó el morro, las ruedas besaron las olas, levantando espuma, y me elevé. Sentí como si una mano inmensa y poderosa me empujase hacía arriba. El motor rugió y pensé: «No debo dejarlo ir con demasiada velocidad, tengo que frenarlo o estallará». Así que tiré del control una cuarta parte hacia atrás y el ruido del motor disminuyó. Miré por un lado del aparato y me impresioné, pues allá abajo, a mucha distancia, estaban los blancos acantilados de Chungking. Había subido a gran altura y ya apenas podía saber dónde estaba. No cesaba de elevarme. ¿Dónde estaban los acantilados de Chungking? ¡Qué espanto! Si seguía elevándome, saldría del mundo. Y justamente cuando pensaba esto, sentí una terrible sacudida y me pareció que me hacía pedazos. El mando que tenía en la mano se libró de ella como si estuviera vivo. Salí despedido contra un costado del aparato, que se inclinó violentamente y fue descendiendo hacia la tierra. Durante unos momentos sentí verdadero terror. Me dije: «Esta vez te has pasado de listo, Lobsang. Dentro de unos segundos te habrás convertido en un montón de migajas. ¿Por qué habré salido del Tíbet?». Entonces, con un gran esfuerzo de voluntad, procuré recordar lo que me habían explicado y lo que me había enseñado mi propia experiencia de volar en cometa. Los mandos no podían servirme, de modo que había de dar toda la marcha y dirigir el avión en una dirección determinada. Apenas lo había pensado cuando ya empujaba el mando hacia adelante y el motor empezaba de nuevo a rugir. Entonces agarré con todas mis fuerzas el mando y me apoyé contra el respaldo del asiento. Con las manos y las rodillas obligué al mando a inclinarse hacia adelante. El morro se inclinó hacia abajo de un modo sorprendente. No tenía cinturón de seguridad y, si no hubiera estado tan fuertemente agarrado a los mandos, habría salido despedido. Me parecía tener hielo en las venas, como si alguien me estuviera echando nieve por la espalda. Tenía las rodillas muy débiles; el motor rugía cada vez con más fuerza. Yo era calvo, pero estoy seguro de que si no lo hubiera sido, se me hubieran erizado por completo los cabellos a pesar de la corriente de aire. «Ya está bien», me dije y, con una gran suavidad por temor a que se rompiera, hice retroceder aquel mando. Paulatinamente, con aterradora lentitud el morro del avión empezó a subir, pero mi excitación me hizo olvidar que debía nivelar la posición del aeroplano. Y por ello siguió encabritándose hasta que la extraña sensación que me invadía me hizo mirar hacia abajo, ¿o era hacia arriba? ¡Toda la tierra estaba encima de mi cabeza! Por unos momentos estuve tan desconcertado que no podía comprender lo que había sucedido. Entonces el avión dio una sacudida y volvió a darse una zambullida de manera que la tierra estaba directamente enfrente de mí. Había realizado un salto mortal. Había volado cabeza abajo sujeto con manos y rodilla a la cabina, sin cinturón de seguridad. Reconozco que pasé un gran miedo, pero recuerdo que me dije: «Bueno, si puedo cabalgar a los lomos de un caballo, lo mismo puedo permanecer en un avión». Así, dejé que el

avión descendiese aún más y luego fui tirando paulatinamente del mando. De nuevo sentí como si una mano poderosa me empujase, pero esta vez manejé el mando con tanto cuidado sin dejar de observar el suelo que pude nivelar el aparato hasta hacerle emprender un vuelo normal. Estuve unos instantes secándome el sudor de la frente y pensando en lo terrible que había sido aquella experiencia: primero precipitado hacia abajo, luego vertical y después volando cabeza abajo. En definitiva, ya no tenía idea de dónde estaba.

Miré por un lado a la tierra. No hacía más que dar vueltas sin saber encima de dónde. Podría ser el desierto de Gobi. Por fin, cuando ya casi había perdido toda esperanza se me ocurrió una idea salvadora: ¿Dónde estaba el río? Es evidente, me dije, que si puedo localizar el río, luego, yendo a la izquierda o a la derecha podré orientarme perfectamente. Así que hice girar al avión suavemente y a la vez que describía este círculo, observaba a lo lejos. Por fin descubrí un débil hilo de plata en el horizonte. Dirigí el avión en aquella dirección y la mantuve. Empujé el mando para ir más rápido y luego volví a tirar de él hacia atrás, pues temía que se rompiera algo por la enorme trepidación. La verdad es que me daba cuenta, fastidiado, de que todo lo estaba haciendo de un modo extremoso. Había manejado los mandos de una manera tan exagerada que el aparato había reaccionado siempre como un caballo encabritado. Convencido de ello, traté de hacerlo todo con mayor suavidad. Ésta fue la nueva actitud que adopté a partir de entonces.

Cuando me encontré sobre el río, seguí a lo largo de él en busca de los acantilados de Chungking. Era extrañísimo, pero no podía encontrar el sitio. Entonces decidí descender y empecé a dar vueltas cada vez más abajo en busca de aquellos acantilados y de los campos en terraza. Pero no los encontraba. Por fin se me ocurrió que todas aquellas manchitas en el río debían de ser barcos cerca de Chungking. Un pequeño vapor de ruedas, los *sampans*, y los juncos. En vista de lo cual, descendí aún más y entonces vi una estrecha banda de arena. Seguí describiendo espirales como un halcón que desciende en busca de su presa. La franja de arena se fue haciendo más ancha a cada momento, y allí estaban tres hombres que me miraban horrorizados, tres hombres —Po Ku, su compañero y Huang— que estaban completamente seguros, como después me confesaron, de que habían perdido un avión. Pero yo, en cambio, había recuperado toda la confianza, demasiada confianza. Había volado cabeza abajo y encontrado a Chungking. Pensaba que era el mejor piloto del mundo. Precisamente en ese momento empezó a picarme la pierna izquierda en una mala cicatriz que me quedaba de cuando me quemé en la lamasería. Supongo que inconscientemente me rasqué la pierna; el avión se tambaleó. Un huracán me abofeteó en la mejilla izquierda y el aparato se lanzó de cabeza con una ala inclinada. Una vez más empujé el mando y tiré del control. El avión tembló y las alas vibraron. ¡Creí que se iban a desgajar! Milagrosamente se mantuvieron en su sitio. El avión se encabritó como un

caballo irritado, pero en seguida emprendió un vuelo nivelado. El corazón me latía alocadamente con el esfuerzo y el pánico. Describí un nuevo círculo sobre la pequeña extensión de arena. «Bueno —me dije—, ahora tengo que aterrizar. ¿Cómo voy a hacerlo?». El río tenía por aquel sitio más de kilómetro y medio de ancho y a mí, desde arriba, me parecía tener sólo unos centímetros. La arena donde había de aterrizar era sólo un diminuto espacio. Sin saber qué hacer, seguí describiendo círculos. Entonces recordé lo que me habían explicado: tenía que aterrizar contra el viento. De modo que observé en qué dirección se movía allá abajo una columna de humo para saber qué dirección llevaba el viento. Por una fogata que habían encendido a la orilla del río vi que el viento soplaba río arriba. Fui en esa dirección durante muchos kilómetros y luego di otra vez la vuelta para ir río abajo contra el viento. A medida que me acercaba a Chungking fui tirando del regulador y perdiendo paulatinamente velocidad, de modo que el avión fue descendiendo poco a poco. Hubo un momento en que lo actué con brusquedad y el aparato hizo un extraño movimiento, como rebelándose, y cayó como una piedra, dejándome el corazón y el estómago —eso me parecía— colgados de una nube. A toda prisa manejé los mandos, pero tuve que dar otra vuelta y alejarme de nuevo río arriba, empezando otra vez toda la operación. Ya me estaba fastidiando esto de volar y deseaba no haber empezado nunca semejante aventura. Me decía a mí mismo que una cosa era elevarse en el aire y otra muy diferente posarse nuevamente en tierra... llegando entero.

El rugido del motor se hacía monótono. Me aliviaba muchísimo tener a la vista a Chungking. Ahora iba lentamente por encima del río y a muy poca altura entre las enormes rocas que solían parecer blancas, pero que ahora, con los rayos oblicuos del sol, parecían de un negro verdoso. Al acercarme al espacio de arena en medio del río, que me resultaba demasiado estrecho —¡me habrían venido tan bien varios kilómetros de anchura!— vi tres figuras dando brincos de pura excitación. Me hallaba tan interesado observándolas que se me olvidó que debía aterrizar inmediatamente. Cuando pensé de nuevo en que aquél era exactamente el sitio donde tenía que efectuar el aterrizaje, ya había pasado bajo mis ruedas. Así, con un suspiro de resignación, empujé de nuevo aquel odiado mando para recuperar velocidad. Tiré del control para tomar altura y ahora iba otra vez río arriba, harto ya del paisaje, harto de Chungking, y harto de todo.

Una vez más le di la vuelta y me dirigí río abajo, cara al viento. A la derecha tenía una hermosa vista. El sol se ponía y aparecía muy rojo y enorme. Al ver que el sol descendía, recordé inmediatamente que todas aquellas maniobras mías eran también para descender y me figuré que lo haría estrellándome contra el suelo y muriendo dentro de unos segundos. Pero tenía la convicción de que aún no estaba dispuesto a reunirme con los dioses. Me quedaba todavía mucho que hacer. ¡La Profecía! Desde luego, aterrizaría con buena fortuna y todo saldría bien.

Estos pensamientos casi me hicieron olvidar a Chungking. La ciudad estaba allí, debajo del ala izquierda. Suavemente fui soltando los timones para asegurarme de que la franja de arena amarilla caía exactamente frente al aparato. Disminuí cada vez más la velocidad y el avión fue descendiendo poco a poco. Tiré del mando de modo que me puse a unos tres metros sobre el agua, cuando el motor se detuvo. Para estar seguro de que no se produciría un incendio si me estrellaba, paré el motor. Entonces, con una gran suavidad fui empujando la columna de control para perder aún más altura. Directamente frente al motor vi arena y agua, como si me dirigiese a ellas. Así que tiré de nuevo del control y se produjo una sacudida y luego un brinco. Una vez más, otro salto, un ruido y luego un estruendo en el aparato como si todo se estuviera destrozando. Había aterrizado. Sencillamente, el avión se había posado en tierra por su propia voluntad. Durante unos instantes estuve sentado inmóvil sin poder creer que todo había terminado, ni que el ruido del motor no existía; debía de ser, sencillamente, una fantasía creada por mis oídos. Luego miré en torno a mí. Po Ku y su compañero, y también Huang, acudían a todo correr, jadeantes y con el rostro colorado. Se detuvieron exactamente debajo de mí. Po Ku me miró, miró al avión y volvió a mirarme. Luego, con la impresión, se puso muy pálido. Sentía un alivio tan grande que no podía enfadarse. Al cabo de un buen rato, Po Ku dijo:

—Ya está. Tendrá usted que ingresar en las Fuerzas Aéreas o me echarán en cara seriamente no haberle aprovechado a usted.

—Muy bien —respondí—, eso me conviene. Esto de volar me resulta muy fácil. Pero me gustaría aprender el método normal y aprobado.

Po Ku se puso de nuevo colorado y luego rompió a reír.

—Es usted un piloto nato, Lobsang Rampa —dijo—. Tendrá su oportunidad para aprender con arreglo a las normas establecidas.

Aquél fue mi primer paso para abandonar Chungking. Como médico y como piloto, mis servicios serían útiles en cualquier otro sitio.

Por supuesto, Huang difundió la historia, y lo mismo hicieron Po Ku y su compañero; así que durante varios días fui la comidilla del Colegio y del hospital, con gran disgusto mío, pues me molestaba que hablasen tanto de mí. El doctor Lee me mandó llamar oficialmente para administrarme una severa reprimenda, pero extraoficialmente me felicitó. Me dijo que le habría encantado en sus días juveniles haber realizado semejantes proezas. Pero añadió:

—Lástima que en aquellos días de mi juventud, querido Rampa, no existiese la aviación. Teníamos que ir a caballo o a pie a todas partes.

Y confesó que hacía muchos años que no había podido experimentar una emoción tan grande como aquélla que yo le había proporcionado con mi insensata audacia.

—Rampa —me dijo—, ¿qué color tenían las auras de los otros tres cuando voló usted sobre ellos al aterrizar y creían que iba usted a estrellarles el aparato encima?

Y se rió mucho cuando le dije que estaban completamente aterrorizados y por ello sus auras se habían encogido hasta formar en cada uno de ellos una mancha azul pálido con ramalazos de un marrón rojizo. Añadí:

—Me alegro de que no hubiera allí nadie capaz de ver mi aura. Estoy seguro de que debía de tener un aspecto horrible.

No había pasado mucho tiempo cuando se puso en contacto conmigo un representante del Generalísimo Chiang Kai-Shek y me ofreció la oportunidad de aprender a pilotar «según las reglas» y que me destinaran a la aviación china. El oficial que vino a verme, me dijo:

—Si tenemos tiempo, antes de que los japoneses nos invadan en serio, querríamos establecer un cuerpo especial para que los heridos que no pueden ser trasladados fuesen atendidos por aviadores que sean a la vez cirujanos.

Así resultó que tuve otras cosas que estudiar además de los cuerpos humanos. Debía conocer la circulación de la gasolina tan bien como la circulación de la sangre; y estudiar la estructura de un avión con la misma atención que un esqueleto humano. En realidad, ofrecían el mismo interés y tenían muchos puntos en común.

Así fueron pasando los años y me convertí en un médico muy bien preparado y en un piloto teórica y prácticamente muy bueno. Trabajaba en un hospital y volaba en los ratos libres. Huang, a quien no le interesaba la aviación, palidecía sólo con oír la palabra avión, no pudo continuar conmigo. En cambio, intimé con Po Ku y formabámos una buena pareja para el trabajo.

Volar era maravilloso. Resultaba apasionante estar a una altura tan grande en un avión, parar el motor y deslizarse como hacen los pájaros. Se parecía mucho al viaje astral que yo practico y que cualquier otra persona puede hacer con tal de que su corazón funcione normalmente y posea la suficiente paciencia para perseverar.

¿Sabe *usted* lo que es el viaje astral? ¿Puede *usted* evocar los placeres de dejarse llevar en los espacios por encima de las casas, cruzar los océanos, trasladarse a remotos países? Todos podemos hacerlo. Esto se produce sencillamente cuando la parte más espiritual del cuerpo se desprende de su envoltura física, se remonta y penetra en otras dimensiones visitando otras partes del mundo al extremo de su «Cordón de Plata». Nada hay de magia en esto, nada turbio ni que esté mal. Es un fenómeno natural y en el remoto pasado los hombres podían viajar astralmente sin obstáculos. Los Adeptos del Tíbet y muchos de la India viajan en su astral y nada se encuentra de extraño en ello. En los libros religiosos de todo el mundo se habla del «Cordón de Plata» y del «Cuenco de Oro». Este cordón de plata no es más que una corriente de energía radiante que es capaz de adquirir una extensión infinita. No es una cuerda material como un músculo, una arteria o un pedazo de bramante, sino la vida misma, la energía que conecta el cuerpo físico con el cuerpo astral.

El hombre tiene muchos cuerpos. Por lo pronto nos preocupamos sólo del físico,

y, en la etapa siguiente, del astral. Pensemos que somos capaces, una vez alcanzado un estado diferente, de andar a través de las paredes o de sumergirnos en el suelo. Podemos hacerlo, pero entonces los muros o los suelos han de tener una densidad diferente. En el estado astral, las cosas de este mundo cotidiano nuestro no son un obstáculo para nuestro avance. Las puertas de una casa no podrán impedirnos entrar o salir. Pero en el mundo astral hay también puertas y muros que serán para nosotros tan sólidos y tan prohibitivos en lo astral como lo son las puertas y los muros de este mundo físico.

¿Ha visto usted algún fantasma? En caso afirmativo, se trataba probablemente de una entidad astral, quizá la proyección astral de alguien que usted conoce o de alguien que le visita a usted procedente de otra parte del mundo. En alguna ocasión puede usted haber tenido algún sueño especialmente vívido. Quizá ha soñado usted que flota como un globo en el cielo, sujeto a tierra por una cuerda. Y al mirar desde allá arriba, es probable que haya visto usted abajo a su propio cuerpo rígido, pálido, inamovible. Si ha conservado la calma en esos momentos, se habrá sentido flotando en el aire, deslizándose como un milano impulsado por una brisa. Poco después, quizá se haya encontrado en un país remoto o en alguna tierra muy lejana, pero que usted conoce. Al pensar en ello a la mañana siguiente, seguramente lo habrá usted considerado como un sueño. Pues bien, era un viaje astral.

Haga esta prueba: cuando vaya a dormirse, piense con intensidad que va a visitar a alguien muy conocido suyo. Piense en cómo va a realizar esta visita. Quizá se trate de alguien que vive en la misma ciudad que usted. Y mientras piensa en esto, permanezca inmóvil, pero relajado, apartando de usted toda inquietud. Cierre los ojos e imagínese que empieza usted a flotar por encima de su lecho, que sale por la ventana y que, en última instancia, se desliza en el aire por encima de las calles, sabiendo que nada puede dañarle y seguro de que no se puede caer. En su imaginación, siga el mismo recorrido que va usted a realizar, calle por calle, hasta que llegue a la casa que desea. Luego piense en cómo entrará en la casa. Recuerde que las puertas no serán obstáculo para usted y que, por tanto, no tendrá que llamar.

Así podrá ver a su amigo o a la persona que se propone usted visitar. Es decir, podrá usted conseguirlo si sus motivos son puros. No hay dificultad alguna, peligro ni inconvenientes de ninguna clase. Para esto sólo hay una ley: los motivos han de ser puros.

Insisto en ello y, aunque sea una repetición, es preferible abordar este asunto desde más de un punto de vista para que se convenza usted de lo extremadamente sencillo que es. Cuando está usted tendido en la cama, sin nadie que pueda molestarle, cerrada la puerta de su dormitorio para que nadie pueda distraerlo, procure encontrarse en un gran estado de calma. Imagínese que se va desprendiendo lentamente de su envoltura corporal. No hay peligro alguno. Figúrese que se

producen varios pequeños crujidos y sacudidas a medida que su fuerza espiritual va abandonando su cuerpo y solidificándose arriba.

Imagínese que está logrando formar un cuerpo que es exacta contrapartida de su cuerpo físico y que ese nuevo «cuerpo», sin peso alguno, flota sobre el físico. Experimentará usted un pequeño balanceo, con leves movimientos de elevación y descenso. Todo esto es natural. No tiene que asustarse ni que preocuparse. Verá usted que los cuerpos físicos y astral están unidos por un reluciente cordón de plata, una plata azulada que vibra con vida, con los pensamientos que van de lo físico a lo astral y de lo astral a lo físico. Usted no sufrirá daño alguno con tal de que sus pensamientos sean puros.

Casi todos han tenido alguna experiencia de viaje astral. Mirando hacia atrás, piense usted si puede recordar esto: ¿no ha tenido alguna vez la impresión, hallándose dormido, de que se balanceaba en el aire y caía, caía sin cesar, despertándose luego con un sobresalto en el preciso momento en que iba a estrellarse contra el suelo? Pues bien, ése era un caso de viaje astral realizado por el mal camino y de un modo desagradable. No necesita padecer esos inconvenientes e impresiones desagradables. Cuando ocurren, como en ese ejemplo, es porque los causan la diferencia de vibración entre el cuerpo físico y el astral. Puede haber sucedido que cuando flotaba usted, a punto de entrar ya en el cuerpo físico después de un viaje, algún ruido, alguna corriente de aire o una interrupción cualquiera, causó una leve discrepancia en la posición de los dos cuerpos y el astral penetró en el físico en mala posición, por lo cual se produjo una sacudida, una violencia. Podemos compararlo a cuando nos apeamos de un autobús en movimiento. El autobús —que es, en nuestra comparación, el cuerpo astral— marcha a una velocidad de dieciséis kilómetros por hora. El suelo —al que llamaremos cuerpo físico— no se mueve. En el breve espacio de tiempo entre el instante de abandonar la plataforma del autobús y el de pisar el suelo, tiene usted que frenar o exponerse a una sacudida. Así, si tuvo usted en sueños esa sensación de caída, es que se hallaba usted viajando astralmente aunque no lo supiera, porque la impresión violenta de un «mal aterrizaje» le borró de la memoria lo que hizo y vio mientras viajaba. En todo caso, por no estar usted entrenado pudo muy bien haber seguido dormido durante su viaje astral. Por eso es natural que creyera usted haber estado soñando, y entonces diría: «Anoche soñé que visitaba tal sitio y vi a tal persona». ¿Cuántas veces habrá dicho usted eso en su vida? Todo lo habrá atribuido a haber estado soñando; pero, con un poco de práctica, puede usted realizar el viaje astral hallándose completamente despierto y puede retener en la memoria lo que haya hecho o visto. Por supuesto, la gran desventaja del viaje astral es ésta: cuando viaja usted en lo astral no puede llevar nada con usted ni puede traerse nada de donde haya estado. Lo único que podrá llevar consigo, tanto a la ida como a la vuelta, es su propio espíritu.

Las personas que padecen del corazón no deben practicar el viaje astral. Para ellos podía ser peligroso. Pero no hay peligro alguno para los de corazón sano, ya que, mientras sus motivos sean puros, mientras no se propongan practicar el mal u obtener ventajas materiales sobre los demás, nada malo podrá sucederles.

¿Quiere usted viajar astralmente? Ésta es la manera más fácil de lograrlo. Ante todo, recuerde esto, que es la primera ley de la psicología: en toda batalla entre la voluntad y la imaginación, es *siempre* la imaginación la que gana. Así, imagínese siempre que puede usted hacer algo y, si lo imagina usted con la suficiente intensidad, podrá hacerlo. Podrá hacerlo todo. He aquí un ejemplo para aclarar lo anterior.

Todo lo que usted se imagine que puede hacer podrá hacerlo por muy difícil y hasta imposible que resulte para el observador. Todo aquello que su imaginación considere imposible, será en efecto imposible para usted por mucho que su voluntad se esfuerce en conseguirlo. Piénselo de esta manera: hay dos casas de trece metros de altura cada una, separadas por poco más de tres metros. Una plancha está extendida entre ellas de techo a techo. La plancha quizá tenga unos sesenta centímetros de anchura. Si quiere usted caminar por esa pasarela, su imaginación le presentará los peligros a que se expone: hace mucho viento y puede hacerle vacilar, algún nudo en la madera puede hacerle tropezar... y también le dice su imaginación que pudiera usted marearse, pero lo cierto es que sea cual fuere la causa, su imaginación acaba convenciéndole de que no puede usted cruzar de casa a casa sobre la pasarela. Por mucha fuerza de voluntad que aplique usted al propósito de cruzar sin tropiezo, no lo conseguirá usted. Sin embargo, si esa pasarela estuviese sobre el suelo no habría inconveniente alguno y pasaría usted encima de ella sin la menor vacilación. ¿Quién se lleva la victoria en un caso semejante? ¿La fuerza de voluntad? ¿O bien la imaginación? Repito que si se imagina usted que puede cruzar por la pasarela de madera entre las dos casas, podrá hacerlo con toda facilidad, aunque el viento sople con toda su fuerza o aunque la plancha tiemble, siempre que se haya imaginado usted que puede cruzar con seguridad. Hay personas que andan sobre la cuerda floja o tirante, incluso en una bicicleta, pero nunca la conseguirán ejercitando su voluntad. Todo eso se logra con la imaginación.

Es lamentable tener que llamar a eso «imaginación», porque —sobre todo en Occidente— ese término indica algo de fantasioso, algo de inverosímil; y, sin embargo, la imaginación es la mayor fuerza del mundo. La imaginación puede hacer que una persona se crea enamorada y así se convierte el amor en la segunda de las fuerzas del mundo. Lo podemos llamar imaginación controlada. Pero le llamemos como queramos, siempre debemos recordar que, en cualquier batalla entre la voluntad y la imaginación, ésta siempre gana. En Oriente no nos preocupamos sobre la fuerza de voluntad porque ésta es una trampa que encadena los hombres a la tierra. Confiamos plenamente en la imaginación controlada y obtenemos excelentes

resultados.

Si tiene usted que ir al dentista para una extracción, se imagina usted los horrores que le esperan allí, el martirio a que será sometido, se imagina usted paso a paso la extracción; quizá la introducción de la aguja y del líquido anestésico y también los esfuerzos del dentista para arrancarle la muela. Se imagina usted que no lo puede resistir y que va a desmayarse o a gritar desesperadamente, o a desangrarse. Desde luego todo esto es tontería, pero constituye para usted una absoluta realidad y cuando se sienta usted en el sillón sufre mucho dolor, por completo innecesario. Éste es un ejemplo de la imaginación mal usada. No es imaginación controlada sino desbocada y nadie debería incurrir en eso.

Las mujeres han oído siempre relatos impresionantes sobre los dolores y peligros del parto. Al llegarle la hora de dar a luz, la parturienta pensará en todos los dolores que le esperan y se pondrá en tensión y rígida. En ese instante puede tener un dolor y eso le hará pensar que todo lo imaginado por ella es completamente cierto, que tener un niño es un martirio; cada vez se irá tensando más, y cada dolor que sienta la convencerá más, de modo que al final terminará pasándolo muchísimo peor que con los dolores naturales del parto. Esto no sucede así en Oriente. Las mujeres se imaginan que dar a luz es una tarea fácil e indolora, y acaban no sintiendo el dolor. Las mujeres orientales tienen sus hijos y prosiguen muchas veces sus tareas domésticas pocas horas después, sencillamente porque saben dominar la imaginación.

¿Han oído ustedes hablar del «lavado de cerebro» que practican los japoneses y los rusos? Es un proceso de apoderarse de la imaginación de una persona, de obligarla a imaginarse cosas que el verdugo quiere que se imaginen. El prisionero reconocerá todo lo que quiera su dominador aún cuando este reconocimiento le cueste la vida. La imaginación controlada vence en este trance porque la víctima sometida al lavado cerebral, o incluso torturada, puede imaginarse otra cosa y entonces no sucumbirá a los deseos de sus enemigos.

¿Se ha detenido usted a pensar en cómo se desarrolla el proceso de sentir un dolor? Clavemos un alfiler en un dedo. En cuanto ponemos la punta del alfiler sobre la superficie de la carne, esperamos con ansiedad el momento en que la punta atravesará la piel y hará brotar la sangre. Concentramos todas nuestras energías en examinar el sitio donde se va a producir la perforación. Bastaría que en ese momento nos doliera un pie para que olvidásemos ese proceso de introducir un alfiler en la carne del dedo. Pero, si no hay otro dolor más fuerte e irreal en esos momentos, nuestra imaginación se concentrará exclusivamente en la punta del alfiler. El oriental, que ha sido entrenado para el dolor, reacciona de modo muy diferente. En el momento en que el alfiler va a perforar la carne, el oriental reparte su imaginación —su imaginación controlada— por todo el cuerpo de modo que el dolor efectivo en el dedo se distribuye por el cuerpo entero y algo tan insignificante como un alfilerazo

no se siente en absoluto si empleamos ese procedimiento. Eso es imaginación controlada. He visto hombres con una bayoneta clavada en el cuerpo. No se han desmayado ni han gritado porque sabían que estaban a punto de recibir el bayonetazo y el dolor se les extendía por todo el cuerpo en vez de quedar localizado de modo que la víctima podía sobrevivir al dolor causado por el bayonetazo.

El hipnotismo es otro buen ejemplo de imaginación. La persona que está siendo hipnotizada rinde su imaginación a la persona que la hipnotiza. El hipnotizado imagina que está sucumbiendo a la influencia del otro. Imagina que está como embriagado y que va cayendo bajo la influencia del hipnotizador. De modo que si éste es lo suficientemente persuasivo y convence a la imaginación del paciente, sucumbirá éste y obedecerá a las órdenes del hipnotizador. En eso consiste el proceso de hipnotizar. Igualmente, si una persona se propone autohipnotizarse, le basta imaginar que está cayendo bajo la influencia de... ¡sí mismo! y, en efecto, se somete al control de su Mayor Yo. Desde luego, esta imaginación es la base de las curas de fe; la gente imagina con persistencia que si visitan tal sitio, o son tratadas por tal persona, se curarán al instante. En tales casos, la imaginación de esas personas manda sobre el cuerpo y la cura se efectúa y será una cura permanente, mientras que la imaginación conserve el mando, mientras que no se introduzca duda alguna en la imaginación.

Añadiré otro pequeño ejemplo cotidiano porque este asunto de la imaginación controlada es lo más importante que puedan ustedes llegar a comprender y conviene dejarlo absolutamente claro. La imaginación controlada puede significar la diferencia entre el triunfo y el fracaso, la salud y la enfermedad. Vamos a ello: ¿han ido ustedes alguna vez montando en bicicleta por una carretera absolutamente recta y despejada para verse de pronto ante una gran piedra, quizá sólo a unos pocos metros de la rueda delantera? Quizá pensarán ustedes: «¡Oh, no puedo librarme de esto!», y es cierto que no podrían. La rueda delantera haría eses y, por mucho que lo intentaran, no podrían evitar ir derechos a la piedra atraídos por ella como un pedazo de hierro por un imán. Ninguna fuerza de voluntad podría eludir la piedra. Sin embargo, si se imaginan ustedes que pueden salvar el obstáculo, lo salvarán. Recuerden esa regla tan importante —la más importante en la vida— porque puede significarlo todo para ustedes. Si persisten en lograr unas cosas por la voluntad cuando la imaginación se opone, lo único que conseguirán será un trastorno nervioso. Y ésa es, en efecto, la causa de muchas de esas enfermedades mentales que hoy abundan. Las condiciones de vida de nuestro tiempo son difícilísimas y se pretende vencer a la imaginación (en vez de controlarla) oponiéndole la fuerza de voluntad. En el interior de la mente se produce un conflicto que puede afectar seriamente al sistema nervioso. La persona se puede volver neurótica o incluso loca. Los sanatorios de enfermos mentales están llenos de pacientes que se han esforzado en llevarle la contraria a la imaginación

intentando hacer lo que ésta rechazaba. Y, sin embargo, es muy sencillo controlar la imaginación y hacer que trabaje para nosotros. Es la imaginación controlada lo que permite a un hombre escalar una alta montaña o batir un récord con un velocísimo avión o realizar cualquiera de esas proezas que leemos en los periódicos. Sí, la imaginación controlada. La persona imagina que puede hacer eso y lo otro y, efectivamente, puede hacerlo. Mientras que la imaginación le dice que puede, la voluntad «quiere» realmente que lo haga. Esto significa triunfo completo. De modo que si desean ustedes que su camino por la vida sea fácil y agradable, como lo es para el oriental, olviden todo eso de la fuerza de la voluntad que no es más que una trampa y un engaño. Recuerden sólo la imaginación controlada. Lo que imaginen, eso podrán hacer. ¿Acaso no son lo mismo la imaginación y la fe?

Capítulo quinto

Al otro lado de la muerte

El viejo Tsong-tai había muerto, acurrucado como si estuviera dormido. Su fallecimiento nos había afectado mucho. La nave del hospital rebosaba de un silencio compasivo y profundo. Conocíamos la muerte, nos enfrentábamos con ella y con el dolor todo el día y a veces también la noche entera. Pero era Tsong-tai quien había muerto.

Contemplé su arrugado rostro marrón, con la piel estirada como el pergamino en un marco, como la cuerda tirante de una cometa que pretendiese escaparse y que vibraba en el tiempo. El viejo Tsong-tai era un anciano muy agradable y simpático. Miraba yo su rostro seco, su noble cabeza y los escasos cabellos blancos de su barba. Había sido en sus buenos tiempos un alto oficial en el Palacio de los Emperadores en Pekín. Luego había llegado la revolución y el buen viejo había tenido que sufrir las penalidades de la guerra y de las luchas civiles. Logró llegar a Chungking, donde se había hecho jardinero para vender sus flores y plantas en el mercado. Había tenido que empezar de nuevo desde el primer escalón ganándose la vida a fuerza de rascar el duro suelo. Era un hombre muy educado y culto y era una delicia hablar con él. Ahora se había callado para siempre. Inútilmente habíamos hecho cuanto podíamos para tratar de salvarlo.

La dura vida que llevara había sido demasiado para su capacidad de resistencia. Un día estaba trabajando en su huerta cuando cayó inconsciente. Estuvo cuatro horas tendido allí sin poder moverse, incapaz de pedir socorro. Por fin lo encontraron y acudieron a nosotros, pero ya era demasiado tarde. Llevamos al viejo al hospital y yo le atendí muy especialmente porque era muy amigo mío. Ahora ya nada podíamos hacer excepto lograr que tuviera el tipo de entierro que a él le habría gustado y procurar que su anciana esposa no pasara necesidad.

Cerré amorosamente sus ojos, aquellos ojos que ya no me mirarían irónicos y maliciosos cuando yo le asaeteaba con preguntas. Me aseguré de que el vendaje estaba tirante en su mandíbula para que no se le abriera la boca, aquella boca que me había estimulado tanto en sus consejos y enseñado tanto de la historia y el idioma de China. Me había acostumbrado a visitar al viejo por las tardes llevándole pequeños obsequios y a hablar con él de hombre a hombre. Extendí la sábana sobre su cuerpo tapándolo por completo. Ya era tarde, pues hacía tiempo que había pasado la hora en que yo debía haberme marchado. Llevaba de servicio más de diecisiete horas tratando en vano de curarlo.

Me encaminé colina arriba, más allá de las tiendas tan brillantemente iluminadas, pues ya se había hecho de noche. Dejé atrás la última de las casas. El cielo estaba cubierto de nubes muy oscuras. Allá abajo, en el puerto fluvial, el agua estaba agitada

y golpeaba los muelles. Los barcos se balanceaban y tiraban de sus maromas.

El viento gemía y suspiraba por entre los pinos mientras yo caminaba por la carretera hacia la lamasería. Sentía escalofríos. Me oprimía un espantoso temor. No podía quitarme de la mente la idea de la muerte. ¿Por qué tenía la gente que morir de un modo tan doloroso? Las nubes se movían rápidamente como personas ocupadas en sus asuntos y oscurecían la cara de la luna, dejando de vez en cuando pasar algunos rayos de luz que iluminaban débilmente los árboles. Luego las nubes se arracimaban de nuevo, desaparecía toda luz lunar y el paisaje quedaba como borrado y producía una sensación ominosa. Temblé.

Al avanzar por la carretera, mis pasos resonaban con oquedad en el silencio produciendo una especie de eco como si alguien me fuera siguiendo de cerca. Me encontraba muy inquieto y de nuevo empecé a temblar y me apreté la túnica sobre el cuerpo como para darme una cierta seguridad. «Debo de estar malo —me dije—. Me siento muy raro, pero no sé qué puede ser». Precisamente entonces llegué a la entrada de la vereda que, avanzando por entre los árboles, subía por la colina donde estaba la lamasería. Me volví a la derecha, apartándome del camino principal. Durante unos momentos seguí andando hasta un pequeño calvero a un lado del camino, donde un árbol caído había arrastrado a otros más pequeños. Uno quedaba tendido sobre el suelo y los otros formaban ángulos extraños. «Me conviene sentarme un momento a reposar —pensé—. No sé qué me ha sucedido». Y busqué un sitio apropiado sobre uno de los troncos derribados. Me senté apretándome la ropa sobre las piernas para protegerme contra el helado viento de la noche. Era un ambiente tétrico. Todos los pequeños ruidos de la noche se me hacían agudamente perceptibles: extrañísimos temblores, chillidos y roces muy raros. Precisamente entonces se separaron las nubes encima de mí y un brillante rayo de luz iluminó el claro del bosquecillo como si fuera de día. Me produjo una sobrecogedora impresión aquella luz tan clara como la del Sol y que sin embargo no podía ser sino de la Luna. Me estremecí y en seguida me puse en pie alarmadísimo. Un hombre se acercaba por entre los árboles al otro lado del calvero. Lo miré con absoluta incredulidad. Era un lama tibetano, un lama que se me acercaba mientras le brotaba del pecho la sangre manchándole toda la túnica. Sus manos también chorreaban sangre. Anduvo hacia mí; yo retrocedí y estuve casi a punto de hundirme en el hoyo de un árbol. Me senté aterrorizado sobre un tronco.

—Lobsang, Lobsang, ¿tienes miedo de mí? —exclamó una voz que me era muy conocida.

Me levanté, me froté los ojos y luego me precipité hacia aquella figura.

—¡Detente! —exclamó—. No puedes tocarme. He venido a despedirme de ti, pues en este día he terminado mi estancia en la Tierra y estoy a punto de marcharme. ¿Quieres que nos sentemos y hablemos?

Me volví, abatido con el corazón encogido por el dolor, y me senté de nuevo en el

árbol caído. Las nubes seguían su danza, las hojas de los árboles vibraban con el viento, y un pájaro nocturno pasó por encima, sólo preocupado de su comida y sin fijarse en nosotros ni en nuestras desventuras. En algún sitio hacia el extremo del tronco donde nos sentábamos, una pequeña criatura de la noche producía unos chirridos mientras escarbaba en la podrida vegetación en busca de comida. Allí, en aquel desolado calvero barrido por el viento, estuve sentado y charlando con un fantasma, el fantasma de mi Guía, el lama Mingyar Dondup, que había venido desde más allá de la vida para charlar conmigo.

Se había sentado junto a mí como tantas veces lo hiciera cuando estábamos en Lhasa; pero esta vez, para no tocarme, se hallaba a unos tres metros de mí.

—Antes de salir de Lhasa, Lobsang, me pediste que te dijera cuándo había terminado mi tiempo de permanencia en la Tierra. Pues bien, ahora ha terminado y por eso estoy aquí.

Le miré. Conocía a aquel hombre más que a ningún otro. Y mientras le miraba, apenas podía creer —incluso con toda mi experiencia de estas cosas— que aquel hombre no era ya un ser de carne viva, sino un espíritu y que su Cordón de Plata se había cortado y su Cuenco de Oro se había partido. Me pareció tan sólido y completo como cuando yo lo trataba. Vestía sus mismas ropas habituales, su casaca de un rojo ladrillo con la capa dorada. Parecía cansado, como si hubiera hecho un largo y penoso viaje. Me di cuenta que durante mucho tiempo había abandonado su propio cuidado para dedicarse al servicio de los demás. «¡Qué pálido y cansado parece!», pensé. Entonces se volvió en parte con un movimiento que yo recordaba muy bien y, al hacerlo, vi que llevaba una daga clavada en la espalda. Se estremeció levemente y volvió a situarse frente a mí. Me horroricé al ver que la punta de la larga daga le salía por el pecho y la sangre que se derramaba de la herida le empapaba la capa dorada. Antes lo había visto todo de un modo confuso sin percibir los detalles; sólo había visto un lama con sangre en el pecho y en las manos, pero ahora lo observaba con más atención y claridad. Me fijé en que las manchas de sangre de las manos las tenía en las palmas. Con toda seguridad eran de habérselas llevado al pecho al ser taladrado por la daga. Sentí un terrible estremecimiento y se me enfrió la sangre. Vio la impresión que me había causado y el horror que no disminuía en mi rostro, y dijo:

—Vine así a propósito, para que pudieras ver lo que ocurrió. Ahora que me has visto de esta manera, puedes contemplarme como soy.

La enorme mancha de sangre desapareció repentinamente y se convirtió en un fogonazo de luz dorada para ser sustituida luego por una visión de sobrecogedora belleza y pureza. Era un Ser que había avanzado muy lejos por el camino de la evolución. Uno que había alcanzado ya la Budidad.

Luego, con la claridad del sonido de una campana de templo, me llegó su voz, no quizás a mis oídos físicos, sino a mi conciencia más íntima. Una voz de gran belleza,

resonante, llena de poder y de vida, de la Vida Mayor.

—Me queda poco tiempo, Lobsang, muy pronto he de estar en camino, ya que me esperan. Pero a ti, amigo mío, compañero en tantas aventuras, tenía que visitarte antes, alegrarte, tranquilizarte y decirte adiós por algún tiempo. Lobsang, hemos hablado mucho de estas cosas en el pasado. Y de nuevo te digo que tu senda será dura, peligrosa y larga, triunfarás a pesar de todo, a pesar de la oposición y la envidia de los hombres de Occidente.

Seguimos hablando mucho tiempo de cosas demasiado íntimas para contarlas aquí. Me sentía reconfortado y animoso, el calvero del bosquecillo se llenaba de un resplandor dorado más reluciente que la más brillante luz solar, y hacía una temperatura cálida como en un mediodía de verano. Me sentía inundado del verdadero amor. Entonces, repentinamente, mi Guía, mi amado Lama Mingyar Dondup, se levantó, pero sus pies no estaban en contacto con la tierra. Extendió sus manos sobre mi cabeza y me bendijo.

—Estaré vigilándote, Lobsang, y te ayudaré cuanto pueda, pero el camino es penoso, recibirás muchos golpes y, aún antes de que termine el día de hoy, has de recibir otro golpe. Resiste, Lobsang, resiste con la entereza con que has soportado en el pasado la adversidad. Te bendigo.

Levanté la mirada y ante mí se difuminó la figura de mi Guía hasta desaparecer. La luz dorada murió y las sombras de la noche la sustituyeron. Volvía el viento helado. Arriba, las nubes negras se revolvían furiosas. Las pequeñas criaturas de la noche producían pequeños y chirriantes ruidos. Oí un chillido de terror que lanzaba la víctima de alguna criatura más fuerte que le había herido mortalmente.

Durante unos momentos me quedé como petrificado. Luego me dejé resbalar hasta el suelo junto al tronco y arranqué puñados de hierba. Estaba deshecho y no lograba volver a ser un hombre verdadero a pesar de cuanto sabía. Luego me pareció oír dentro de mí otra vez aquella voz querida: «Alegra tu ánimo, Lobsang mío, alegra tu ánimo, porque éste no es el final y porque todo aquello por lo que luchamos merece la pena y se impondrá. Éste no es el final». Así, me puse en pie temblando, logré serenar un poco mis pensamientos, me sacudí la túnica y me limpié las manos del fango del suelo.

Seguí subiendo lentamente por la vereda hasta el convento. «Yo también estuve al otro lado de la muerte —pensé—, pero regresé. Mi Guía se ha marchado, está fuera ya de mi alcance. Se ha ido y estoy solo, solo, porque él no regresará». Con estos pensamientos en mi mente llegué a la puerta de la lamasería. A la entrada estaban reunidos varios monjes que habían llegado por otras veredas. Ciegamente los fui empujando para abrirme paso entre ellos y penetré en la oscuridad del templo, donde las imágenes sagradas me contemplaban, pareciendo comprender lo que me ocurría y compadecerme con sus rostros tallados. Miré las Tablas de los Antepasados, las

banderolas rojas con los ideógrafos dorados, el incienso que ardía continuamente despidiendo su fragante humo y formando como una somnolienta nube que flotaba entre el suelo y el alto techo. Me dirigí hacia un rincón distante, un sitio verdaderamente sagrado, y de nuevo oí la voz de mi Guía: «Alegra tu ánimo, Lobsang, alegra tu ánimo, porque éste no es el final y porque todo aquello por lo que luchamos merece la pena y se impondrá. Alegra tu ánimo». Me senté en la posición del loto y medité sobre el pasado y el presente. No sé cuánto tiempo permanecí así. Mi mundo se me hundía o se me caía encima. Las desventuras se acumulaban sobre mí. Pero mi amado Guía, aunque se marchaba de este mundo, me había advertido: «Éste no es el final, todo lo nuestro merece la pena». En torno a mí los monjes se ocupaban de sus asuntos, limpiaban el polvo, preparaban los objetos del culto, ponían nuevo incienso, salmodiaban, pero ninguno se acercó a apartarme de mi pena, que yo quería pasar en soledad.

Transcurría la noche. Los monjes preparaban los servicios religiosos. Los monjes chinos con sus túnicas negras, sus cabezas rapadas con las señales del incienso quemadas en su cráneo, parecían fantasmas a la vacilante luz de las lámparas de manteca. Un sacerdote del templo, con su corona de Buda, de cinco caras, entró entonando las salmodias, mientras las trompetas del templo sonaban y repicaban las campanas de plata. Me levanté lentamente y avancé con desgana hacia el Abad. Le rogué que me dispensara de atender los servicios de medianoche, pues me hallaba demasiado entristecido y desconcertado y no quería mostrar mi dolor en el convento.

—No, hermano mío —me dijo el Abad—. Tiene usted motivos, por el contrario, para estar contento. Pasó usted más allá de la muerte y regresó, y hoy se le ha presentado su Guía y tiene usted una clara prueba de su Budidad. Esa separación, hermano mío, no debe apenarle a usted, pues sólo es temporal. Cumpla con sus deberes religiosos y alégrese de haber visto lo que les está vedado a tantos.

«Reconozco que el entrenamiento de la personalidad es muy importante —pensé—. Y sé como el primero que la muerte en la Tierra significa el nacimiento en la Vida Mayor. Sé que no hay muerte, que éste es sólo el Mundo de la Ilusión y que la vida auténtica es la venidera, cuando abandonemos este escenario de pesadilla en que nos movemos, esta Tierra que sólo es una escuela a donde hemos venido a aprender nuestras lecciones. ¿La muerte? No existe. Entonces, ¿por qué estoy tan abatido?».

Tuve la respuesta aún antes de que me hiciera a mí mismo la pregunta. «Estoy desalentado porque soy egoísta, porque he perdido lo que amo, y el que amo está fuera de mi alcance. Soy un egoísta, porque el que se ha marchado ha pasado a gozar de una vida gloriosa mientras que yo sigo ligado con las pequeñeces y trampas de la Tierra y me he quedado aquí para seguir sufriendo y luchando contra la adversidad y para realizar la tarea que viene a cumplir lo mismo que un alumno de una escuela tiene que esforzarse para lograr que lo aprueben en los exámenes finales. Y luego,

con ese primer título, habrá de continuar abriéndose paso en el mundo, empezando siempre a aprenderlo todo de nuevo. Soy egoísta —insistieron mis pensamientos—, porque deseo seguir teniendo aquí, junto a mí, a mi amado Guía y no me importaría que él continuase sufriendo».

¿La muerte? Nada hay en ella que pueda causar espanto. No hay necesidad alguna de temer el paso de esta vida a la Vida Mayor. ¿Para qué tenerle miedo al infierno si no existe semejante sitio? Tampoco hay un Día del Juicio Final. El hombre se juzga a sí mismo y no hay un juez más duro para él. El hombre reconoce y condena con toda severidad sus propias debilidades cuando pasa de este mundo al de la Vida Mayor y las escamas de los falsos valores se le caen de los ojos y puede ver cara a cara la verdad. Yo, un hombre que estuvo más allá de la muerte y regresó, les aseguro a ustedes que no hay motivo alguno para temer a la muerte. No existe el infierno. A todos, sean quienes fueren y hayan hecho esto o lo otro, se les da una oportunidad. Nadie es destruido. Ninguna persona es tan mala que no merezca una nueva oportunidad. Nos causa dolor la muerte de los otros porque nos privan de su amada compañía, porque somos egoístas; tememos nuestra muerte porque es un viaje a lo Desconocido, y nos causa miedo lo que no conocemos, lo que no comprendemos. Pero no hay muerte. Sólo un renacimiento en la Vida Mayor. En los primeros tiempos de todas las religiones se enseñaba eso mismo: que no hay muerte sino sólo el paso a una Vida Mayor. A lo largo de las generaciones de sacerdotes la enseñanza verdadera ha sido alterada, corrompida hasta que han acabado amenazando con el infierno, con los cuentos de calderas, azufre y eternos martirios infernales. Esto lo hacen para imponer por el miedo su propio dominio. Dicen: «Somos los sacerdotes. Tenemos las llaves del infierno. Si no nos obedecéis, iréis al infierno». Yo he estado del lado de allá de la muerte y he regresado a este mundo —como lo han hecho muchos otros lamas—. Sabemos la verdad, sabemos que siempre hay esperanza. No importa lo que uno haya hecho, no importa lo culpable que uno se sienta, siempre hay que seguir luchando contra el mal porque siempre hay esperanza.

El Abad me había dicho: «Atienda los servicios de la noche, hermano mío, y cuente lo que ha visto hoy». No podía evitarlo: aquello me producía pavor. Una terrible opresión me atenazaba y volví al rincón oscuro y apartado del templo para sumirme en mis meditaciones. Así pasó aquella terrible noche en que los minutos parecían horas y las horas días. Creía que no podría sobrevivir a la noche. Los monjes iban y venían. En el templo, a mi alrededor, había la actividad normal, pero yo estaba solo con mis pensamientos, pensando en el pasado y temiendo el futuro.

Pero estaba escrito que no atendiera yo a los servicios del templo. Como me había prevenido mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, me esperaba aún otro golpe antes de que terminase el día, un golpe terrible. Seguía meditando en mi tranquilo rincón sobre el pasado y el futuro, cuando, hacia las once de la noche, vi que se me acercaba

alguien. Era un viejísimo lama, uno de los de la *élite* del templo de Lhasa, un «Buda vivo» de avanzadísima edad a quien le quedaba muy poco tiempo que permanecer en este mundo. Surgió de las densas sombras en las que no lograba penetrar la luz de las lámparas de manteca. Emanaba un resplandor azulado y, en torno a su cabeza, un halo amarillo. Se me acercó con las manos tendidas hacia mí, con las palmas hacia afuera, y me dijo:

—Hijo mío, hijo mío, tengo graves noticias que darte. El XIII Dalai Lama está a punto de marcharse de este mundo.

Mi venerable visitante me explicó que se acercaba el final de un ciclo y que por eso tenía que salir de este mundo el Dalai Lama. Me dijo que yo debía ir inmediatamente a Lhasa para ver al Dalai antes de que fuera demasiado tarde. Insistió:

—Debes darte gran prisa, hijo mío. Emplea el medio que desees para regresar. Es imprescindible que salgas esta misma noche.

Me miró fijamente y yo me puse en pie. Mientras yo me levantaba, el lama desapareció fundiéndose con las sombras. Su espíritu se había reincorporado a su cuerpo, el cual nunca había dejado de permanecer en el Jo Jang, de Lhasa.

Los acontecimientos se precipitaban con demasiada rapidez para mí. Acontecimiento tras acontecimiento, una tragedia detrás de otra. Me sentía mareado. Mi entrenamiento había sido demasiado doloroso. Me habían aleccionado sobre la vida y sobre la muerte y la manera de controlar toda emoción. Pero ¿qué puede uno hacer cuando los amigos más amados se le mueren en rápida sucesión? ¿Cómo es posible permanecer insensible, con el corazón petrificado y el rostro impassible cuando todo le impulsa a uno al desbordamiento de los más cálidos sentimientos humanos? Yo adoraba a aquellos hombres. El viejo Tsong-tai, mi Guía, y el XIII Dalai Lama, morían uno tras otro en el espacio de pocas horas. Dos de ellos habían muerto ya, y el tercero... ¿cuánto tardaría en fallecer? A lo más, unos pocos días. Me dije que debía darme mucha prisa y, saliendo del templo, penetré en el edificio principal de la lamasería. Apresurándome por los corredores de piedra, me dirigí hacia la celda de Abad. Cuando estaba ya cerca de ella oí una súbita conmoción y un golpe sordo. Otro lama, Jersi, también del Tíbet —no de Lhasa, sino de Chambdo— había recibido también un mensaje telepático que le había enviado un lama diferente al que me había visitado a mí. Le habían dicho que debía volver inmediatamente al Tíbet en calidad de ayudante mío. Este hombre había estudiado automovilismo. Se apresuró demasiado pues, en cuanto su mensajero desapareció echó a correr por los pasillos hacia la celda del Abad. Se había resbalado en un poco de manteca que algún monje descuidado había derramado de una lámpara. El lama se había caído aparatosamente. Se rompió una pierna y un brazo. Cuando doblé la esquina lo vi allí, en el suelo, en un estado lamentable.

Al oír el ruido, el Abad salió de su celda. Él y yo nos arrodillamos junto a nuestro desgraciado hermano. El Abad lo sujetó por los hombros, mientras yo le tiraba de la muñeca para ponerle en su sitio el hueso roto. Luego pedí tablillas y vendas y en poco tiempo estuvo Jersi entablillado y vendado en el brazo y la pierna. La fractura de la pierna era más complicada. Tuvimos que transportarlo a su celda y ponerle una tracción. Luego encargué a un monje que se quedase cuidándolo.

El Abad y yo volvimos a su celda y allí le conté el mensaje que yo había recibido. Le describí mi visión y él me dijo que había tenido una impresión semejante. Acordamos que yo partiría de la lamasería al instante. El Abad envió a buscar un caballo y ordenó que un mensajero fuese al galope a Chungking. Yo sólo me detuve a tomar algún alimento y para que me preparasen algo de comida para el viaje. Preparé unas mantas y una túnica de repuesto y luego caminé por la vereda abajo, más allá del calvero, donde a primera hora de aquella noche había tenido tan inolvidable experiencia, pues allí había visto por última vez a mi Guía el Lama Mingyar Dondup. Seguí andando, sintiendo una aguda emoción y luchando para controlar mis sentimientos, pues por encima de todo tenía que mantener la imperturbable impavidez de un lama. Así, llegado al final de la vereda, salí a la carretera y esperé.

Pensé que en el templo, los profundos sonidos de los gongs de bronce estarían llamando a los monjes para el servicio religioso. El tintinear de las campanas de plata acompañaría los responsos y las flautas y las trompetas estarían también sonando. Pronto turbó el silencio de la noche el palpitar de un poderoso motor y, por la distante colina, aparecían ya los rayos luminosos de los faros. Un automóvil avanzaba hacia mí y se detuvo con un chirrido de sus neumáticos. Saltó a tierra un hombre.

—Éste es su coche, Honorable Lobsang Rampa. ¿Quiere que le dé la vuelta antes de que suba?

—No —respondí—. Baje por la colina hacia la izquierda.

Subí rápidamente y me instalé junto al conductor. El monje llamado por el Abad había ido a Chungking para conseguir un buen conductor y un automóvil potente. Y éste lo era sin duda alguna: un inmenso monstruo negro norteamericano. Partimos a toda velocidad, hendiendo la noche, por la carretera que va a Chengtu, a unos trescientos kilómetros de Chungking. Frente a nosotros, la fuerte luz de los faros revelaba el mal estado de la carretera iluminando también los árboles laterales y formando grotescas sombras como si nos hicieran burla y nos desafiaran a alcanzarlos, o quizá nos estuvieran haciendo señas para que fuésemos cada vez más veloces. El conductor, Ejen, sabía bien su oficio y daba una impresión de absoluta seguridad. Nuestra velocidad aumentaba sin cesar y la carretera parecía sólo una mancha confusa. Me eché hacia atrás y estuve meditando.

Pensaba en mi amado Guía, el Lama Migyar Dondup, y en la manera como me había educado y entrenado, y en todo lo que había hecho por mí. Había sido para mí

más que mis propios padres. Tenía también en la mente a mi amado gobernante, el XIII Dalai Lama, el último de su dinastía, pues la antiquísima profecía decía que cuando el XIII Dalai Lama muriese, con su desaparición llegaría para el Tíbet un nuevo orden. En 1950 los comunistas chinos comenzaron su invasión del Tíbet, pero antes, los comunistas chinos habían estado operando en Lhasa. Pensé en todo esto (aunque estábamos en 1933), pues yo sabía ya que eso iba a ocurrir; lo sabía desde antes de 1933 y todo se iba desarrollando exactamente de acuerdo con la Profecía.

Así que recorrimos a toda velocidad, a través de la noche, los trescientos kilómetros que nos separaban de Chengtu, y en Chengtu repusimos la gasolina, estiramos las piernas unos diez minutos y comimos. Luego partimos de nuevo, reemprendiendo la loca carrera nocturna por la densa oscuridad, de Chengtu a Yaan, a unos ciento sesenta kilómetros más allá, y allí, a donde llegamos al amanecer, terminaba la carretera y el automóvil ya no nos servía. Fui a un convento de lamas donde habían recibido telepáticamente el mensaje de que yo venía de camino. Me tenían preparado un caballo de estupenda raza que se impacientaba en la espera caracoleando y piafando, pero no estaba yo para admirar caballos. Lo monté y el caballo estuvo muy sumiso, como si se diera cuenta de la importancia y urgencia de nuestra misión. El mozo soltó las riendas y salimos disparados camino arriba, hacia el Tíbet. El automóvil regresaría a Chungking y el conductor podría disfrutar de un viaje tranquilo, sin prisas, mientras que yo, sentado en la dura silla de madera, tenía que emprender la ascensión de los montes y cambiar de caballo con frecuencia después de agotarlos en vertiginosos galopes.

No es necesario contar las penalidades de aquel viaje, las amarguras de un jinete solitario. No es preciso relatar cómo crucé el río Yangtsé ni cómo llegué al Salween superior. Seguía galopando sin cesar. Era terrible viajar de aquel modo, pero conseguí llegar a tiempo. Al salir de un desfiladero en las montañas, vi de nuevo los dorados tejados del Potala. Miré las cúpulas que encerraban los restos mortales de otros cuerpos del Dalai Lama y pensé en lo pronto que habría una nueva cúpula para ocultar otro cuerpo.

Seguí cabalgando y crucé de nuevo el río Feliz. Pero esta vez no había de ser feliz para mí. Pasé a la otra orilla, continué un rato a caballo y llegué a tiempo. El penoso y precipitado viaje no había sido inútil. Llegué a la ceremonia y tomé una parte activa en ella. Hubo para mí otro incidente desagradable. Había allí un extranjero que pretendía que se le tuviesen más consideraciones que a nadie. Nos consideraba a todos como unos indígenas sometidos a su capricho señorial. Quería estar en el primer puesto y que todos se fijasen en él, y comoquiera que yo no estuve dispuesto a satisfacer su vanidad, aquel hombre ¡trató de sobornarnos a un amigo mío y a mí con relojes de pulsera! Desde entonces me ha considerado como un enemigo y ha llegado a extremos impropios de su situación para insultarnos a mí y a los míos. Sin embargo,

nada de eso importa, a no ser como una demostración de la razón que tenían mis Tutores al prevenirme contra la envidia.

Fueron días muy tristes para mí y no voy a escribir aquí sobre las honras fúnebres por el Dalai Lama. Bastará decir que su cuerpo fue conservado según nuestro antiguo método y colocado en posición sedente frente al Sur, como exige la tradición. Una y otra vez su cabeza se volvería hacia el Este. Muchos consideran que ésta es una indicación que nos llega de más allá de la muerte para que miremos siempre hacia Oriente. Los invasores chinos llegaron del Este para destrozarse el Tíbet. Aquella vuelta de la cabeza del Dalai Lama hacia Oriente era una advertencia llena de sentido. ¡Si hubiéramos sabido atenderla!

Fui otra vez al hogar de mis padres. La vieja Tzu había muerto. Encontré cambiadas a muchas de las personas que conocía. Todo me parecía raro allí. Ya no me parecía mi casa. Yo era sólo un extraño, un visitante. Aunque, naturalmente, por otra parte era lo contrario de un extraño, pues mi padre me llevó a su habitación privada y de allí sacó de su arca secreta nuestro Registro familiar y cuidadosamente lo desenvolvió de su cubierta dorada. Sin pronunciar ni una palabra, firmé y mi nombre sería el último que figuraría en el libro. Añadí mi categoría y mis nuevos títulos como médico y cirujano. Luego, el Libro fue solemnemente envuelto de nuevo y colocado otra vez en su escondite bajo el suelo. Volvimos juntos a la habitación donde estaban sentadas mi madre y mi hermana. Me despedí de ellas y de mi padre y salí. En el patio esperaban los mozos de cuadra, que me tenían preparado mi caballo. Lo monté y crucé por última vez la gran puerta. Llevaba el corazón oprimido cuando me dirigía hacia el camino de Ling-khor y me dirigí hacia Menzekang, que es el hospital del Tíbet. Yo había trabajado allí y ahora tenía que hacer una visita de cortesía al gigantesco monje que lo dirigía, Chinrobnobo, a quien conocía bien y que era un hombre excelente. Me había enseñado mucho cuando salí de la Escuela de Medicina del Monte de Hierro. Me llevó a su habitación y allí me preguntó sobre el estado de la Medicina en China.

—Los chinos pretenden —le dije— que fueron ellos los primeros en aplicar la acupuntura y la moxibustión, pero yo sé que no ha sido así. He visto en nuestros antiguos documentos que estos dos remedios fueron llevados a China hace muchísimos años.

Le interesó mucho lo que le conté sobre las investigaciones que estaban realizando los chinos y algunas potencias occidentales para averiguar por qué daban buen resultado esos dos remedios, porque era indudable que resultaban eficaces. La acupuntura es un método especial que consiste en insertar agujas extremadamente finas en varias partes del cuerpo. Son tan finas que no siente dolor alguno. Una vez introducidas provocan reacciones curativas. En Occidente utilizan agujas de radio, pero nosotros en el Oriente llevamos usando la acupuntura desde hace siglos con el

mismo buen éxito. También hemos empleado la moxibustión, un método que consiste en la preparación de varias hierbas en un tubo al cual se calienta hasta ponerlo al rojo vivo. Este candente extremo se acerca a la piel y a los tejidos enfermos y al calentarse esa zona la virtud de las hierbas pasa directamente a los tejidos con efecto curativo. Ambos métodos han sido experimentados repetidamente, pero no se ha llegado a determinar exactamente cómo operan.

Miré de nuevo al gran almacén en que se conservaban las muchísimas hierbas, más de seis mil clases diferentes. La mayoría de ellas eran desconocidas en China y en el resto del mundo. Por ejemplo, la tatura, que es la raíz de un árbol, era un anestésico poderosísimo que podía mantener a una persona completamente anestesiada durante doce horas seguidas. En manos de un buen especialista, este anestésico no producía efectos de ninguna clase. A pesar de todos los adelantos chinos y americanos que yo había conocido últimamente, no podía encontrarles defectos a los antiguos métodos de curación empleados en el Tíbet.

Aquella noche dormí en mi antigua lamasería y, como en los días en que era un simple discípulo, atendí a los servicios religiosos. Todo aquello me hacía volver atrás. Cada una de aquellas piedras estaba llena de recuerdos para mí. En cuanto despuntó el día, emprendí la escalada de la parte más alta de la Montaña de Hierro y estuve un buen rato contemplando el Potala, el Parque de la Serpiente, y todo Lhasa, así como las montañas cubiertas de nieve que rodeaban a la ciudad. Luego regresé a la Escuela de Medicina, me despedí de todos los conocidos y cogí mi bolsa de *tsampa*. Después, con mi manta enrollada y mi túnica de repuesto, monté de nuevo en mi caballo y descendí la pendiente del monte.

El sol se ocultaba tras una nube negra cuando llegué a la parte más baja de la senda y pasé por la aldea de Shë. Había peregrinos por todas partes, peregrinos procedentes de todo el Tíbet, e incluso de más allá, que venían para rendir sus respetos al Potala. Los vendedores de horóscopos pregonaban su mercancía, y hacían buen negocio los que traían pociones mágicas y amuletos. Las recientes ceremonias fúnebres habían atraído al Camino Sagrado mercaderes, buhoneros, y mendigos de los aspectos más diversos. Allí cerca, una fila de yaks entraban por la puerta occidental cargados con mercancías destinadas a los mercados de Lhasa. Me detuve a contemplar aquello pensando en que probablemente nunca más podría ver este espectáculo que me era familiar, y me sentía abatido al pensar en mi marcha. Oí un cierto alboroto detrás de mí y me volví.

—Su bendición, honorable médico-lama —exclamaba una voz.

Era uno de los quebradores de cuerpos, uno de los hombres que tanto habían hecho en mi ayuda cuando, por orden del XIII Dalai Lama, aquel cuyo cadáver acababa de contemplar, yo había estudiado con ellos. Cuando logré superar la antiquísima tradición tibetana que impide la disección de los cadáveres, a mí me

habían dado por razón de mi tarea profesional, toda clase de facilidades para practicarla y aquél era uno de los hombres de los que más había aprendido en ese trabajo. Lo bendecí como me pedía, y me alegré de que alguien del pasado me reconociera.

—Sus enseñanzas fueron maravillosas —le dije—. Aprendí más con usted que en la Escuela Médica de Chungking.

Pareció halagado con mis palabras y me sacó la lengua como hacen los siervos en señal de sumisión. Se fue alejando sin dejar de darme la cara, al modo tradicional, hasta mezclarse con la multitud que cruzaba la Puerta.

Permanecí allí unos momentos más, junto a mi caballo, contemplando el Potala y la Montaña de Hierro. Luego emprendí mi camino atravesando el río Kyi y pasando por muchos parques muy agradables. El terreno era llano y verde, con el verdor de la hierba bien regada, un paraíso a tres mil ochocientos cuarenta metros sobre el nivel del mar, rodeado por montañas que se elevaban otros seis mil pies, salpicadas con lamaserías grandes y pequeñas y con ermitas aisladas colgadas precariamente en salientes rocosos inaccesibles. Poco a poco fue aumentando la pendiente del camino que subía hasta los desfiladeros de las montañas. Mi caballo iba descansando y lo habían cuidado y alimentado muy bien. No quería apresurarse y yo me hacía el remolón para disfrutar el mayor tiempo posible de todo aquello. Pasaban en sus cabalgaduras monjes y mercaderes. Algunos de ellos me miraban con curiosidad, porque, apartándome de la tradición, iba solo para mayor rapidez. Mi padre nunca habría viajado sin un inmenso séquito, como convenía a su condición; pero yo pertenecía al tiempo nuevo. Así, los forasteros me miraban intrigados; pero los que sabían quién era yo, me saludaban amistosamente. Por último, mi caballo y yo vencimos la cuesta y llegamos al punto que era el último sitio desde donde podía verse la ciudad de Lhasa. Descabalgué y me senté en una piedra cómoda para contemplar un rato el valle.

El cielo era de un azul profundo, el azul intenso que sólo se ve en tales altitudes. Nubes de una blancura nívea se deslizaban perezosamente por encima de mí. Un cuervo revoloteaba acercándose y picoteó con curiosidad mi túnica. Después recordé que debía añadir una piedra, como lo exigía la costumbre, a la enorme pila de ellas que había a mi lado, la pila que había sido construida o levantada por obra de siglos de peregrinos, ya que éste era el lugar desde donde los peregrinos tenían su primera y su última vista de la Ciudad Sagrada.

Ante mí veía el Potala, con sus muros inclinados hacia adentro desde la base. También las ventanas quedaban inclinadas de abajo arriba aumentando el efecto visual. Parecía un edificio labrado con los dioses en la roca viva. Mi Chakpori quedaba aún más alto que el Potala, aunque sin dominarlo. Más allá vi los tejados dorados del Jo Kang, el templo que tenía mil trescientos años, rodeado por los

edificios administrativos. Vi el camino principal que se extendía derecho, el bosquecillo de sauces, los pantanos, el Templo de la Serpiente y el hermoso terreno del Norbu Linga, así como los jardines del Lama, a lo largo del Kyi Chu. Pero los tejados dorados del Potala relucían cegadoramente con su fantástica luminosidad, pues reflejaban con fuerza la luz brillante del sol, devolviéndola con rayos rojizos y de oro con todos los colores del espectro. Aquí, bajo estas cúpulas, reposaban los restos de los Cuerpos del Dalai Lama. El monumento, que ya contenía los restos del XII, era el más alto de todos, unos veinte metros —tres pisos—, y estaba cubierto con una tonelada del oro más puro. Dentro de ese santuario había valiosísimos ornamentos, joyas, y plata, una fortuna que descansaba junto a la «cáscara» vacía de su anterior dueño. Y ahora el Tíbet se había quedado sin Dalai Lama. El último se había marchado y el que vendría, según la Profecía, sería uno que serviría a los amos extranjeros, uno que iría atado al yugo de los comunistas.

A los lados del valle estaban las inmensas lamaserías de Drepung, Sera y Ganden. Medio ocultos por los árboles, brillaba el blanco y oro de Nechung, el Oráculo de Lhasa, el Oráculo del Tíbet. Drepung parecía ciertamente un montón de arroz, una pila blanca que se derramase por la ladera de la montaña. Sera, conocido por el nombre de la Valla de la Rosa Silvestre, y Ganden el Alegre; los estuve mirando y pensé en el tiempo que había pasado dentro de sus muros, en aquellas ciudades enmuralladas. También contemplé el gran número de pequeñas lamaserías colgadas por todas partes, en las falda de las montañas, o entre árboles que parecían envolverlas; y también las ermitas situadas en los sitios de más difícil acceso. Mis pensamientos volaron hacia los hombres que estarían allí dentro, como emparedados, y que pasarían quizá toda su vida en la oscuridad, pues nunca más saldrían al mundo físico, pero, por su entrenamiento especial, podrían circular en el mundo astral, pudiendo así contemplar como espíritus desencarnados, las vistas de nuestro mundo. Mis ojos abarcaron una mayor extensión de paisaje; el río Feliz describía curvas y seguía a través de pantanos ocultándose tras los árboles para reaparecer en los espacios abiertos. Vi la casa de mis padres, aquella gran finca que nunca había sido para mí un hogar. Vi a los peregrinos que se apiñaban por los caminos. Luego, desde una lejana lamasería me llegaron en la suave brisa el ritmo de los gongs del templo y el grito de las trompetas. Sentí que se me formaba un nudo de emoción en la garganta y una dolorosa sensación en el puente de mi nariz. Todo aquello era demasiado para mí y, para no reblandecerme, me volví, monté a caballo y emprendí el camino hacia lo desconocido.

A medida que avanzaba se hacía más salvaje el terreno. Pasé de parques amenos y de suelo arenoso a alturas rocosas y escarpadas gargantas por las que el agua circulaba continuamente, llenando el aire de ruidos y empapándome con las salpicaduras. Seguí mi viaje pasando las noches, como la otra vez, en los conventos

de lamas. Esta vez era aún mejor acogido como invitado, pues podía dar una información de primera mano sobre las recientes y tristes ceremonias de Lhasa, puesto que yo era uno de los personajes oficiales y había podido asistir a todas ellas. Todos quedamos de acuerdo en que la muerte del Dalai Lama había representado el final de una era, una época triste vendría sobre nuestro país. Me dieron alimento sobrado y nuevos caballos y después de varios días de viaje me encontré otra vez en Yaan, donde, para mi gran alegría, me esperaba el magnífico automóvil con el chófer Jersi. Habían llegado allí informes de que yo iba de camino y el viejo Abad de Chungking se había preocupado de que me recogieran con el auto en donde empezaba la carretera. Esto me alegró porque estaba ya muy cansado de la silla y las demás incomodidades del caballo. Fue para mí un verdadero placer ver allí el reluciente vehículo, producto de una técnica tan distinta a la nuestra, pero un producto que me llevaría con toda rapidez y recorrería en horas lo que yo tardaría normalmente unos días en recorrer. Así que subí al coche, contento de que el Abad de Chungking fuera tan buen amigo mío y se preocupase tanto por mi comodidad. Pronto íbamos a gran velocidad por la carretera de Changtu. Allí pasamos la noche. Carecía de sentido apresurarse para llegar a Chungking en las primeras horas de la mañana, de modo que nos detuvimos allí, dormimos y, por la mañana, recorrimos la población e hicimos algunas compras. Luego reanudamos el viaje, camino ya de Chungking.

El muchacho de cara colorada seguía con su arado e iba vestido sólo con pantalones cortos azules. Tiraba del arado el desgano búfalo de agua. Chapoteaban por el fango tratando de removerlo para poder plantar arroz. Aumentamos la velocidad. Los pájaros se llamaban unos a otros y con vuelos raudos como flechas manifestaban su alegría de vivir. Pronto llegamos a los alrededores de Chungking. Nos acercábamos a la ciudad por una carretera bordeada por plateados eucaliptos, limas y verdes pinos. Después llegamos a un camino más estrecho. Allí tenía yo que apearme para subir a pie la cuesta de la lamasería. Al pasar una vez más junto a aquel calvero con el árbol caído y los otros árboles tumbados en ángulos absurdos, recordé cuando me senté sobre el tronco yacente y conversé con mi Guía, el Lama Mingyar Dondup. Me detuve un rato para meditar, recogí de nuevo mis paquetes y seguí hacia la lamasería.

Por la mañana fui a Chungking. El calor era como una cosa viva, asfixiante. Incluso los hombres que tiraban de los *rickshas* y los pasajeros que iban en ellos, parecían arrugados y mohínos con el intolerable calor. En cuanto a mí, que venía de respirar el aire puro y fresco del Tíbet, me sentía más que medio muerto, pero por ser un lama tenía que mantenerme impávido para dar ejemplo a los demás. En la calle de las siete estrellas me encontré con mi amigo Huang, que andaba muy atareado de compras y le saludé cordialmente.

—Huang —le dije—, ¿qué hace ahí toda esa gente?

—¿No lo sabes, Lobsang? —me respondió—. Es gente que viene de Shanghai. Con la invasión japonesa, los comerciantes tienen que cerrar sus tiendas y venir a Chungking. Tengo entendido que algunas Universidades se trasladarán también a Chungking. Por cierto —prosiguió— que tengo un mensaje para ti. El general (ahora mariscal) Feng Yuhsiang quiere verte. Me pidió que te diera este recado. Que fueras a verle en cuanto llegases.

—Muy bien —dije—; ¿por qué no vienes tú conmigo?

Me dijo que estaba de acuerdo en acompañarme. Seguimos tranquilamente haciendo nuestras compras, pues hacía demasiado calor para darse prisa, y luego regresamos a la lamasería. Una hora o dos más tarde fuimos al templo cerca del cual tenía el general su casa, y allí le encontré. Me habló mucho de los japoneses, y de los trastornos que estaban causando en Shanghai. Me dijo que la colonia internacional había reclutado una fuerza de policía compuesta de bandidos y matones, que ni siquiera intentaban restaurar el orden.

—Se acerca la guerra, Rampa, se acerca la guerra —repetía el General—. Necesitamos todos los médicos de que podamos disponer y médicos que sean además pilotos. Son imprescindibles.

Me ofreció destinarme al ejército chino en un puesto en que me sería posible volar tanto como quisiera.

El General era un hombre de inmensa estatura, de hombros anchos y una cabeza enorme. Había intervenido en varias campañas, y antes del conflicto con los japoneses había creído que su carrera militar estaba ya terminada. Además, era un poeta y vivía cerca del «Templo para Ver la Luna». Me fue simpático; era un hombre listo con el que podía uno entenderse. Me explicó que los japoneses habían provocado un incidente que les diera pretexto para invadir China. Un monje japonés había muerto accidentalmente y las autoridades japonesas exigieron que el alcalde de Shanghai suprimiera la Liberación Nacional, detuviera a los dirigentes del boicot y garantizase una compensación por el «asesinato» de aquel monje. El alcalde, para conservar la paz y pensando en la aplastante fuerza militar de los japoneses, había aceptado el ultimátum el 28 de enero de 1932. Pero a las diez y media de aquella noche, después de la aceptación efectiva del ultimátum por el alcalde, la infantería de marina japonesa empezó a ocupar algunas calles de la colonia internacional preparando así el camino para la próxima guerra mundial. Todo esto era nuevo para mí. Nada sabía de ello a causa de mi ausencia durante aquel tiempo.

Mientras hablábamos llegó un monje, vestido con una túnica gris oscuro, para decirnos que estaba allí el Abad Supremo T'ai Shu y que yo tendría que contarle los acontecimientos del Tíbet y los funerales de mi amado XIII Dalai Lama. Así lo hice y él a su vez me confesó los grandes temores que tanto a él como a otros monjes les

torturaban, pues veían en gran peligro la seguridad de China.

—No es que temamos por el final, pues todo se arreglará —dijo—, sino la destrucción, los sufrimientos y la muerte que han de venir primero.

Así, entre todos insistieron que debía aceptar aquel puesto que me ofrecían en la aviación china. Tenía que poner a su disposición mis facultades y mi entrenamiento. Y entonces llegó el golpe.

—Tendrá usted que ir a Shanghai —dijo el general—. Sus servicios se necesitan mucho allí y sugiero que su amigo Po Ku vaya con usted. Lo tengo todo preparado para ese viaje y sólo queda que ustedes acepten.

—Shanghai —me alarmé—. Es un sitio terrible para estar allí. Sin embargo, sé que debo ir, de modo que acepto. Seguimos conversando un buen rato y se nos hizo de noche, de modo que debíamos marcharnos ya. Me puse en pie y salí al patio, donde se elevaba una solitaria palmera de aire marchito, arrugada por el calor, cuyas hojas colgaban y se volvían marrones. Huang me esperaba sentado con toda paciencia, inmóvil y preguntándose por qué duraba tanto la entrevista. Se levantó y, silencioso, emprendimos el camino hacia nuestra lamasería después de cruzar el pequeño puente de piedra.

Antes de la entrada de nuestra vereda había una gran roca a la que subimos para dominar desde allí arriba los ríos. Había gran actividad en aquellos días. Navegaban muchos vaporcitos y se elevaban de sus chimeneas densas columnas de humo, como banderas negras. Sí, había más barcos que antes de marchar yo al Tíbet. Llegaban cada día más refugiados. Había más tráfico, venía gente más capacitada para prever el futuro y darse plena cuenta de lo que significaba la invasión de China. En una ciudad como Chungking, habitualmente congestionada de tráfico y gente, había aún más gente y más tráfico.

Al mirar al cielo oscurecido, vimos que se acumulaban unos nubarrones tormentosos y estábamos seguros de que más tarde en la noche habría una gran tormenta que lo arrollaría todo con lluvias torrenciales y que nos ensordecería con tremendos truenos. «¿Acaso era esto —nos preguntamos— un símbolo de los trastornos que esperaban a China?». Así lo parecía: el aire estaba recargado, tenso, lleno de amenazante electricidad. Creo que ambos suspiramos al unísono cuando pensamos en el futuro de este país que los dos queríamos tanto. Pero era ya de noche, y las primeras y pesadas gotas de la lluvia de la tormenta nos mojaban. Nos apresuramos a regresar al templo, donde nos esperaba el Abad, impaciente por que le contásemos todo lo ocurrido. Me alegró verle y hablar con él de todas los asuntos que me inquietaban. Elogió mi decisión de unirme a las fuerzas chinas.

Seguimos charlando hasta muy avanzada la noche, aunque a veces no nos entendíamos a causa de los tremendos truenos y por la fuerza con que caía la lluvia en el tejado del templo. Por fin fuimos a acostarnos en el suelo, como siempre, y nos

dormimos. A la mañana siguiente, después del primer servicio religioso, hicimos nuestros preparativos para iniciar otra fase de la vida, y la etapa que debíamos recorrer era aún más desagradable.

Capítulo sexto

Clarividencia

¡Shanghai! No podía hacerme ilusiones. Sabía muy bien que Shanghai sería un sitio muy difícil para vivir. Pero el destino había decretado que yo debía ir allí; y así, Po Ku y yo hicimos nuestros preparativos. Avanzada ya la mañana bajamos juntos por la calle de las escaleras hasta los muelles y embarcamos en un buque que nos llevaría, río abajo, a Shanghai.

En nuestro camarote —que compartíamos los dos— me tendí en la litera y medité sobre mi pasado. Pensé en las primeras noticias que había tenido de Shanghai. Fue cuando mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, me estaba enseñando los puntos claves de la clarividencia; y esto he de contarle porque puede interesar y servir de ayuda a muchos.

Ocurrió unos cuantos años antes, cuando yo estudiaba en una de las grandes lamaserías de Lhasa. Mis compañeros de clase y yo estábamos aún sentados en el aula ansiando que llegara el momento de salir. La clase era peor que de costumbre porque el profesor, uno de los peores que teníamos, nos aburría muchísimo. Nos costaba un gran trabajo seguir sus palabras y mantenernos bien despiertos. Era uno de esos días de mucho sol y aire embriagador. Todo nos llamaba hacia el exterior para disfrutar de la buena temperatura y de la espléndida luz en vez de mustiarnos en oír lo que no nos interesaba. De pronto se produjo un alboroto. Alguien había entrado en el aula. Nosotros, que habíamos de estar con la espalda vuelta al profesor, no podíamos ver quién era y no nos atrevíamos a volvernos por si él nos estaba mirando. Se oyó un ruido de papel: «¡Ajá, conqué fastidiándome la clase!». Sonó un golpe seco cuando el profesor dio con un bastón sobre un pupitre, haciendo que todos nos levantásemos de un brinco, asustados. «Lobsang Rampa, venga aquí». Me volví hacia él con gran temor e hice mis tres inclinaciones reglamentarias. ¿Qué habría hecho yo? ¿Acaso me había visto el Abad cuando arrojé piedrecillas a aquellos lamas que nos visitaron? ¿Acaso habría...? Pero la voz del profesor me tranquilizó en seguida: «Lobsang Rampa, el honorable Lama Superior, su Guía Mingyar Dondup, requiere su presencia inmediatamente. Vaya y préstele más atención de la que me concede usted a mí». Salí a toda prisa.

Me apresuré por los pasillos y las escaleras, torcí a la derecha y llegué a las habitaciones de los lamas. «Por aquí tengo que andar con suavidad, sin armar ruido —pensé—. Es allí, la séptima puerta a la izquierda». Cuando levantaba la mano para llamar, dijo una voz: «Pase», y entré. «Tu clarividencia nunca falla cuando hay comida. Has llegado a tiempo, pues tengo té y nueces». El Lama Mingyar Dondup no me esperaba tan pronto, pero me acogía del modo más cordial. Tomamos el té y charlamos. «Quiero que estudies la contemplación del cristal con los varios tipos de

dispositivos que existen. Tienes que acostumbrarte a todos ellos».

Después del té me llevó a los almacenes. Allí se guardaban dispositivos de todas clases: plaquitas, tarjetas de Tarot, espejos negros y una asombrosa variedad de objetos que servían para la adivinación. Mi Guía me los fue enseñando y explicándome su uso. Luego, volviéndose hacia mí, dijo: «Elige un cristal que te parezca en armonía contigo. Antes míralos todos, y elige bien». Desde el principio me atrajo una bellísima esfera, de auténtico cristal de roca sin una mácula y de tal tamaño que se necesitaban las dos manos para poderla sostener. Inmediatamente me dirigí hacia ella y dije: «Ésta es la que quiero». Mi Guía se rió. «Has elegido la más antigua y más valiosa. Si sabes utilizarla, puedes quedarte con ella». Aquel cristal, que aún conservo, se encontró en uno de los túneles muy por debajo del Potala. En aquellos días de pocas luces, la habían llamado «La bola mágica» y la entregaron a los lamas médicos de la Montaña de Hierro, pues se pensaba que estaba relacionada con la Medicina.

Más adelante, en este mismo capítulo, trataré de las esferas de cristal, espejos negros y globos de agua, pero ahora puede ser interesante describir cómo nos preparábamos para usar las bolas de cristal, cómo nos entrenábamos para identificarnos con ese objeto. Es evidente que si una persona es saludable y perfectamente dotada física y mentalmente, su vista será excelente. Lo mismo ocurre con la vista del Tercer Ojo. Hay que estar en perfectas condiciones y para ello nos preparábamos antes de intentar el uso de estos objetos. Yo había elegido, pues, mi cristal, y ahora lo observaba intensamente. Sujeto entre mis dos manos, tenía el aspecto de un globo pesado que reflejaba, cabeza abajo, una imagen de la ventana con un pájaro posado en el alféizar. Mirando con mayor atención pude ver el reflejo del Lama Mingyar Dondup y, también, mi propio reflejo. «Lo estás mirando, Lobsang, y no es ésa la manera de usarlo. Tápalo y espera hasta que aprendas».

A la mañana siguiente tuve que tomar, en mi desayuno, unas hierbas que me purificasen la sangre y aclarasen la cabeza, unas hierbas que servían para poner a tono, en general, la constitución del individuo. Había que tomarlas mañana y noche durante dos semanas. Todas las tardes tenía que descansar una hora y media con los ojos y la parte superior de la cabeza tapados con un grueso paño negro. A la vez, debía practicar una respiración con determinado ritmo. Durante ese tiempo era imprescindible que cuidase mucho de mi limpieza personal.

Pasadas las dos semanas, fui de nuevo a ver al Lama Mingyar Dondup. «Vamos a aquella habitación de arriba, bajo el tejado, pues allí estaremos tranquilos —dijo—. Hasta que estés más acostumbrado, necesitarás una absoluta calma». Subimos las escaleras y salimos a la terraza llana. A un lado estaba la casita donde el Dalai Lama recibía cuando venía a Chapkori para la Bendición Anual de los Monjes. Ahora íbamos a utilizarla nosotros. Iba a utilizarlo y esto era un gran honor para mí, pues no

se permitía la entrada allí más que al Abad y al Lama Mingyar Dondup. Una vez dentro, nos sentamos en cojines en el suelo. Detrás de nosotros había una ventana por la cual se veían las montañas que hacían de guardianas de nuestro agradable valle. También se veía desde allí el Potala, pero esa vista era demasiado familiar para todos nosotros y no podía impresionarnos. Lo que yo quería ver era lo que había en el cristal. «Ven aquí, Lobsang. Mira el cristal y dime cuándo desaparecen todos los reflejos. Tenemos que excluir todos los puntos de luz de la visión ordinaria. No son *ellos* los que deseamos ver». En efecto, eso es lo principal que debemos recordar: hay que excluir toda luz que pueda causar reflejos. Los reflejos sólo contribuyen a distraer la atención. Nuestro sistema era sentarnos dando la espalda a una ventana situada al norte y correr una cortina bastante tupida sobre la ventana, lo suficiente para obtener una penumbra. Sin recibir luz directa, la bola de cristal que yo sostenía en mis manos, aparecía como muerta, inerte. En su superficie no había reflejo alguno.

Mi Guía estaba sentado junto a mí. «Limpia el cristal con este paño húmedo —me dijo—, sécalo, y luego levántalo con este trapo negro. No lo toques aún con las manos».

Seguí sus instrucciones al pie de la letra; limpié cuidadosamente la esfera, la sequé y la levanté cogiéndola con el trapo negro que estaba doblado en forma cuadrada. Crucé las manos, con las palmas hacia arriba, bajo la bola de cristal, que así quedaba sostenida por la palma de la mano izquierda. «Ahora, mira *en* la esfera, no *a* ella. Mira al mismísimo centro de la bola y luego deja que tu visión se “vacíe”. No trates de ver nada sino sólo que tu mente se quede en blanco». Eso no era difícil para mí. Algunos de mis profesores creían que mi mente estaba todo el tiempo en blanco.

Contemplé la bola de cristal. Mis pensamientos vagaban. De pronto, me pareció que la esfera que sostenía en mis manos crecía, y tuve la sensación de que iba a caerme dentro de ella. Esto me produjo un sobresalto y la impresión se desvaneció. De nuevo me hallaba sosteniendo, simplemente, una bola de cristal en mis manos. «¡Lobsang! —exclamó mi Guía—, ¿por qué has olvidado lo que te he dicho? Estabas a punto de *ver* y tu sobresalto de sorpresa ha roto el hilo. Hoy no verás ya nada».

Hay que fijar la mirada en el interior de la bola y mantener nuestro foco mental en una parte interior de ella. Entonces se experimenta una sensación muy peculiar, algo así como si uno estuviera a punto de saltar al interior de otro mundo. Cualquier reacción de temor o de sorpresa en ese momento puede estropearlo todo. Lo único que se puede hacer en tal caso (desde luego, mientras se está aprendiendo) es dejar a un lado la bola de cristal y renunciar a ver algo hasta que se haya dormido bien esa noche.

Al día siguiente probamos de nuevo. Me senté como la vez anterior, dando la espalda a la ventana y procuré que desaparecieran todos los rayos de luz perturbadores. Normalmente me habría sentado en actitud meditativa, la que

llamamos del loto, pero a causa de una herida que había tenido yo en una pierna no era esa actitud la más cómoda. Ya es sabido que la posición tranquila y confortable es esencial. Por eso es mejor sentarse de cualquier modo, aunque sea incorrecto, con tal de que sea una postura cómoda para uno. Nuestra norma era tener siempre en cuenta que cualquier incomodidad podría distraer la atención.

Yo tenía la atención inmóvil en el interior de la bola. A mi lado, el Lama Mingyar Dondup permanecía también sentado, erguido e inmóvil como tallado en piedra. ¿Qué vería yo? Sólo en eso pensaba. ¿Sería lo mismo que cuando por primera vez vi una aura? El cristal parecía apagado, inerte, incapaz de dar imagen alguna. Pensé: «Jamás veré nada de eso». Estaba ya oscureciendo fuera, de modo que no había temor de que se produjeran con la intensidad del sol cambios de sombras como cuando en el exterior se oculta el sol tras las nubes y luego se descubre iluminándolo todo con gran fuerza. No había sombras ni puntos luminosos sin que hubiese tampoco una oscuridad total. Una suave penumbra llenaba toda la habitación y, con el paño negro que aislaba mis manos de la esfera, no se producían en la superficie de ésta reflejos de ninguna clase. Y en cuanto a mí, tenía que fijar toda mi atención en el interior de la esfera.

De pronto, el cristal pareció cobrar vida. En el centro de la bola apareció como una rendija blanca que se fue extendiendo como humo blanco en un remolino. Luego parecía ya que un ciclón barría el interior de la bola, un huracán silencioso. El humo se hacía más denso y más liviano, por turno, hasta que se extendió por todo el globo en una película, por igual. Era como una cortina cuya finalidad fuese impedirme ver lo que pasaba dentro. Procuré esforzar mi mente para hacerla atravesar la barrera. La bola parecía irse hinchando y yo tenía la horrible sensación de caerme dentro de un abismo, de un vacío sin fondo. Precisamente en ese momento sonó en algún sitio el estrépito de una trompeta y la cortina blanca se convirtió en una tormenta de nieve que se derretía como por el calor del sol de mediodía.

«Has estado muy cerca, Lobsang, verdaderamente cerca», me animó mi Guía. «Sí —le dije—. Es seguro que habría visto algo si aquella trompeta no hubiese sonado. Me sacó de situación». «¿Una trompeta? —se extrañó el Lama Mingyar Dondup—. Entonces has avanzado más de lo que yo había creído. Ese trompetazo fue tu subconsciente que te advertía de que la clarividencia y la contemplación del cristal son tan sólo para una reducidísima minoría. Para poquísimos. Mañana adelantaremos más».

En la tercera tarde, mi Guía y yo volvimos a sentarnos juntos. De nuevo me recordó todas las reglas. En aquella tercera tarde tuve mejor éxito. Me senté con la esfera levemente sostenida y concentrado sobre algún punto invisible de su oscuro interior. El torbellino de humo blanco apareció casi en seguida y pronto se convirtió, como el día anterior, en una cubierta de humo que ocultaba todo el interior de la bola.

Mi mente operaba sin cesar, pensando: «Voy a traspasarla, voy a traspasarla. ¡Ahora!». De nuevo se produjo la horrible impresión de la caída en un abismo sin fondo. Pero esta vez estaba preparado. Caí desde una inmensa altura, a plomo, hacia el mundo cubierto de humo y que crecía con asombrosa rapidez. Sólo un férreo aprendizaje me impidió gritar de pánico al acercarme a una tremenda velocidad a la superficie blanca... y logré atravesarla sin causarme daño alguno.

Dentro, relucía el sol. Miré en torno a mí con verdadero asombro. Seguramente me había muerto, pues nunca había estado en aquel sitio. ¡Qué lugar tan extraño! Agua, mucha agua oscura extendida ante mí hasta donde alcanzaba mi vista. Más agua de lo que yo pudiera haber imaginado que existía. A una cierta distancia, un enorme monstruo, como un enorme pez, salía a la superficie del agua. En medio de él, algo así como una pipa negra enviaba hacia arriba lo que parecía una columna de humo que el viento echaba hacia un lado. Con gran estupefacción, ¡vi que unas figuritas se movían por encima del gran pez! Aquello era demasiado para mí. Me volví como para salir huyendo, pero me inmovilicé, petrificado. Estaba viendo enormes casas de piedra, de muchos pisos de altura. Exactamente enfrente de mí, un chino corría muy rápido tirando de un aparato con dos ruedas y encima de éste iba una mujer. «Debe de ser una inválida —pensé—, y por eso tienen que llevarla con ruedas». Y luego vi que avanzaba hacia mí un lama tibetano. Contuve la respiración: aquel hombre era exactamente como el Lama Mingyar Dondup muchos años más joven. Se dirigía en línea recta hacia mí, pasó a través de mí y el pánico me hizo dar un salto. «¡Oh! —gemí—, ¡estoy ciego!». Todo estaba completamente oscuro y no podía ver absolutamente nada. «Muy bien, Lobsang, esto va muy bien —me dijo mi Guía—. Vamos a descorrer las cortinas». Así lo hizo y la habitación se inundó de la pálida luz del atardecer.

«Desde luego —añadió—, posees grandes dotes de clarividencia, Lobsang. Sólo necesitas una buena dirección. Sin darme cuenta, toqué el cristal y, por tus observaciones, me figuro que has visto la impresión de cuando fui a Shanghai hace muchos años y casi me desmayé al ver por primera vez un *ricksha* y un vapor. Sí, has adelantado mucho». Yo no salía aún de mi estupefacción y seguía viviendo en el pasado. Qué cosas más terribles e inconcebibles había fuera del Tíbet. Peces domesticados que lanzaban humo y sobre los que podía uno montarse; hombres que transportaban mujeres... Me asustaba pensar en todo aquello y, sobre todo, en que algún día tendría yo también que conocer aquel mundo asombrosamente raro.

«Ahora has de sumergir la bola de cristal en el agua para borrar de ella la impresión que ya has visto. Deja que repose en el fondo de un gran recipiente y ponle en el fondo un paño para que el cristal dé sobre él. Luego la secarás con otro paño. Ten cuidado de que tus manos no la toquen todavía».

Éstas fueron sus nuevas instrucciones. Y, efectivamente, es muy importante

recordar eso cuando se usa una bola de cristal. Después de cada lectura, es imprescindible desmagnetizarla. El cristal se imanta por la persona que lo sostiene, de un modo muy semejante a lo que le sucede a un pedazo de hierro que ha estado en contacto con un imán. Con el hierro suele bastar darle unos golpes para que pierda ese magnetismo adquirido, pero el cristal debe ser sumergido en el agua. Si no se toma esta precaución después de cada experiencia, los resultados serán cada vez más confusos. Las «emanaciones áuricas» de las diversas personas que han desfilado en sucesivas lecturas, se van acumulando y llegará un momento en que daremos una lectura completamente errónea. Ninguna bola de cristal ha de ser manejada por una persona distinta a su dueño a no ser con la finalidad de «imantarla» para una lectura determinada. Mientras más es manoseada una bola de cristal por otras personas, menos responde en manos del dueño. Nos enseñaban que después de varias lecturas realizadas el mismo día, debíamos llevarnos el cristal con nosotros a la cama para que se magnetizase de nuevo con nuestra proximidad. El mismo resultado se lograría llevando con nosotros la bola durante el día, ¡pero pareceríamos ridículos andando todo el día con ella!

Mientras no se usa, el cristal debe estar cubierto con un paño negro. *Nunca* se dejará que le dé la luz fuerte del sol, ya que entonces se inutilizará para fines esotéricos. Tampoco se debe consentir que una esfera de cristal sea manejada por una persona que sólo busque con ella satisfacer su vanidad de «creador de emociones fuertes». En esta prohibición hay un motivo serio. Como quiera que el buscador de emociones raras sólo se propone un entretenimiento barato y que le haga ser admirado, perjudica en gran medida el aura de cristal. Es como si damos a un niño una cámara de gran calidad o un reloj de precisión para que juegue con ellos y satisfaga su curiosidad o su deseo de aparecer como una persona mayor.

Muchas personas podrían usar una bola de cristal si se tomasen la molestia de buscar el tipo de cristal que les corresponde. Cuando la vista nos falla, nos preocupamos por conseguir que los cristales que nos ponen en las gafas sean exactamente los que nos convienen. En los cristales de que ahora estamos hablando, esa educación es de igual importancia.

Algunas personas pueden ver mejor con una bola de cristal de roca y otras con vidrio. El cristal de roca es el más poderoso para estos fines. Contaré aquí, a este propósito, una breve historia mía que se conserva escrita en Chapkori.

Hace millones de años, los volcanes arrojaron llamas y lava. En las profundidades de la tierra, varios tipos de arena se habían mezclado a causa de la sacudidas de los terremotos, y el calor volcánico las había fundido en una especie de vidrio. Los terremotos rompieron este vidrio en muchos pedazos y lo esparcieron por las faldas de todas aquellas montañas. La lava, solidificada, lo cubrió en gran parte.

Con el tiempo, los desprendimientos de rocas dejaron al descubierto parte de este

vidrio natural, al que se llamó «cristal de roca». Uno de aquellos trozos fue descubierto en los comienzos de la humanidad por los sacerdotes de una tribu. En aquellos tiempos primitivos, los sacerdotes poseían poderes ocultos para predecir y relatar la historia de un objeto por psicometría. Uno de ellos debió de haber tocado un fragmento determinado de cristal y haberle impresionado lo bastante como para llevárselo a su casa. En aquella masa informe de cristal, muy posiblemente, el sacerdote obtendría unas impresiones clarividentes. Y entonces, ayudado por otros, tallaría el pedazo de cristal hasta darle forma esférica porque esta forma era la más conveniente para manejarla. Esa bola, de generación en generación, fue pasando de sacerdote a sacerdote a lo largo de muchos siglos, y cada nuevo sacerdote heredaría la tarea de pulimentar un poco más el duro material. Lentamente se fue haciendo más redondo y más claro. Durante toda una época esa esfera fue adorada como el Ojo de Dios. En la Edad de la Ilustración, era ya un instrumento mediante el cual se podía invocar la Conciencia Cósmica. Ahora, reducida ya, sólo de unos diez centímetros de diámetro y clara como el agua, fue empaquetada cuidadosamente y escondida en un cofre de piedra en el interior de un túnel, muy por debajo del Potala.

Siglos más tarde fue descubierta por unos monjes exploradores y se descifró la inscripción que figuraba en el cofre de piedra: «Ésta es la Sabiduría del Futuro — decía—, pueden ver el pasado y conocer el futuro. Se hallaba bajo la custodia del Gran Sacerdote del Templo de la Medicina». Por eso, la bola de cristal fue llevada a Chapkori, que en nuestros días es el Templo de la Medicina. Y allí se conservó por una persona que pudiese leer en ella. Yo era esa persona y para mí había sido conservada.

El cristal de roca de este tamaño es raro, especialmente cuando no tiene mancha ni defecto alguno. No todos pueden usar ese cristal. Puede resultar demasiado fuerte y tender a dominar al que lo utiliza. Se pueden conseguir esferas de vidrio que sirven para lograr la necesaria experiencia preliminar. El tamaño no importa en absoluto. Algunos monjes llevan una diminuta esquirla de cristal engarzada en un anillo grande. Lo importante es que en el cristal no haya defectos o que, si tiene una pequeña imperfección, no se note con poca luz. Las bolas pequeñas, sean de cristal de roca o de vidrio, tienen la ventaja del poco peso y eso es muy importante cuando se quiere abarcar la esfera. Si alguien desea adquirir una bola de cristal para estos fines, lo mejor será que ponga un anuncio en una de esas revistas «psíquicas». En cambio, los objetos de ese género que se ofrecen a la venta en algunas tiendas, son más propios para magos de teatro que para personas con una intención seria. Por lo general, tienen defectos que sólo descubre uno cuando ya está en casa. Si realiza usted una de estas compras, lo mejor será que lo haga con la condición de examinarla en casa y de devolverla si no le gusta. Entonces, en cuanto la desempaque usted, lávela bajo un grifo. Séquela cuidadosamente y luego sosténgala con un paño negro y

examínela. ¿Por que? Pues la ventaja de lavarla es hacer desaparecer de ella las huellas dactilares que pueda tener; y el ponerla sobre un paño negro al levantarla, es para asegurarse de que las huellas dactilares de usted mismo no le despistan.

Por supuesto, no debe usted esperar que le bastará sentarse, mirar la bola de cristal y que va a empezar inmediatamente a ver cuadros en movimiento o inmóviles. Tampoco sería justo que culpase a la bola del fracaso de usted. La bola de cristal no es más que un instrumento y no se le ocurriría a usted echar la culpa a un telescopio de su fracaso en astronomía si estaba usted mirando por el «otro» extremo.

Hay gente que no puede usar la bola de cristal. Antes de renunciar por completo a ejercitar su clarividencia, esas personas deben probar con un «espejo negro». Esto se puede lograr muy barato por el sencillo procedimiento de procurarse el vidrio de un faro en alguna tienda de accesorios automovilísticos. El vidrio ha de ser cóncavo y totalmente suave y liso. No servirán los vidrios granujientos de faros de automóvil; tienen que ser lisos. Una vez conseguido el vidrio adecuado, hágase pasar la superficie exterior curvada por encima de la llama de una vela. Moverlo de manera que se forme una capa superficial de hollín en la superficie *exterior* del vidrio. Esta capa suficiente ha de ser «fijada» luego con alguna laca celulosa como la usada para evitar que se deslustre el latón.

Dispuesto ya el «espejo negro», proceda usted lo mismo que se hace con la bola de cristal. En este mismo capítulo se hablará después de los diferentes tipos de «cristal». Con el espejo negro, se mira a la superficie *interior* poniendo buen cuidado de eliminar todos los reflejos.

Otro tipo de espejo negro es el que nosotros llamamos «cero». Es igual que el espejo antes descrito, pero el hollín queda *por dentro* de la curva. Una gran desventaja de este procedimiento es que no se puede «fijar» el hollín, pues al hacerlo se produciría una superficie brillante. Este espejo puede ser de mayor utilidad para los que tienden a distraerse con los reflejos.

Hay gente que utiliza un recipiente con agua y miran dentro. El recipiente ha de ser muy claro y sin dibujo ni adornos de ninguna clase. Colóquese un paño negro debajo y, en efecto, se convierte para todos los efectos en una bola de cristal. En el Tíbet tenemos un lago situado de tal modo que podemos «ver» dentro de él y, en cambio, llega uno a no ver en absoluto el agua. Es un lago famoso y lo usan los Oráculos del Estado para algunas de sus predicciones más importantes. Lo llamamos Chö-Kor Gyal-ki Nam-tso (o sea el Lago Celestial de la Victoriosa Rueda de la Religión) y está en un lugar conocido por Tak-po, a unos ciento sesenta kilómetros de Lhasa. El distrito que lo rodea es montañoso y el lago está rodeado por elevadas cumbres. El agua suele tener normalmente un color muy azul, pero a veces, mientras se mira en su interior desde ciertos puntos de observación más convenientes, el azul se va convirtiendo en un blanco que se agita como un torbellino, como si hubieran

echado en el agua cal de blanquear. Se revuelve el agua y se llena de espuma. Y entonces, de repente, se abre en el centro del lago un boquete negro, mientras que por encima de él se van formando densas nubes blancas. En el espacio entre el boquete negro y las nubes blancas, se pueden ver imágenes del futuro.

A este lugar, por lo menos una vez en su vida, acude el Dalai Lama. Se aloja en un pabellón cercano y mira al lago. En él ve acontecimientos importantes para él y, lo que no es menos importante, la fecha y las circunstancias en que ha de abandonar esta vida. ¡Nunca se ha equivocado el lago!

No todos podemos ir a este lago, pero la mayoría podemos usar un cristal si tenemos un poco de paciencia y de fe. Daré aquí un método para los lectores occidentales. Emplearé la palabra «cristal» para abarcar las bolas de cristal de roca o de vidrio corriente, los espejos negros y la «bola» de agua. Así será más fácil.

Durante unas semanas, dedique usted una especial atención a su salud. Procure evitar en esa semana (lo más posible en este mundo tan poco propicio a la tranquilidad) toda clase de preocupaciones e irritación. Coma sobriamente y prescinda de salsas y alimentos fritos. Maneje el cristal lo más posible sin intentar en absoluto «ver» en él. Esto transferirá al cristal algo de su magnetismo personal y le familiarizará con él. No olvide de cubrir el cristal siempre que no lo esté usted manejando. Si puede, manténgalo en una caja que pueda cerrarse con llave. Esto evitará que otras personas jueguen con él en ausencia de usted. Como ya sabe, por lo que ha leído aquí, hay que evitar que le dé directamente la luz del sol.

Después de los siete días, llévese el cristal a una habitación tranquila donde, si es posible, dé luz norte. El tiempo mejor es a última hora de la tarde, pues entonces no hay luz directa del sol que pueda alterarse con el paso de las nubes.

Siéntese —en cualquier postura que le resulte cómoda— dando la espalda a la luz. Sostenga el cristal con las manos y fíjese bien si queda algún reflejo en su superficie. Éstos deben ser eliminados cubriendo bien las ventanas con cortinas o cambiando usted de posición.

Cuando esté satisfecho en ese aspecto, ponga el cristal en contacto con el centro de su frente durante unos cuantos segundos y retírelo luego lentamente. Manténgalo en sus manos en forma de copa y puede usted reposar el reverso de ellas sobre su regazo. Contemple ociosamente la superficie del cristal, sin prisa, ni un deseo concreto, y luego mueva su visión hacia el centro del cristal a lo que imagine usted como una zona de absoluto vacío. Deje que se forme cualquier emoción fuerte. Basta con diez minutos para la primera noche. Vaya aumentando el tiempo poco a poco, hasta que al final de la primera semana pueda usted hacerlo durante media hora.

A la semana siguiente, haga que se le forme el vacío mental lo antes que pueda. Mire a la nada dentro del cristal. Irá usted notando que las líneas de éste tiemblan y tienden a desaparecer. Seguramente, toda la esfera irá creciendo y tal vez sienta usted

la sensación de caerse hacia adelante. Esto es lo que debe conseguirse. *No* se sobresalte por el asombro que esta impresión le produzca, pues, si lo hace, no podrá usted ver ya nada el resto de la tarde. La persona corriente que logra «ver» por primera vez, experimenta una sacudida de emoción muy semejante al brinco que solemos dar a veces cuando vamos a caernos en el sueño.

Con un poco más de práctica, se dará cuenta de que el cristal parece cada vez mayor. Una tarde descubrirá usted, a fuerza de mirarlo en su interior, que está luminoso y lleno de humo blanco. Este humo se irá desvaneciendo —con tal de que no se sobresalte usted— y habrá logrado su primera visión del pasado. (Al principio, generalmente, lo que se ve siempre es el pasado). Se tratará de algo relacionado con usted mismo, ya que sólo usted ha tocado la esfera. Siga en esa línea viendo sólo sus propios asuntos. Cuando ya, con más práctica, pueda usted dirigir a voluntad su «visión», diríjala hacia lo que desee conocer. El mejor método es que se diga usted a sí mismo con toda firmeza y en voz alta: «Voy a ver esto o aquello esta noche». Si cree usted en ello, *verá* lo que desee. En efecto, así es de sencillo.

Para conocer el futuro tendrá usted que preparar sus datos. Reúna todos aquéllos de que disponga sobre un tema determinado y comuníquese los a sí mismo. Luego «pregunte» al cristal y dígame con absoluta convicción que va a ver lo que desea conocer.

Al llegar aquí, es imprescindible una advertencia. No se puede usar el cristal para una ganancia personal, para prever el resultado de las carreras ni para causar daño a otra persona. Existe una poderosa ley oculta que hará que todo se retire de su cabeza en cuanto trate de explotar el cristal para sus fines ambiciosos y egoístas. Esta ley es tan inexorable como el propio tiempo.

Suponemos que ya ha logrado usted obtener sobrada práctica para ver sus propios asuntos. ¿Quiere usted ahora conocer los de otra persona? Sumerja el cristal en algún recipiente de agua y séquelo luego sin tocar la superficie con sus manos. Después páselo a la otra persona. Diga: «Cójalo con sus dos manos y *piense* en lo que desea usted saber. Luego, devuélvamelos». Naturalmente, habrá advertido usted ya a esa persona que no le hable ni distraiga. Es aconsejable, sin embargo, intentar primero la experiencia con algún amigo íntimo, ya que los desconocidos resultan con frecuencia desconcertantes cuando está uno empezando.

Cuando esa persona le devuelva el cristal, lo tomará usted en sus manos directamente o bien con el paño negro, pues lo mismo da, ya que por el tiempo que ha llevado usted tocándolo, estará su cristal «personalizado». Instálese cómodamente, eleve el cristal hasta ponerlo en contacto con su frente unos instantes y luego deje reposar sus manos apoyando su reverso en el regazo de manera que pueda sostener el cristal sin el más mínimo esfuerzo. Mire *dentro* de él y haga que se le forme el vacío en la mente, lo más completo que pueda usted, pero al principio puede resultarle

difícil la experiencia si le queda alguna conciencia de sí mismo.

Si ha cumplido usted con todas las reglas y se ha preparado como he dicho, observará una de estas tres cosas: verdaderas imágenes, símbolos e impresiones. Las imágenes verdaderas deben ser el objetivo que usted se proponga. Para ello el cristal se nubla y luego esas nubes o humo se dispersan para mostrarle imágenes auténticas y vivas de lo que usted desea saber. En tal caso, no se necesita ninguna habilidad interpretativa. Lo que se desea saber está allí a la vista.

Algunas personas no pueden ver auténticas imágenes; ven símbolos. Por ejemplo, quizá vean una fila de X, o una mano. O tal vez una daga, o molino. Pronto aprenderá usted a interpretar esos símbolos si es usted de los que no ven imágenes verdaderas.

Una tercera posibilidad son las impresiones. En este caso no se ve nada concreto sino nubes y alguna luminiscencia; pero como tenemos el cristal en nuestras manos, sentiremos u oiremos impresiones concretas. Es imprescindible evitar los prejuicios y posiciones muy personales sobre el asunto observado, de manera que los sentimientos personales sobre determinado caso puedan más que la actividad informadora del cristal.

El auténtico Vidente nunca le dirá a una persona la fecha de su muerte, ni siquiera la probabilidad de que muera pronto. Usted lo sabrá, pero nunca debe decirlo. Ni advertirá usted a nadie que se le acerca una enfermedad. Se limitará a decirle: «Convendría que tuviese usted algo más de cuidado con su salud hacia (tal fecha)». Y tampoco debe decir: «Sí, su esposo está ahora con una muchacha que...». Si usa usted el cristal correctamente, sabrá que, efectivamente, ese hombre ha salido, pero ¿no estará ocupándose de un negocio? ¿No será ella una pariente? Nunca, nunca, diga algo que pueda contribuir a que un hogar se deshaga o que cause la desgracia de alguien. Eso sería abusar del cristal. Empléelo sólo para el bien y, a cambio de ello, recibirá usted el bien. Por otra parte, si no logra usted ver nada, dígalo con toda sinceridad y la persona que le consulta le respetará y no perderá la fe en usted. No creerá que pretende usted engañarla. Podría usted, dejándose llevar por la imaginación, «inventar» algo o quizá esté usted diciendo algo que su consultante SABE que no es cierto. Entonces perderá usted su prestigio y buena reputación y, además, aportará un poco de descrédito sobre las ciencias ocultas.

Después de haber informado detalladamente a su consultante sobre lo que usted ha visto en el cristal, envuelva éste con todo cuidado y déjelo a un lado. Luego, cuando se haya marchado esa persona, métalo usted en agua, séquelo después y téngalo un rato entre sus manos para «re-personalizarlo» con su propio magnetismo. Mientras más maneje usted el cristal, mejor será. Procure no arañarlo y, cuando haya terminado usted, guárdelo envuelto en el paño negro. Si puede, déjelo dentro de una caja que pueda cerrarse con llave. Los gatos pueden causar mucho perjuicio, pues algunos, fascinados por el cristal, se ponen a contemplarlo fijamente durante mucho

tiempo. Y cuando tenga usted que usar la bola de cristal la vez siguiente, supongo que no querrá ver la historia de la vida y las ambiciones del gato. Aunque esto PUEDE hacerse, efectivamente. En el Tíbet, en algunas de las lamaserías «ocultas», se interroga a un gato por medio del cristal cuando termina su servicio como guardián de las joyas. De ese modo saben los monjes si ha habido algún intento de robo.

Se aconseja con insistencia que antes de emprender ningún entrenamiento en la clarividencia por medio del cristal, se pregunte uno seriamente cuáles son sus motivos secretos. El ocultismo es un arma de dos filos y los que «juegan» a él por ociosa curiosidad son a veces castigados con trastornos mentales o nerviosos. Gracias a él, puede usted experimentar el placer de ayudar a los demás, pero también conocerá cosas horribles e imposibles de olvidar. Por eso, a no ser que esté usted absolutamente seguro de los motivos, que le impulsan, no deberá realizar estas pruebas de clarividencia.

Una vez que se ha decidido usted por un determinado cristal, no lo cambie. Convierta en un hábito tocarlo cada día o, por lo menos, un día sí y otro no. Los antiguos sarracenos nunca enseñaban una espada, ni siquiera a un amigo, si no era para verter sangre. Si por alguna razón se veían obligados a enseñar el arma, se pinchaban en seguida un dedo para «derramar sangre». Lo mismo sucede con el cristal: si lo enseña usted a alguien, LEA en él aunque sólo sea para algún asunto personal de usted mismo. Lea en él, aunque no es preciso que diga usted a nadie lo que está haciendo ni lo que ve. Esto no es superstición, sino una manera segura de entrenarse para que cuando el cristal esté descubierto pueda usted «ver» automáticamente, sin preparación e incluso sin pensar en ello.

Capítulo séptimo

Vuelo de misericordia

El barco atracó suavemente en Soochow Creek. Los *coolies* chinos pululaban a bordo gritando como locos y gesticulando. Las mercancías que llevaba el barco fueron descargadas con rapidez. Subimos a un *ricksha* y nos transportaron a toda prisa a la ciudad china, a un templo en el que había yo de alojarme por lo pronto. Po Ku y yo íbamos silenciosos en medio de la algarabía constante de aquella babel. Shanghai era una ciudad muy ruidosa y también muy activa. Y ahora había más ruido que de costumbre porque los japoneses andaban buscando pretextos para un ataque y desde hacía algún tiempo registraban a los residentes extranjeros que deseaban cruzar el puente de Marco Polo. Esta búsqueda era tan minuciosa y continua que causaba muchos trastornos en la ciudad. Los occidentales no podían comprender que los japoneses o los chinos no vieran causa alguna de vergüenza en el cuerpo humano, sino sólo en los pensamientos de la sangre acerca del cuerpo y cuando los japoneses registraban a los occidentales sin preocuparse de que los desnudasen, aquéllos lo consideraban como un insulto deliberado, pero no era así.

Durante algún tiempo tuve una consulta particular en Shanghai, y en ella realizaba una doble labor médica y psicológica. Atendía a pacientes en mi clínica y en los hospitales. No me quedaba tiempo libre, pues el que me sobraba de mi trabajo médico lo ocupaba con estudios intensivos de navegación aérea y teoría del vuelo. Durante varias horas después de anochecer, volaba yo sobre las luces de la ciudad y el campo de los alrededores. Cuando me alejaba, no tenía más puntos de referencia para orientarme que las débiles luces de las modestas casas de campo.

Pasaron los años casi sin darme cuenta, pues tenía demasiado trabajo para preocuparme de las fechas. El municipio de Shanghai me conocía bien y aprovechaba a fondo mis servicios profesionales. Yo era buen amigo de un ruso blanco. Bogomoloff era su nombre. Se había escapado de Moscú durante la Revolución. Había perdido todos sus bienes en aquellos tiempos trágicos y ahora estaba empleado en el Consejo Municipal. Era el primer blanco a quien había yo podido tratar y le conocía muy bien. Era un hombre de una vez.

Se daba perfecta cuenta de que Shanghai carecía de defensas contra la agresión. Como nosotros, podía prever los horrores que se avecinaban. El 7 de julio de 1937 se produjo un incidente en el puente Marco Polo. De este incidente se ha escrito mucho y no quiero insistir ahora sobre él. Fue el punto de arranque efectivo de la guerra y se nos venían encima tiempos muy duros. Los japoneses eran agresivos y truculentos. Muchos mercaderes extranjeros, y aún más los chinos, habían previsto la catástrofe y se habían trasladado con sus familias y sus mercancías a varias partes de China, incluso muy al interior, como a Chungking. En cambio, los campesinos de los

distritos que rodeaban Shanghai se habían volcado sobre la ciudad, creyendo, no sé por qué, que allí estarían seguros. Probablemente creían que la seguridad dependía del número de personas que convivían en un espacio determinado.

Por las calles de la ciudad, día y noche, circulaban camiones de la Brigada Internacional, cargados con mercenarios de muy diversos países. Estos hombres tenían la misión de mantener la paz en la ciudad. Con demasiada frecuencia, eran asesinos reclutados precisamente a causa de su brutalidad. Si surgía algún incidente que les molestaba, salían en gran número y, sin advertencia previa —así como sin provocación ni motivo alguno—, disparaban sus ametralladoras, rifles y revólveres, matando a indefensas personas civiles, sin hacer casi nunca nada contra las verdaderamente culpables. Solíamos decir en Shanghai que era preferible tratar con los japoneses que con los bárbaros de rostro colorado, como llamábamos a ciertos miembros de la Fuerza Internacional de Policía.

Durante algún tiempo venía yo especializándome en la curación de mujeres, tratándolas como médico y como cirujano, y había tenido en Shanghai muy buenos éxitos profesionales en esta especialidad. La experiencia que logré en aquellos tiempos anteriores a la guerra declarada, iba a situarme muy bien más tarde. Los incidentes se hacían cada vez más frecuentes. Llegaban informes aterradores sobre los horrores de la invasión japonesa. Las tropas y los aprovisionamientos japoneses inundaban a China. Maltrataban a los campesinos y eran muy frecuentes los robos y las violaciones. A fines de 1938 el enemigo estaba ya en los alrededores de Shanghai y las mal armadas fuerzas chinas luchaban con gran valentía. Pelearon hasta morir. Desde luego, fueron pocos los que retrocedieron ante las hordas japonesas. Los chinos combatieron como solamente lo hacen los que defienden su patria, pero se vieron aplastados por la gran superioridad numérica de los invasores. Shanghai fue declarada ciudad abierta con la esperanza de que los japoneses respetaran las leyes del derecho internacional y no bombardearan aquel histórico lugar. La ciudad quedó, pues, indefensa. Retiradas las fuerzas militares y todo el armamento, Shanghai se llenó de refugiados. La antigua población, en su mayoría, se había marchado. Las universidades, los demás centros de enseñanza y demás instituciones culturales, las grandes firmas comerciales e industriales, los bancos, etc., se habían trasladado a sitios como Chungking y otros aún más remotos. Pero en su lugar habían llegado los refugiados, gentes de todos los países y condiciones que huían de los japoneses y que se creían más seguros en la gran ciudad. Las incursiones aéreas eran cada vez más frecuentes, pero la gente se iba acostumbrando a los bombardeos. Entonces, una noche, los japoneses bombardearon la ciudad intensamente. Lanzaron contra Shanghai todos los aparatos de que disponían, incluso cazas con bombas atadas. Los pilotos llevaban granadas que lanzaban contra las casas y donde quiera que veían gente. El cielo de la noche se llenó de aviones que volaban en formaciones perfectas

sobre la ciudad indefensa. Eran como un disciplinado enjambre de langostas y, como la plaga de langosta, lo barrían todo a su paso. Las bombas caían por todas partes, sin buscar objetivos determinados. La ciudad era un mar de llamas y no había dónde refugiarse. Nada teníamos con qué defendernos de los aviones.

Hacia medianoche, en medio de aquel horrísono estruendo, caminaba yo por una carretera. Venía de atender a una enferma, ya moribunda. Llovía metralla y no sabía dónde refugiarme. De pronto oí un débil silbido, que fue intensificándose y luego el espantoso chirrido de una bomba que caía. Fue una sensación como si de repente se hubieran interrumpido todos los sonidos y la vida toda. La impresión de la nada, del vacío absoluto. Me recogió una mano gigantesca, me zarandeó en el aire hasta arrojarme y caí violentamente al suelo. Durante unos minutos permanecí inmóvil, casi desmayado y casi sin respiración, preguntándome si ya estaba muerto y disponiéndome a proseguir mi viaje al otro mundo. Tembloroso, fui reaccionando hasta que conseguí mirar a mi alrededor. Lo que vi me produjo la mayor estupefacción. Yo había venido caminando por una carretera entre dos filas de altas casas; ahora me hallaba en una llanura desolada sin casas a ninguno de los lados, sino, donde aquéllas habían estado, unas pilas de escombros salpicados con sangre y restos humanos. Las casas se habían derrumbado con la explosión de una bomba pesada y todas ellas estaban llenas de gente. Yo me hallaba tan cerca de ellas que había sido arrastrado por la fuerza expansiva de la bomba y, por alguna razón extraordinaria, no había oído ruido alguno ni había sufrido daño. La carnicería había sido horrorosa. Por la mañana apilamos los cadáveres y los quemamos para impedir que se produjese una epidemia, ya que bajo el fuerte sol los restos humanos se estaban ya descomponiendo, poniéndose verdes e hinchándose. Durante varios días excavamos en los escombros por si quedaba alguien vivo, sacando los restos que encontrábamos y quemándolos al instante para salvar de la peste a la ciudad.

A última hora de una tarde me encontraba en un barrio viejo de Shanghai. Acababa de cruzar un desvencijado puente sobre un canal. A mi derecha, en un quiosco callejero, se hallaban unos astrólogos y adivinos chinos sentados ante un mostrador. Adivinaban el futuro de sus anhelantes clientes angustiados por saber si sobrevivirían a la guerra y si sus circunstancias mejorarían. Los contemplé, divertido al pensar que aquella pobre gente creía realmente en lo que le decían aquellos sacaperras. Los «adivinos» parecían estudiar los caracteres del nombre del consultante, escrito en una pizarra y le comunicaban cuál iba a ser el final de la guerra; y a las mujeres les hablaban de la seguridad de sus maridos. Poco más allá, otros astrólogos —quizá descansando de sus tareas profesionales— actuaban como escribanos públicos; escribían cartas a los que no sabían hacerlo y que deseaban enviar noticias a sus familiares, a otras partes de China. Malvivían con la escasa ganancia que les dejaba este oficio, que practicaban al aire libre. Bastaba detenerse

junto a ellos y escuchar para enterarse de los asuntos más íntimos y familiares de la persona que dictaba. En China no hay vida privada. El escribano callejero solía gritar lo que iba escribiendo para que los curiosos pudieran comprobar el buen estilo que tenía al escribir las cartas y se hicieran también clientes suyos. Seguí mi camino hacia el hospital donde tenía que realizar algunas operaciones. Pasé ante el cuchitril de los vendedores de incienso, y ante las tiendas de los librereros de viejo, que parecían preferir la orilla del río como en casi todas las ciudades del mundo. Más allá había más vendedores de incienso y de objetos para el culto, como las estatuillas de los dioses Ho Tai y Kuan Yin, el primero de los cuales es el dios de la Buena Vida; y la segunda, la diosa de la Compasión. Continué hasta el hospital, donde realicé las tareas que me esperaban. Luego regresé por el mismo camino. Los japoneses habían pasado por allí encima con sus bombarderos y habían arrojado bombas. Ya no había quioscos ni librerías. Ya nada quedaba de los vendedores de objetos para el culto. Tanto ellos como sus mercancías se habían convertido en polvo. Se habían declarado varios incendios y se derrumbaban edificios, de modo que había más ceniza añadida a la ceniza y más polvo al polvo.

Pero Po Ku y yo teníamos otras cosas que hacer, aparte de residir en Shanghai. Íbamos a investigar la posibilidad de iniciar un servicio de ambulancia aérea a las órdenes directas del general Chiang Kai-Shek. Recuerdo muy bien uno de estos vuelos. El día estaba helado y se deslizaban por el cielo unas nubes blancas desflecadas. Del horizonte llegaba el monótono «cramp cramp cramp» de las bombas japonesas. De vez en cuando sonaba el remoto zumbido de los motores de aviación como abejas en un ardiente día de verano. La carretera, al borde de la cual nos habíamos sentado mi amigo y yo, había sido machacada durante todo aquel día por innumerables pies, y lo mismo en muchos días anteriores. Los campesinos trataban de escapar de la insensata crueldad de los japoneses enloquecidos por su sed de poder. Viejos campesinos casi en el final de sus vidas empujaban sus carretillas de una sola rueda en las cuales llevaban casi todo lo que poseían. Otros, más jóvenes, inclinados casi hasta el suelo, transportaban sobre sus espaldas casi todos sus modestísimos bienes. En dirección contraria, con un equipo escasísimo cargado en carros de bueyes, iban las tropas chinas apenas armadas. Eran hombres que se lanzaban ciegamente a morir, en un intento desesperado de detener el implacable avance del enemigo. Lo único que les movía era el noble afán de proteger su patria y sus hogares. Iban ciegamente en busca de los japoneses sin saber exactamente por qué se había originado aquella espantosa guerra.

Estábamos acurrucados bajo el ala de un viejo trimotor, un anticuado avión, ya prácticamente agotado antes de llegar a nuestras ávidas y poco técnicas manos. Las alas cubiertas de lona se estaban «despellejando». El aparato había sido reparado y fortalecido con... cañas de bambú y para la cola se habían utilizado también trozos de

un automóvil. Sin embargo, el «viejo Abie», como lo llamábamos, nunca nos había fallado. Sus motores se detenían de vez en cuando, es cierto, pero sólo uno cada vez. Era un monoplano de grandes alas fabricado por una marca americana bastante famosa. Tenía un fuselaje de madera. El término «aerodinámico» era desconocido cuando lo fabricaron. La modesta velocidad de doscientos kilómetros por hora la aprovechábamos forzándola lo más posible. Aquel avión rechinaba, protestaba y estaba a punto de hacerse pedazos a cada momento, y en general producía un estruendo que impresionaba.

Hacía mucho tiempo que el avión había sido pintado de blanco con enormes cruces rojas a sus costados y en las alas. Ahora ya se había borrado y rayado casi todo. La gasolina había añadido una pátina de un color marfil amarillento que le hacía parecer una talla china. Las diversas manchas que aparecían en toda su superficie acababan de darle un aspecto extrañísimo al viejo avión.

Había terminado otro ataque aéreo japonés y nosotros teníamos que despegar en ese momento. Una vez más repasamos y comprobamos nuestro malísimo equipo quirúrgico: dos sierras, una grande y otra pequeña y puntiaguda; cuatro cuchillos surtidos: uno de ellos era de un excarnicero, otro, en realidad, había sido el que empleaba un fotógrafo para los retoques, y los dos restantes eran auténticos escalpelos. Fórceps teníamos pocos. Dos jeringuillas hipodérmicas con unas terribles agujas romas. Una jeringa aspiradora con tubo de goma. Teníamos que asegurarnos de que llevábamos una buena provisión de correas. Cuando no se dispone de anestésicos, es frecuente tener que atar a los pacientes.

Este día le tocaba a Po Ku pilotar y yo debía sentarme atrás y vigilar a los cazas japoneses. No disponíamos del lujo de un teléfono interior en el avión. Habíamos instalado una cuerda con un extremo atado al piloto, y el observador tiraba de ella para comunicarle al otro, mediante un elemental código de señales, las noticias que iba teniendo.

Puse en marcha las hélices, y «Abie» era duro de arrancar. Uno a uno empezaron a roncar los motores, lanzaron un poco de humo negro aceitoso y por fin se unieron los tres en un rugido potente y sostenido bastante rítmico, si tenemos en cuenta la decrepitud del avión. Salté a bordo y me instalé en el asiento trasero. Habíamos abierto una ventanilla de observación en el fuselaje. Bastaron dos tirones a la cuerda para informar a Po Ku de que yo estaba ya en mi sitio, a gatas sobre el suelo y sin poderme mover entre las cosas que allí llevábamos. El rugido del motor aumentó de potencia; el avión tembló y se elevó. Los diversos movimientos al elevarnos o descender, cuando encontrábamos montañas en medio, me lanzaban arriba y abajo sin piedad. Procuré asegurarme un poco más para no salir despedido como un guisante en alguna de aquellas sacudidas. Por fin nos estabilizamos en el vuelo y el ruido de los motores se hizo menor y más uniforme. Po Ku dio varios pequeños tirones a la

cuerda, que significaban: «Bueno, ya lo hemos conseguido otra vez. ¿Estás todavía ahí?».

Po Ku podía ver a dónde íbamos. Yo, en cambio, sólo veía lo que acabábamos de dejar atrás. Esta vez nos dirigíamos a una aldea del distrito de Wuu, contra la que había habido terribles ataques aéreos con muchísimas víctimas. No contaban con ninguna ayuda médica en todo aquel contorno.

Siempre nos turnábamos para hacer de piloto y de observador. «Abie» estaba ya renqueante, como he dicho, y los cazas japoneses eran muy veloces. A veces nos salvaba esa misma velocidad. Podíamos disminuir la nuestra hasta un punto casi increíble cuando no íbamos muy cargados y el piloto japonés medio no tenía buena puntería y se desconcertaba con nuestra lentitud de tortuga aérea. Solíamos decir que cuando estábamos más seguros era al situarnos delante de ellos, ¡porque nunca acertaban con un blanco que tenían tan cerca!

El río Amarillo fluía por debajo de nuestra cola. La cuerda dio tres tirones: «Vamos a aterrizar», me comunicaba Po Ku. La cola se elevó, el rugido de los motores disminuyó hasta apagarse y fue sustituido por un agradable «wick-wick, wick-wick», al girar las hélices ociosamente. El momento de tocar tierra producía unas sacudidas y unos crujidos odiosos para el desgraciado observador agarrado al suelo del aparato. Se levantaban nubes de polvo asfixiante, polvo cargado de partículas y excrementos humanos que los chinos utilizan para abonar sus campos.

«Desdoblé» mi voluminosa figura en el reducidísimo espacio de la cola en que me hallaba acurrucado y me puse en pie con gruñidos de dolor al ponerse de nuevo en marcha mi circulación. Luego avancé a gatas hacia la portezuela. Po Ku la había abierto ya y ambos saltamos a tierra. Se nos acercaron corriendo varias figuras. Alguien nos dijo: «Vengan inmediatamente; tenemos muchas bajas. Al general Tien le ha atravesado el cuerpo una barra de metal que le sale por detrás y por delante».

En el lamentable tugurio que servía de hospital de emergencia, el general estaba muy erguido con su piel, que normalmente era amarillenta, de un color que ahora era gris verdoso de tanto dolor y cansancio como sentía. Desde poco más arriba del canal inguinal sobresalía el extremo de una brillante barra de acero. Aquello le había atravesado el cuerpo lanzado contra él por la cercana explosión de una bomba. Desde luego, tenía que quitárselo inmediatamente. El extremo que salía por detrás, exactamente encima de la cresta sacroilíaca, era afilado y suave, y pensé que había estado a punto de destrozarle el colon.

Después de examinar cuidadosamente al paciente, me llevé a Po Ku fuera de la «clínica» para que no me oyeran los que estaban allí, y le mandé al avión encargado de una misión bastante insólita. Mientras mi compañero la desempeñaba, yo limpié con todo cuidado las heridas del general y también la barra de metal. Tien era pequeño y viejo, pero se hallaba en excelentes condiciones físicas. Carecíamos de

anestésico y se lo dije, pero advirtiéndole que le haría el menor daño posible.

—De todos modos, por mucho cuidado que ponga —le dije— tendré que hacerle daño. Sin embargo, tenga la seguridad de que lo haré lo mejor que pueda.

No parecía preocupado.

—Empiece usted y haga lo que sea preciso —replicó—. Si no me opera usted, me moriré de todas maneras; así, que nada voy a perder.

Arranqué un pedazo de madera de una caja de provisiones, un cuadrado de unos cuarenta centímetros de lado y le hice un agujero en el centro para que entrase en él ajustadamente la barra. Mientras, Po Ku había vuelto con las herramientas del avión, tal como venían guardadas. Encajamos bien la barra en la madera y Po Ku mantuvo ésta firmemente apretada contra el cuerpo del paciente. Agarré el extremo de la barra con nuestras grandes tenazas Stillson y tiré de ella suavemente. Aquello no se movía; y el desgraciado general se puso blanco.

«Bueno —pensé—, no podemos dejar esta maldita barra como está, de modo que debo decidirme a curarlo como sea o a que se nos muera». Afirmé una rodilla en Po Ku, que mantenía la tabla en posición y tiré con fuerza de la barra haciéndola girar a la vez lentamente. Con un horrible ruido de succión, salió por fin la barra, y yo, perdiendo el equilibrio, caí hacia atrás. Me levanté en seguida, aunque me había dado un golpe en la cabeza por detrás y nos apresuramos a cortar la hemorragia del general. Al examinar la herida con ayuda de una lámpara eléctrica de bolsillo llegué a la conclusión de que el destrozo no era excesivo; así que, después de limpiar la herida hasta donde pudimos, la cosimos. Tras haber tomado unos estimulantes, el general había recuperado algo de su color normal y —por lo menos así lo dijo— se sentía mucho más a gusto. Ahora podía ya echarse de lado. Dejé a Po Ku que terminase de vendar y fui a la cabaña siguiente, donde yacía una mujer que había perdido la pierna derecha, seccionada a la altura de la rodilla. Le habían aplicado con demasiada fuerza un torniquete y se lo habían dejado puesto demasiado tiempo. Lo único que podíamos hacer ya era amputar el muñón.

Pedimos a unos hombres que echaran abajo una puerta y atamos a la mujer sobre ella. Con una sierra fina, le corté el hueso lo más arriba posible. Luego, cosiendo con gran cuidado los trozos de carne que previamente había cortado en forma de V, con el vértice apuntando hacia arriba, le formé una especie de «colchón» sobre el extremo del hueso. Esta operación duró media hora de horrible angustia, mientras la mujer permanecía completamente quieta sin lanzar ni el menor sollozo ni gemido. Sabía que estaba en manos de amigos. Estaba segura de que cualquier cosa que hiciésemos, lo haríamos por su bien.

Me esperaban otros heridos, unos de menor gravedad y otros en tan pésimas condiciones como los que ya había operado. Cuando acabé de intervenirles, ya había anochecido. Aunque ese día le tocaba a Po Ku pilotar el avión, no podía hacerlo con

tan poca luz, y tenía yo que tomar los mandos.

Fuimos a toda prisa hacia el aparato, después de haber guardado con extremo cuidado nuestro equipo quirúrgico, que una vez más nos había dado un espléndido resultado aunque fuese tan elemental. Po Ku puso en marcha las hélices y los motores. Llamas rojiazules brotaron de nuestro escape y, a alguien que nunca hubiese visto un avión, tendría que parecerle como un dragón devorador de fuego. Ocupé el asiento del piloto. Estaba tan cansado que apenas podía mantener abiertos los ojos. Po Ku, en cuanto se instaló en el incómodo asiento del observador, se quedó dormido en el suelo del avión. Hice una señal a los hombres que rodeaban al aparato para que quitasen las piedras que servían de tacos para las ruedas.

La oscuridad era ya muy grande y apenas se veían los árboles. Sin embargo, yo recordaba muy bien los detalles del terreno. No hacía viento. Lanzando el avión en la dirección que yo esperaba fuese la buena, abrí al máximo los tres reguladores. Los motores rugieron y el avión temblaba y tableteaba con estrépito cuando despegamos, tambaleándose con la creciente velocidad. Los instrumentos eran invisibles. No teníamos luces, y yo sabía que el extremo del improvisado campo de aterrizaje estaba muy cerca. Manejé los mandos. El avión se elevó, vaciló y se precipitó hacia abajo, pero volvió a elevarse. Por fin, estábamos ya en el aire y pude describir un círculo. Bajo las nubes frías de la noche, buscaba yo nuestro punto de orientación, la llanura del río Amarillo. Allí estaba, muy lejos, hacia la izquierda, mostrando un débil reflejo sobre la tierra, más oscura. También trataba de descubrir si había en el cielo algún avión enemigo, pues nos hallábamos indefensos. Con Po Ku dormido en el suelo del aparato detrás de mí, no contaba con nadie para vigilar por retaguardia.

Me eché hacia atrás en mi asiento, ya más tranquilo —por lo menos respecto a la dirección y normalidad de nuestro vuelo— y pensé en lo agotadores que resultaban aquellos servicios de emergencia, viéndonos obligados a atender a los heridos extremadamente graves con medios improvisados, echando mano de lo que había alrededor. Recordé las fabulosas historias que había oído de los hospitales de Inglaterra y de los Estados Unidos y de la inmensa riqueza de instrumentos y equipos con que contaban. En China, en cambio, teníamos que arreglárnoslas con nuestros propios y elementales medios, improvisados sobre la marcha. Fue de una gran dificultad aterrizar en la casi completa oscuridad. Sólo podía contar con los débiles resplandores de las lámparas de aceite en las casas de los campesinos. Confusamente se entreveía la silueta de las masas de árboles porque su negrura era aún mayor que la del resto. Pero el viejo avión tenía que posarse en tierra como fuese. No nos íbamos a quedar en el aire. De modo que, con un chirrido de la cola y crujidos del tren de aterrizaje, logré aterrizar. Po Ku ni siquiera se enteró. Estaba profundamente dormido. Paré los motores, salí del aparato. Puse los tacos en las ruedas, volví a subir al avión, cerré la portezuela y yo también me eché a dormir en el suelo.

A primera hora de la mañana nos despertaron unos gritos. Era un ordenanza que venía a darnos un mensaje: en vez de tener un día de descanso, debíamos transportar a un general a otro distrito donde había de entrevistarse con el general Chiang Kai-Shek para tratar con él de la guerra en el sector de Nanking. Este general era un tipo despreciable. Lo habían herido y, teóricamente, era un convaleciente. Nosotros dábamos por cierto que se hacía el enfermo para su comodidad. Se daba mucha importancia a sí mismo y su Estado Mayor le tenía mucha antipatía.

En vista del nuevo trabajo, fuimos a nuestras cabañas a prepararnos. Teníamos que cambiarnos de uniforme porque el general era muy exigente con la vestimenta. Mientras estábamos allí, empezó a llover con fuerza y nuestro abatimiento fue aumentando. ¡La lluvia! La detestábamos tanto como cualquier chino. Los soldados que defendían a China eran valientes e incluso heroicos, quizá de los más resistentes del mundo, pero la lluvia les resultaba insoportable. En China llueve de un modo terrible, en un continuo alud de agua que lo empapa todo y a todos. Cuando volvíamos al avión bajo nuestros paraguas, vimos un destacamento del ejército chino. Los soldados marchaban por una carretera, que estaba ya inundada, a lo largo del aeródromo. Aquellos hombres parecían completamente desanimados por la lluvia. Ya habían sufrido bastante para tener que aguantar, además, la lluvia. Cubrían sus rifles con bolsas de lona que se habían colgado del hombro. A la espalda llevaban cada uno su saco, protegido por cuerdas entrecruzadas, y en él guardaban todas sus pertenencias: sus municiones y demás equipo de guerra, sus provisiones; todo lo que tenían. Cubrían la cabeza con sombrero de paja y, con la mano derecha, sostenían un paraguas de bambú y papel amarillo engrasado. El aspecto de estas tropas era de lo menos marcial. Ahora resulta divertido pensar en unos soldados con este atuendo, pero entonces era muy corriente ver una masa de quinientos o seiscientos paraguas que cobijaban a otros tantos soldados. También nosotros llevábamos paraguas camino del avión. Miramos asombrados al llegar junto al aparato.

Un grupo de hombres estaba allí sosteniendo una especie de palio de lona para proteger de la lluvia al general. Éste nos hizo una seña imperfecta y dijo:

—¿Cuál de ustedes tienes más experiencia en la aviación?

—Yo, mi general —dijo Po Ku, con un suspiro—. Llevo diez años de vuelo, pero la verdad es que mi compañero es mucho mejor piloto que yo y tiene, en definitiva, más experiencia.

—Soy yo quien ha de juzgar quién es el mejor —replicó el general—. Usted pilotará el avión, mientras su compañero cuidará de vigilar para salvaguardar nuestra seguridad.

De modo que Po Ku se instaló en el sitio del piloto y yo en la cola, para hacer de observador. Probamos los motores. El general y sus ayudantes subieron al avión. Hubo mucha ceremonia, gran número de inclinaciones y saludos y, cuando un

ordenanza cerró la puerta del aparato, dos mecánicos se encargaron de quitar los tacos de las ruedas. Po Ku, antes de arrancar, me avisó con un tironcito de nuestra cuerda.

Este vuelo me fastidiaba bastante. Íbamos a volar sobre las líneas japonesas y los japoneses se enteraban bien de quién volaba sobre sus posiciones. Para mayor intranquilidad, sólo disponíamos de tres cazas —sólo tres— que nos protegiesen. Por lo menos se suponía que nos protegerían. Po Ku y yo sabíamos que estos cazas serían una gran atracción para los japoneses, ya que sus cazas vendrían en seguida a ver qué hacían por allí, y tratarían de averiguar por qué necesitaba un trimotor como el nuestro ir escoltado por tres cazas. Sin embargo, como el general nos había hecho ver tan claramente, el que mandaba era él; así que sólo nos quedaba elevarnos y proseguir. Estuvimos describiendo círculos para ganar altura. No era nuestra costumbre, pero se nos había ordenado que lo hiciéramos así. Gradualmente, fuimos alcanzando los mil quinientos y hasta los tres mil metros. Tres mil era nuestro máximo y nos mantuvimos allá arriba describiendo círculos hasta que los cazas despegaron, llegaron cerca de nosotros, se elevaron por encima de nuestro avión y se colocaron en formación hacia atrás. Aquellos tres cazas me daban la peor sensación. Desde mi ventanilla veía aparecer de vez en cuando alguno de ellos y luego descendía hasta desaparecer del radio de visión. No me daba ninguna impresión de seguridad llevarlos allí detrás. Por el contrario, su presencia me hacía esperar que de un momento a otro se presentasen los cazas japoneses.

El viaje parecía inacabable. Los motores seguían ronroneando y era como si estuviéramos suspendidos entre el cielo y la tierra. Se producían leves sacudidas y brincos, el avión vacilaba un poco, pero predominaba la monotonía, que me llevaba hacia otros pensamientos, olvidándome a ratos de que volaba. Pensaba en la guerra que se desarrollaba allá abajo y en las muchas atrocidades que había presenciado. Recordé a mi amado Tíbet y en lo estupendo que sería tomar un avión, aunque fuera el viejo «Abie», y volar hacia allí aterrizando finalmente al pie del Potala, en Lhasa. Súbitamente, se oyó un gran estruendo y el cielo pareció estar lleno de aviones en incesantes torbellinos, aviones que llevaban en sus alas la odiada «mancha de sangre». Desde mi puesto de observación, los veía aparecer y desaparecer continuamente, como flechas locas. También veía cohetes de señales y el humo de los disparos de la artillería antiaérea. De nada servía ya que transmitiera señales a Po Ku con la cuerda. Era evidente que nos estaban atacando en masa. El viejo «Abie» se elevaba, descendía, se tambaleaba. Po Ku nos estaba sometiendo a unas violentas maniobras y, en cuanto a mí, bastante trabajo tenía con mantener mi posición en la cola. Las balas empezaron a taladrar nuestro fuselaje, allí mismo frente a mí. A mi lado, un cable vibró y se partió. Al romperse, me dio un latigazo en la cara. Por una chiripa no se me llevó el ojo izquierdo. Me hice lo más pequeño que pude y retrocedí

lo más posible hacia el extremo de la cola, era una batalla feroz y yo podía seguirla sin necesidad de «observar», pues veía la línea de puntos suspensivos que se había marcado en el fuselaje y mi ventanilla había desaparecido, así como una buena cantidad de material. Tenía la sensación de estar sentado en un marco de madera, al aire, entre las nubes. La batalla aérea continuaba hasta que, de pronto, se produjo un tremendo «¡cramp!»... Vibró terriblemente todo el avión y, de pronto, como la cosa más natural, se le cayó la proa. Por el hueco de la ventanilla, que sólo era ya un deforme boquete, vi que nos rodeaba una multitud de aviones japoneses. Precisamente mientras yo los miraba desesperadamente, chocaron dos cazas, uno japonés y otro de los que nos acompañaban. Hubo un formidable «¡bum!» y surgió una llamarada de color anaranjado, seguida por humo negro. Los dos aparatos cayeron, como ligados en un abrazo mortal, girando vertiginosamente hacia la tierra. Los pilotos salieron despedidos y caían como dos muñecos con los brazos y las piernas muy abiertos. Recordé mis días de vuelo «sin motor» en las cometas del Tíbet, cuando un lama se cayó describiendo los mismos movimientos que una cometa por los aires, hasta estrellarse en las rocas de abajo desde una inmensa altura.

De nuevo se puso el avión a temblar violentamente y empezó a caer como la hoja de un árbol. Creí que el final había llegado. Al elevarse repentinamente la cola, fui a parar a la cabina de los pasajeros y allí presencié un horrible espectáculo. El general había muerto y alrededor de él yacían los cadáveres de sus ayudantes. Las granadas de los antiaéreos habían causado aquella carnicería. La cabina estaba destrozada. Abrí la puerta del departamento del piloto y me eché atrás, con náuseas. Allí dentro estaba el cuerpo de Po Ku..., sin cabeza, echado sobre los mandos. Su cabeza —o los pedazos que quedaban de ella— se habían esparcido por el panel de instrumentos. El parabrisas era una tremenda mezcolanza de sangre, trozos de cerebro... La gran oscuridad que hacía, me impedía afortunadamente ver con más detalle. Inmediatamente cogí a Po Ku por los hombros y lo saqué del asiento. Me apoderé a toda prisa de los mandos que se estaban zarandeando ellos solos. Estaban mojados de sangre y me costaba mucho trabajo sujetarlos. Pero peor aún era que no podía ver. Crucé las piernas para sujetar el control y, temblando, limpié con las manos sin guantes la sangre y los restos de cerebro que se habían adherido al cristal del parabrisas, para dejar libre por lo menos un hueco por el que pudiera ver. La tierra subía hacia mí a enorme velocidad. La podía ver a través del halo que formaba la sangre, mal limpiada de Po Ku. El avión temblaba como a punto de deshacerse del todo y los motores chirriaban. Los mandos nada podían sobre ellos. Repentinamente, salió disparado el motor del ala de babor. Poco después, hizo explosión el motor de estribor. Al perder el peso de estos dos motores, el avión se levantó un poco. Tiré desesperadamente y el morro del aparato se elevó algo más, pero ya era tarde. El avión estaba demasiado deshecho para que respondiera a los mandos. Había logrado

quitarle un poco de velocidad en la caída, pero no la suficiente para conseguir un aterrizaje satisfactorio. La tierra estaba ya encima y el morro se inclinó aún más. Hubo un horrísono estruendo al estrellarse el aparato contra el suelo y yo tuve la sensación de que el mundo se desintegraba en torno mío, mientras salía despedido del asiento del piloto a través del fondo del avión, para caer en una masa de intenso olor. Sentía un dolor espantoso en las piernas y perdí el sentido.

No pudo haber pasado mucho tiempo hasta que recobré el conocimiento porque me despertaron los disparos de ametralladora de los cazas japoneses que descendían. Salían llamaradas rojas de sus armas. Disparaban contra el viejo «Abie», para asegurarse de que no quedaba nadie vivo en él. Una de las balas dio en el único motor que quedaba a proa. Brotaron unas llamas que se deslizaron hacia la cabina, la cual estaba empapada de gasolina. El incendio fue inmediato. Surgió una formidable llamarada blanca rematada por humo negro. Y, en seguida, una explosión que hizo llover pedazos del viejo avión todo alrededor. Los japoneses, satisfechos por fin, se marcharon.

Yo podía mirar en torno mío, con relativa calma, y ver dónde me hallaba. Vi con horror que estaba en una profunda zanja que era como una alcantarilla rebosante de porquería. En China, muchos de estos servicios están abiertos y yo había caído en uno de ellos. La peste era inaguantable. Por lo menos podía alegrarme de que la posición en que me encontraba me había salvado de las balas japonesas y del fuego, así como de la explosión de nuestro propio avión. Me desprendí del destrozado asiento del piloto y me di cuenta de que se me habían partido los dos tobillos. Con un esfuerzo grandísimo, me arrastré con las manos y las rodillas, arañando la tierra hasta lograr empinarme por un lado de la zanja y salir de ella. Por lo menos, ya estaba fuera de la masa de porquería.

Volví a desmayarme allí mismo, cerca del borde de la zanja, y a muy poca distancia del incendio, que aún duraba, pues el suelo estaba impregnado de gasolina. El dolor y el agotamiento habían podido conmigo de nuevo, pero, no sé cuánto tiempo después, me despertaron unas patadas en los costados. Eran soldados japoneses atraídos a aquel lugar por las llamas y me habían descubierto.

—Aquí hay uno que está vivo —dijo una voz. Abrí los ojos y vi, inclinado sobre mí, un soldado japonés con un rifle con bayoneta calada. La posición en que el soldado sostenía el rifle indicaba claramente que se disponía a clavarme la bayoneta en el corazón.

—He tenido que despertarlo para que se dé cuenta de que lo mato —explicó el soldado a un compañero, y se dispuso a llevar a efecto su propósito. Pero en ese instante, un oficial que llegaba corriendo, gritó:

—¡Detente! Llévalo al campamento —ordenó el oficial—. Haremos que nos diga quiénes iban en el avión y por qué llevaban esa protección de cazas. Llévatelo. Lo

interrogaremos.

El soldado se colgó el rifle al hombro, me agarró por el cuello y empezó a tirar de mí.

—Pesa mucho; échame una mano —pidió a uno de sus compañeros, el cual acudió y le ayudó a tirar de mí, cogiéndome por un brazo. Mientras me arrastraba así por el suelo pedregoso, se me despellejaban las piernas. Por fin el oficial, que, según parecía, estaba realizando una inspección rutinaria, regresó. Con un grito de rabia, dijo:

—¡Así, no! Transportadlo bien.

Y es que se había fijado en el reguero de sangre que yo iba dejando por el suelo. El oficial asestó, con el revés de su mano, una bofetada a cada uno de los soldados.

—¡Si continúa desangrándose, no habrá nadie a quien interrogar y vosotros seréis los responsables! —vociferó.

Así que durante algún tiempo me dejaron reposar tendido en el suelo, mientras que uno de los soldados buscaba algún medio de transporte. Yo era muy grande y corpulento, mientras que los soldados japoneses eran pequeñajos e insignificantes. No hubieran podido cargar conmigo.

Por fin, me levantaron y me tiraron, como un saco de desperdicios, en una carretilla de una sola rueda. En ella me llevaron a un edificio que los japoneses utilizaban como prisión. Allí me volcaron, como un fardo, y volvieron a tirar de mí, arrastrándome hasta una celda. Cerraron de un portazo y echaron la llave. Los soldados montaron la guardia por fuera. Me las arreglé para ponerme unas tablillas en los tobillos gracias a unos pedazos de madera que encontré en la celda, que por lo visto había sido utilizada como almacén. Para atarme las improvisadas tablillas, tuve que arrancarme jirones de la ropa.

Estuve varios días encarcelado en aquella celda solitaria. Mejor dicho, acompañado por ratas y arañas. Me alimentaban con los restos de lo que comían los japoneses y me daban un poco de agua. Aquellos restos eran lo que, después de masticarlo, dejaban en el plato los japoneses porque les asqueaba. Pero yo no disponía de más comida que aquella. Creo que pasé allí más de una semana, pues los tobillos rotos se me habían puesto mucho mejor.

Por fin, pasada la medianoche, abrieron violentamente la puerta y los guardias japoneses entraron alborotadamente en mi celda. Tiraron de mí, pero tuvieron que sostenerme porque aún no me aguantaban mis tobillos el peso del cuerpo. Entró un oficial y me cruzó la cara con una bofetada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Soy oficial de las fuerzas chinas y estoy aquí como prisionero de guerra. Es cuanto tengo que decir.

—Los *hombres* no se dejan coger prisioneros. Los prisioneros son basura sin

derechos de ninguna clase. Tienes que responderme.

No respondí. Entonces me golpearon con sus espadas, de plano, y me pegaron unos puñetazos, me dieron patadas y me escupieron. En vista de que yo seguía mudo, me acercaron los cigarrillos encendidos a la cara y al cuerpo hasta quemarme en varios sitios. Además, me ponían fósforos encendidos entre los dedos. Pero no en balde me había entrenado yo tanto. No conseguían hacerme hablar. Me mantenía silencioso, pensando en otras cosas, pues de sobra sabía que en casos como aquél lo mejor era aislarse mentalmente con suficiente intensidad. Un soldado me dio un culatazo en la espalda con su fusil, lo cual me cortó la respiración, y casi me dejó sin sentido por la violencia del golpe. El oficial volvió a acercarse a mí y me escupió en la cara. Me asestó otro fuerte golpe y dijo:

—Volveremos y entonces hablarás.

Me había caído al suelo y seguí allí, pues no tenía otro sitio donde reponerme un poco. Me concentré para recuperar energías de algún modo.

Aquella noche no volvieron a molestarme, ni vi a nadie el día siguiente, ni al otro, ni tampoco al otro. Me dejaron sin comer —ni siquiera aquella bazofia— durante tres días y cuatro noches. Sin comida, sin una gota de agua, sin ver a nadie. Parte principal de la tortura era la angustia de no saber lo que podía hacer después de aquel vacío.

Al cuarto día vino un oficial distinto y me dijo que iban a tratarme bien y cuidarme, pero que yo, en compensación, tendría que contarles cuanto supiera de los chinos, de sus fuerzas y de Chiang Kai-Shek. Me dijo que habían descubierto quién era yo. Sabían que era un noble del Tíbet —un noble de la más alta alcurnia— y ellos, los japoneses, querían sostener relaciones amistosas con el Tíbet. Pensé: «Pues la verdad es que están poniendo en práctica una forma muy peculiar de amistad». Después de hablarme, el oficial se limitó a hacerme una inclinación de cabeza y se marchó.

Durante una semana me trataron bastante bien. Me daban dos comidas al día y agua, y nada más. La comida y el agua, escasas, pero por lo menos me dejaron solo. Luego llegaron tres de ellos juntos y me dijeron que iban a interrogarme y que yo tendría que responder a sus preguntas. Les acompañaba un médico japonés que me examinó y dijo que me encontraba en malas condiciones físicas, pero lo suficientemente bien para que me sometieran a interrogatorio. El médico me miró los tobillos y dijo que era maravilloso que pudiera andar después de lo que había ocurrido. Luego se inclinó ceremoniosamente ante mí y ellos se hicieron también reverencias y salieron todos de mi celda. De nuevo se cerró bruscamente la puerta y volví a quedarme encerrado sabiendo que más tarde, aquel mismo día, tendría que sufrir un interrogatorio. Me preparé mentalmente para esta dura prueba decidido a no traicionar a los chinos, por mucho que me torturasen los japoneses.

Capítulo octavo

Cuando el mundo era muy joven

A primeras horas de la mañana siguiente, mucho antes de que saliera el sol se abrió violentamente la puerta de mi celda dando con fuerza contra la pared de piedra. Entraron unos guardias, me pusieron en pie rudamente y, con la misma brutalidad, tiraron de mí para hacerme andar entre ellos. Eran tres o cuatro y me manejaban como a un objeto de ningún valor. Me pusieron unas esposas y me hicieron caminar hasta una habitación que me pareció hallarse a mucha distancia. Los guardias me iban empujando con las culatas de sus fusiles del modo más desconsiderado. Cada vez que lo hacían, y era con la mayor frecuencia, chillaban: «¡A ver si respondes pronto a lo que te pregunten, enemigo de la paz!». «Si no dices la verdad, te haremos cosas terribles». O bien: «Tú, enemigo de la paz, te sacaremos la verdad quieras o no».

En la sala de los interrogatorios había un grupo de oficiales sentados en semicírculo. Eran de aspecto feroz, o, por lo menos trataban de parecerlo. A mí me parecieron una pandilla de japoneses perversos dispuestos a hacer una de las suyas. Todos ellos se inclinaron ceremoniosamente ante mí. Luego, un oficial de alta graduación —creo que era coronel— me exhortó a decir la verdad. Me aseguró que los japoneses eran gente amable y amantes de la paz. Pero yo —añadió— era un enemigo del pueblo japonés porque intentaba resistirme, a su pacífica penetración en China. Me dijo que China debía ser una colonia de los japoneses, ya que era un país sin cultura (!!), y continuó:

—Nosotros, los japoneses, somos verdaderos amigos de la paz. Debe usted decírnoslo todo. Háblenos de los movimientos de las tropas chinas, de las fuerzas de que disponen y lo que haya usted hablado con Chiang Kai-Shek, para que estas informaciones nos ayuden a aplastar la rebelión china sin pérdidas nuestras.

—Soy un prisionero de guerra —dije— y pido que se me trate como tal. No tengo nada más que decir.

—Tenemos que procurar que todos los hombres vivan en paz bajo el Emperador —siguió diciendo, imperturbable—. Vamos a lograr un Imperio japonés mucho más amplio que el actual. Y usted dirá la verdad.

Empleaba un método de interrogatorio nada suave. Querían información y estaban dispuestos a hacer lo que fuera preciso para conseguirla. Me negué a hablar, por lo cual me derribaron a culatazos que parecían destrozarme el pecho, la espalda y las rodillas. Después, los guardias me levantaron para poderme golpear y derribar de nuevo. Después de muchas horas, durante las cuales me estuvieron quemando con colillas encendidas, llegaron a la conclusión de que conmigo era imprescindible emplear medidas más fuertes.

Me ataron de pies y manos y me arrastraron hasta una celda de los sótanos. Allí

me tuvieron atado durante varios días. El método japonés para amarrar a los prisioneros causaba a éstos un dolor espantoso. Yo tenía las manos a la espalda, atadas con los dedos apuntando a la nuca. Luego me amarraron los tobillos a las muñecas, de modo que tenía las piernas dobladas violentamente hacia atrás y mis talones quedaban frente a la parte trasera de la cabeza. Para colmo, me pasaron otra cuerda por el tobillo y la muñeca izquierda, sujetándomelos al cuello y luego la aseguraban en la muñeca y el tobillo derechos. De modo que si intentaba disminuir la distorsión de esa postura estaba a punto de estrangularme. Esto era un martirio horrible, pues el cuerpo venía a quedar como un arco tirante. Con frecuencia entraba un guardia y me daba unas patadas sólo por ver si yo seguía igual.

Así me tuvieron varios días y me desataban sólo media hora al día. No dejaban de entrar para preguntarme, a ver si yo cedía. Pero me limitaba a contestarles siempre lo mismo: «Soy un oficial de las fuerzas chinas, un oficial no combatiente. Soy médico y prisionero de guerra. Nada más tengo que decir». Cuando se cansaron de hacerme preguntas, llevaron una manga de riego y me lanzaron a la nariz un fuerte chorro de agua con pimienta. Sentí como si todo el cerebro se me incendiara. Era como si unos diablos estuvieran divirtiéndose encendiendo hogueras dentro de mí. Pero no hablé y siguieron mezclando cada vez más pimienta al agua, y le añadían mostaza. Era un dolor horroroso. Empezó a salirme sangre por la boca. La pimienta me había quemado los tejidos de la nariz. Conseguí sobrevivir a este martirio, que duró diez días, y supongo que se les ocurriría pensar que con ese método no iban a conseguir hacerme hablar, de modo que al ver la brillante sangre que me salía por la boca y la nariz, prefirieron marcharse.

Dos o tres días después vinieron de nuevo y me llevaron otra vez a la sala de los interrogatorios. Tuvieron que transportarme ellos porque esta vez era incapaz de dar un paso por mucho que me pegaran culatazos y me pincharan con las bayonetas. Había tenido las manos y las piernas atadas tanto tiempo que no podía moverlas. Ya dentro de la sala, me dejaron caer al suelo, y los guardias que me habían transportado —cuatro de ellos— permanecieron en posición de firmes cerca de mí y frente a los oficiales sentados en semicírculo. Esta vez tenían unos extraños aparatos que yo sabía, por mis estudios, que eran instrumentos para la práctica de la tortura.

—Ahora nos dirá usted la verdad y dejará ya de una vez de hacernos perder el tiempo —dijo el coronel.

—Ya le he dicho la verdad. Soy oficial de las fuerzas chinas. —Eso fue lo único que dije.

Los japoneses se pusieron rojos de ira y, obedeciendo una orden, los guardias me ataron a una tabla con los brazos extendidos como si estuviera en una cruz. Me incrustaron largas astillas de bambú por dentro de las uñas y luego las hacían girar. Era un dolor terrible, pero no causó en mí el efecto que ellos deseaban. Entonces los

guardias me quitaron las astillas y luego, lentamente, fueron arrancándome las uñas.

Era un dolor de todos los diablos, pero aún fue peor cuando los japoneses me echaron agua muy salada en los extremos sangrantes de los dedos. Estaba dispuesto por encima de todo a no hablar, a no traicionar a mis camaradas, de modo que concentré mi pensamiento invocando a mi Guía el Lama Mingyar Dondup, para que me aconsejara, y estas palabras acudieron a mi mente: «No concentres tu atención sobre el sitio donde te duele, Lobsang, pues si fijas todas tus energías en ese lugar, no podrás soportar el dolor. Por el contrario, piensa en otra cosa. Controla tu mente y piensa en algo distinto porque si lo haces así, aunque sin duda seguirás sintiendo el dolor y los efectos posteriores de éste, podrás, sin embargo, soportarlo. Te parecerá como algo que está al fondo».

Así que, para conservar la razón y evitar caer en la tentación de dar nombres e información, me puse a pensar en otras cosas. Pensé en el principio de las cosas tal como lo creemos en el Tíbet.

Bajo el Potala había ocultos unos túneles misteriosos, túneles que quizá guardasen la clave de la historia del mundo. Me interesaban y fascinaban y quizá sea interesante contar una vez más lo que vi y aprendí allí, pues, al parecer, son conocimientos que no poseen los pueblos occidentales.

Recordé que por entonces era yo un monje muy joven en el comienzo de mi preparación. El Dalai Lama había utilizado en el Potala mis servicios de clarividencia y había quedado satisfecho. Como recompensa me autorizaron a recorrer aquel lugar. Mi Guía el Lama Mingyar Dondup me hizo llamar un día.

—Lobsang —me dijo—, he estado pensando mucho en ti y en tu evolución y he llegado a la conclusión de que has alcanzado ya una edad y un estado de desarrollo mental suficientes para que puedas estudiar conmigo los escritos de las cuevas ocultas. ¡Ven!

Se levantó y me llevó por largos corredores e interminables escaleras cruzando junto a los monjes que trabajaban en sus tareas cotidianas atendiendo a la economía doméstica del Potala. Ya en el interior de la Montaña entramos en una pequeña habitación situada a la derecha de un corredor. Las ventanas apenas dejaban pasar la luz. Fuera, las banderas ceremoniales ondeaban en la brisa.

—Entraremos aquí, Lobsang, y llevaremos lámparas para poder explotar las regiones a las que sólo tienen acceso muy pocos lamas.

En la pequeña habitación cogimos una lámparas que había en unos estantes y las preparamos. Luego, como precaución, tomamos otra de reserva. Llevábamos encendidas las dos lámparas principales y seguimos hacia abajo por el corredor. Mi Guía, delante de mí, me indicaba el camino. Descendíamos continuamente, hasta que, al final del corredor, llegamos a una habitación. A mí me pareció el final de un viaje. Aquella habitación parecía un almacén. Contenía extrañas figuras, objetos sagrados,

mercancías extranjeras, regalos de todo el mundo. Allí era donde el Dalai Lama guardaba los obsequios que le sobraban y que no podía usar inmediatamente.

Miré a mi alrededor con intensa curiosidad. Me parecía sin sentido haber caminado tanto sólo para llegar a aquella habitación. Había creído que íbamos a explorar y aquello no era más que un almacén.

—Ilustre Maestro —dije—, ¿no nos hemos equivocado de camino y hemos venido a parar aquí?

El Lama me miró y, sonriendo benévolo, exclamó:

—Lobsang, Lobsang, ¿acaso crees posible que yo pierda mi camino?

Y, sin dejar de sonreír, se volvió hacia una lejana pared. Estuvo un momento mirando en torno suyo y luego hizo algo. Me pareció que estaba manejando algo que había en la pared, algo que sobresalía y que parecía ser de yeso. Seguramente lo había hecho alguna mano desaparecida hacía mucho tiempo. De pronto se oyó un gran ruido como si hubieran caído unas piedras, lo cual me alarmó, creyendo que se hundía el techo. Mi Guía se rió:

—Oh, no, Lobsang, estamos completamente seguros. No temas. Aquí es donde empezamos nuestro viaje. Aquí está el umbral de otro mundo. Un mundo que pocos han visto. Sígueme.

Lo miré estupefacto. Un gran trozo de la pared se había deslizado y dejaba al descubierto un oscuro boquete. Pude distinguir, sin embargo, que de la habitación salía una senda polvorienta que desaparecía en una tétrica negrura. Aquello me dejó inmóvil de asombro.

—¡Pero, Maestro! —exclamé—. Ahí no había la menor señal de puerta. ¿Qué ha ocurrido?

—Esta entrada la hicieron hace siglos —dijo riendo—. El secreto ha estado bien guardado. Es imposible encontrar y abrir esta puerta si no se está informado y, por mucho que se busque, no hay ni la menor señal. Pero ven, Lobsang, que perdemos el tiempo, pues no hemos venido aquí a discutir sobre los misterios de la edificación. Este sitio lo verás con frecuencia.

Con estas palabras se volvió y penetró por el boquete haciéndome pasar detrás de él. Así, iniciamos nuestro camino por el misterioso túnel que llegaba hasta muy lejos. Yo iba muy emocionado. Mi Guía, cuando yo hube pasado también, manipuló algo y volvió a oírse el ruido de piedras que se derrumban, crujidos y el arrastrarse de algo de gran tamaño. Era el muro de roca que volvía a cerrarse ante mis ojos atónitos y que tapaba por completo el hueco. De no haber sido por las vacilantes llamas de nuestras lámparas de manteca, la oscuridad hubiera sido absoluta. Mi Guía se me adelantó en el túnel y sus pasos resonaban curiosamente en los laterales de roca produciendo un eco incesante. Yo lo seguí. Caminábamos sin hablar. Cuando habíamos recorrido más de kilómetro y medio, mi Guía se detuvo repentinamente, sin

habérmelo anunciado, de modo que tropecé con él y lancé una exclamación de asombro.

—Aquí —me dijo— es donde tenemos que llenar de nuevo nuestras lámparas y ponerles otros pabilos de mayor tamaño. Ahora vamos a necesitar buena luz. Haz lo mismo que yo y luego continuaremos nuestro viaje.

Teníamos ya mejor luz para seguir adelante y de nuevo reanudamos la marcha. Caminamos tanto que me empezaba a sentir cansado y nervioso. Entonces noté que el pasadizo se hacía más ancho y su techo más alto. Era como si fuésemos por un embudo y nos acercásemos al extremo más ancho. Entonces lancé una exclamación de asombro. Ante mis ojos se extendía una enorme caverna. Del techo y de los lados surgían innumerables puntos de luz dorada, luz que era un reflejo de nuestras lámparas. La caverna parecía ser inmensa. Nuestra débil iluminación sólo servía para hacer ver la inmensidad y las profundas tinieblas de aquel lugar.

Mi Guía se dirigió hacia una hondonada al lado izquierdo del camino y tiró, hasta sacarlo, de lo que parecía ser un gran cilindro de metal que produjo un chirrido al salir de donde estaba incrustado. Parecía tener la mitad de la altura de un hombre corriente y, desde luego, era tan ancho como el cuerpo de un hombre. Era redondo y en su extremo superior tenía un dispositivo que yo no entendía. Venía a ser algo así como una pequeña red blanca. El lama Mingyar Dondup estuvo manipulando en aquel aparato y luego tocó el extremo superior con su lámpara de grasa. Inmediatamente surgió una brillante llama blanco-amarillenta que me permitió ver con toda claridad. La llama producía un silbido, como a consecuencia de una fuerte presión interna. Mi Guía apagó entonces nuestras lámparas.

—Tendremos suficiente luz —dijo—. Lobsang, nos lo llevaremos con nosotros. Quiero que sepas algo de la historia de los eones.

Siguió avanzando mientras tiraba del cilindro-lámpara que iba sobre una especie de trineo y se transportaba así con facilidad. Descendíamos continuamente y yo creía que ya debíamos de estar en las entrañas de la Tierra. Por fin, nos detuvimos. Estábamos ante una gran pared negra sobre la cual relucía un gran panel de oro y en ese oro había miles de grabados. Luego miré al otro lado y vi una gran extensión de brillante negrura como si hubiera allí un espacioso lago.

—Lobsang —dijo mi Guía—, préstame atención. Ya sabrás más tarde qué es esto. Ahora quiero contarte algo del origen del Tíbet, un origen que en años venideros podrás confirmar cuando vayas en una expedición que ya estoy pensando organizar. Cuando salgas de nuestro país encontraras personas que no nos conocen y te dirán que somos unos incultos y salvajes que adoran a los demonios y practican ritos que ni siquiera pueden mencionarse. La verdad, Lobsang, es que poseemos una cultura mucho más antigua que todas las de Occidente. Tenemos documentos bien conservados y con los cuales puede demostrarse que desde tiempos inmemoriales...

Se acercó a las inscripciones grabadas en el papel de oro y me señaló varias figuras, varios símbolos. Vi dibujos que representaban a personas y animales —por cierto, animales que hoy no conocemos— y luego me hizo ver un mapa del cielo, pero mostraba estrellas diferentes a las que hoy conocemos y situadas erróneamente.

—Yo entiendo este lenguaje, Lobsang —me dijo mi Guía—. Me lo han enseñado. Te lo leeré. Te leeré esta historia de tiempos increíblemente remotos, y más adelante, otros y yo te enseñaremos esta lengua secreta para que puedas venir aquí a tomar tus propias notas y llegar a formarte tus propias conclusiones. Esto requerirá muchísimo estudio. Tendrás que venir aquí y explorar estas cavernas, pues hay muchas de ellas y se extienden a lo largo de incontables kilómetros.

Estuvo unos momentos mirando las inscripciones. Luego me leyó parte del pasado. Mucho de lo que él dijo entonces, y mucho de lo que yo habría de estudiar más tarde no puede darse en un libro como éste. El lector medio no se lo creería, y si se lo creyese y descubriera así algunos de esos secretos, haría como muchos otros han hecho en el pasado: emplearían esos secretos en su propio beneficio y en hacer daño a otros, en dominar y destruir a los demás, como las naciones que hoy se amenazan unas a otras con la bomba atómica. Por cierto que la bomba atómica no es un descubrimiento de hoy. Fue descubierta hace miles de años, y causó tremendos desastres como los causará en nuestro tiempo si la locura del hombre no se detiene.

En todas las religiones del mundo, en la historia de todas las tribus y naciones se habla de un Diluvio, de una catástrofe en la que las gentes se ahogaron y en que países enteros quedaron sumergidos mientras otras tierras emergieron y todo el mundo era un torbellino. Está en la historia de los incas, los egipcios, los cristianos, en la de todos los pueblos. Nosotros en el Tíbet sabemos que ese diluvio lo causó una bomba; pero permitidme que cuente aquí cómo ocurrió según las inscripciones.

Mi Guía se sentó en la posición del loto, de cara a las inscripciones de la inmensa roca con la brillante luz a su espalda, reluciendo con unos resplandores dorados sobre aquellos grabados de época inmemorial. Me indicó que me sentase también. Lo hice a su lado para poder ver lo que me iba señalando.

—Hace muchísimo tiempo, la Tierra era muy diferente a como es ahora —dijo—. Giraba mucho más cerca del Sol y en dirección contraria y había otro planeta cerca, un gemelo de la Tierra. Los días eran más cortos, por lo que el hombre parecía tener una vida más larga. Parecía vivir centenares de años. El clima era más cálido y la flora era tropical y lujuriente. Los animales alcanzaban un enorme tamaño y formas muy diversas. La fuerza de gravedad era mucho menos que la de hoy porque la Tierra giraba a un ritmo diferente, y el hombre quizá fuese de doble tamaño al que hoy tiene, pero, aún así, resultaba un pigmeo comparado con otra raza que vivía también en la Tierra. En efecto, en la Tierra habitaban también hombres de un sistema diferente, unos superintelectuales que controlaban los asuntos de este mundo y

enseñaban mucho a los hombres de nuestra raza. El hombre era el discípulo de aquellos seres, enormes gigantes que le enseñaban muchas cosas y que frecuentemente se embarcaban en unos extraños aparatos de metal reluciente y navegaban por los cielos. El hombre, pobre ignorante que aún se hallaba en el umbral de la razón, no podía entender en modo alguno aquellas maravillas, pues su intelecto apenas era mayor que el de los monos.

»Durante muchísimo tiempo, la vida siguió plácidamente en la Tierra. Había paz y armonía entre todas las criaturas. Los hombres podían conversar sin necesidad de hablar. Lo hacían por telepatía. Sólo usaban la palabra para conversaciones locales. Entonces los superintelectuales que, como he dicho, eran mucho mayores que el hombre, se pelearon entre ellos. Surgieron disensiones graves entre aquellos seres. No podían ponerse de acuerdo sobre determinados puntos, lo mismo que disienten ahora las razas. Un grupo fue a otra parte del mundo e intentó dominarla. Hubo lucha. Algunos de los superhombres mataron a otros y hubo guerras feroces con terribles destrucciones. El hombre, cuyos deseos de aprender crecían, aprendió las artes de la guerra; el hombre aprendió a matar. Y así, la Tierra, que antes había sido un sitio pacífico, se hizo un lugar lleno de inquietudes y trastornos. Durante algún tiempo —unos años— los superhombres trabajaban en secreto, la mitad de ellos contra la otra mitad. Un día hubo una tremenda explosión y toda la Tierra tembló y vaciló en su trayectoria. Brotaron espantosas llamas que subieron a inmensa altura por el espacio, y la Tierra fue envuelta en humo. Por fin se pacificó la situación, pero al cabo de muchos meses se vieron en el cielo extraños signos que llenaron de terror a las gentes de la Tierra. Se iba acercando un planeta que rápidamente se fue haciendo mayor. Era evidente que chocaría con la Tierra. Se produjeron grandes mareas y vientos fortísimos, y los días y las noches eran barridos por una rugiente furia tempestuosa. El amenazante planeta parecía llenar todo el cielo y estar a punto de chocar con la Tierra. Al acercarse éste aún más, las inmensas mareas inundaban territorios enteros. Los terremotos hacían vibrar continuamente la superficie del Globo y en un momento desaparecían continentes enteros. La raza de los superhombres renunció a sus peleas, se apresuraron a montar en sus relucientes aparatos, se elevaron en el espacio y huyeron de la catástrofe de la Tierra. Pero en ésta seguían los terremotos; las montañas se elevaban y el fondo del mar subía a la vez que aquéllas; las tierras se hundían y se inundaban. Las gentes huían aterrorizadas, convencidas de que aquello era el fin del mundo y los vientos soplaban con ferocidad creciente. El estruendo y el clamor eran incesantes y trastornaban los nervios de los hombres, poniéndolos frenéticos.

»El planeta invasor estaba cada vez más cerca y más grande, hasta que por fin se produjo un choque tremendo y una chispa eléctrica vivísima, seguida por continuas descargas que incendiaron los cielos. Se formaban en el cielo nubes negrísimas que

convertían al día en una incesante noche de terror. Parecía como si el propio Sol se hubiera inmovilizado con tanto horror entre aquella calamidad, pues, según los documentos, durante muchísimos días la roja bola del sol estuvo parada y lanzando grandes lenguas de fuego. Después, las nubes negras se cerraron y la noche fue completa. Los vientos eran helados y luego ardientes. Miles de personas morían por el cambio de temperatura. El alimento de los dioses, que algunos llamaban maná, caía del cielo. Sin él, los pueblos de la Tierra y los animales todos, habrían muerto de hambre con la destrucción de las cosechas y la privación de todos los demás alimentos.

»Los hombres y las mujeres vagaban de un sitio a otro en busca de refugio tratando de encontrar algún lugar donde pudieran reposar sus agotados cuerpos, sacudidos por las tormentas y torturados por tantas desventuras. Todos rezaban para que por fin hubiera calma y con la esperanza de salvarse. Pero la Tierra temblaba, las lluvias torrenciales no dejaban de caer y todo el tiempo llegaban del espacio exterior las descargas eléctricas. Con el paso del tiempo, mientras las pesadas nubes negras se alejaban, el Sol se fue haciendo más pequeño. Parecía ir retrocediendo y las gentes lanzaban alaridos de miedo. Creían que el dios del Sol, el que otorgaba la vida, huía de los hombres. Pero aún era más extraño que el Sol hubiera empezado a moverse en el cielo de Este a Oeste en vez de ir del Oeste al Este.

»El hombre había perdido todo punto de referencia para saber el tiempo. Al oscurecerse el Sol, no tenía medio de saber cuándo se ocultaba y cuándo habían ocurrido todos aquellos acontecimientos. Y se vio otra cosa muy extraña en el cielo: un mundo de gran tamaño, amarillo, giboso, que también parecía ir a precipitarse sobre la Tierra. Era lo que hoy conocemos con el nombre de Luna, que apareció en aquel tiempo como resto de la colisión entre los dos planetas. Mucho más tarde, los hombres encontraron una gran depresión en una zona de Tierra —Siberia—, donde quizá hubiese quedado dañada la superficie de nuestro mundo por la proximidad de aquel otro planeta o quizá sería el sitio donde se había desprendido la Luna.

»Antes del choque había habido ciudades y grandes edificios donde se albergaba el gran saber de la raza poderosa de los superintelectuales. Se habían derrumbado todos estos edificios y ya sólo eran montones de escombros que ocultaban los restos de aquella sabiduría. Pero los sabios de las tribus sabían que toda la ciencia del mundo se basaba en aquellos montones de escombros y por eso excavaban sin cesar para ver lo que podía salvarse aún para poder luego aumentar su propia potencia intelectual y material, utilizando los conocimientos de la Raza Mayor.

»A medida que fue pasando el tiempo, los días se fueron haciendo más largos hasta que llegaron a durar casi el doble que antes de la calamidad; y la Tierra inició su nueva órbita acompañada por su satélite, la Luna, resultado del choque. Pero la Tierra seguía temblando y en su interior se oían ruidos espantosos. Y las montañas se

elevaban y arrojaban llamas, rocas y destrucción. Grandes ríos de lava se precipitaban por las faldas de las montañas inesperadamente, destruyendo cuanto encontraban a su paso, pero también hacían una buena labor, pues con frecuencia envolvían los monumentos y las fuentes de sabiduría, ya que el metal duro sobre el que muchos de los textos habían sido escritos, no se fundía con la lava, sino que ésta lo protegía, conservándolo como en una arca de piedra, una piedra porosa que en el transcurso del tiempo se iría erosionando de modo que los documentos protegidos por ella saldrían a la luz y llegarían a las manos de los que podrían utilizarlos. Mas para ello habría de pasar muchísimo tiempo. Paulatinamente, a medida que la Tierra se iba adaptando a su nueva órbita, el frío fue invadiendo este mundo y los animales se morían o se trasladaban a las partes más cálidas. El mamut y el brontosaurio murieron porque no se pudieron adaptar al nuevo modo de vida. Caía la nieve del cielo y los vientos eran cada vez más feroces. Había muchas nubes, mientras que, antes de la catástrofe, apenas se veía alguna. El mundo había cambiado en gran medida: el mar tenía mareas mientras que antes era como un lago plácido sin más olas que los pequeños rizos que producían las leves brisas. Ahora, en cambio, enormes olas se encrespaban y durante mucho tiempo las mareas eran tremendas y amenazaban tragarse la tierra y ahogar a la gente. También el cielo parecía diferente. Por la noche se veían extrañas estrellas en vez de las archiconocidas, y la Luna estaba muy cerca. Nacieron nuevas religiones porque los sacerdotes de aquel tiempo trataban de conservar su poder e imponer su propia versión de los acontecimientos. Fueron olvidando aquella Raza Mayor y sólo les interesaba su propia importancia y no perder su influencia en las gentes. Pero no podían decir lo que había ocurrido. Se limitaban a achacarlo a la ira de Dios y enseñaban que el hombre había nacido en pecado.

»Con el paso de los siglos, instalada ya la Tierra en su nueva órbita y a medida que el tiempo se encalmaba, los hombres se fueron haciendo de estatura cada vez más baja. El transcurso de los siglos estabilizaba a los países. Aparecieron nuevas razas, como para ser probadas experimentalmente. Luchaban, fracasaban, y eran reemplazadas por otras. Por fin se desarrolló un tipo más fuerte y la civilización empezó de nuevo, una civilización que arrastraba desde los tiempos primitivos el confuso recuerdo racial de alguna espantosa catástrofe, y algunos de los intelectos más valiosos investigaron para tratar de descubrir lo que realmente ocurrió. La lluvia y el viento estaban ya normalizados y cumplían su función. Bajo las capas de piedras volcánicas, empezaron a aparecer documentos primitivos; y la inteligencia humana, ya más avanzada, permitió que estos testimonios del pasado remotísimo llegaran a manos de los sabios, los cuales, después de ímprobos trabajos, pudieron descifrar algunos de aquellos escritos.

»Cuando ya había sido desentrañado el contenido de algunos de esos documentos, y los hombres de ciencias empezaban a comprender su sentido profundo, buscaron

frenéticamente nuevas huellas que les permitiesen llenar los huecos que quedaban en sus investigaciones. Se emprendieron grandes excavaciones y salió a la luz mucho material de gran interés. Entonces empezó verdaderamente una nueva civilización y se construyeron ciudades y también comenzó la ciencia a manifestar su afán de destrucción. Se ponía el mayor interés precisamente en destruir, haciendo que el poder se concentrase en muy pocas manos, en grupos muy reducidos. Se olvidó por completo que el hombre podía vivir en paz y que había sido la falta de paz lo que había provocado la anterior catástrofe.

»Durante muchos siglos, la ciencia era la que dominaba en el mundo. Los sacerdotes se presentaron como científicos y eliminaban a todos aquellos hombres de ciencia que no eran a la vez sacerdotes. Aumentaron su poder; adoraban la ciencia y hacían cuanto podían para conservar el poder en sus manos y tener inmobilizado al hombre corriente e impedirle que pensara. Los sacerdotes-científicos se hicieron pasar por dioses y nada podía emprenderse sin que lo sancionaran los sacerdotes. Éstos se apoderaban de todo lo que les apetecía sin que nadie los obstaculizase. Tanto creció su poder que eran en la Tierra casi omnipotentes, olvidando que el poder absoluto corrompe a los seres humanos.

»Navegaban por los espacios grandes naves sin alas; silenciosas, o permanecían inmóviles en el aire, como ni siquiera pueden quedarse los pájaros. Los hombres de ciencia habían descubierto el secreto de dominar la gravedad, y la antigravedad, y esto les servía para ser aún más poderosos. Enormes masas de piedra eran trasladadas por un solo hombre al lugar que le convenía. Le bastaba para ello un pequeño dispositivo que cabía en la palma de una mano. No había trabajo penoso, puesto que el hombre empleaba para ello sus infalibles máquinas sin esfuerzo alguno. Gigantescos aparatos sobrevolaban la superficie de la tierra con gran estruendo mientras que si algo circulaba sobre la superficie del mar, era sólo por placer, pues los viajes marítimos eran demasiado lentos y sólo agradaban a los que deseaban disfrutar de la combinación del viento y las olas. Todo iba por el aire, excepto en los viajes cortos, en que se prefería viajar por tierra. Las gentes se trasladaban de unos a otros países e instalaban colonias. Pero se había perdido la facultad telepática desde aquella descomunal colisión. Ya no hablaban el mismo lenguaje; los dialectos se fueron separando cada vez más hasta convertirse en idiomas completamente distintos, e incomprensible el de cada pueblo para los demás.

»Con la falta de comunicaciones y la incapacidad de comprender los unos las lenguas de los otros y sus puntos de vista, acabaron unas razas peleando contra otras y las guerras empezaron. Se inventaron armas terribles. Había continuas batallas en todo el mundo. Los hombres y las mujeres quedaban mutilados y los rayos terribles que habían inventado los hombres de ciencia producían en la raza humana muchas mutaciones. Pasaban los años y crecía la horrible carnicería. Estimulados por sus

gobernantes, los inventores de todo el mundo creaban armas de creciente potencia mortífera. Se cultivaban los gérmenes de las enfermedades y se diseminaban en los países enemigos por medio de aviones que volaban a fantástica altura. Las bombas destrozaban los sistemas de alcantarillado, de modo que las epidemias se extendían destruyendo hombres, animales y plantas. Toda la tierra era una continua destrucción.

»En una remota región que se había mantenido apartada de toda lucha, un grupo de sacerdotes de gran visión espiritual, que no se había contaminado por el afán de poder, cogieron unas finas placas de oro y grabaron en ella la historia de su época con mapas de los países de este mundo y también la descripción de los cielos. Escribieron los más misteriosos secretos de su ciencia y severas advertencias de lo que podría suceder a los que usaran para el mal estos conocimientos. Pasaron años preparando estas placas; y luego, junto a las armas, los instrumentos y las herramientas y todos los objetos útiles, las ocultaron bajo la piedra en varios lugares, de manera que quienes vinieran después pudieran conocer el pasado y con la esperanza de que obtuvieran algún provecho de este conocimiento. Porque esos sacerdotes sabían lo que iba a suceder en el futuro. En efecto, lo que habían predicho, ocurrió. Fue creada y probada un arma nueva. Una nube fantástica se elevó hasta la estratosfera y la Tierra tembló y volvió a vacilar en su curso, y pareció «salirse» de su eje. Inmensas olas barrieron las tierras y arrastraron a razas enteras. Las montañas volvían a hundirse en el mar, mientras que surgían otras para sustituirlas. Algunos hombres y mujeres que habían sido advertidos por aquellos sacerdotes, lograron salvarse —con sus animales— en barcos herméticamente cerrados para que no penetrasen en ellos los gases venenosos y los gérmenes que asolaban la Tierra. Otros hombres y mujeres se salvaron porque se elevaron a una altitud tal que ya no había peligro, mientras las montañas de sus países se hundían, y otros, menos afortunados, fueron aplastados o ahogados por estos cataclismos.

»Las inundaciones, las llamas y los rayos letales mataron a millones de personas, y quedaron sólo en la Tierra unos pequeños grupos aislados unos de otros por los azares de la nueva catástrofe mundial. Estos supervivientes estaban medio enloquecidos por el desastre y vivían como sobre ascuas con las continuas explosiones y otros espantosos ruidos. Durante muchos años se ocultaron en las cuevas y en densos bosques. Olvidaron toda la cultura anterior y cayeron en un estado semisalvaje, como en los primeros días de la humanidad. Se cubrían el cuerpo con pieles de los animales que cazaban y se defendían con mazas que llevaban incrustados trozos de pedernal. Unos se instalaron en lo que hoy es Egipto, otros en China... Pero los que habitaron la zona costera, que había sido muy favorecida por la primitiva raza de superhombres, se encontraron de pronto a muchos kilómetros sobre el nivel del mar, rodeados por las montañas eternas. Y sus tierras se enfriaron con mucha rapidez. El aire se rarificó y esto costó la vida a miles de ellos. Los que

sobrevivieron eran los antepasados del actual habitante del Tíbet, hombre de gran resistencia física y de extraordinarias facultades mentales. Aquél había sido precisamente el lugar donde el grupo de sacerdotes clarividentes habían escondido las placas de oro en que las que habían escrito sus secretos. Esas placas, con las muestras de sus artes y oficios, seguían ocultas a gran profundidad, bajo la montaña, donde las descubrirían mucho más tarde los miembros de otra generación de sacerdotes. Otras reliquias de la antigua civilización quedaron ocultas en una gran ciudad que ahora se halla en las altas mesetas del Chang Tang, también en el Tíbet.

»Sin embargo, no toda la cultura se había extinguido en la Tierra, aunque la humanidad hubiese retrocedido a un estado salvaje. En la superficie terrestre quedaron algunos puntos aislados donde unos pequeños grupos de hombres y mujeres se esforzaban por mantener viva la tradición cultural. Querían evitar que se apagase del todo la llamita del intelecto humano en medio de tanto salvajismo. A lo largo de los siglos siguientes, hubo muchos intentos de descubrir la verdad de lo que había ocurrido y nacieron nuevas religiones; pero en todo ese tiempo, continuaban bien guardados en las entrañas del Tíbet, grabados en oro incorruptible, los verdaderos testimonios del pasado y el tesoro de los conocimientos humanos, esperando a los que supieran descifrarlos.

»Paulatinamente, volvió a desarrollarse el hombre. Las tinieblas de la ignorancia comenzaron a desvanecerse. El salvajismo se convirtió en una semicivilización. Hubo algunos progresos. Poco a poco, se fueron construyendo ciudades y volvieron a funcionar aparatos voladores, de modo que las montañas no eran ya una barrera para la civilización. El hombre podía ya viajar por tierra, mar y aire, con toda comodidad y rapidez. Como antaño, al aumentar la ciencia y el poder del hombre, éste se hizo arrogante y los poderosos oprimían a las clases trabajadoras. También los pueblos débiles fabricaron máquinas de guerra y de nuevo hubo guerras, terribles guerras que duraban años. Las armas eran cada vez más potentes y destructoras. Cada bando trataba de descubrir el arma de mayor alcance y destructividad, mientras que allí en el Tíbet seguían escondidos, en placas de oro, los secretos de la verdadera sabiduría. En un país que se mantenía aislado, esperaban a ser descubiertos los secretos más valiosos del mundo, esperaban...».

Tendido, yacía de espaldas en una celda de los sótanos de una prisión y lo veía todo rojizo por la sangre. En efecto, me salía sangre de la nariz, de la boca y de los extremos de los dedos de mis manos y pies. Me dolía todo el cuerpo. Era como si estuviese sumergido en un baño de llamas. Oí confusamente una voz japonesa que decía: «Esta vez habéis ido demasiado lejos. Es imposible que siga viviendo. Es imposible». Pero lo cierto es que vivía. Decidí seguir vivo y demostrarles a los japoneses cómo se conducía un tibetano. Se convencerían de que ni siquiera sus más endemoniadas torturas podían hacer hablar a un tibetano.

Tenía la nariz partida, aplastada contra el rostro a consecuencia de un culatazo. Los labios partidos, la mandíbula rota y los dientes saltados..., pero todas las torturas de los japoneses juntas no podrían hacerme hablar. Después de cierto tiempo renunciarían a su propósito, pues incluso los japoneses se convencerían de la inutilidad de hacer hablar a un hombre que estaba firmemente dispuesto a no hacerlo. Después de muchas semanas me pusieron a trabajar con los cadáveres de otros que no habían sido tan fuertes como yo. Los japoneses creyeron que al darme esa tarea, debilitarían mi resistencia y quizás acabaría contándoles lo que deseaban saber. Nada tenía de agradable apilar cadáveres al sol, cadáveres encogidos, hinchados, descoloridos... Se hinchaban y estallaban como globos pinchados. Un día vi caer muerto a un hombre. Supe que estaba muerto porque lo examiné yo mismo, pero los guardias no hicieron caso. Por fin, lo recogieron dos hombres y lo arrojaron a la pila de cadáveres para que el sol ardiente y las ratas sustituyeran a los enterradores. Pero en realidad no les importaba si un hombre estaba muerto o no. Si se hallaba demasiado enfermo para trabajar, lo mataban allí mismo a bayonetazos y lo arrojaban al montón de muertos, o a veces, sin preocuparse de rematarlo, lo tiraban aún vivo.

Decidí que también yo «moriría» para que me arrojasen a la pila con los demás cadáveres. Durante las horas de oscuridad, me escaparía. Así, preparé mi plan y en los tres o cuatro días siguientes, observé cuidadosamente los métodos de los japoneses, para actuar en consecuencia. Estuve un par de días tambaleándome y haciéndome pasar por más débil de lo que estaba. El día que había pensado «morir», tropecé muchas veces a propósito al andar entre los guardias y fingía desmayarme cuando pasaban lista a primera hora del día. Durante toda la mañana di todas las muestras posibles de extremada debilidad y después de medio día me dejé caer al suelo. No fue difícil. No hacía ninguna comedia, pues lo que llevaba padecido era como para haberme muerto mucho antes. La pésima alimentación me había agotado aún más y estaba mortalmente cansado. Así, cuando me dejé caer al suelo como sin sentido, era tan grande mi cansancio que me quedé dormido al instante. Sentí que levantaban brutalmente mi cuerpo, lo balanceaban y, por último, lo arrojaban al aire. El impacto al caer sobre la pila de crujientes cadáveres, me despertó. Sentí que el montón se desmoronaba un poco y luego quedaba inmóvil. El choque de ese «aterrizaje» me hizo abrir los ojos: un guardia miraba indiferente en dirección a mí, así que dejé abiertos los ojos aún más y más fijos como los de un muerto y el hombre, demasiado acostumbrado a ver cadáveres, no sentía el menor interés por uno más. Permanecí en absoluta inmovilidad pensando de nuevo en el pasado y haciendo planes para el futuro. Ni siquiera me moví cuando arrojaban otros cadáveres a mi alrededor e incluso encima de mí.

Aquel día pareció durar años. Me daba la impresión de que la luz no desaparecía ya nunca. Pero por fin oscureció y se acercó la noche. El espantoso olor alrededor de

mí era casi insoportable, olor a cadáveres que llevaban mucho tiempo allí. Podía oír debajo de mí los movimientos y chillidos de las ratas afanadas en su repugnante labor de comerse los cadáveres. De vez en cuando se descomponía la pila cuando los cadáveres del fondo cedían bajo el peso de los de arriba. La pila se tambaleaba y esto me preocupaba mucho, porque, si se derrumbaba tendrían los guardias que colocar de nuevo los cadáveres apilados y, quién sabe si no descubrirían entonces que yo estaba vivo o, lo que era peor, si me pondrían al fondo del montón, lo cual imposibilitaría la realización de mi plan.

Por fin los prisioneros que trabajaban por allí alrededor se retiraron a sus chozas conducidos por los guardias. De éstos, algunos patrullaban por encima del muro. El aire de la noche era muy frío. Lentamente —¡con cuánta lentitud!— empezó a oscurecer. Una tras otra, aparecieron tras las ventanas las amarillentas bombillas encendidas en las salas de guardia. Tan despacio que parecía casi imperceptible, fue llegando la noche.

Permanecí muchísimo tiempo inmóvil en aquel apestoso lecho de cadáveres. Pero no dejaba de vigilar lo mejor que podía. Entonces, cuando los guardias estaban al extremo de su paseo de centinelas empujé el cuerpo que tenía encima y otro que había a mi lado. Éste cayó rodando por un lado de la pila y llegó hasta el suelo con un crujido. Contuve la respiración asustado; pensé que los guardias se darían cuenta y acudirían corriendo y que me descubrirían. Fue de una gran dificultad para míirme moviendo en la oscuridad para salir de allí porque los reflectores recorrían todo el lugar y cualquier desgraciado que fuese encontrado por los japoneses moriría a bayonetazos o quizá le sacarían las entrañas, le colgarían sobre un fuego lento o le harían morir por cualquier otro medio de los muchos que podía ocurrírsele al perverso ingenio de los japoneses, y todo esto se realizaba frente a un grupo de prisioneros para enseñarles que era un error pagado con la muerte intentar escaparse de los Hijos del Cielo.

Todo siguió tranquilo. Los japoneses estaban demasiado acostumbrados, seguramente, a los crujidos de los cadáveres y a sus caídas desde lo alto del montón. Me fui moviendo experimentalmente. Movía un pie con mucho cuidado, y luego el otro, y así hasta llegar al borde de la pila y me iba dejando caer muy poco a poco agarrándome a los cadáveres para descender lo mejor posible de aquella pila que tenía más de diez metros de altura, porque mi debilidad era excesiva para saltar sin riesgo de romperme un hueso. Los leves ruidos que hice no atrajeron la atención de los guardias. Los japoneses no tenían ni idea de que alguien se escondiese en un sitio tan horrible. Una vez en el suelo me deslicé sigilosamente y con tan gran lentitud hasta la sombra de los árboles que había cerca del muro de la prisión. Estuve algún tiempo esperando. Encima de mi cabeza se hallaban unos guardias que acababan de reunirse en aquel punto. Oí unos murmullos y vi el pequeño resplandor de un fósforo

cuando encendieron un cigarrillo. Luego los guardias se separaron yéndose cada uno en una dirección del muro. Escondían cada uno su cigarrillo en sus manos en forma de copa, pues como la oscuridad era tan densa se habían quedado un poco deslumbrados por el contraste de la luz del fósforo. Aproveché esta circunstancia. Lentamente logré escalar el muro. Aquel era un campo de prisioneros instalado allí provisionalmente y los japoneses no habían llegado a electrificar sus defensas. Una vez arriba, proseguí con sigilo en plena oscuridad. Me pasé toda aquella noche tendido a lo largo de una rama grande de un árbol y casi podía vérsese desde el campo. Pensé que, si me habían echado de menos, los japoneses no pensarían que un prisionero en trance de fugarse pudiera estar tan cerca de ellos.

Todo el día siguiente seguí en la rama, pues me encontraba demasiado débil y enfermo para moverme. Al terminar el día, en la nueva oscuridad, me dejé resbalar por el tronco del árbol y caminé por aquel terreno que ya conocía bien.

Sabía que por allí cerca vivía un chino viejísimo. Yo había aliviado mucho los dolores de su mujer, que por fin murió, y me dirigí hacia donde recordaba que podía estar su casa. En efecto, pronto la encontré y llamé suavemente a su puerta. Se notaba tensión y miedo en el interior de la casa. Dije, en voz muy baja, quién era. Después de movimientos sigilosos en el interior, se entreabrió la puerta sólo unos cuantos centímetros y el arrugado rostro asomó su nariz.

—Ah, es usted —dijo el chino—. Entre rápido.

Abrió la puerta solamente lo bastante para que yo pasara por debajo de su brazo extendido que no quería soltarla. La cerró con gran cuidado y corrió bien las cortinas, encendió una luz y lanzó una exclamación de horror al verme. Mi ojo izquierdo estaba muy mal y tenía, como he dicho, aplastada la nariz, la boca cruzada de cortes y los dos extremos colgantes. Calentó agua, me lavó las heridas y me dio de comer. Aquella noche y la siguiente las pasé en su cabaña. El anciano salió y utilizó a sus amistades para conseguir que me llevaran hasta el frente chino. Durante varios días permanecí en la cabaña, dentro del territorio dominado por los japoneses y en aquellos días tuve tanta fiebre que casi me muero.

A los diez días me encontré yo bastante recuperado para poderme levantar y emprender la marcha, siguiendo una ruta bien pensada para llegar sin peligro al cuartel general chino cerca de Shanghai. Me miraron horrorizados cuando entré con la cara destrozada y pasé más de un mes en el hospital, donde me sacaron un hueso de una pierna para rehacerme la nariz. Luego me enviaron de nuevo a Chungking para que me recuperase antes de volver al ejército chino. ¡Chungking! Creí que me alegraría de verlo después de todas mis aventuras, de todo lo que había sufrido. ¡Chungking! Y así, partí con un amigo que también iba allí para reponerse de las enfermedades que había contraído en la guerra.

Capítulo noveno

Prisionero de los japoneses

Nos impresionó la diferencia de aquel Chungking de mi época de estudiante de medicina. Nuevos edificios —fachadas nuevas para edificios viejos— y tiendas de todas clases habían surgido por todas partes. ¡Chungking! Era una ciudad atestada de gente. Habían llegado multitudes de Shanghai y de todas las ciudades de la costa. Los comerciantes e industriales, al terminárseles su medio de vida en las ciudades costeras, se habían trasladado muy al interior, a Chungking, para empezar de nuevo, quizá con algunos restos salvados de los ávidos japoneses, pero la mayoría de las veces comenzaban de nuevo sin contar con nada.

Las universidades del país habían encontrado edificios en Chungking o habían construido otros provisionales, la mayoría de los cuales sólo eran en realidad unos vastos hangares. Pero allí estaba la sede de la cultura china. Nada importaba que los edificios universitarios fueran malos si los cerebros se encontraban allí y algunos de ellos eran de los mejores de todo el mundo.

Nos dirigimos hacia el templo donde nos habíamos alojado antes. Era como volver a casa. Allí en la calma del templo, con las nubes de incienso flotando sobre nuestras cabezas, teníamos la impresión de haber vuelto a la paz y que las Sagradas Imágenes nos miraban con benevolencia para premiar nuestros esfuerzos y el duro trato que nos había dado la vida. Sí, estábamos en casa y en paz, reponiéndonos de lo sufrido y curando nuestras heridas antes de volver al feroz mundo donde habíamos de padecer nuevos y peores tormentos. Sonaban las campanas del templo, y las trompetas. Podíamos de nuevo atender a nuestros amados servicios religiosos. Ocupamos nuestros sitios con el corazón lleno de alegría de haber regresado.

Aquella noche nos acostamos muy tarde porque hubo mucho que contar y comentar y también mucho de que enterarnos, pues en Chungking lo habían pasado muy mal con los bombardeos del enemigo. Pero nosotros veníamos del «Gran Exterior», como le llamaban en el templo, y nos pusimos roncós de tanto hablar, hasta que por fin nos envolvimos en nuestras mantas y dormimos, como en los buenos tiempos, en el suelo, dentro del recinto del templo.

Por la mañana tuve que ir al hospital en el que había sido estudiante, luego médico cirujano con clientela, y después oficial médico. Esta vez iba como paciente, lo cual era una experiencia nueva para mí. La nariz presentaba mal aspecto porque se había infectado y no había otro remedio que abrirla y rasparla. Esto era muy doloroso, pues no disponían de anestesia. Habían cerrado la carretera de Birmania y nuestras provisiones se habían interrumpido. Sólo me quedaba soportar lo mejor que pudiese lo que no podía evitarse. Pero en cuanto terminó la operación, regresé al templo, ya que las camas escaseaban mucho en el hospital de Chungking. Los heridos entraban

continuamente y sólo se permitía permanecer en el hospital a los casos más urgentes, aquellos heridos que no podían andar en absoluto. Día tras día recorrí el camino hasta Chungking y regresaba al templo. Al cabo de dos o tres semanas, el decano de la Facultad de Cirugía me llamó a su despacho y me dijo:

—Bueno, Lobsang, amigo mío; no hará falta contratar a treinta y dos *coolies* para cargar contigo. Has de saber que al principio lo creíamos, pero ha sido visto y no visto la rapidez de tu curación.

Los entierros se toman en China con muchísima seriedad. Se consideraba de la mayor importancia que el número de portadores fuera el que requería exactamente la situación social de cada persona. A mí todo esto me parecían tonterías, pues sabía de sobra que cuando el espíritu abandonaba el cuerpo, nada importaba lo que sucediese a éste. En el Tíbet nos era indiferente lo que pudiera hacerse con nuestros cuerpos vacíos, simples cáscaras. Sencillamente, entregábamos los cadáveres a los «quebradores de cuerpos», que los destrozaban concienzudamente y arrojaban los pedazos a los pájaros. Pero en China era al contrario. Allí se hubiera considerado ese trato al cadáver como condenar a la persona al tormento eterno. En China el muerto tenía que ser transportado en un ataúd por treinta y dos *coolies*, si era un entierro de primera clase. Pero si el entierro era de segunda clase, bastaba con la mitad de portadores —dieciséis—; ¡cómo si se necesitaran dieciséis hombres para llevar un ataúd! El entierro de tercera clase, que era el más frecuente, sólo necesitaba cuatro *coolies*. Por supuesto, el ataúd de tercera era muy modesto y barato. En los entierros de clase inferior a la cuarta (que llevaban cuatro *coolies* y era la que correspondía a las clases obreras) no les correspondía ningún *coolie* y los ataúdes eran transportados de cualquier modo. Desde luego, no basta con el número de portadores, sino que también había que tener en cuenta los plañideros oficiales que lloraban y gemían y se ganaban la vida ejerciendo este oficio en los entierros.

¿Entierros? ¿Muerte? Es raro cómo persisten en nuestra memoria los incidentes extraños. Hay uno en particular del que me acuerdo con frecuencia. Ocurrió cerca de Chungking y puede ser interesante relatarlo aquí para dar una breve impresión de la guerra... y de la muerte.

Era el día de la fiesta del «Día Decimoquinto del Octavo Mes», que se celebra a mediados de otoño, con luna llena. En China es ésta la fecha en que las familias hacen todo lo posible por reunirse en un banquete al terminar el día. Comen pasteles para celebrar la luna de las cosechas. Estos «pasteles de la luna» hay que comerlos como una especie de sacrificio o de prueba de que se espera que el año próximo será más feliz que el presente.

Mi amigo Huang —el monje chino— se alojaba también en el templo. También él había sido herido y el día a que me refiero caminábamos desde el pueblo de Chiaoting hasta Chungking. Este pueblo está como colgado de las empinadas

pendientes a lo largo del Yangtsé. Allí vivía la gente más rica, la que podía permitirse lo mejor. Bajo nosotros, por los huecos que dejaban los árboles entre ellos podíamos ver, mientras caminábamos, el río y los barcos que flotaban en él. Cerca, en las huertas de las terrazas de la montaña, los hombres y las mujeres vestidos de azul trabajaban, eternamente inclinados, aquellas tierras. La mañana era hermosa. Hacía calor y un sol fuerte; era uno de esos días en que uno siente la alegría de vivir y en que todo parece brillante y animado. En nuestro paseo, Huang y yo habíamos expulsado de nuestras mentes todo pensamiento de guerra. De vez en cuando nos deteníamos a admirar el paisaje por entre los árboles. Cerca de nosotros cantaba un pájaro. Seguíamos andando monte arriba.

—Párate un momento, Lobsang, que estoy reventado —dijo Huang. En efecto, nos sentamos a la sombra de los árboles. Era agradable estar allí disfrutando de la hermosa vista del otro lado del río, con el camino cubierto de musgo que bajaba del monte y las florecillas otoñales que salpicaban con notas de color el suelo. La sombra de los árboles empezaba a cambiar de sitio. Por encima de nosotros, pequeños jirones de nubes se desplazaban por el cielo.

Vimos a lo lejos una multitud que venía hacia nosotros. Nos llegaban ramalazos de voces.

—Tenemos que ocultarnos, Lobsang. Ése es el entierro del viejo Shang, el mercader de sedas. Un entierro de primera clase. Yo debía haber asistido, pero me disculpé diciendo que estaba demasiado enfermo, y quedará mal si me ven ahora.

Huang se había levantado y yo también lo hice. Nos internamos un poco en el bosque para ver sin ser vistos. Nos escondimos detrás de un saliente rocoso; Huang un poco detrás de mí, para que incluso si me veían a mí no lo descubrieran a él. Nos acomodamos envolviéndonos en nuestras túnicas, cuyos colores nos camuflaban bien, pues se confundían con los tonos del otoño.

La procesión funeral se acercaba lentamente. Los monjes chinos iban vestidos de seda amarilla con sus capas rojas colgadas de sus hombros. El sol pálido del otoño hacía brillar sus cabezas recién afeitadas que mostraban las cicatrices de la ceremonia de iniciación; y también brillaban con el sol las campanillas de plata que llevaban en la mano. Despedían vivos relumbres cuando las agitaban. Los monjes entonaban el canto menor del servicio fúnebre mientras caminaban delante del enorme ataúd chino laqueado que llevaban a hombros treinta y dos *coolies*. Unos ayudantes golpeaban los gongs y lanzaban cohetes para asustar a los demonios que pudieran andar por allí curioseando, pues según una creencia china, los demonios se disponían a apoderarse del alma de los fallecidos precisamente con ocasión de su entierro y tenían que ser ahuyentados con cohetes y mucho alboroto. Los plañideros, hombres y mujeres, iban detrás del ataúd y se envolvían la cabeza en el paño blanco de pena. Una mujer muy avanzada en su embarazo y que evidentemente era una parienta cercana del difunto,

lloraba amargamente mientras otras personas la ayudaban a caminar. Los plañideros profesionales gemían con tremenda, aunque simulada, pena, mientras decían a gritos las virtudes del muerto. Detrás seguían los criados, que llevaban monedas en billetes y modelos de papel de todas las cosas que el difunto poseía en esta vida y que necesitaría en la próxima. Desde donde mirábamos, ocultos por el saliente de roca y por los arbustos, nos llegaba el olor del incienso y el aroma de las flores pisoteadas por la procesión. Sin duda era un espléndido entierro. Shang, el mercader de sedas, debía de ser uno de los principales ciudadanos de Chungking, pues la riqueza que revelaba el alarde funeral era fabulosa.

Con su tremendo despliegue de sollozos y gemidos, al ritmo de los címbalos y acompañados por los instrumentos de música y el incesante campanileo, la procesión funeraria se acercó a nosotros. De pronto se produjeron unas sombras causadas por algo que tapaba el sol y por encima del ruidoso entierro oímos el ronroneo de unos motores de aviación, que sin duda era de gran potencia. El ruido se fue haciendo más intenso y cada vez resultaba más ominoso. Tres aviones japoneses de siniestro aspecto aparecieron por encima de los árboles entre nosotros y el sol. Daban vueltas hasta que uno se destacó y descendió pasando por encima de la procesión fúnebre. No nos preocupamos porque pensamos que incluso los japoneses respetarían lo sagrado, ya que aquel entierro llevaba sus sacerdotes y cumplía los ritos sagrados. Cuando el avión que se había separado de los otros dos volvió a elevarse y a reunirse con sus compañeros nos sentimos aliviados, pues los tres habían desaparecido. Pero nuestra alegría duró poco. Los aviones dieron la vuelta y vinieron de nuevo hacia nosotros. Cayeron unos puntos negros bajo sus alas y se fueron haciendo cada vez mayores. El chirrido de las bombas aumentaba rápidamente hasta caer directamente sobre la comitiva del entierro.

Todo tembló ante nosotros. Estábamos tan cerca que no oímos las explosiones. El humo y el polvo llenaban el aire y los árboles volaban por el aire. Durante unos momentos todo quedó oculto por una capa negra y amarilla de humo. Luego la barrió el viento y pudimos contemplar la horrible carnicería.

En el suelo yacía el ataúd completamente abierto y vacío. El cadáver que había contenido, aparecía despatarrado como un muñeco roto y nadie se ocupaba de él. Medio conmocionados por las explosiones y con la impresión de habernos hallado tan cerca de la muerte, salimos de nuestro escondite. Arranqué de un árbol detrás de mí una larga vara de metal que había estado a punto de darme en la cabeza, pues pasó silbando muy cerca de mí. Uno de sus extremos chorreaba sangre y estaba tan caliente que la solté con una exclamación de dolor, pues me había quemado los dedos.

De las ramas de los árboles colgaban pedazos de tela que movía el viento, tela ensangrentada. Un brazo completo y con un hombro seguía balanceándose en la

horquilla que formaban unas ramas a unos quince metros de nosotros. El brazo acabó resbalándose y, en su caída, quedó enganchado un momento en una rama inferior hasta que por fin llegó al suelo. De otro árbol cayó rodando una cabeza deformada y con una mueca de terror y sorpresa; saltando de rama en rama vino a parar a mis pies y parecía tener su mirada clavada en mí como si quisiera expresarme su asombro ante la inhumanidad del agresor japonés.

Parecía un momento en que incluso el tiempo se había detenido horrorizado. El aire apestaba con olores de los altos explosivos, y con la sangre y las entrañas que habían quedado al aire. Los únicos sonidos eran los «plop-plop» que se producían al caer del aire las cosas que he citado. Acudimos presurosos por si aún había alguien que necesitara ayuda, seguros de que debería haber algún superviviente de la tragedia. Lo primero que vimos fue un cuerpo tan mutilado que no se podía haber dicho si era de varón o de hembra; ni siquiera se podía afirmar que era humano. Cruzado encima de él estaba un muchachito que había perdido las piernas a la altura de los muslos. Gemía aterrorizado. Cuando me arrodillé junto a él, el chico lanzó por la boca un chorro de sangre brillante y con ella su vida. Miramos tristemente en torno nuestro y ampliamos nuestra área de búsqueda. Debajo de un árbol caído yacía una mujer embarazada. El árbol le había caído encima haciéndole estallar el estómago. Le salía del vientre un bebé, muerto. Más allá había una mano suelta que se agarraba a una campanilla de plata. Buscamos y buscamos, pero no encontramos vida alguna.

Oímos de nuevo en el cielo el ruido de los motores de aviación. Los atacantes regresaban para contemplar el resultado de su espantosa acción. Nos echamos al suelo de espaldas y quedamos inmóviles en él, mientras el avión japonés describía círculos cada vez más bajos inspeccionando sus destrozos para asegurarse de que nadie quedaba vivo y pudiese contar lo sucedido. Giraba lento, como un halcón que vigila, luego volvía sin cesar y cada vez más bajo. El tableteo de la ametralladora y las ristas de balas que se incrustaban en los árboles... Algo se agarró a mi túnica a la vez que sonó un grito. Sentí como si me hubieran arañado la pierna. Pensé: «Pobre Huang, está herido y me necesita». Sobre nosotros, el avión seguía dando vueltas como si el piloto se inclinase cada vez lo más posible para ver lo que había en el suelo. El aparato descendió varias veces para ametrallar a las víctimas. Por lo visto, quedó satisfecho y se marchó. Al cabo de un rato me levanté para ayudar a Huang, pero estaba demasiado lejos de mí, medio oculto por el terreno y no había sido herido. Me tiré de la túnica y vi que en la pierna izquierda me había penetrado una bala. La cabeza, que seguía mirándome, tenía un nuevo agujero en una sien, por donde le había entrado la bala mientras que el de salida era muy grande y le había hecho saltar los sesos.

De nuevo buscamos entre los árboles, pero no había señales de vida. De cincuenta a cien personas, quizá más, pasaban por allí sólo unos minutos antes para honrar a un

difunto. Ahora todos ellos habían muerto. No eran más que restos informes. Nada podíamos hacer Huang y yo; nada podíamos salvar. Sólo el tiempo podría cicatrizar las heridas.

Como ya he dicho, éste era el «Decimoquinto Día del Octavo Mes» cuando las familias se reunían al terminar el día para celebrar alegremente su reunión. Por lo menos allí, gracias a los japoneses, las familias se habían «reunido» al terminar el día. Nos volvimos para emprender el regreso y, cuando nos alejamos de aquel lugar sangriento, un pájaro reanudó su interrumpida canción como si nada hubiera sucedido.

En aquel tiempo, la vida en Chungking era muy dura. Había muchos usureros llegados de fuera, gente que trataba de especular con la guerra. Los precios crecían sin cesar y las condiciones de vida eran muy difíciles. Por eso nos alegramos cuando llegaron órdenes de que nos reincorporásemos al servicio activo. Las bajas cerca de la costa habían sido numerosas. Se necesitaba personal médico con toda urgencia. Así, una vez más, salimos de Chungking y nos dirigimos hasta la costa, donde el general Yo nos esperaba para darnos órdenes. Días después me habían puesto al frente del hospital como oficial médico. Llamarle hospital era risible, pues se trataba sólo de unos arrozales donde los desgraciados pacientes yacían en el suelo empapado de agua, pues no había ningún otro sitio donde acostarse. Nuestro equipo médico sólo contaba con vendas de papel, instrumental quirúrgico atrasado y lo que nosotros pudiéramos improvisar; pero, por lo menos, no nos faltaban conocimientos ni la inflexible voluntad de ayudar a los heridos, y de éstas teníamos de sobra. Los japoneses ganaban en todas partes. El número de víctimas era impresionante.

Un día, las incursiones aéreas parecieron ser más intensas que de costumbre. Caían bombas por todas partes. Todo el campo estaba agujereado con los cráteres abiertos por las bombas. Las tropas se retiraban. Entonces, en la tarde de aquel día, un destacamento japonés apareció de pronto y se lanzó contra nosotros, amenazándonos con sus bayonetas y hundiéndolas en unos y otros sólo para demostrar que eran los amos. No ofrecimos resistencia. No disponíamos de armas de ninguna clase para defendernos. Por ser el jefe del hospital, los japoneses me interrogaron rudamente y luego recorrieron los arrozales para ver a los pacientes. Les ordenaron a todos que se pusieran en pie. A los que estaban demasiado débiles para andar y llevar un paso los mataban a bayonetazos. Los demás emprendimos la marcha, tal como estábamos, hacia un campo de prisioneros situado mucho más al interior. Cada día recorríamos muchos kilómetros. Los enfermos caían muertos a los lados del camino y, en cuánto caían, se precipitaban sobre ellos los soldados japoneses para quitarles cuánto tuvieran de valor. Las mandíbulas apretadas por la muerte eran abiertas con las bayonetas y les arrancaban del modo más brutal el oro que pudieran tener en la boca.

Un día, mientras caminábamos, vi que algunos de los guardias tenían algo raro al

extremo de sus bayonetas. Algo que agitaban moviendo el fusil. Supuse que estaban celebrando algo, pues lo que llevaban sujeto al extremo de los rifles parecían globos. Luego, entre risas y gritos, recorrieron en sentido contrario las filas de los prisioneros. Nos levantó el estómago, ahora que podíamos verlo de cerca, darnos cuenta que traían cabezas clavadas en las bayonetas. Cabezas con los ojos abiertos, la boca también muy abierta y la mandíbula caída. Eran las cabezas de los prisioneros que habían decapitado y las mostraban para hacernos comprender —también con esto— que ellos eran los amos.

En nuestro hospital habíamos tenido pacientes de los más diversos países. Por eso, nuestra ruta quedaba ahora cubierta por cadáveres de todas las naciones. Aunque, en verdad, ya eran sólo de una nacionalidad, la de los muertos. Los japoneses les habían quitado cuanto llevaban. Durante muchos días fue reduciéndose nuestra columna de prisioneros. Cada vez éramos menos y los restantes estábamos más cansados hasta que unos pocos llegamos por fin al campo exhaustos, viéndolo todo a través de un halo rojizo de dolor y de fatiga. Nos sangraban los pies envueltos en harapos, lo cuál nos hacía dejar tras nosotros una larga estela roja.

Aquel campo de prisioneros era tan primitivo como lo había sido nuestro hospital. Y allí empezó de nuevo el interrogatorio. ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿Por qué un lama del Tíbet luchaba a favor de los chinos? Cuando les respondí que no luchaba sino que «remediaba» cuerpos rotos y auxiliaba a los que estaban enfermos, me insultaron y me tundieron a golpes. «¡Sí! ¡Sí! —gritaban— ¡Conque remendando cuerpos para que puedan seguir luchando contra nosotros!».

Por fin decidieron ponerme a trabajar como médico. Querían que curase a los que aún podían ser aprovechados y hacerles trabajar como esclavos para ellos. A los cuatro meses de estar yo en aquel campo, hubo una gran inspección. Llegaron algunos oficiales de alta graduación encargados de comprobar si los campos de prisioneros marchaban bien, y si había en ellos algún prisionero de cierta categoría que pudiera proporcionarles buena información. Al amanecer nos pusieron en fila y nos dejaron allí de pie muchas horas, hasta la noche, y a los que no podían resistirlo y se caían les clavaban una bayoneta y los arrastraban hasta el montón de los cadáveres. Para llenar los huecos teníamos que cerrar filas.

Un comandante japonés recorrió, con expresión indiferente, nuestras filas mirando a los prisioneros. Al pasar ante mí, y después de haberme mirado, volvió a fijarse con mucha atención en mi rostro. Me dijo algo que no entendí. Como no le respondí, me golpeó la cara con la vaina de su espada, arañándome la piel. Acudió corriendo un ayudante junto a él. El comandante le dijo algo y el otro fue enseguida, corriendo, a las oficinas. Tardó muy poco en regresar con mi ficha. El comandante se la quitó vivamente de la mano antes de que hubiera tenido tiempo de entregársela. La leyó con avidez. Entonces me insultó y dio órdenes a los guardias que le

acompañaban. Me derribaron a culletazos, me rompieron la nariz —que ya estaba curada y reconstruida— y tiraron de mí, llevándome a rastras a la sala de guardia. La escena fue muy semejante a la de la otra vez. Me ataron también como entonces: las manos a la espalda y sujetas al cuello para que, si intentaba liberarme, me estrangulase. Me zarandearon a patadas y bofetadas durante mucho tiempo y tampoco faltaron las quemaduras con las puntas encendidas de los cigarrillos mientras me interrogaban. Luego me obligaron a arrodillarme y los guardias saltaron sobre mis talones con la esperanza que el dolor me haría responder.

¡Cuántas preguntas me hicieron! ¿Cómo me había escapado? ¿Con quién había hablado mientras duró mi fuga? ¿Sabía yo que era un insulto para el Emperador escaparse? También pidieron detalles de los movimientos de tropas, porque creyeron que yo, por ser un lama del Tíbet, debía de saber mucho de las circunstancias militares chinas. Desde luego, no respondí, y siguieron quemándome con los cigarrillos y me aplicaron de nuevo toda la rutina de sus torturas. Me pusieron sobre un potro y con él me estiraron los brazos y piernas. Me parecía como si me los descoyuntaran. Me desmayé, y cada vez que esto ocurría me reanimaban, echándome encima un cubo de agua fría y pinchándome con las puntas de las bayonetas. Por último intervino el oficial médico del campo. Dijo que si me hacían sufrir más era seguro que moriría y entonces no podrían conseguir que yo respondiese a sus preguntas. No querían matarme porque eso sería librarme de su interrogatorio. Me arrastraron por el cuello y me dejaron en un profundo sótano de cemento que tenía forma de botella. Allí me tuvieron varios días o quizá semanas enteras. Perdí toda cuenta del tiempo. La celda estaba completamente oscura. Me arrojaban alimento cada dos días y me dejaban agua en una lata. A veces se derramaba y tenía que buscarla a tientas en el suelo para humedecerme las manos y pasármela por los labios o aplicar directamente los labios al suelo mojado. De no haber sido por mi entrenamiento, me habría estallado la mente con la horrible tensión y la oscuridad tan densa. Volví a pensar en el pasado.

¿Oscuridad? Pensé en los ermitaños del Tíbet, colgados en sus seguras y aisladas ermitas en lo alto de inaccesibles picos montañosos, materialmente entre las nubes. Permanecían encerrados en aquellas celdas durante muchos años liberando del cuerpo a sus mentes, y liberando de las mentes a sus almas para lograr así una mayor libertad espiritual. No pensaba yo en el presente, sino en el pasado; y, en el curso de mi ensoñación fui a parar, inevitablemente, a aquella maravillosa experiencia: mi visita a la meseta de Chang Tang.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, otro compañero y yo, partimos del Potala de Lhasa, el de los tejados de oro en busca de hierbas raras. Durante varias semanas habíamos ido ascendiendo por las tierras altas del helado Norte, hacia la meseta de Chang Tang, o, como algunos la llaman, Shamballah. Aquel día estábamos muy cerca

de nuestro objetivo. Era precisamente el día que había hecho un frío más intenso. El viento nos arrojaba el hielo a la cara. Allí, a muchos metros de altitud, el cielo tenía un color morado vivo y las pocas nubes que se deslizaban por él resultaban, por contraste, de una blancura deslumbrante. Parecían los blancos caballos de los dioses que llevaban a sus jinetes a través del Tíbet.

Ascendíamos sin cesar, y el terreno se hacía más abrupto a cada momento. Parecía que se nos iban a secar los pulmones. Con enorme dificultad, fijábamos un pie en la dura tierra mientras nos agarrábamos desesperadamente a la menor hendidura que hallábamos en la helada roca. Por fin alcanzamos de nuevo aquella misteriosa banda de niebla (véase *El Tercer Ojo*) y nos abrimos paso a través de ella mientras se calentaba el suelo que pisábamos. El aire que respirábamos se hacía a cada momento más aromático y templado. Poco a poco nos desprendíamos de la niebla y salíamos al espléndido paraíso en donde estaba aquel maravilloso santuario. De nuevo teníamos ante nosotros aquella tierra de una era remotísima. Aquella noche reposamos en el comfortable País Oculto. Era una maravilla descansar sobre un blando lecho de musgo y respirar el suave aroma de las flores. En aquella tierra había frutas que nunca habían sido probadas, frutas de las que recogimos muestras. Era espléndido también bañarse en el agua tibia y caminar por aquellas doradas sendas.

Al día siguiente proseguimos el viaje, cada vez más arriba, pero ya íbamos tranquilos y seguros. Cruzamos por entre los rododendros, los castaños y muchos árboles y plantas cuyos nombres desconocíamos. Aquel día no nos apresuramos demasiado. De nuevo se hizo de noche, pero esta vez no pasamos frío. Estábamos a gusto, sin la menor molestia. Nos instalamos bajo los árboles, encendimos fuego y preparamos nuestra comida nocturna. Después, abrigados sólo con nuestras túnicas, estuvimos charlando. Uno tras otro nos fuimos quedando dormidos.

Reanudamos la marcha a la mañana siguiente, pero apenas habíamos recorrido unos kilómetros cuando, repentina e inesperadamente, terminaron los árboles, y ante nosotros... Nos detuvimos, paralizados por el asombro. Habíamos tropezado con algo completamente fuera del alcance de nuestra comprensión y esto nos tenía trastornados. La extensión sin árboles que se encontraba ante nosotros era muy grande —unos ocho kilómetros— y en la línea del horizonte había una inmensa capa de hielo que se extendía hacia arriba; sí, por el cielo, como si fuese una enorme ventana abierta sobre el pasado, pues al otro lado de la inverosímil capa vertical de hielo, como a través del agua más pura, vimos una ciudad intacta, una extraña ciudad como nunca la habíamos visto, ni siquiera parecida, en los libros de grabados que había en el Potala.

Emergiendo del glaciar, se veían edificios y la mayoría de ellos se conservaban perfectamente porque el hielo se había ido derritiendo suavemente con el aire templado del oculto valle y este deshielo tan paulatino no había dañado en lo más

mínimo ni a una sola piedra, ni parte alguna de la estructura de los edificios. Algunos de éstos parecían haber sido terminados de construir la semana anterior, de nuevos e intactos que estaban. Se conservaban desde hacía innumerables siglos en el maravilloso aire, puro y seco, del Tíbet.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup rompió su estupefacto silencio y dijo: «Hermanos míos, hace medio millón de años ésta era la mansión de los dioses. Hace medio millón de años esto era una deliciosa playa donde vivían hombres de ciencia de una raza y condición diferente a la nuestra. Vinieron juntos de otro sitio y algún día os contaré su historia. Con sus experimentos, desencadenaron la desgracia y las calamidades sobre la Tierra y huyeron de donde habían sembrado el desastre, abandonando así a los habitantes comunes de este mundo. Por culpa de sus experimentos, el mar se encabritó y se heló y aquí, frente a nosotros, tenemos a una ciudad inundada cuando la tierra se elevó, y con ella, el agua; una ciudad inundada y helada».

Escuchábamos con fascinado silencio a mi Guía, que continuaba hablándonos del pasado y de los documentos que se conservaban a mucha profundidad debajo del Potala, grabados en láminas de oro. Lo mismo que ahora se conservaban en Occidente documentos para la posteridad en lo que llaman «cápsula de tiempo».

Movidos por un común impulso, nos lanzamos a explorar los edificios que estaban a nuestro alcance. Mientras más nos acercábamos, más impresionados estábamos. Todo lo que veíamos era extrañísimo. Durante algún tiempo nos fue imposible comprender la sensación que experimentábamos. Creíamos habernos convertido de pronto en enanos.

De repente comprendimos que la explicación era muy sencilla: aquellos edificios habían sido contruidos para una raza que tenía el doble de nuestra estatura. Sí, eso era. Aquella gente —aquellos superhombres— tenían doble estatura de lo normal en nuestra época. Entramos en algunos de los edificios. Uno de ellos parecía haber sido un laboratorio, y había en él muchos y extraños aparatos, la mayoría de los cuales funcionaban aún.

Un chorro de agua helada me hizo volver a la realidad con brutal brusquedad. Los japoneses habían decidido que yo llevaba ya demasiado tiempo en la mazmorra de piedra sin haberme «reblandecido» y pensaron que la mejor manera de sacarme de allí era llenar de agua el hueco para que yo tuviera que salir flotando como un corcho colocado al fondo de una botella vacía, cuando ésta se llena. En efecto, fui subiendo, impulsado por el agua, hasta el cuello de la celda y entonces unas manos brutales me sacaron violentamente. Me llevaron a otra celda, esta vez sobre la superficie.

El día siguiente me pusieron a trabajar cuidando a los enfermos. Aquella misma semana hubo otra inspección de los oficiales japoneses de alta graduación. Se produjo mucho movimiento en el campo. Los guardias estaban asustados, porque no se les

había dado tiempo para prepararlo todo. Yo me encontraba en esos momentos muy cerca de la entrada principal de la prisión. Nadie se fijaba en mí, así que aproveché esta gran ocasión para emprender la marcha lentamente, con objeto de no llamar la atención, pero sin dejar de andar, pues las cosas no se ponían muy bien para permanecer allí. Seguí andando, ya que, dadas mis funciones como médico, tenía perfecto derecho a moverme con más libertad que los otros. Un guardia me llamó. Me volví hacia él y levanté la mano como si lo saludara con naturalidad. El hombre me devolvió el saludo y siguió atendiendo a sus cosas. Yo continué caminando y, cuando me encontré lo bastante lejos de la prisión para que no me viesan —además, me ocultaban unos arbustos—, eché a correr lo más rápidamente que me permitía mi debilidad.

Pocos kilómetros más allá estaba la casa de unos occidentales a quienes yo conocía. Incluso les había prestado algún servicio profesional. Así que, cautelosamente, esperé a que se hiciera de noche y me dirigí hacia esa casa. Me recibieron con la mayor cordialidad. Me vendaron mis muchas heridas, me dieron de comer para que pudiese cruzar las líneas japonesas. Me quedé dormido, aliviadísimo al saberme de nuevo entre buenos amigos.

Una algarabía de gritos y golpes me volvió brutalmente a la realidad. Unos guardias japoneses me sacaban a rastras de la cama pinchándome de nuevo con sus bayonetas. Mis anfitriones, después de sus grandes promesas y manifestaciones de afecto, habían esperado a que me durmiese para avisar inmediatamente a los japoneses dónde estaba el prisionero que se les había escapado. Y, por supuesto, los japoneses no perdieron ni un segundo en ir a buscarme. Antes de que me llevaran pude preguntarles a los occidentales por qué me habían traicionado tan ruinmente. Me respondieron con toda sinceridad y cinismo: «Usted no es uno de nosotros. Tenemos que preocuparnos por nuestra gente. Si le hubiésemos ocultado, los japoneses la habrían tomado contra nosotros».

De nuevo en el campo de prisioneros, me trataron aún peor que antes. Me tuvieron colgado durante varias horas de las ramas de un árbol, atado por los pulgares unidos. Luego me hicieron una farsa de proceso ante el comandante del campo. Le dijeron: «Este hombre se escapa a cada momento y nos está dando mucho quehacer». De modo que el comandante dictó sentencia contra mí. Primero me apalearon y me dejaron tendido en el suelo. Dos guardias japoneses se colocaron encima de cada pierna y saltaron hasta romperme los huesos. El dolor era tan grande que me desmayé. Cuando recobré el conocimiento me encontraba de nuevo en la celda fría y tétrica con las ratas a mi alrededor.

No asistir cuando pasan lista antes de amanecer, significaba la muerte, y yo lo sabía. Otro prisionero me trajo unos bambúes y con ellos me entablillé las piernas para remediar provisionalmente los huesos rotos. Utilicé otros dos bambúes como

muletas y un tercero para formar una especie de trípode y conservar así el equilibrio. De esta manera pude asistir a la lista y salvarme de que me colgasen, me matasen a bayonetazos y me sacasen las tripas, o me sometieran a cualquier otra de las formas de condena a muerte en que estaban especializados los japoneses. En cuanto se me curaron las piernas y se me unieron los huesos —aunque no muy bien, pues yo mismo me las había tenido que arreglar del modo más elemental— me mandó a buscar el comandante y me comunicó que iban a trasladarme a un campo de prisioneros situados aún más al interior, donde sería oficial médico para atender a las mujeres allí detenidas. De modo que una vez más tuve que mudarme. Esta vez había un convoy de camiones que iban a ese campo y yo era el único prisionero que había de ser trasladado, así que me ordenaron montase en uno de los camiones, en el que me encadenaron como un perro. Unos días después llegamos a aquel campo. Me llevaron ante el comandante.

Allí no teníamos equipo médico alguno y no había en absoluto medicinas. Hacíamos lo que podíamos con latas viejas afiladas en las piedras, bambúes endurecidos al fuego e hilos sacados de trapos viejos. Algunas mujeres no tenían ninguna ropa o sólo algunos andrajos. Las operaciones se realizaban a los pacientes con plena conciencia, ya que no había en absoluto anestésicos y los cuerpos abiertos se cosían con algodón hervido. Algunas noches se presentaban los japoneses para inspeccionar a las mujeres. Las que les gustaban se las llevaban a las habitaciones de los oficiales para que éstos pudieran entretenerse con ellas y ofrecerlas después a sus visitantes. Por la mañana devolvían a las mujeres a sus sitios habituales. Las pobres volvían avergonzadas y enfermas, y yo, como médico prisionero, tenía que remendar lo mejor posible sus maltratados cuerpos.

Capítulo décimo

Cómo se debe respirar

Los guardias japoneses estaban otra vez de pésimo humor. Los oficiales y los soldados estaban siempre gruñendo y golpeando a cualquier desgraciado que tuvieran a mano. Estábamos muy deprimidos ante la perspectiva de otro día de terror, de escasez de comida y trabajos inútiles y durísimos. Horas antes habíamos visto un torbellino de polvo a la entrada del campo: era un gran coche americano que habían capturado y que conducían tan insensatamente que sus fabricantes habrían puesto el grito en el cielo si lo hubieran visto. Hubo chillidos y alaridos y los soldados corrían de un lado a otro abrochándose sus estropeados uniformes. Todos procuraban demostrar en aquellos momentos que estaban haciendo algo útil.

Porque en aquel automóvil capturado venía, en visita de sorpresa, uno de los generales que mandaba en aquella zona. Desde luego fue una absoluta sorpresa, ya que los japoneses de nuestro campo no podían esperar otra inspección, pues la última había sido tan sólo dos días antes. Pero, por lo visto, a veces se producían estas inspecciones-sorpresa porque en realidad venían en busca de mujeres para organizar juergas. Las ponían en fila, las examinaban y se llevaban las que les gustaban. Poco después oíamos gritos de angustia y de dolor. Sin embargo, esta vez se trataba de una auténtica inspección de un general de alta categoría que venía directamente del Japón para comprobar lo que se hacía en los campos de prisioneros. Más tarde supimos que los japoneses habían sufrido últimamente algunas derrotas y alguien debió de pensar que si se cometían demasiadas atrocidades, quizá lo pagasen más tarde algunos militares de alta graduación.

Los guardias formaban filas para la inspección, mientras nosotros los contemplábamos, interesados, por detrás de las alambradas que nos guardaban. Es natural que nos interesase muy especialmente el que fueran los guardias y no nosotros quienes debiesen sufrir esta vez la inspección. Los guardias seguían en filas y esperaron así durante mucho tiempo hasta que se produjo por fin una impresión de gran tensión, de que algo grave iba a suceder. Por fin, apareció el general, que caminaba, arrastrando su larga espada samurai, ante las filas de soldados. Estaba furioso de que le hubiesen tenido esperando y sus ayudantes parecían todos ellos intranquilos y nerviosos. Cada vez que encontraba un defecto en el atavío de un soldado lo hacía salir de las filas. Decididamente, aquel día todo parecía salir mal.

Los pequeños «Hijos del Cielo» presentaban un lamentable aspecto. Con las prisas de la repentina visita, se habían echado encima lo primero que encontraron y el temor al jefe les había hecho perder la cabeza por completo. El general continuaba lentamente la inspección y de pronto lanzó un penetrante chillido de rabia. Uno de los hombres tenía, en vez de su rifle, uno de los palos con una lata atada al extremo que

empleaban los prisioneros para limpiar las letrinas del campo. Poco antes un prisionero había estado utilizando ese palo y la lata estaba llena de porquería. El general miró furioso al hombre y al palo y elevó cuanto pudo la cabeza para ver lo que había en la lata, lo cual le enfureció aún más. Estaba tan rabioso que no podía hablar. Ya había abofeteado poco antes a varios guardias que habían incurrido en su ira, pero esta vez se había quedado tan estupefacto que no reaccionaba. Por fin recuperó sus movimientos y dio un salto de pura indignación. Miró a su alrededor, tratando de encontrar algo con que golpear al hombre. De pronto se le ocurrió algo. Miró fijamente su espada envainada y de repente descargó un tremendo golpe con aquella arma ornamental sobre la cabeza del soldado. Al desgraciado se le doblaron las rodillas y cayó exánime al suelo. Le salía la sangre de la nariz y las orejas. El general le estuvo dando patadas, mientras hacía señas a otros guardias que se acercaron. Lo cogieron por los pies y lo llevaron a rastras hasta que desapareció de nuestra vista y no volvimos a verlo en nuestro campo.

En aquella inspección todo salía mal. El general y los oficiales que le acompañaban encontraban faltas a todo. Estaban enfurecidos. Además, repetían la inspección una y otra vez, como si temiesen haberse dejado algo sin descubrir. Nunca habíamos visto nada semejante. Pero, desde nuestro punto de vista, aquello tenía una gran ventaja para nosotros, pues el general estaba tan irritado contra sus propios subordinados que olvidó inspeccionar a los prisioneros. Por fin, los oficiales visitantes desaparecieron, con los del campo, en la sala de guardia y desde allí nos llegaron gritos de rabia y un par de tiros. Luego volvieron a salir, subieron a sus coches y desaparecieron de nuestra vista. Los guardias se dispersaron temblando aún de miedo.

Todo lo cual dejó a los guardias japoneses en el peor de los humores. Apalearon a una mujer holandesa porque era muy alta y corpulenta y les hacía sentirse inferiores. Dijeron que el hecho de que una mujer fuese de mayor estatura que ellos constituía un grave insulto al Emperador. La derribaron a culatazos y, una vez en el suelo, la molieron a patadas hasta hacerla sangrar por fuera y por dentro. Durante un par de horas, hasta la puesta del sol, tuvo que permanecer tendida la pobre mujer a la entrada de la sala de guardia, sangrando y sin fuerzas ni para arrastrarse. Por muy enfermo o herido que estuviese, nadie podía ser mudado de sitio si los guardias no daban el permiso. Si el prisionero moría a consecuencia de esta brutalidad, pues bien: uno menos que alimentar. En el caso de la holandesa, los guardias no tenían ni el menor interés en salvar su vida y la desventurada murió a la vez que se ponía el sol. Nadie podía acudir en su ayuda. Pasado algún tiempo, un guardia hizo unas señas a dos prisioneros para que se llevaran de allí el cuerpo. Por si no había muerto aún me la trajeron. Pero era inútil: se había desangrado hasta morir.

Desde luego, era de una enorme dificultad, tratar a los pacientes en aquel campo

de prisioneros. Nos faltaba de todo. Las pocas vendas que había estaban ya podridas a fuerza de lavarlas y usarlas. Tampoco se podían sacar de la ropa porque las prisioneras habían acabado sin tener una prenda que ponerse. El problema era gravísimo, pues teníamos innumerables heridos que curar y no había manera de hacerlo. Yo había estudiado los poderes curativos de las hierbas y, en una de nuestras expediciones de trabajo más allá de los límites del campo de prisioneros, descubrí una planta que me resultó familiar. Era ancha, con hojas gruesas, y servía muy bien como astringente, lo que necesitábamos desesperadamente. El problema consistía en lograr una buena provisión de estas hojas. Varios de nosotros pasamos buena parte del día y una noche discutiendo sobre este asunto hasta decidir que los grupos de trabajadores forzados tenían que arreglárselas para recogerlas y esconderlas del modo que acordamos, mientras regresaban al campo. A alguien se le había ocurrido que, como un gran número de prisioneros trabajaban en la recolección de grandes bambúes, las hojas podían ocultarse en el interior de éstos.

Las mujeres o «muchachas», como ellas se llamaban unas a otras sin distinciones de edad recogían grandes cantidades de esas carnosas hojas. A mí me encantaba verlas, pues era como volver a ver a antiguas amigas. Extendíamos las hojas sobre el suelo, detrás de las chozas. A los guardias japoneses no les importaba qué hiciésemos con las plantas. Creían que andábamos mal de la cabeza o algo así. Pero la selección tenía que ser muy cuidadosa, porque las mujeres no sabían exactamente qué variedad de plantas era la conveniente y las traían revueltas. Bajo mis instrucciones, las íbamos clasificando. Las que sobraban las mezclábamos con las pilas de muertos que había siempre al extremo de nuestro recinto.

Separábamos las hojas grandes de las pequeñas y las limpiábamos todas cuidadosamente. No teníamos agua para esto, pues el agua escaseaba muchísimo. Para machacar las hojas tuvimos que encontrar algo que nos sirviese, y nada mejor que el gran cuenco que se empleaba en el campo para el arroz. Pero a este almirez improvisado le faltaba una buena mano. Para ello utilizamos una piedra que maceraba bien las hojas y que sólo podía manejarse con bastante esfuerzo. Las mujeres que me ayudaban, se turnaban en esa tarea. Las hojas quedaron bien maceradas en una pulpa verde y pegajosa. Nuestro problema siguiente fue el de encontrar algo que absorbiese la sangre y el pus, mientras operaba el astringente. El bambú es una planta para múltiples usos; decidimos, pues, sacarle aún más provecho. Utilizamos cañas viejas, las raspamos y pusimos a secar el serrín en latas calentadas sobre la hoguera. Cuando estuvo tan fino como la harina, y más absorbente que el algodón, mezclamos el serrín de bambú con la pulpa de las hojas, resultando una mezcla muy satisfactoria. Desgraciadamente se deshacía en cuanto la tocábamos.

No fue fácil lograr una base para dar consistencia a la mezcla. Por fin lo conseguimos con las fibras de bambú cruzándolas como si las tejiésemos, como si

estuviésemos haciendo una estera larga y estrecha. Después de muchos esfuerzos, conseguimos una red de más de dos metros de longitud y sesenta centímetros de anchura, todo ello sostenido por una plancha de metal —de las que protegían al suelo del fuego—, después de fregarla muy bien a tal efecto.

Utilizando un bambú de gran diámetro pusimos la mezcla de hojas y serrín encima de la red, colocándola de modo que todas las fibras de bambú fueran cubiertas. Luego volvimos la red y cubrimos el otro lado. Al terminar esta labor teníamos ya una venda de un color verde pálido y con ella podíamos contener el flujo de la sangre y cicatrizar las heridas. El procedimiento empleado había sido algo así como el de la fabricación del papel y el resultado final parecía cartón verde, que no se doblaba con facilidad y difícil de cortar con las bastas herramientas de que disponíamos. Pero logramos cortar el material en tiras de un ancho de diez centímetros, quitándoles luego la placa de metal a la que habían estado adheridas. Se conservaban flexibles durante muchas semanas. Estos vendajes fueron una bendición para nosotros.

Un día una mujer que había estado trabajando en la cantina de los japoneses, dijo que estaba enferma y le permitieron que fuera a verme. Llegó muy excitada, porque había estado limpiando un almacén donde guardaban mucho material capturado a los americanos. Había encontrado una lata a la cual se le había caído la tapadera y de ella cayeron unos cristales de un color marrón rojizo. Preguntándose qué podía ser, había estado removiéndolos. Más tarde, al meter las manos en agua para seguir fregando le habían salido unas manchas marrones en la piel. ¿Sería veneno? ¿Se trataba quizá de alguna trampa de los japoneses? Por eso decidió venir a verme en seguida. Le miré las manos y se las olí. Sí yo hubiera sido un emotivo, me habría puesto a dar saltos de alegría. Para mí, era evidente lo que había motivado las manchas: eran cristales de permanganato potásico; precisamente lo que necesitábamos para los muchos casos de úlceras tropicales que se presentaban en nuestro campo. Le dije: «Nina, tiene usted que sacar de allí esa lata de un modo u otro. Cierre bien la tapadera y meta usted la lata en un cubo, pero cuidado que no se moje, y tráigamela aquí». La mujer volvió a la cantina entusiasmada al saber que había descubierto algo capaz de aliviar nuestros sufrimientos. Más tarde, aquel mismo día, volvió con la lata. Pocos días después me trajo otra, y aún una tercera un poco más tarde. Bendijimos a los americanos por haberse dejado quitar las latas y a los japoneses por haberse apoderado de ellas.

La úlcera tropical es una enfermedad horrible. Sus causas son la falta de alimento adecuado y el abandono. Quizá la imposibilidad de lavarse contribuya a ella. Primero se siente un leve picor y la víctima se rasca distraídamente. Luego aparece una pequeña rojez, como la punta de una cabeza de alfiler, y el que la tiene se rasca exasperadamente. Las uñas producen la infección y paulatinamente se va extendiendo una mancha roja sobre la piel, con pequeños puntos amarillos bajo la piel, que causan

aún más irritación y obligan a rascarse todavía más. La úlcera crece hacía fuera y hacía dentro. Aparece el pus, se debilitan los recursos corporales y la salud va empeorando cada vez más. La úlcera profundiza en la carne y materialmente se la come. Cruza el cartílago e incluso el hueso, mata la médula y el tejido. Si no se pone remedio, el paciente morirá.

Había, pues, que hacer algo. La úlcera, la frente de la infección, tenía que ser extirpada lo antes posible. Puesto que carecíamos de equipo quirúrgico adecuado, era inevitable emplear recursos desesperados para salvar la vida del paciente; había que extirpar la úlcera y para ello sólo teníamos un medio: afilar cuidadosamente el borde de un pedazo de lata que esterilizábamos lo mejor que podíamos mediante fuego. Unos compañeros sujetaban el miembro afectado del paciente y yo arrancaba con una lata afilada la carne muerta y el pus, hasta que sólo quedaba el tejido sano. Era muy importante asegurarse de que no quedaba carne infectada, pues, si no, la úlcera se reproduciría de nuevo como una mala hierba. Llenábamos la gran cavidad que había ocupado la úlcera con pasta de hierbas. Con infinitos cuidados se procuraba que el paciente recobrase la salud. ¡Teniendo en cuenta lo que en nuestro campo entendíamos por salud, que venía a ser poco más o menos lo que en un sitio normal se consideraría estar cerca de la muerte! El permanganato ayudaba al proceso de curación. Tratábamos esta medicina como si fuera oro en polvo.

¿Que nuestro tratamiento parece brutal? ¡Claro que lo era! Pero nuestros métodos «brutales» salvaron muchas vidas, muchos brazos y piernas. De no haberlo hecho así, la úlcera habría seguido creciendo sin cesar, envenenando todo el cuerpo, hasta que, en el mejor de los casos, tendríamos que haber amputado un brazo o una pierna — ¡sin anestesia!— para salvar la vida del paciente. Desde luego, conservar la salud era en nuestro campo un problema espantoso. Los japoneses no nos prestaban ayuda alguna. Finalmente, tuve que recurrir a mis conocimientos en el arte de respirar y enseñé a los presos ese arte, porque la respiración correcta y sometida a ciertos ritmos puede servir de mucho para fortalecer la salud mental y física.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, me enseñó la ciencia de la respiración desde un día en que me vio jadeando y casi exhausto, después de haber subido un monte.

—Lobsang, Lobsang, ¿cómo te las arreglas para estar tan agotado?

—Honorable Maestro —repliqué, sin aliento—. Mi esfuerzo ha sido muy grande porque he subido al monte en zancos.

Me miró con tristeza y movió la cabeza resignado. Suspiró y me indicó que me sentara. Durante algún tiempo permanecimos en silencio. Sólo se oía el jadeo de mi respiración, que se esforzaba por normalizarse.

Había querido presumir delante de los peregrinos, por el camino de Linghor, de que los monjes de Chakpori podíamos andar mejor y más rápidamente en zancos que las demás personas de Lhasa. Para demostrarlo aún mejor había corrido en zancos

monte arriba. Pero en cuanto estuve fuera de la vista de los peregrinos, tuve que dejarme caer agotado y mi Guía me había sorprendido en tan lamentable estado.

—Lobsang, ya es hora de que aprendas algo más. Te has divertido ya bastante. Ahora, como acabas de demostrar, lo que necesitas es aprender la ciencia de la buena respiración. Ven conmigo. Veremos lo que podemos hacer.

Siguió subiendo el monte y yo fui tras él de mala gana después de haber recogido los zancos, caídos por allí cerca. Mi Guía caminaba con gran facilidad, como si se deslizase. Sus movimientos no traslucían ni el menor esfuerzo, mientras que yo, muchísimos años más joven, le seguía cansado y jadeante, como un perro en un tórrido día de verano.

Llegamos a la cumbre del monte, entramos en el recinto de nuestra lamasería y seguí a mi Guía hasta su habitación. Nos sentamos del modo habitual en el suelo y el lama pidió que le llevaran el inevitable té, sin el cual ningún tibetano puede sostener una conversación seria. Mantuvimos silencio mientras los monjes nos servían té y *tsampa*. Cuando de nuevo estuvimos solos, mi Guía me instruyó sobre el arte de respirar, enseñanza que había de serme de vital importancia en este campo de prisioneros.

—Jadeas como un viejo en cuanto subes una cuesta, Lobsang —dijo—. Pronto aprenderás a vencer ese defecto, pues nadie debe gastar tantas energías en lo que es parte ordinaria, natural y cotidiana de nuestra vida. Es muy frecuente que no se sepa respirar. La gente suele creer que basta cargarse de aire, expulsar luego esa carga y volverse a llenar de otra.

—Pero, Honorable Maestro —repliqué—, llevo nueve años o más respirando bastante bien. ¿De qué otra manera se puede respirar?

—Lobsang, debes tener en cuenta que la respiración es la fuente de la vida. Puedes andar y también puedes correr, pero, sin una respiración adecuada, no podrás hacer ni lo uno ni lo otro. Debes aprender un nuevo sistema y, ante todo, debes fijarte un tiempo para la respiración, pues, hasta que no sepas cuánto tiempo debes emplear cada vez que respiras, no habrá modo de que respires bien.

En efecto, respiramos a distinto ritmo en las diversas ocasiones. Me tomó la muñeca izquierda y, señalando un punto de ella, me dijo:

—Fíjate en tu pulso. Ése marcha al ritmo de uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Pon tú mismo un dedo sobre el pulso para que lo sientas y entonces entenderás de qué estoy hablando.

Así lo hice; puse un dedo sobre la muñeca izquierda y sentí el ritmo de mi pulso como él me había dicho: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Miré a mi Guía, que hablaba de nuevo:

—Si te fijas, te darás cuenta de que inhalas mientras tu corazón da seis latidos. Pero eso no basta. Tendrás que variar mucho ese ritmo respiratorio y no tardaremos

en hablar de ello.

Calló un momento, mientras me miraba y luego dijo:

—Debes saber, Lobsang, que vosotros, los chicos (os he estado observando muchas veces mientras jugáis), os cansáis porque no sabéis lo esencial de la respiración. Creéis que es una cosa natural y que mientras entre y salga el aire en el cuerpo, todo irá bien. Pero ése es un gran error, pues hay cuatro modos principales de respirar; así que examinémoslos y veamos para qué sirven y en qué consisten. El primer método es muy pobre. Se conoce con el nombre de «respiración alta», porque en este sistema sólo se emplea la parte alta del pecho y los pulmones, y deberías saber ya que ésa es sólo la parte más reducida de nuestra capacidad respiratoria. De modo que cuando utilices este sistema «alto» metes muy poco aire en tus pulmones y, lo que es peor, dejas una buena cantidad de aire viciado en los profundos rincones de tu sistema respiratorio. Observa cómo, al respirar así —y me hizo la demostración práctica—, sólo se mueve la parte superior del pecho. La parte inferior y el abdomen se quedan inmóviles y eso es muy perjudicial. Olvida pues, esa clase de respiración, Lobsang, pues es completamente inútil. No debemos emplearla, sino pasar a las otras maneras.

Se interrumpió y, colocándose frente a mí, me dijo:

—Mira, ésta es la respiración alta. Observa la posición forzada que he de adoptar. Pero ya sabrás más tarde que éste es el tipo de respiración practicado por la mayoría de los occidentales, mejor dicho, casi todo el mundo, fuera del Tíbet y la India.

Yo le miraba asombrado, con la boca abierta. La verdad es que nunca pensé que respirar fuese algo tan difícil. Creí que lo sabía hacer bastante bien y ahora veía que estaba equivocado.

—Lobsang, tienes que prestarme más atención. Veamos ahora el segundo sistema de respiración, el que se conoce como «respiración media». Tampoco es muy buena. No merece la pena de que nos entretengamos con ella, pues no quiero que la utilices, pero cuando vayas a Occidente oirás a la gente referirse a esa manera llamando la respiración «de costillas», o respiración en el que el diafragma permanece inmóvil. El tercer sistema es el de la «respiración baja» y aunque quizá sea un poco mejor que los otros dos, tampoco es el correcto. Alguna gente llama a este sistema «respiración abdominal». Los pulmones no se llenan por completo de aire, de modo que no se renueva completamente el aire, conque también se producen el aire viciado, el mal aliento y la posibilidad de una enfermedad. De manera que no debes acordarte de esos sistemas de respiración, sino utilizar, como hago yo y como hacen otros lamas de aquí, la «respiración completa», que deberás hacer así.

«Muy bien —pensé—, ahora voy a aprender algo que verdaderamente merece la pena; pero, entonces, ¿para qué me ha hablado de los otros sistemas si había de advertirme que no me acordase de ellos?».

—Porque, Lobsang —dijo mi Guía, el cual, evidentemente, había leído mis pensamientos—, porque tienes que conocer tanto los defectos como las virtudes. Sin duda alguna, habrás notado aquí en Chapkori la insistencia con que recalcamos la importancia de tener la boca cerrada. Esto no es sólo para evitar decir tonterías o falsedades, sino con objeto de que se respire lo más posible por la nariz. Cuando se respira por la boca se pierde la ventaja de los filtros de la nariz. Si respiras por la boca también pierdes la ventaja del mecanismo para el control de la temperatura que funciona en nuestro cuerpo humano. Además, se acatarra uno, duele la cabeza o se atonta ésta y se padecen muchas otras molestias.

De pronto me di cuenta de que estaba contemplando boquiabierto a mi Guía y entonces cerré la boca tan de golpe que le brillaron los ojos de pura diversión, pero no hizo comentario alguno y prosiguió:

—Las ventanillas de la nariz son cosas de gran importancia y han de estar siempre limpias. Si notas que las tienes tapadas, sorbe por ellas un poco de agua y deja que te pase ésta a la boca para poderla expulsar por ella. Pero no respires en modo alguno por la boca, sino sólo por la nariz. Y para esos lavados usa siempre agua templada, pues el agua fría puede hacerte estornudar.

Se volvió y agitó la campanilla que tenía al lado. Se presentó un criado, que volvió a llenar la tetera y trajo más *tsampa*. Se inclinó ante nosotros y se retiró. Después de unos instantes el Lama Mingyar Donpud reanudó su lección:

—Ahora, Lobsang, vamos a ocuparnos de la verdadera manera de respirar, el método que ha permitido a algunos lamas tibetanos prolongar su vida hasta unos límites asombrosos. Tratemos, pues, de la respiración completa. Como implica su nombre, este sistema contiene a los otros tres (la respiración baja, la media y la alta), de modo que en él los pulmones se llenan realmente de aire, se purifica la sangre y el cuerpo se llena de fuerza vital. Es un sistema facilísimo. Basta con que te sientes, o te quedes de pie, en una posición cómoda y respires por la nariz. Hace poco tiempo, Lobsang, te he visto encogido, esforzándote y sin poder respirar. Es natural que no puedas respirar bien si estás encogido y en mala postura. Has de mantener erguida la columna vertebral. Ése es el secreto de la buena respiración.

Me miró y suspiró, pero el brillo burlón de sus ojos traicionaba la solemne profundidad de su suspiro. Luego se levantó, se acercó a mí y, poniéndome las manos bajo los codos, me hizo sentar derecho.

—Así es como debes sentarte, Lobsang —dijo—; así, con la columna vertebral erguida, el abdomen bien controlado y los brazos a los lados. Ahora, siéntate así, llena de aire el pecho, procura que las costillas salgan hacia fuera y luego echa hacia abajo el diafragma, de modo que también sobresalga el abdomen inferior. De ese modo lograrás una respiración completa. Y has de saber que en esto no hay magia alguna. Se trata sólo de una respiración ordinaria, de sentido común. Tienes que

introducir en tu cuerpo el máximo de aire que puedas y luego has de soltarlo y volver a llenar los pulmones. Quizás ahora te parezca todo esto excesivamente complicado y que no merece la pena esforzarse tanto, pero te aseguro que merece la pena. Si te parece lo contrario, es porque te has enviciado en respirar mal y tienes que empezar disciplinándote.

Respiré como lo había hecho mi maestro y, para mi considerable asombro, descubrí que era fácil. Desde luego, me zumbaba un poco la cabeza los primeros segundos, pero cada vez fue más fácil. Podía ver los colores con mayor claridad e incluso, en unos cuantos minutos de este ejercicio, me sentí mejor.

—Todos los días harás conmigo unos cuantos ejercicios de respiración, Lobsang, y quiero que luego continúes tú solo. Merece la pena. No volverás a cansarte ni quedarte sin aliento. Es necesario que no vuelva a repetirse el caso de que, mientras tú llegas sin poder hablar a lo alto de una cuesta, yo, en cambio, que tengo varias veces tu edad, lo haga con la mayor facilidad.

Volvió a sentarse y me contempló, mientras yo realizaba los ejercicios que él me había indicado. Desde el primer momento pude darme cuenta de las ventajas del sistema que me estaba enseñando. Mi Guía volvió a hablarme:

—El único objetivo de la respiración, sea cual fuere el sistema empleado, es introducir en el cuerpo la mayor cantidad de aire posible y distribuirla por todo el cuerpo de una manera que llamamos *prana*. Ésta es la fuerza vital. Esta *prana* es la fuerza que activa al hombre, que activa a cuanto vive: plantas, animales, hombres, e incluso peces, que han de extraer del agua el oxígeno y convertirlo en *prana*. Sin embargo, tenemos ahora que ocuparnos, Lobsang, de tu respiración, concretamente de la tuya. Inhala lentamente. Retén ese aire dentro de ti durante algunos segundos. Luego exhala el aire con mucha lentitud. Descubrirás que hay varios ritmos de inhalación, de retención del aire y de exhalación, que cumplen varias finalidades, tales como limpieza, vitalización, etc. Quizá la forma general más importante de respiración sea la que llamamos «respiración de limpieza». Ahora nos ocuparemos de ella porque quiero que, de aquí en adelante, la practiques al comenzar, y al terminar cada día, así como al principio y al final de todos los ejercicios.

Yo había ido siguiendo con gran atención las palabras de mi maestro. Conocía sobradamente el poder que llegan a alcanzar los grandes lamas, cómo logran deslizarse sobre la tierra con mayor rapidez de la que pueda galopar un hombre en un caballo y cómo pueden llegar a su destino tranquilos como si no hubieran realizado nada extraordinario; y decidí que mucho antes de que yo llegase a ser un lama dominaría la ciencia de la respiración.

Mi Guía, el Lama Mingyar Dondup, prosiguió:

—Ahora, Lobsang, vamos a practicar la respiración de limpieza. Respira primero, llenándote por completo de aire, tres veces; no, no superficialmente como lo estás

haciendo, sino tres respiraciones completas, lo más profundas que puedas conseguir. Llena a fondo los pulmones. Muy bien, así es —dijo—. Ahora, en la tercera respiración retén el aire durante cuatro segundos por los labios como si fueras a silbar, pero sin hinchar los carrillos. Deja salir un poco de aire por entre los labios con toda la fuerza que puedas. Luego, detente un segundo, reteniendo el aire que puedas. Deja salir un poco más, también con todo el vigor que puedas. Párate otro segundo y ahora vacíate de aire por completo. Suéltalo lo más enérgicamente que puedas. Recuerda que debes exhalar ahora el resto del aire con gran fuerza por la abertura de los labios puestos así, como si quisieras silbar. ¿No sientes una sensación muy refrescante?

Con gran sorpresa mía, pues aquella operación de soltar el aire poco a poco me había parecido un poco tonta, comprobé que era cierto lo que decía mi Guía. Nunca me había sentido tan bien. Seguí practicando el mismo ejercicio hasta que de pronto sentí que me daba vueltas la cabeza. A través de la neblina, oía la voz de mi Guía:

—Lobsang, Lobsang, basta; no debes respirar así, sino exactamente como te he dicho. No experimentes por tu cuenta porque eso es muy peligroso. Ya ves, te has intoxicado a fuerza de respirar incorrectamente y con demasiada rapidez. Debes realizar los ejercicios exactamente como yo te indico, pues yo tengo la experiencia. Más adelante podrás experimentar por tu cuenta y esto mismo, Lobsang, deberás advertírsele a las personas a quienes enseñes más tarde la buena respiración. Les dirás que nunca experimenten con diferentes ritmos de respiración, a menos que tengan junto a ellos un profesor competente, pues hay gran peligro en estos experimentos si se hacen caprichosamente. Practicar, en cambio, la serie de ejercicios recomendados por los que entienden, es seguro y saludable y no puede causar daño alguno.

El lama se puso en pie y dijo:

—Ahora, Lobsang, debemos aumentar tu fuerza nerviosa. Aspira todo el aire que puedas y, cuando creas que tienes los pulmones llenos hasta la máxima capacidad, fuérganos aún un poco más. Entonces, empieza a exhalar el aire lentamente hasta vaciarte por completo. Llena otra vez los pulmones de la misma manera, pero retén esa respiración. Extiende los brazos ante ti sin hacer ningún esfuerzo, sólo con la poca energía necesaria para mantenerlos horizontales. Y ahora, fíjate bien. Vuelve las manos así, hasta ponerlas en los hombros, contrayendo paulatinamente los músculos hasta que, cuando toquen los hombros estén completamente tensos y los puños apretados. Mírame, ¿ves cómo aprieto los míos? Es necesario que las manos te tiemblen con el esfuerzo. Sin aflojar los músculos lo más mínimo saca los puños hacia afuera lentamente, y luego recógelos con rapidez varias veces, quizá una media docena de veces. Exhala con fuerza todo el aire, por la boca, con los labios como si fueras a silbar. Después de haber hecho eso unas cuantas veces, acaba practicando de

nuevo la respiración de limpieza.

Volví a probarlo y otra vez me sentó muy bien. Además, era divertido y a aquella edad estaba yo siempre dispuesto a divertirme. Mi Guía interrumpió mis pensamientos:

—Lobsang, quiero insistir cuanto sea preciso en que la rapidez con que retires los puños y la tensión de los músculos es lo que determina el provecho que puedes obtener de este ejercicio, de que tienes los pulmones llenos de aire. Y no olvides que es un ejercicio respiratorio de valor incalculable y que te ayudará enormemente en el futuro.

Se sentó y estuvo observando mis ejercicios, corrigiendo amablemente los defectos y alabándome cuando los hacía bien. Cuando se consideró satisfecho, me los hizo repetir una vez más para asegurarse de que podía hacerlos yo solo. Después me indicó que me sentara junto a él y me estuvo explicando cómo se había formado el sistema de respiración tibetano después de descifrar los antiquísimos documentos que se guardaban en las cavernas bajo el Potala.

Más adelante, en mis estudios, me enseñaron varias cosas sobre el arte de respirar, pues en el Tíbet no sólo curamos con las hierbas, sino también mediante la respiración del paciente. Sin duda alguna, la respiración es la fuente de la vida, y puede ser interesante dar aquí algunas indicaciones para que las personas que sufran algún padecimiento, quizá desde hace mucho tiempo, puedan librarse de él o aliviarlo en gran medida. Esto puede lograrse mediante la respiración correcta, pero recuerde usted que debe limitarse estrictamente a los ejercicios indicados en estas páginas, y no se le ocurra experimentar por su cuenta sin un profesor competente a su lado, pues tales experimentos son muy peligrosos. Sería insensato lanzarse a ello sin prepararlo concienzudamente.

Los trastornos del estómago, el hígado y la circulación pueden ser vencidos por lo que llamamos «respiración contenida». Piense que en esto nada hay de mágico, a no ser los resultados que puedan parecer cosa de magia. Pero al principio tiene usted que mantenerse bien erguido y, si está en la cama, tendido completamente horizontal. Pensemos ahora que se encuentra usted en pie. Póngase con los talones juntos, los hombros hacia atrás y el pecho saliente. Así quedará enérgicamente controlada la parte baja del abdomen. aspire hasta llenarse de todo el aire que pueda y téngalo dentro hasta que sienta usted unos leves latidos —muy leves— en las sienes. En cuanto tenga usted esa sensación, suelte con fuerza todo el aire por la boca abierta. Pero *con energía*, no sencillamente dejando salir el aire, sino lanzándolo por la boca con toda la fuerza de que sea capaz. Después deberá usted realizar la respiración de limpieza, que ya expliqué detalladamente al contar los ejercicios que me enseñaba mi Guía, el Lama Mingyar Dondup. Sólo repetiré que la respiración de limpieza es de valor incalculable para mejorar la salud.

Antes de iniciar los ejercicios respiratorios, es imprescindible que tenga usted un ritmo, una unidad de tiempo que represente la inhalación normal. Ya he hablado de esto al contar cómo lo aprendí, pero quizá sea muy conveniente en este caso repetirlo para que se grabe de un modo permanente en el lector. El latido del corazón de una persona es la norma rítmica adecuada para la respiración de ese individuo determinado. Raramente se encontrarán dos personas que tengan el mismo ritmo, pero eso no importa; podrá usted descubrir su ritmo de respiración normal colocando un dedo en el pulso y contando. Coloque los dedos de la mano derecha sobre la muñeca izquierda y tómese el pulso. Supongamos que tiene el ritmo normal uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Grábese bien ese ritmo en el subconsciente para que no tenga usted que tratar de recordarlo, sino que lo sepa en todo momento subconscientemente. No importa cuál sea su ritmo siempre que usted lo sepa y que este conocimiento se haya grabado en el subconsciente, pero estamos suponiendo que el ritmo de usted es el término medio en que la inhalación de aire dura seis latidos de su corazón. Esto es lo ordinario. Pero vamos a alterar esa norma respiratoria con varios propósitos. No hay dificultad alguna en ello. Esos cambios son fáciles de lograr y nos permitirán obtener resultados espectaculares para mejorar la salud.

Todos los acólitos de alta graduación en el Tíbet tenían que aprender la ciencia de la respiración. Había ciertos ejercicios que tenían preferencia en la enseñanza sobre todos los demás. ¿Quiere *usted* probarlos? Entonces, lo primero que ha de hacer es sentarse bien derecho, o quédese de pie si lo prefiere, pero es inútil ponerse en pie si puede usted quedarse sentado. Aspire lentamente hasta llenar por completo el sistema respiratorio. Es decir, el pecho y el abdomen, mientras cuenta seis pulsaciones. Reconocerá usted que esto es muy fácil. Sólo tiene usted que mantener un dedo sobre el pulso de la muñeca y esperar hasta que el corazón haya latido una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces. Después de haber aspirado el aire durante seis unidades de pulsación, reténgalo mientras el corazón late tres veces. A continuación, exhale todo el aire por la nariz durante seis latidos. Es decir, exactamente durante el mismo tiempo que tardó en aspirarlo. Ahora que ha lanzado usted todo el aire que tenía en los pulmones, manténgalos vacíos durante tres pulsaciones, y luego empiece de nuevo el ejercicio ya indicado. Repítalo cuantas veces quiera, pero sin cansarse. Inmediatamente que sienta usted el menor cansancio, debe dejarlo. En efecto, nunca deberá usted cansarse con estos ejercicios, puesto que entonces serán éstos contraproducentes. Son precisamente para tonificarnos y hacernos más fuertes y aptos, no para debilitarnos y cansarnos.

Siempre empezábamos con el ejercicio respiratorio de limpieza y éste es completamente inofensivo y de lo más beneficioso. Limpia los pulmones del aire viciado y los libra de impurezas, ¡por eso en el Tíbet no hay tuberculosis! De modo que puede usted realizar los ejercicios respiratorios de limpieza siempre que le

apetezca y su salud se beneficiará muchísimo con ello.

Un método extremadamente bueno para adquirir el control mental es sentarse con el tronco erguido y aspirar una respiración completa de limpieza. Después, aspire a razón de uno, cuatro, dos. Es decir (¡hablemos ahora de segundos para cambiar!), aspire durante cinco segundos, luego retenga la respiración durante cuatro veces cinco segundos, o sea, veinte segundos. Respirando adecuadamente usted podrá liberarse de muchos padecimientos, y éste es un método excelente. Además, si tiene usted algún dolor, lo mismo puede hacer el ejercicio hallándose tumbado que de pie. Luego respire rítmicamente manteniendo con firmeza el pensamiento de que el dolor va desapareciendo con cada respiración. Es como si cada vez que arroja usted aire fuese saliendo el dolor. Imagine que cada vez que aspira usted aire está absorbiendo la fuerza vital que irá expulsando al dolor. Y piense también que cada vez que exhala aire, está usted echando fuera el dolor. Ponga la mano en la parte dolorida y figúrese que está usted sacándose con la mano, y a la vez con cada respiración, la causa del dolor. Haga esto durante siete respiraciones completas. Luego realice una respiración de limpieza y después descanse unos segundos respirando lenta y normalmente. Probablemente notará usted que el dolor habrá desaparecido por completo o que ha disminuido tanto que ya no le molesta. Pero si por alguna razón persiste el dolor, repita el ejercicio una o dos veces más hasta que el dolor desaparezca. Por supuesto, comprenderá usted que si se trata de un dolor inesperado y vuelve a presentarse, tendrá usted que consultar con el médico, ya que el dolor es la advertencia de la naturaleza de que algo marcha mal en nuestro cuerpo y aunque está permitido y es gran ventaja disminuir el dolor, a la vez es esencial que descubramos la causa del dolor para curarla.

Si se encuentra usted cansado, o si sus energías se han visto sometidas a un repentino desgaste, he aquí la manera más rápida de recuperarse. De nuevo le digo que no importa que esté de pie o sentado, pero tenga los pies juntos tocándose los talones y los dedos gordos. Entonces entrelace sus manos. Respire rítmicamente varias veces con una inhalación profunda y una exhalación lenta. Luego haga usted una pausa durante tres pulsaciones. Finalmente, haga la respiración de limpieza. Notará usted que le ha desaparecido todo el cansancio.

Muchas personas están nerviosísimas cuando acuden a una entrevista. Se les ponen las manos pegajosas y a veces les tiemblan las rodillas. Nadie debería ponerse así porque ese nerviosismo es muy fácil de vencer y aquí indico un método para librarse de semejante estado de ánimo, por ejemplo, cuando está usted en la sala de espera del dentista. Respire profundamente por la nariz y contenga la respiración durante diez segundos. Luego vaya expulsando lentamente todo el aire. Respire después dos o tres veces del modo ordinario y después vuelva a aspirar el aire profundamente tardando diez segundos en llenar los pulmones. Retenga otra vez el

aliento y expulse el aire con lentitud, tardando también esta vez diez segundos. Hágalo tres veces (podrá usted hacerlo sin que nadie se dé cuenta), y se sentirá completamente seguro de sí mismo. Su corazón habrá dejado de dispararse alocadamente y notará usted una gran confianza en sí mismo. Cuando deje usted el lugar de espera y acuda a la entrevista, verá cómo puede dominarse perfectamente. En caso de que vuelva usted a sentir un ramalazo de nerviosismo, respire otra vez profundamente y retenga el aliento un segundo o así, lo cual es fácil mientras la otra persona habla. Este rápido ejercicio acabará por tranquilizarle. Todos los tibetanos emplean sistemas parecidos. También empleamos el control de la respiración cuando tenemos que levantar pesos, porque el medio más sencillo de levantar un peso es aspirar todo el aire que se pueda y contener la respiración mientras se hace el esfuerzo. Cuando éste termina, se deja salir el aire con lentitud, y luego se sigue respirando de la manera normal. Es fácil levantar un peso mientras se retiene en los pulmones todo el aire que cabe en ellos. Merece la pena probarlo. Puede usted tratar de levantar un peso considerable mientras tiene los pulmones vacíos y mientras los tiene llenos, y notar la diferencia. También se domina la ira mediante la respiración profunda, reteniendo el aliento y soltando el aire lentamente. Si por alguna razón está usted indignado —¡con razón o sin ella!— respire hondamente. Retenga el aire durante unos segundos y luego vaya soltándolo con mucha lentitud. Verá usted como controla su emoción y se hace usted dueño (o dueña) de la situación. Es muy perjudicial dejarse llevar por la ira o la irritación, porque esto produce úlceras gástricas. Así, recuerde este ejercicio respiratorio de aspirar profundamente el aire, retenerlo, y luego dejarlo salir con lentitud.

Puede usted hacer todos estos ejercicios con absoluta confianza, seguro de que no le pueden perjudicar en modo alguno, pero insisto en prevenirle que debe limitarse a estos ejercicios y no intente otros más avanzados si no le guía a usted un profesor porque los ejercicios respiratorios caprichosos o mal comprendidos pueden causar mucho daño. En nuestro campo de prisioneros hice que algunos de nuestros compañeros respirasen así. También adelanté en esta materia y les enseñé a respirar para que no sintieran dolor y esto, unido a la hipnosis, me permitió realizar operaciones abdominales y amputaciones de brazos y piernas, sin anestesia. La falta de ésta nos obligaba a recurrir a ese modo combinado —hipnosis y control respiratorio— para suprimir el dolor. Es un método de la naturaleza, el procedimiento natural para evitar el dolor.

Capítulo undécimo

La bomba

Los días se arrastraban con angustiosa monotonía, alargándose a semanas, extendiéndose a meses y años. Por fin llegó una diversión que nos sacó de esta horrible rutina. Un día llegaron corriendo los guardias agitando unas hojas de papel y llamando a uno u otro prisionero. Yo estaba en la lista. Nos reunieron en la plaza que formaban nuestras cabañas. Nos tuvieron de pie en una espera de varias horas hasta que, cuando era casi de noche, se presentó el comandante y nos dijo:

—Ustedes, los que han causado más trastornos, los que han insultado al Emperador, serán trasladados a otro sitio para aplicarles el tratamiento que merecen. Saldrán dentro de diez minutos.

Dio bruscamente la vuelta y se marchó. Nos quedamos aplanados. ¿Habíamos de prepararnos en diez minutos? Bueno, por lo menos no teníamos nada nuestro. Lo único que debíamos hacer era unas cuantas despedidas precipitadas.

Hicimos nuestros cálculos sobre cómo sería al que nos trasladaban y dónde podría estar. Pero, como es inevitable en tales casos, a nadie se le ocurría ninguna idea constructiva. Al cabo de los diez minutos, sonaron unos silbatos, los guardias empezaron de nuevo a agitarse y nos pusieron en marcha a trescientos de nosotros. Cruzamos las puertas y no sabíamos hacia dónde nos dirigíamos. Éramos prisioneros «difíciles» reconocidos. Nunca habíamos cedido ante los japoneses; los conocíamos muy bien. De lo que estábamos seguros era de que el nuevo campo no sería un lugar agradable. Nos cruzamos con soldados que iban en dirección contraria. Parecían estar muy contentos, lo cual no era extraño, pues según las noticias que llegaban al campo, los japoneses ganaban en todas partes. Nos dijeron que no tardarían en dominar el mundo entero. ¡Qué equivocados estaban! Por aquella época sólo teníamos una fuente de información: la de los propios japoneses. Estos soldados que se cruzaban con nosotros eran muy agresivos y no perdían ocasión de pegarnos sólo por el placer de oír el ruido sordo de la culata del rifle sobre la pobre carne encogida. Seguíamos la marcha, guiados por las maldiciones de nuestros guardias. También ellos soltaban culatazos a cada momento. Los enfermos quedaban al borde de la carretera maltratados por los soldados. Sí no podían reincorporarse a la marcha, aunque fuera dando traspiés y sostenidos por los compañeros, eran asesinados a bayonetazos. A veces, decapitaban a los pobres enfermos y clavaban la cabeza en la punta de la bayoneta. Con ella recorrían las filas de prisioneros para disfrutar diabólicamente con nuestras miradas de horror.

Después de muchos días de agotadora marcha, sin comer apenas, llegamos a un pequeño puerto y nos encerraron en un elemental campo de prisioneros que habían construido junto a los muelles. Allí estaban ya encerrados hombres de todas las

naciones, prisioneros «alborotadores» como nosotros. Se hallaban tan apáticos y cansados a fuerza de malos tratos que apenas nos miraron cuando entramos. Nuestro número se había reducido muchísimo. De los trescientos que emprendimos la marcha, sólo habíamos llegado setenta y cinco. Aquella noche la pasamos tendidos en el suelo detrás de las alambradas. No había refugio ni nada privado para nosotros, pero ya estábamos acostumbrados. Los hombres y las mujeres yacían en el suelo y hacían todo lo que tenían que hacer bajo las miradas de los guardias japoneses, que nos tuvieron enfocados continuamente con sus faros toda aquella larga noche.

Por la mañana pasaron lista y luego nos dejaron formando filas durante dos o tres horas. Por fin nos sacaron de allí para llevarnos a un muelle donde nos embarcaron en un decrepito barco de carga. Yo nada entendía de navegación. Casi todos los otros prisioneros sabían más que yo de cosas del mar; sin embargo, incluso para mí era evidente que aquel barco se podía hundir de un momento a otro. Nos hicieron subir por una pasarela crujiente y medio podrida que amenazaba con venirse abajo y arrojarnos a las asquerosas aguas llenas de latas vacías, desperdicios de toda clase, botellas y cadáveres.

Nos metieron en la bodega de proa. Éramos unos trescientos. No teníamos sitio para sentarnos ni para movernos. Los últimos que entraron no cabían y tuvieron que hacernos entrar a culeta. Luego oímos un terrible ruido como si se cerraran sobre nosotros las puertas de la eterna condenación. Y es que se cerraban las escotillas de la bodega, enviando sobre nosotros nubes de apestoso polvo. Oímos los martillazos con que aseguraban el encierro, y la oscuridad se hizo total. Después de un tiempo que nos pareció inacabable, el barco empezó a vibrar. Al ponerse en marcha el viejísimo motor, parecía como si toda la estructura del barco se fuera a deshacer y a abrirse bajo nuestros pies, lanzándonos al fondo del mar. De cubierta nos llegaban gritos en japonés. Eran las instrucciones a los marineros. Pronto empezó a balancearse el barco del modo más espantoso y a dar cabezadas, con lo que supimos que habíamos salido del puerto y estábamos en alta mar. Fue un viaje horrible. Probablemente la mar se hallaba muy revuelta. Estábamos continuamente presionándonos unos a otros, ya que no había sitio para que nadie se cayera al suelo. Sólo una vez nos sacaron a cubierta durante las horas de oscuridad. Durante los primeros días no nos dieron absolutamente nada de comer. Y bien sabíamos por qué: era para asegurarse de que teníamos el ánimo deshecho. Pero en tal sentido hizo poco efecto. A los dos días empezaron a darnos un tazón de arroz a cada uno por día.

Muchos de los prisioneros más débiles no tardaron en morir en la sofocante pestilencia y el hermético encierro de aquella espantosa bodega. No había oxígeno suficiente para todos nosotros. Muchos morían y los demás, supervivientes apenas más afortunados, no teníamos más remedio que permanecer sobre los cadáveres en descomposición. Con gran dificultad se les hacía sitio en el suelo y nos subíamos

encima. Los guardias no nos permitían sacarlos de allí. Todos éramos prisioneros y a los guardias no les importaba que estuviéramos muertos o vivos con tal de que constituyéramos entre todos el número anotado en los papeles. Así, los cadáveres permanecerían en la bodega con los vivos hasta que llegásemos a nuestro puerto de destino, donde cadáveres y prisioneros vivos serían contados.

Perdimos toda idea del paso de los días, pero al cabo de un tiempo determinado notamos un cambio en las máquinas. La vibración se alteró y dedujimos acertadamente que nos acercábamos al puerto. Después de mucho ruido y movimiento, soltaron las anclas. Pasado lo que nos pareció un tiempo infinito, fueron abiertas las cubiertas, y los guardias japoneses empezaron a descender la escala de la bodega acompañados por un oficial médico japonés del puerto. Apenas habían empezado a bajar cuando se inmovilizaron de puro asco. El oficial médico vomitó sobre nosotros. Inmediatamente, renunciando al cumplimiento del deber, se retiraron precipitadamente a cubierta.

Poco después trajeron mangas de riego y lanzaron fuertes chorros de agua contra nosotros. Estábamos medio ahogados. El agua subía y nos llegaba a la cintura, al pecho, a la barbilla. Y en ella flotaban partículas de los cadáveres putrefactos, partículas que nos llegaban hasta la boca. Entonces hubo gritos y exclamaciones en japonés y se interrumpió la inundación. Uno de los jefes oficiales del barco se acercó a observar aquello y hubo mucha gesticulación y discusiones. El oficial del barco decía que el barco se hundiría si seguían echando más agua. Así, metieron otra manga y sacaron toda el agua que habían arrojado antes.

Nos tuvieron allí abajo todo el día y toda la noche siguiente. Temblábamos con nuestros andrajos empapados y nos sentíamos enfermos con la horrible peste de los cadáveres descompuestos. Al día siguiente nos permitieron subir dos o tres a la vez. Me tocó por fin el turno y subí a cubierta. Me sometieron a un brutal interrogatorio. ¿Dónde estaba mi placa de identidad? Mi nombre figuraba en una lista y me lanzaron de cualquier modo a una balsa que estaba ya apestada de prisioneros. Una temblorosa colección de espantapájaros vivos, sólo con algunos andrajos. Algunos estaban totalmente desnudos. Ante el peligro de que se hundiera la balsa si metían una sola persona más, los japoneses decidieron cerrar el cupo. Un lancha motora remolcó a la balsa y la llevó hasta la costa.

Ésta fue mi primera vista del Japón. Una vez en tierra japonesa nos encerraron en un campo de prisioneros rodeado por alambradas. Nos tuvieron allí unos cuantos días mientras los soldados interrogaban a todos los hombres y mujeres y luego separaron a un cierto número de nosotros haciéndonos caminar algunos kilómetros hacia el interior hasta una prisión que tenían vacía esperando nuestra llegada.

Uno de los prisioneros, un blanco, cedió bajo la tortura y dijo que yo había estado ayudando a escapar a los prisioneros y que poseía información militar que me habían

comunicado los prisioneros moribundos, así que me llamaron para interrogarme. Los japoneses pusieron una gran entusiasmo en sus intentos para hacerme hablar. Vieron por mi ficha que todos los intentos anteriores habían fracasado, de modo que esta vez procuraron hacerlo mejor que nadie. Me doblaron hacia atrás las uñas, que ya habían vuelto a crecer y me frotaron con sal la carne viva. Como ni aún así conseguían que yo hablase, me colgaron de una viga por los dos pulgares, y me dejaron así todo un día. Aquello me hizo sufrir mucho, pero los japoneses no estaban aún satisfechos. Soltaron de golpe la cuerda de la que me habían colgado y caí al suelo duro con un golpe sordo y terrible. Me golpearon el pecho con la culata de un rifle. Unos guardias se arrodillaron sobre mi estómago y me descoyuntaron los brazos. ¡Por lo visto se habían especializado en este método! Me metieron hasta la garganta una manga de riego y soltaron el agua. Tuve la sensación de irme a asfixiar por falta de aire, o a ahogarme de tanta agua, o estallar por la presión. Parecía como si todos los poros de mi cuerpo rezumasen agua, y era como si me hubiera hinchado como un globo. Sentí un dolor muy intenso y veía unas luces brillantes. Me parecía sentir una inmensa presión en el cerebro y me desmayé. Me dieron estimulantes para que recobrar el conocimiento. Pero estaba ya demasiado débil y maltrecho para ponerme en pie, de modo que tres soldados japoneses me sostuvieron —yo era muy corpulento— y volvieron a arrastrarme hasta debajo de aquella viga de la que me habían tenido colgado. Se acercó un oficial japonés y dijo: «Parece que estás empapado de agua. Te convendrá ahora secarte. Quizás así te decidas a hablar. Atento». Dos japoneses se inclinaron de pronto y tiraron de mis tobillos, levantándolos del suelo tan bruscamente que me caí y me di con la cabeza en el cemento. Me pasaron una cuerda por los tobillos y, mientras bufaban con el esfuerzo que les costaba manejarme, me izaron colgado de los pies a un metro o así del suelo. Luego, lentamente, como disfrutando de todos los momentos de la operación, los japoneses extendieron en el suelo, debajo de mi cabeza, papel y unas astillas. Haciendo maliciosas muecas, uno de ellos encendió un fósforo y prendió fuego al papel. Poco a poco fui sintiendo el calor. La madera ardía y sentí que la piel de mi cabeza se arrugaba con el calor. Oí una voz que decía: «Lo estáis matando. Si dejáis que muera os haré responsable de ello. Primero es preciso que hable». Luego, cuando cortaron nuevamente la cuerda volví a darme un terrible golpe, esta vez de cabeza y en el rescoldo del fuego. De nuevo me desmayé.

Cuando recobré la conciencia me encontré en una celda de un semisótano, tendido de espaldas en el charco que se había formado en el suelo. Las ratas corrían alocadamente por el suelo mojado. El primer movimiento que hice las asustó aún más y chillaban alarmadas. Horas más tarde llegaron los guardias y me pusieron de pie, pues yo no me podía valer solo para ello. Me llevaron, con muchos golpes y maldiciones, hasta la ventana con barras de hierro. Me ataron las manos con esposas

a los barrotes de hierro, de modo que la cara me quedaba apoyada en ellos. Un oficial me dio una patada y dijo: «Ahora observarás todo lo que ocurre. Si vuelves la cabeza o cierras los ojos, te clavaremos una bayoneta». Estuve mirando con toda mi atención, pero sólo veía el suelo al nivel de mi nariz. Sin embargo, al poco tiempo noté mucho movimiento al fondo y aparecieron unos prisioneros empujados por soldados que los trataban con tremenda brutalidad. El grupo se acercaba hasta que obligaron a los prisioneros a arrodillarse ante mi ventana. Tenían los brazos atados a la espalda. Estaban curvados como un arco, pues les habían sujetado las muñecas a los tobillos. Involuntariamente cerré los ojos, pero tuve que abrirlos en seguida al sentir el pinchazo de una bayoneta. Sentí la sangre que me corría por una pierna abajo.

Redoblé mi atención. Era una ejecución en masa. Algunos de los prisioneros eran matados a bayonetazos y otros decapitados. Algunos de aquellos desgraciados debían de haber hecho algo que para los japoneses era terrible, porque les sacaron las entrañas y los dejaron desangrarse hasta morir. Este espectáculo duró varios días. Me traían los prisioneros frente a mi ventana y los mataban por fusilamiento, a bayonetazos o decapitándolos. La sangre fluía hasta mi celda y entraba en ella. Enormes ratas se concentraban en torno a la sangre.

Noche tras noche me interrogaban los japoneses, tratando de sacarme información militar. Yo vivía en un continuo caos de dolor y mareos, un dolor continuo que me martirizaba día y noche; y deseaba que me ejecutasen de una vez como único medio de lograr la calma. Después, al cabo de diez días, que me parecieron un centenar, me dijeron que me fusilarían si no les daba la información que deseaban. Los oficiales me decían que estaban hartos de mí y que mi actitud era un insulto al Emperador. Pero no conseguían que les dijese ni una palabra. Así que me llevaban de nuevo a mi celda, arrojándome en el suelo como un saco, en mi cama de cemento. Un guardia se volvió, al cerrar la puerta, y me dijo: «No habrá más alimentos para ti. A partir de mañana no vas a necesitarlos».

Al amanecer del día siguiente se abrió la puerta de la celda violentamente y se presentó un oficial japonés con un pelotón de fusileros. Me llevaron al campo de ejecución donde yo había visto matar a tantos. El oficial señaló el suelo empapado de sangre y me dijo: «La tuya estará también ahí. Pero tendrás tu tumba porque tú mismo vas a cavártela».

Trajeron una pala y tuve que cavarme mi propia tumba mientras me amenazaban con las bayonetas si no me daba prisa. Luego me ataron a un poste situado de tal modo que, cuando me fusilaran, bastase cortar la cuerda para que mi cuerpo cayese directamente en la tumba. El oficial adoptó una *pose teatral*, mientras leía la sentencia donde se decía que me fusilaban por haberme negado a colaborar con los Hijos del Cielo. Y añadió: «Ésta es la última oportunidad. Da la información que te

pedimos o te enviaremos a reunirse con tus deshonrados antepasados». No respondí; ¿qué podía responderles? De modo que repitió sus palabras. Seguí silencioso. A la voz de mando del oficial, el pelotón levantó los rifles. El oficial volvió a acercárseme y dijo que, efectivamente, era mi última oportunidad. Subrayó esta afirmación abofeteándome conforme iba hablándome. Sin embargo, tampoco así me sacaban ni una palabra, de modo que desesperado ya, el oficial señaló a los soldados el lugar de mi corazón y, para rematar bien su tarea, me asestó un buen golpe en la cara con la hoja de su espada y me escupió antes de volverse, asqueado por mi actitud, para reunirse con sus hombres.

A mitad del camino entre ellos y yo —pero teniendo buen cuidado de no hallarse en la línea de fuego— el oficial miró a los soldados y dio orden de apuntar. Levantaron los rifles, convergiendo hacia mí sus cañones. Me parecía que el mundo estaba lleno de enormes agujeros negros: las bocas de los rifles. Parecían crecer sin cesar, espantosas, y yo sabía que de un momento a otro escupirían muerte. El oficial levantó muy despacio su espada y la bajó violentamente con la orden: «¡Fuego!».

Era como si el mundo entero se disolviera en llamas, dolor y nubecillas de humo. Sentí como si una manada de caballos gigantes me patearan con herradura al rojo vivo. Todo empezó a dar vueltas como si el mundo se hubiese vuelto loco. Lo último que vi fue una neblina roja, sangre vertida y una rugiente negrura. Después la nada.

Más tarde, recobré la conciencia con cierto asombro de que los Campos Celestiales o el Otro Lugar me fueran tan familiares. Pero entonces todo se me estropeó. Estaba, sencillamente, boca abajo en la tumba. De pronto me empujaron con una bayoneta. Por el rabillo del ojo vi al oficial japonés, el cual estaba explicando que las balas del pelotón de ejecución estaban especialmente preparadas. «Las hemos experimentado en más de doscientos prisioneros», decía. Les habían retirado parte de la carga y les había quitado la bala de plomo, sustituyéndola por otra cosa para que hiriese, pero no matase. Era evidente que los japoneses no habían renunciado a sacarme la información que deseaban. «Y la tendremos —dijo el oficial—, aunque para ello tengamos que inventar nuevos métodos. Acabará hablando. Y mientras más tiempo resista, más dolor padecerá».

Mi vida había sido muy dura, con tanto entrenamiento riguroso y una disciplina tan severa, y gracias a la preparación especial a que me había sometido desde niño en la lamasería, podía aún seguir resistiendo y no perder la razón. Es extremadamente dudoso que nadie hubiera podido sobrevivir a las pruebas que yo había resistido de no haber tenido una preparación igual a la mía.

Las graves heridas que me causó la «ejecución» me valieron una pulmonía doble. Me puse desesperadamente enfermo, al borde de la muerte y sin que se me prestase la menor ayuda médica, ni consuelo alguno. Estuve tumbado en el suelo de cemento de mi celda sin mantas y sin nada, temblando sin cesar con una única esperanza: morir.

Sin embargo, me fui reponiendo un poco y durante algún tiempo noté el zumbido de motores de aviación, unos motores que me parecían desconocidos. No eran los japoneses, a los que conocía tan bien, y me preguntaba qué estaría sucediendo. La prisión se encontraba en un pueblo cerca de Hiroshima y me figuré que los vencedores japoneses —los japoneses que estaban venciendo por todas partes— traían con pilotos suyos los aviones capturados al enemigo.

Un día en que aún me encontraba malísimo, volvieron a oírse los motores de aviación. De repente tembló el suelo y hubo un tremendo rugido con sacudidas violentas y como una palpitación de la tierra. Cayeron del cielo nubes de polvo y se notaba un olor rancio, a moho. La atmósfera se había puesto tensa y llena de electricidad. Durante un momento se inmovilizó todo. Luego los guardias corrieron aterrorizados, chillando como locos y llamando al Emperador para que les protegiera de no sabían qué. Era la bomba atómica de Hiroshima del 6 de agosto de 1945. Durante algún tiempo seguí tendido en el suelo preguntándome qué debía hacer. Luego me pareció evidente que los japoneses estaban demasiado ocupados para acordarse de mí, así que me puse, tembloroso, en pie y llegué dificultosamente hasta la puerta. No estaba cerrada con llave. Me habían dejado allí tan gravemente enfermo que mi fuga les parecía imposible. Además, normalmente, había siempre guardias de un lado a otro. Los japoneses estaban convencidos de que su dios el Sol los había abandonado y daban vueltas enloquecidos como una colonia de hormigas perturbadas. Tiraban los rifles por todas partes, las prendas de uniforme, alimentos, todo. En dirección a sus refugios antiaéreos se oía una espantosa algarabía, pues ellos trataban de entrar todos al mismo tiempo.

Yo estaba muy débil. Casi demasiado débil para sostenerme en pie. Me incliné para coger del suelo una guerrera y un gorra japonesa y estuve a punto de caerme por el mareo que sentía. Me puse a gatas y con gran dificultad logré colocarme la guerrera y luego la gorra. Cerca había un par de fuertes sandalias. También me las puse porque estaba descalzo. Luego, muy despacio, me arrastré hasta unos arbustos y seguí avanzando así, dolorosamente, con las manos y rodillas. Había un horrísono estruendo porque todos los cañones antiaéreos estaban disparando. El cielo se había puesto rojo y se veían unas amplias bandas de humo negro y amarillo. Era como si el mundo entero se estuviese resquebrajando y me pregunté para qué me esforzaba en escapar si resultaba evidente que aquello era inevitablemente el fin de todo.

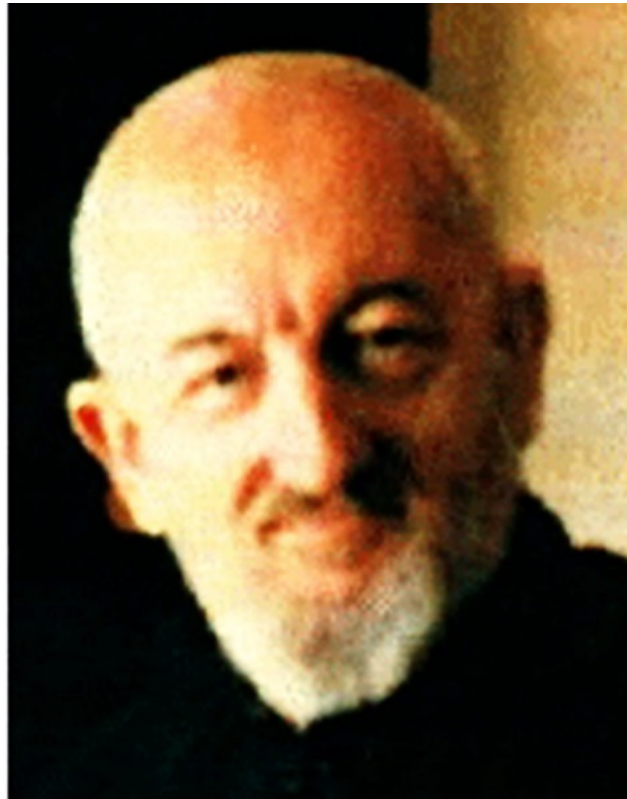
A lo largo de aquella noche seguí arrastrándome hasta la playa que, como yo sabía muy bien, estaba a pocos kilómetros de la prisión. Por supuesto, me sentía muy enfermo. Me raspaba el aliento en la garganta y todo el cuerpo me temblaba sin cesar. Necesité de toda mi capacidad de autocontrol para proseguir mi camino. Por fin, al amanecer llegué a una cala de la playa. Medio muerto de cansancio, dolor y fiebre miré por entre los arbustos y vi ante mí una pequeña barca de pesca que se

balanceaba, atada a unas maromas. Estaba abandonada. Por lo visto, su dueño, presa del pánico, había corrido tierra dentro. Sigilosamente logré llegar hasta la barca y, doliéndome todo el cuerpo, me estiré para mirar por la borda. La embarcación estaba vacía. Después de inmensos esfuerzos pude poner un pie en la maroma que sujetaba la barca y así subí hasta ella, pero me faltaron las fuerzas y me caí dentro cabeza abajo sobre un montón de pescado podrido que seguramente guardaban allí para que sirviera de cebo. Tardé mucho tiempo en recuperar las pocas fuerzas que necesitaba para cortar la maroma con el cuchillo que encontré. Luego, mientras la barca iba la deriva impulsada por la marca, me acerqué a la popa donde me dejé caer completamente agotado. Horas después pude izar la vieja y rota vela, porque el viento parecía favorable. Era un esfuerzo demasiado grande para mí y me dejé caer en el fondo de la barca. Era un desmayo, pero esta vez, como si me muriese.

Detrás de mí en el Japón, habían dado el paso decisivo. La bomba atómica había acabado con la voluntad de luchar de los japoneses. La guerra había terminado para mí, pues navegaba a la deriva por el mar del Japón sin más alimento que unos trozos de pescado podrido en el fondo de la barca y sin agua potable. Me puse en pie y me sostuve abrazado al mástil, con la barbilla apoyada en él. Al volver la cabeza podía ver cómo se alejaba la costa del Japón. La envolvía una débil neblina. Mirando hacia proa, sólo veía el mar.

Pensé en todo lo que había sufrido hasta entonces. Me acordé de la Profecía: como si me llegara de un lugar muy remoto, me parecía oír la voz de mi Guía, el Lama Mingyar Dondup. «Lo has hecho bien, Lobsang mío; lo has hecho bien. No te desanimes, porque éste no es el final».

A proa, un rayo de sol relució un momento; el viento se refrescó y las pequeñas olas que formaba la barca hacían un ruidito agradable. ¿Y yo? ¿Cuál era mi rumbo? Lo único que sabía es que por ahora estaba libre, libre de la tortura y de la prisión, libre del infierno vivo de la vida de los campos de concentración. Quizás estuviese libre incluso para morir. Pero no, aunque anhelaba la paz de la muerte por el alivio que supondría para mis sufrimientos, sabía que aún no podía morir, pues mi destino decía que tendría que morir en la tierra de piel roja, América, y allí estaba flotando solo y muriéndome de hambre en una barca de pesca en el mar del Japón. Me invadían unas oleadas de dolor que me hicieron creer que de nuevo me estaban torturando. La respiración se me hacía bronca y rasposa y los ojos se me nublaban. Pensé que quizá los japoneses habrían descubierto mi fuga y enviarían una lancha rápida en mi busca. Esta idea era demasiado para mí. No pude sostener la presión de mis manos sobre el mástil. Se me aflojaron las articulaciones y fui resbalando hasta quedar tendido en el fondo de la barca. Otra vez las tinieblas, la negrura del olvido. La barca siguió a la deriva, hacia lo desconocido.



T. LOBSANG RAMPA, fue el indiscutible introductor del budismo tibetano ante el gran público de Occidente, un nombre mítico entre los pioneros de la «invasión» espiritual oriental que hoy vivimos. Supuestamente era un lama tibetano que se hizo famoso mundialmente en 1956, cuando publicó *El Tercer Ojo*, un libro de extraordinario impacto que no ha dejado de ser reeditado desde entonces. Pero siempre se dudó de su autenticidad y las dudas fueron aumentando hasta su muerte en 1981. Hoy, la mayoría de los entendidos se inclina por reconocer que en realidad se trataba de un antiguo fontanero irlandés llamado Cyril Henry Hoskins, que nunca había estado en los Himalayas y cuyo conocimiento del budismo tibetano era más bien escaso.

Sin embargo, no son pocos los que aún defienden su memoria, los que mantienen que T. Lobsang Rampa era un auténtico lama, nacido a principios del siglo xx en Tíbet, educado y entrenado en el monasterio-hospital Chakpori de Lhasa y en 1923 trasladado a estudiar Medicina a la Universidad china de Chungking, que conoció a Chiang Kai Shek y que fue torturado por los japoneses como prisionero de guerra en la segunda guerra mundial.

Entre expertos y aficionados al budismo tibetano y al esoterismo oriental se da por hecho que este lama tibetano ni fue lama ni fue tibetano. El movimiento «escéptico» hace hincapié en sus «indiscutibles» profesión de fontanero y nacionalidad inglesa o irlandesa. La conocida revista dedicada a fenómenos extraños *Fortean Times*, en su núm. 63 de junio/julio de 1992, publicó un reportaje de Bob Rockard en portada caracterizándolo sin rodeos como un engaño, un *hoax*. El

reportaje fue abundantemente reproducido en España por una revista del género. Pero curiosamente, ni los editores de *Fortean Times* ni la mismísima British Library conservan hoy ni un solo ejemplar de aquel número.

Pero no todo el mundo lo tiene tan claro. Philip Porter, que lleva diez años investigándolo, deja todas las posibilidades abiertas y recaba información por todo el mundo con el objetivo de poder resolver las incógnitas que rodean al extraordinario personaje.